

ATLAS DE PRODIGIOS: LA IMAGINACIÓN GEOGRÁFICA COLONIAL Y SUS
REPLANTEAMIENTOS EN LA FICCIÓN HISTÓRICA CONTEMPORÁNEA

by

Juan Carlos Rozo Gálvez

A Dissertation submitted to the Department of Hispanic Studies,

College of Liberal Arts and Social Sciences

in partial fulfillment of the requirements for the degree of

DOCTOR OF PHILOSOPHY

in Spanish

Chair of Committee: Dr. Guillermo De Los Reyes

Committee Member: Dr. Anadeli Bencomo

Committee Member: Dr. Cristina Rivera Garza

Committee Member: Dr. Oswaldo Estrada

University of Houston

August 2019

© Copyright by

Juan Carlos Rozo Gálvez

August, 2019

*A mis padres,
Rebeca Victoria y Luis Carlos.*

*A mi hermano,
Sergio Andrés.*

Con gratitud y amor profundos.

RECONOCIMIENTOS:

Agradezco a los miembros de mi comité de disertación, Guillermo de los Reyes, Anadeli Bencomo, Cristina Rivera Garza y Oswaldo Estrada, por el apoyo, las lecturas trepidantes, las constantes sugerencias y, sobre todo, por la inmensa paciencia.

Del mismo modo, extendiendo mi agradecimiento a Josefina Moneny, Rosalva Alamillo, Krystel Acevedo, Liz Martínez, Rafael Cueto, Juan Valdez, Mauricio Patrón, Ana Emilia Felker, Leandro y Rita Panizzon, Luis Astengo, Dillon Scalzo, Jack y Mary J. Herer, Raquel Abend, Violette Bule, Sabino Luévano, Malone Star y todos aquellos que de una u otra forma me han acompañado en este proceso.

El agradecimiento es enorme. Cada quien sabe por qué.

ABSTRACT:

A Prodigious Atlas: The Colonial Geographical Imagination and its Rethinking in Contemporary Historical Fiction is a dissertation that traces the discursive and representational strategies employed in colonial texts and maps from the 15th-17th centuries, which intervened in the Western, colonial and imperial imaginative geographies regarding the so-called New World. Based on a geocritical analysis of certain chronicles of the Indies such as Gaspar de Carvajal's *Relación* (c. 1543) or José de Acosta's *Historia natural* (1590), as well as maps such as Martin Waldseemüller's *Universalis Cosmographia* (1507), I argue that these discursive and representational strategies operated as three distinctive devices (*dispositifs/apparatuses*): (1) the cartographic impulse, (2) the imperial cartographic gaze, and (3) the fetishization of nature, which exerted three operations on Latin America's geographic space: (a) the (re)mythization of space as Edenic, bountiful and inexhaustible; (b) the reduction of all spatial relations to the bi-dimensionality of the map or the text; and (c) the abstraction of the geographic space through rationalizing and techno-scientific discursivities. The resultant Western/colonial imaginary geographies produced a schizo-morph image of Latin America's geographic space: attainable yet ever-expanding; inapprehensible yet rationalized; hostile yet possessable.

Furthermore, this dissertation advances a geo/ecocritical and decolonial analysis of the ways in which contemporary historical narratives from Colombia (specifically novels of the Conquest) rethink and dispute those Western/colonial imaginative geographies. I argue that the novels achieve this in two ways: first, by elaborating geographical representations

of the New World which emphasize the phenomenological (sensorial, perceptive) and existential experience of colonial subjects (both colonizers and colonized); and, second, by incorporating Other epistemologies and subjectivities such as those of the indigenous cultures. By doing so, these narratives reinstate the complex, territorial dimensionality of geographic space, and propose an alternate relationship with geography and nature that is more mutualistic and horizontal, thus distancing itself from its vertical, Western and logocentric counterpart. The novels of the Conquest analyzed in this section are: *Muy Caribe está* (1999) by Mario Escobar Velásquez, and William Ospina's trilogy, comprised by *Ursúa* (2005), *El país de la canela* (2008), and *La serpiente sin ojos* (2012). Finally, I propose that, given the attributes and the modes of reading that these novels advance, they can be understood as *decolonial literary geographies and/or topologies*.

RESUMEN

Atlas de Prodigios: la imaginación geográfica colonial y sus replanteamientos en la ficción histórica contemporánea es una disertación que rastrea las estrategias discursivas y representacionales empleadas en algunos textos coloniales y mapas de los ss. XV-XVII, mismas que intervinieron en las geografías imaginarias occidentales, coloniales e imperiales en relación con el entonces Nuevo Mundo. A partir de un análisis geo/ecocrítico y decolonial de ciertas crónicas de Indias como la *Relación* (c. 1543) de Fray Gaspar de Carvajal o la *Historia natural* (1590) de José de Acosta, y mapas como la *Universalis Cosmographia* (1507) de Martin Waldseemüller, arguyo que estas estrategias discursivas y representacionales operaron a través de tres dispositivos (*dispositifs/apparatuses*): (1) el impulso cartográfico, (2) la mirada cartográfica imperial, y (3) la fetichización de la naturaleza, dispositivos que operaron sobre el espacio geográfico latinoamericano de tres maneras: (a) (re)mitificando el espacio, representándolo como edénico, abundante e inagotable; (b) reduciendo todas las relaciones espacio-geográficas a la bidimensionalidad del mapa o del texto; y (c) abstrayendo el espacio geográfico a través de la racionalización y los discursos técnico-cientificistas. Las geografías imaginarias resultantes produjeron una imagen esquizomorfa del espacio geográfico de América Latina: abarcable aunque siempre en expansión; inaprensible aunque racionalizado; hostil pero apropiable.

Asimismo, esta disertación propone un análisis de las formas en que algunas ficciones históricas provenientes de Colombia (novelas de la Conquista, específicamente) replantean y contestan las geografías imaginarias occidentales y coloniales/imperiales

mencionadas arriba. Establezco que estas novelas logran dichos replanteamientos de dos maneras: primero, por medio de representaciones del entonces Nuevo Mundo que enfatizan la experiencia existencial y fenomenológica de los sujetos coloniales (colonizadores y colonizados). Segundo, por medio de la incorporación de epistemologías y subjetividades Otras, como las de las culturas indígenas. En tal virtud, estas ficciones históricas restituyen la dimensionalidad compleja, territorial del espacio geográfico latinoamericano, y proponen una relación alterna, mutualista y horizontal con la geografía y la naturaleza que dista de la relación occidental, vertical y logo/antropocéntrica de la imaginación geográfica colonial/imperial. Las novelas en cuestión son *Muy Caribe está* (1999) de Mario Escobar Velásquez, y la trilogía del «descubrimiento» de William Ospina, compuesta por *Ursúa* (2005), *El país de la canela* (2008), and *La serpiente sin ojos* (2012). Finalmente, propongo que, dados los atributos y modos de lectura que permiten las novelas en cuestión, estas pueden entenderse en cuanto que *geografías y/o topologías literarias decoloniales*.

ÍNDICE

DEDICATORIA	ii
RECONOCIMIENTOS	iii
ABSTRACT	iv
RESUMEN	vi
LISTA DE FIGURAS	x
INTRODUCCIÓN	1
1. «Las Indias son de papel y de fábula»	1
2. La geo/ecocrítica; la novela de la Conquista; los giros espacial y decolonial.	12
3. Primer movimiento: crónicas de Indias y dispositivos coloniales	25
4. Segundo movimiento: Replanteamientos geográficos y la novela de la Conquista . . .	34
 CAPÍTULO I: <u>Que trata de geografías imaginarias en las crónicas de Indias</u>	50
1. [Crónicas] Cartografías de Indias	50
2. Imaginarios geográficos, geografías imaginarias y lugares imaginados	56
3. Del <i>espacio límite</i> al <i>lugar transitado/transitable</i>	65
4. El <i>lugar transitable</i> , el <i>lugar (re)mitificado</i>	78
5. Impulsos cartográficos y <i>territorios estriados</i>	96

CAPÍTULO II: <u>Que trata de geografías sensoriales en <i>Muy caribe está</i></u>	111
1. El Nuevo Mundo, visto desde otro aún más nuevo	111
2. El imperio de la <i>mirada</i> y la <i>mirada cartográfica imperial</i>	116
3. La novela de la Conquista: una <i>geografía literaria decolonial</i>	127
4. Acerca de <i>Muy caribe está</i> (1999) y su autor, Mario Escobar Velásquez	132
5. <i>MCE</i> , o la geografía de lo íntimo y lo sensorial	142
6. Lo sensorial como articulación de la geografía decolonial	163
CAPÍTULO III: <u>Que trata de topologías ecocríticas en la trilogía de W. Ospina</u>	175
1. Un narrador itinerante en los «reinos del sigilo»	175
2. William Ospina, su <i>leitmotiv</i> , su trilogía	180
3. <i>Homo «cartographicus»</i> → <i>homo viator</i> : una topología literaria	189
4. La <i>fetichización de la naturaleza</i>	198
5. Ecocrítica (decolonial): el «redescubrimiento» de la cosmovisión indígena	210
6. La Madre Tierra, el <i>Sumak Kawsay</i> y el giro (verdaderamente) decolonial	230
CONCLUSIÓN	239
BIBLIOGRAFÍA	248

LISTA DE FIGURAS

Fig. 1: <i>Universalis Cosmographia</i> (1507) de Martin Waldseemüller	3
Fig. 2: «Tota ista provincia inventa est...». Detalle, <i>Universalis Cosmographia</i> (1507)	3
Fig. 3: <i>Mapamundi</i> (c. 1050) de Beato de Liébana	59
Fig. 4: <i>Imago Mundi</i> (1410) de Pierre D'Ailly	61
Fig. 5: <i>Planisferio</i> (1502) de Alberto Cantino	67
Fig. 6: Desplazamiento de lo maravilloso. Detalle, <i>Planisferio</i> (1502) de Alberto Cantino	79
Fig. 7: «América» y las «Hespérides». Detalle, <i>Universalis Cosmographia</i> (1507)	80
Fig. 8: Racionalización intervenida por lo mitológico. Detalle, <i>Mapa de América</i> (1652)	
de Diego Gutiérrez, ilustrado por Hyeronimus Cock	99
Fig. 9: «Manoa ó El Dorado». <i>Guiana ofte de Provincien tusschen</i>	
<i>Rio de las Amazonas</i> (1624) de Hessel Gerritsz	112
Fig. 10: «Ville fabuleuse de Los Césares». Detalle, <i>Carte de L'Amerique du Sud</i> (1873)	
de Victor Martin de Moussy	122
Fig. 11: Región del Darién y el Golfo de Urabá. Detalle, <i>Terra Firma et Novum Regnum</i>	
<i>Granatense et Popayan</i> (1673-1719) de Willem J. Blaeu	134
Fig. 12: <i>Mapa o Carta</i> (1500) de Juan de la Cosa	140
Fig. 13: Expedición de Pizarro y Orellana. <i>La Nouvelle Géographie Universelle,</i>	
<i>la terre et les hommes</i> (1878) de Élisée Reclus	185
Fig. 14: Deforestación del Amazonas. Mapa satelital, INPE, PRODES/TerraBrasilis	
Reproducido y modificado por <i>The Economist</i>	207
Fig. 15: <i>Fuego forestal en la Sierra del Agua</i>	246

INTRODUCCIÓN

*Inútilmente, magnánimo Kublai, intentaré describirte
la Ciudad de Zaira de los altos bastiones. Podría
decirte de cuántos peldaños son sus calles en escalera,
de qué tipo los arcos de sus soportales... Pero sé ya que
sería como no decirte nada. No está hecha de esto la
ciudad, sino de relaciones entre las medidas de su
espacio y los acontecimientos de su pasado: la
distancia al suelo de un farol y los pies colgantes de un
usurpador ahorcado...*

Italo Calvino: *Las ciudades invisibles*

1. «Las Indias son de papel y de fábula»

En 1507 hubo dos acontecimientos que, vistos a la luz del presente revelan un vínculo que va más allá de las contingencias históricas, precipitadas tres lustros antes. El primero de ellos —dado a conocer por Bernardino de Sahagún en su *Historia general de las cosas de la Nueva España* (c. 1585)— fue la Ceremonia del Fuego Nuevo, rito cardinal de los mexicas y los nahuas, el cual marcaba la restauración del ciclo calendario. Con el Fuego Nuevo se celebraba, entre otras cosas, que «el movimiento del cielo no cesaba... que el mundo no se acababa y que tenían otros cincuenta y dos años por ciertos» (lib. 4º, cap. XL). Lo significativo aquí es que, como señala Sahagún, aquella fue la celebración postrera: «La última solemnidad que hicieron de este fuego nuevo fue el año de 1507; hiciéronle con toda solemnidad porque no habían venido los españoles a esta tierra» (*ibid.*). Así pues, aquel año, como cada cincuenta y dos, las personas de «las provincias de México, Texcoco, Xochimilco y Quauhtitlán» se reunieron en los cerros a ver con regocijo cómo los «sátrapas» (líderes)

renovaban los fuegos de las casas y los templos. Pero en aquella ocasión el venerado Fuego Nuevo no mantendría el orden ni la armonía naturales que los mexicas tanto aclamaban. Muy pronto (menos de tres lustros después) nueve embarcaciones españolas zarparían de Trinidad hacia las costas de Yucatán, y entonces el orden del mundo natural que concebían los mexicas y los nahuas dejaría de ser.

Al otro lado del Atlántico, en abril de aquel 1507, sucedía el segundo acontecimiento: en el *Gymnasium* de Saint-Dié-des-Voges (Francia) del entonces Sacro Imperio Romano Germánico, el cartógrafo alemán Martin Waldseemüller (c. 1470-1520) y su colaborador Mathias Ringmann (c. 1482-1511) publicaban la imponente *Universalis Cosmographia*, planisferio en el que una «cuarta región» desarmaba la trinidad continental (África, Asia y Europa) y se incorporaba al orden geográfico del mundo conocido (Fig. 1). Planisferio, además, en el que aquella cuarta región era referida por primera vez como *América*, topónimo que prevaleció por cuenta de las mil reproducciones que se hicieron gracias a la entonces todavía reciente invención de la imprenta.¹ Y aquellos que miraron con atención esa cuarta región que se asoma por la izquierda del mapa habrán encontrado una inscripción reveladora, misma que sin duda, cuatro siglos después, habría de estimular aquella famosísima sentencia de Edmundo O’Gorman: «Tota ista provincia *inventa est* per mandatum Regis Castelle» (Fig. 2; énfasis añadido).²

¹ De acuerdo al bibliotecario y autor John R. Hébert, «[a] reported 1000 copies of the 1507 map were printed, which was a sizeable print run in those days» («The Map That Named America»).

² Aunque O’Gorman no cita directamente la inscripción de la *Universalis Cosmographia* en su ensayo *La invención de América* (1958), no cabe duda de que tenía conocimiento de este tipo de inscripciones, ya que su ensayo comprende un análisis minucioso de la *Cosmographiae Introductio*, texto explicativo, complementario del planisferio y cuya escritura se atribuye a Mathias Ringmann. En la *Cosmographiae Introductio* hay numerosos apartados en las que América aparece reiteradamente con el apelativo «*inventa*» que tanto en latín como en castellano tiene dos acepciones: hallar (descubrir) y/o imaginar (inventar).



Fig. 1: Universalis Cosmographia (1507) de Martin Waldseemüller. Repositorio: Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos. Fuente de la imagen: Wikimedia Commons

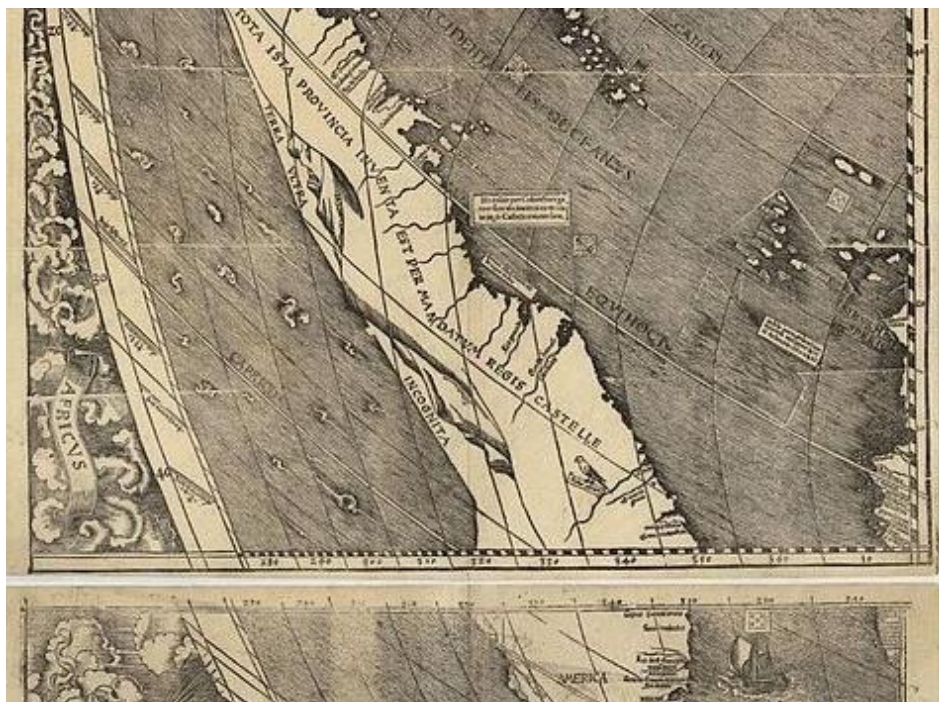


Fig. 2: Detalle, Universalis Cosmographia (1507) de Martin Waldseemüller. En él se aprecia el topónimo América (borde inferior) y la inscripción «Tota ista provincia inventa est per-mandatum Regis Castelle». Repositorio: Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos. Fuente de la imagen: Wikimedia Commons

Mucho se ha comentado sobre la formularia idea de O’Gorman sobre la «invención de América» y las repercusiones del uso inaugural de este topónimo en la *Universalis Cosmographia*. Por ello prefiero retornar a la ya citada inscripción en el mapa, pues esta constata el poder inventor —«imaginador», si el término es permisible— de la cartografía, aunada con la palabra escrita. Para explicar esto conviene recordar que durante la llamada Era de los «Descubrimientos» no había para las metrópolis europeas otra manera de imaginar o concebir América y otras regiones «descubiertas» —antípodas y separadas por un océano antes pensado como insondable—, que no fuera a partir de mapas y relaciones, potenciados por especulaciones y mitos centenarios.³ Esto mismo es lo que sugiere el autor colombiano William Ospina cuando expresa, en una frase tan sintética como poderosa, que las Indias que comenzaban a espesarse en las mentes y a materializarse «en los gabinetes de Europa... eran de papel y de fábula». La implicación es sustancial: si algún papel (mapa o texto) como, por ejemplo, el *Compendio y descripción de las Indias Occidentales* (1629) de Antonio Vázquez de Espinosa, *sugería* que había «una ciudad... que tiene más de tres leguas de largo... la cual es riquísima en oro y plata y otras cosas preciosas», entonces *existía* una ciudad de tres leguas de largo, riquísima en oro y plata y otras cosas preciosas.

³ Haré uso del término «Descubrimiento/descubrimiento» por cuestiones de economía e inteligibilidad transdisciplinaria, aunque siempre entre comillas en reconocimiento de su clara connotación eurocéntrica y colonial. Asimismo, he tomado en cuenta los debates y propuestas de alternativas como «contacto», «encuentro» (León-Portilla) y, por supuesto, «invención» (O’Gorman). Estas alternativas son productivas y mitigan las implicaciones eurocéntricas del término «descubrimiento»; sin embargo, considero que «contacto» elide el carácter violento del suceso, y «encuentro» supone una agencia compartida o una reciprocidad que no se ajusta a la experiencia histórica. En el caso de la «invención», ella se refiere al proceso cognitivo/epistémico y no concretamente al proceso histórico. Ver «La falacia histórica de Miguel León-Portilla sobre el “encuentro del Viejo y el Nuevo Mundo”» (1987) de Edmundo O’Gorman; «Descubrimiento o encuentro» (1987) de Antonio Gómez Robledo; e «Interpretaciones históricas en torno al Descubrimiento de América» (1994) de Raymundo Brenes Rosales.

Y así llego al *quid* de la cuestión y al tema transversal de esta disertación. Como advertí en el incipit, el vínculo de los dos acontecimientos de 1507 va más allá de la contemporaneidad y las contingencias históricas. Ese «más allá» tiene que ver con que ambos acontecimientos suponen una reestructuración de los paradigmas epistémicos y geográficos occidentales, así como una dislocación de las subjetividades, experiencias y saberes geográficos de las culturas nativas americanas.⁴ Por una parte, la publicación de la *Universalis Cosmographia* da algunas luces acerca de la prefiguración de América en cuanto que *lugar imaginado* y posible gracias a la razón y el poder político occidental. Cuando Waldseemüller apunta en su planisferio que «esta provincia es descubierta/inventada *por mandato de los reyes de Castilla*», lo que hace es conjugar esas dos operaciones discursivas constituyentes, la cartográfica y la escritural, que en este caso es de carácter político y/o legal. América aparece en el mapa gracias a los avances cartográficos, las exploraciones y los resultantes «descubrimientos», y se incorpora políticamente al resto del mundo por (y para) mandato imperial. Esa es la implicación. Y lo que revela tal implicación es la prefiguración y consolidación discursiva (gráfica y escrita) de un nuevo modelo eurocéntrico de jerarquías en el que la periferia descubierta/inventada —y por ende premoderna e inferior—, debía ser intervenida y controlada por las metrópolis. Es decir, si América fue descubierta/inventada por el imperio español, entonces su supeditación a los mandatos imperiales es condición *sine qua non* de su existencia y su incorporación al orden mundial. A ello se refiere el

⁴ Para fines de este estudio, el término «geografía» (y «geográfica/o») se entiende en su acepción más amplia: «The science of place and space... [or]... (The study of) the ways in which space is involved in the operation and outcome of social and biophysical processes» (*The Dictionary of Human Geography*, 288). En ese sentido, la geografía abarca áreas como la geodesia, la topografía, la naturaleza, el medioambiente y la experiencia humana (individual y sociopolítica) en relación con el espacio geográfico (290-294).

sociólogo peruano Aníbal Quijano cuando afirma que: «America was constituted as the first space/time of a new model of power of global vocation...» («Coloniality of Power» 182). La vocación global de la que habla Quijano es la búsqueda de nuevas estructuras de control de la geografía, los sujetos y los recursos (182). Evidentemente, el nuevo modelo de poder colonial/imperial se sustentó en la necesidad de desbordar las fronteras continentales europeas para extender sus tentáculos y poder controlar política y económicamente las regiones antípodas. En ese sentido, la confluencia de operaciones discursivas cartográficas y escriturales (como sucede en el mapa de Waldseemüller) desempeñó un papel capital no solo en la *inferiorización* y/o subyugación de América y otras regiones periféricas, sino que además fraguó una relación vertical, jerárquica, logocéntrica y antropocéntrica entre Occidente y el espacio geográfico americano. «Ved así cómo las palabras transformaban hasta el paisaje», dice el Jerónimo de Aguilar que recrea Carlos Fuentes en su cuento «Las dos orillas»,⁵ al ver que la apacible y llana ciudad de Cholula se convertía, por cuenta de las especulaciones, los reportes y discursos castellanos, en el lugar «insondable y abrupto» que Cortés debía someter. Es en ese poder transformador y colonizador de la palabra — fortificada por cuenta de la cartografía — donde radica el logo-antropocentrismo de las concepciones y representaciones geográficas occidentales, mismas que regirán sobre la experiencia existencial e histórica de los sujetos e instituciones coloniales desde finales del s.

⁵ Jerónimo de Aguilar (1489 – 1531) fue un clérigo español, participante en la expedición de Vasco Núñez de Balboa, misma que resultó en la fundación de la extinta Santa María la Antigua del Darién (en el Caribe colombo-panameño). Fue prisionero de los mayas de Yucatán por ocho años, rescatado por Hernán Cortés y, por ende, sirvió como intérprete durante la conquista de México. Es protagonista en el cuento de Carlos Fuentes, «Las dos orillas», que hace parte de la colección titulada *El naranjo* (1993).

XV, reconfigurándose, sofisticándose y perpetuándose hasta la actualidad ex/pos/neocolonial.

En cuanto al otro acontecimiento, la última celebración de la Ceremonia del Fuego Nuevo de los mexicas y nahuas puede considerarse como símbolo de la desarticulación de otro modo —un modo Otro, para Occidente— de pensar y relacionarse con la geografía, la naturaleza y el medioambiente. Para la mayoría de las culturas amerindias, el espacio geográfico natural no era una abstracción remota, domesticable por medio de la palabra o el trazo cartográfico, sino que era parte inmanente de su experiencia existencial y fenomenológica (corporal, sensorial). En la cosmovisión indígena la relación *sujeto* \leftrightarrow *espacio geográfico natural* es horizontal, mutualista e interdependiente. Como lo expresa Rigoberta Menchú en su discurso de aceptación del Premio Nobel de la Paz (1992), cuando apunta que: «[la] particularidad de los pueblos indígenas se manifiesta en las formas de relacionarse... con la tierra, como nuestra madre, porque nos da la vida... [y] con la naturaleza, pues somos partes integrantes de ella y no sus dueños». La de los indígenas y el espacio natural es entonces una relación dialógica, una forma de pensar y relacionarse con la geografía y la naturaleza en la que «no existía... la noción del espacio regulado, [o] del espacio trazado» (Agredo Cardona 29). En tal virtud, la irrupción de los imperios ibéricos y del pensamiento occidental en territorio americano supuso la dislocación de la relación fenomenológica, dialógica y apelativa de los pueblos indígenas, así como la imposición y rearticulación de abstracciones geográficas occidentales, sustentadas en la representación gráfica y textual. En cierto modo, esta dislocación de las concepciones geográficas y naturales de los indígenas supuso también el restablecimiento de la *scala naturae* o cadena

del ser, jerarquía antiquísima y obstinada, preponderante en las hegemonías cristianas occidentales durante el Medioevo (y vigorizada en la Ilustración con las tesis del naturalista Carl Linnaeus), según la cual el mundo natural era inferior al hombre y éste, por supuesto, inferior a Dios. Dicho afán restablecedor exhibe el jesuita José de Acosta (1540-1600), «el Plinio del Nuevo Mundo», quien en su *Historia natural y moral de las Indias* (1590) explica que uno de los imperativos evangelizadores era la restitución de la relación correcta entre Dios, las cosas naturales y los indígenas, «idólatras infieles, que quieren más servir y reverenciar a la criatura [mar, tierra, cielo] que al Creador» (lib. 5º, cap. 4). Este restablecimiento es crucial porque desborda las jerarquías teológicas para legitimar la soberanía, el control y las prerrogativas sociopolíticas y económicas del humano (occidental) sobre las geografías y naturalezas periféricas, y entre ellas, por supuesto, la americana.

En consideración de todas estas dislocaciones y reconfiguraciones de las representaciones geográficas —y las resultantes alteraciones de la relación sujeto(colonizador y colonizado)↔mundo natural—, esta disertación tiene como objetivo primordial emprender un tipo de estudio al que Edward Said se refirió como «a kind of geographical inquiry into historical experience» (*Culture and Imperialism* 7). Para ser más preciso, la indagación que se llevará a cabo aquí comprende un análisis geo/ecocrítico y decolonial de ciertas operaciones discursivas y representacionales (gráficas y textuales) que incidieron en la *imaginación geográfica* (*imaginarios geográficos* + *geografías imaginarias*) y la *producción del espacio geográfico* de América, tanto la colonial, como la América

contemporánea—ex/pos/neocolonial.⁶ Para fines de este análisis, haré uso de un corpus compuesto por (1) un conjunto de textos coloniales como, por ejemplo, la *Relación del Descubrimiento del Amazonas* de Fray Gaspar de Carvajal, la *Jornada de Omagua y El Dorado* de Pedrarias de Almesto, o la *Historia natural* de José de Acosta; (2) algunos documentos cartográficos como la ya citada *Universalis Cosmographia* de Waldseemüller o el *Planisferio* de Alberto Cantino; y (3) un conjunto de ficciones históricas contemporáneas (novelas de la Conquista, específicamente) entre las que se encuentra *Muy caribe está* (1999) del colombiano Mario Escobar Velásquez y la trilogía del «descubrimiento» del Amazonas de William Ospina.⁷

Debido a la obvia distancia temporal entre los textos coloniales y las novelas contemporáneas de la Conquista —así como el hecho de que son formas escriturales desemejantes—, el análisis geo/ecocrítico que desarrollo en esta disertación se dividirá en dos movimientos: el primero (capítulo I) es un rastreo —una arqueología, invocando a Michel Foucault— preponderantemente geocrítico y enfocado en los textos coloniales, al igual que una serie de mapas y documentos cartográficos de los ss. XVI y XVII. Intentaré demostrar que estos textos exhiben una serie de desplazamientos discursivos que van de la (re)mitificación, pasando por la ambigüedad geográfica, hasta terminar en la abstracción cartográfica. Estos desplazamientos discursivos terminarán por representar —imaginar— el entonces Nuevo Mundo como un espacio esquizomorfo: desemejante pero aprehensible;

⁶ Todos estos términos («geo/ecocrítica», «decolonial», «imaginación geográfica», «imaginarios geográficos», etc., serán tratados en la siguiente sección.

⁷ El corpus (textos coloniales y novelas de la conquista) será desglosado en las secciones 3 y 4 de esta introducción.

hostil pero domesticable; habitado pero subutilizado/subexplotado, etc. Por último, propongo tres *dispositivos* (Foucault, Agamben) que, a mi modo de ver, fungieron como catalizadores de las operaciones discursivas y representacionales que imaginaron y resignificaron el espacio geográfico americano. Los dispositivos son: (1) el impulso cartográfico; (2) la mirada cartográfica imperial y (3) la fetichización de la naturaleza. Las consecuencias de estos dispositivos (escisión de la geografía y la experiencia existencial de los sujetos (colonizadores y colonizados); desterritorialización; mercantilización y sobreexplotación), son tratadas, controvertidas y contrarrestadas, inclusive, en las novelas contemporáneas de la Conquista (segundo movimiento).

Aunque las referencias a los textos coloniales no cesarán en el segundo movimiento (caps. II y III), en él se reorientará el enfoque (ahora geo/crítico [geocrítico + ecocrítico] y decolonial) hacia las novelas de la Conquista —*Muy caribe está* (1999) del colombiano Mario Escobar Velásquez y la trilogía del también colombiano William Ospina, compuesta por *Ursúa* (2005), *El país de la canela* (2008) y *La serpiente sin ojos* (2012)—, novelas que, como he mencionado, dialogan directa u oblicuamente con las discursividades y representaciones geográficas de los textos coloniales para contestarlas, revisarlas e incluso reescribirlas. Entre las operaciones contestatarias y revisionistas que ofrecen estas novelas están: el comentario ecocrítico que des-cosifica la geografía y la naturaleza; la restitución de la pluridimensionalidad del espacio geográfico (versus la bidimensionalidad colonial/imperial de los mapas y las crónicas); la incorporación de las subjetividades y la experiencia fenomenológica de los sujetos (colonizadores y colonizados); y el restablecimiento de una relación horizontal e interdependiente con el territorio y la naturaleza.

A través de estas primeras páginas he enfatizado que mi propósito es hacer un *análisis geo/ecocrítico y decolonial*. Asimismo, he usado términos como «espacio geográfico», «geografía imaginaria» e «imaginación geográfica», entre otros. Y me atrevo a pensar que a estas alturas el lector se ha formulado dos preguntas: primero, ¿a qué me refiero con todos esos términos? Y segundo, ¿por qué el énfasis en la cuestión espacial-geográfica en relación con los textos coloniales y la ficción histórica contemporánea? En cuanto a la primera pregunta, considero que lo más productivo es delimitar estos términos *ad hoc* y en cada capítulo, de manera que su definición se mantenga fresca y sea más efectiva a medida que avanza la lectura. Aun así, y consciente de mi propensión a la dilación, anticipo que serán definidos sucintamente en la siguiente sección, concerniente al giro espacial.

La segunda pregunta también tiene que ver con el giro espacial. A mi modo de ver, la aproximación geográfica (geo/ecocrítica) llena un vacío significativo en lo que concierne a las escrituras coloniales y sus revisiones en la ficción histórica contemporánea. Si se hace un repaso de los estudios histórico-literarios (o neohistoricistas) concernientes a la experiencia colonial latinoamericana, podrá concluirse que la gran mayoría se ha concentrado en cuestiones como: (1) la revisión/contestación de los estatutos de veracidad y las discursividades historiográficas, (2) la deconstrucción de figuras coloniales hegemónicas, como el cronista o el conquistador, y la reivindicación de figuras coloniales marginales como la mujer, el indígena, el esclavo, etc., y/o (3) la forma en que las estructuras sociopolíticas y económicas coloniales informan el presente ex/post/neocolonial. Aproximaciones todas que son, sin lugar a dudas, indispensables. Sin embargo, lo que también se evidenciaría si se hiciera el repaso propuesto, es que para la gran mayoría de estos estudios las cuestiones

espaciales han estado supeditadas a otros aspectos como la temporalidad, el discurso, las instituciones y el sujeto. Ya Edward Said había notado ese vacío en las ciencias sociales y las humanidades, razón por la cual nos recordó que: «Just as none of us is outside or beyond geography, none of us is completely free from the struggle over geography» (*Culture and Imperialism* 7). Si los estudios histórico-literarios han sido útiles para detectar las huellas de la Colonialidad en los conflictos de clase o raciales en la actualidad, por ejemplo, entonces estoy convencido de que este estudio puede ser útil para detectar las huellas de la Colonialidad en los imaginarios geográficos y las geografías imaginarias actuales, y cómo estas informan una variedad de problemáticas geopolíticas, territoriales y medioambientales en la actualidad. Pero para que el rastreo de esas huellas de la Colonialidad sea efectivo, es necesario sentar directrices y considerar ciertas bases teóricas y metodológicas, del mismo modo que lo han hecho numerosos intelectuales adscritos al llamado giro espacial.

2. Sobre la geo/ecocrítica, la novela de la Conquista y los giros espacial y decolonial

El espacio —y su relación con el tiempo y la historia— ha sido una preocupación constante y transversal que se remonta a los albores del pensamiento filosófico. Como pruebas de ello están las teogonías helénicas de los logógrafos, que imbricaban las genealogías divinas con la descripción geográfica de ciudades como Tebas y Mileto; o las indispensables *Geographias* de Estrabón y Ptolomeo que más parecían crónicas itinerantes del Mediterráneo; allí están las proposiciones sobre los orígenes telúricos de los Vedas y los Puranas de la India ancestral; las historias de las montañas en el *Libro de la curación* de Avicena; o la curiosa *Topografía cristiana* del bizantino Cosmas Indicopleustes, poblada de

geohistorias de ciudades extintas... La lista es caprichosa, demasiado esquemática —injusta, inclusive—, porque mencionar todas las formas en que las diversas culturas han expresado dicha preocupación por el espacio y su relación con el tiempo y la historia implicaría ocupar la disertación entera en ello. De cualquier manera, en todas obras, así como en la producción de conocimiento medieval y renacentista, hay un común denominador: la reciprocidad, consustancialidad, inclusive, entre espacio, tiempo e historia. Por eso prefiero dar un salto de veinte siglos para llegar al momento en que se inaugura lo que podríamos llamar «cronocentrismo histórico», es decir, el momento en que el espacio comienza a supeditarse al tiempo en lo que concierne a la historia.

Ese momento se da entre los ss. XVIII y XIX. Con las indagaciones acerca de la historia y la espaciotemporalidad llevadas a cabo por Immanuel Kant y Georg Friedrich Hegel, el espacio se hace variable cada vez menos incidente, ya que, en palabras de Kant, «el espacio no es algo objetivo y real ni es sustancia ni accidente ni relación; es más bien subjetivo e ideal» (*Sobre la forma* 397). El espacio kantiano deviene construcción mental, ajena —o por lo menos secundaria— a los eventos reales. En palabras del geocrítico estadounidense Robert Tally:

Even in Kant's philosophy, space remains a mere backdrop behind whatever phenomena are really significant. Temporality takes on greater importance as the themes of development, maturation, or a gradual movement over time come to dominate philosophical discourse... In the social sphere, geography too moves into the background, as historical processes take center stage.

(*Spatiality* 30)

Del mismo modo, Hegel propone una visión dialéctica y teleológica de la historia, en la que el espacio geográfico es teatro, trasfondo del suceso histórico. Para Hegel la historia es una concatenación de procesos antitéticos y sintéticos, yuxtapuestos temporalmente e intercalados con crisis sociales y económicas que en el transcurso del tiempo llegarían a un *telos*, es decir al final apoteósico de la civilización (Pérez Rodríguez 335-336). Y aunque para Hegel ese final apoteósico era el logro de la autonomía del sujeto y el conocimiento de sí mismo como del Otro —una especie de empatía civilizatoria—, el *telos* de la historia equivalía a la solidificación de una civilización cristiano-occidental (Vidal, «Recuadro de la Historia»), que remite a la cadena del ser (Dios > hombre > mundo natural). Lo dice el mismo Hegel en sus *Lecciones de estética*: «Todo lo que procede del espíritu [divino y humano] es más elevado que lo que existe en la Naturaleza» (cap. 1, sec. 1).

Es innegable que tanto la filosofía kantiana como la hegeliana fueron cardinales no sólo durante y después de la Ilustración, sino que sus postulados fundaron un pensamiento histórico cientificista, hegemónico y económico, en el que la historia registraba un progreso diacrónico de las naciones hacia un *telos* civilizatorio. Aunque la preocupación por el espacio no cesará en los siglos venideros, en el s. XIX el pensamiento de Occidente fija sus ojos en la historia, la cual eleva al grado de ciencia, la teoriza, la delimita y la sistematiza (Foucault, *La arqueología* 22; Jameson, *Postmodernism* 44). Con el asentamiento de la Historia en la cúspide del pensamiento Occidental, el tiempo pasa a ser el *object-a* de la filosofía, la historiografía, la lingüística, etc., y el espacio deviene un aspecto casi azaroso y/o incidental.

No obstante, los cambios de paradigma que implicaron las ideas de Freud, Einstein, Marx, Nietzsche y Saussure, aunados al sentimiento extendido de orfandad y desencanto

que causa la Primera Guerra Mundial, vislumbran un giro en el pensamiento occidental que es evidente sobre todo en la literatura modernista; giro en el que el espacio se reconfigura como variable fundamental e ineludible en la experiencia fenomenológica de los sujetos (Childs 17). Proliferan entonces algunas técnicas narrativas y dispositivos estéticos: la ficción psicológica, el *stream of consciousness*, la figura del *flâneur* que traza la ciudad espacialmente y, después de todo, la eclosión de la crónica de los espacios urbanos. Dichas técnicas y figuras son pruebas de la aparición de un espacio antes omitido o relegado al trasfondo, y el cual es ahora un vehículo de representación del inconsciente político (Jameson, *Postmodernism* 411; Tally, *Spatiality* 36).

Aunque el espacio continúa siendo una variable supeditada al tiempo en relación con la historia y sus representaciones, la Segunda Guerra Mundial y otros eventos internacionales serán el caldo de cultivo para una renovación en el pensamiento Occidental que reevaluaría los preceptos de la historiografía y su obsesión con el tiempo. De esta reevaluación emergen abundantes teorizaciones acerca del espacio que en el presente se han agrupado en el «giro espacial», el cual, como otros giros teóricos y metodológicos (el lingüístico, el visual, el digital), es un (re)direccionamiento en la importancia y concepción que las ciencias sociales y las humanidades le adjudican a la cuestión del espacio, su construcción y representación. Este (re)direccionamiento —o bifurcación intelectual, en términos de Jacques Lévy (16)— da cuenta del carácter fundamental que la espacialidad ha cobrado en las ciencias sociales. El giro espacial se ha puesto de manifiesto, por ejemplo, en la filosofía, demografía, geografía, arquitectura, artes plásticas, etnografía y, por supuesto, en la literatura.

De acuerdo con autores como Michel Foucault, Frederic Jameson y Bertrand Westphal, el cambio paradigmático que da pie al denominado «giro espacial» se da después de la Segunda Guerra Mundial, con el colapso institucional de organismos internacionales, el desplazamiento masivo de poblaciones y, en términos más abstractos, la generalización de sentimientos de angustia y desesperanza (el *angst* de Heidegger), que caracterizaron a los sujetos que habitaron el período de posguerra (Westphal 24, Tally *Spatiality* 11-15).

Asimismo, dicho movimiento masivo de personas nacional e internacionalmente, al ser representado literariamente, pone de manifiesto aquella condición existencial que Lukács denominó «transcendental homelessness» (ctdo. en Tally 39). Cuestiones como el origen, movimiento y destino geográfico del sujeto contemporáneo permitieron que algunos teóricos como Benedict Anderson, Gaston Bachelard, Pierre Bourdieu y Henri Lefebvre, entre otros, exploraran el concepto de espacio y su relación con la literatura.

Aquí es importante puntualizar dos cosas: primero, el giro espacial también se ha puesto de manifiesto en América Latina por medio de la proliferación de estudios en relación con la espacialidad y sus representaciones cartográficas, topográficas, sociales, etc. Fernando Aínsa (1977, 2003), Walter Mignolo (1999), Ángel Rama (1984) y Santiago Castro-Gómez (2005) realizan estudios interdisciplinarios en relación con el espacio y el lugar. Incluso, los cuatro teóricos mencionados anteriormente incorporan elementos literarios a modo de complemento de las conceptualizaciones realizadas. Fernando Aínsa, por ejemplo, en *Narrativa hispanoamericana del siglo XX: del espacio vivido al espacio del texto* (2003), da cuenta de los mecanismos discursivos con que algunos escritores latinoamericanos —sobre todo los del Boom— construyen espacios literarios que funcionan como narrativas oblicuas

de espacios reales. Así, tanto personajes como narrador y lector transitan entre espacios narrativos que remiten a lugares inmediatos y reales. Por otro lado, Ángel Rama, en *La ciudad letrada* (1984), diserta sobre las formas en que la escritura y la cartografía potenciaron el proyecto imperial y facilitaron las empresas arquitectónicas y urbanísticas que produjeron el espacio civilizado y, extramuros, el espacio hostil y salvaje del Otro (Rama 30, 61).

Otros ejemplos son las monografías de Anadeli Bencomo —*Entre héroes, fantasmas y apocalípticos. Testigos y paisajes en la crónica mexicana* (2011)—; José Ramón Ruisánchez —*Historias que regresan. Topología y renarración* (2012), y artículos como «Colonial Confinement, Confession, and Resistance in *Ángeles del abismo* by Enrique Serna» (2014) de Guillermo de los Reyes y Josué Gutiérrez González, artículo que, por cierto, hace uso de una novela histórica contemporánea para explorar las formas de producción de espacios sociales de control colonial. En todo caso, los estudios mencionados dan cuenta de un creciente interés en la (re)construcción y (re)narración de la espacialidad en la literatura. Cabe aclarar que, en su sentido más amplio, el giro espacial abarca consideraciones que no implican únicamente mapas físicos y bidimensionales, sino que indagan espacios sociales, imaginados, reconstruidos a partir del documento y a través del quehacer histórico —y ecocrítico, inclusive—, como puede observarse en la serie «The Afterlife of Cotton: Los Algodones» (2015) y «The Afterlife of Cotton: Yuma» (2015) de Cristina Rivera Garza. Es innegable, a fin de cuentas, que en el ámbito latinoamericano la cuestión del espacio/lugar, ya sea real, imaginado o real-e-imaginado, es recurrente en proyectos tanto académicos como creativos. En ese orden de ideas, esta disertación puede entenderse como una continuación de dicho

interés por la espacialidad en la literatura, pero desde una perspectiva que imbrica la ficción histórica con la geo/ecocrítica y decolonial.

Como su nombre lo indica, la geo/ecocrítica no es más que una forma económica de referirme a dos aproximaciones crítico-literarias (geocrítica y ecocrítica) que comparten un estrecho lazo conceptual. De las dos, la más expandida y recurrente es, por supuesto, la *ecocrítica*, definida por dos de sus fundadores, Cheryll Glotfelty y Harold Fromm, como «a study of the relationship between literature and the physical environment» (xviii). Si algo se deduce de esa sucinta definición, es que la ecocrítica no es una propuesta teórica y/o metodológica explícita, sino, más bien, la concreción de una serie dispersa de aproximaciones críticas a la literatura, sus representaciones de la naturaleza y el medioambiente. Por otra parte, el término «geocrítica» (*géocritique*), fue propuesto por el crítico francés Bertrand Westphal en *La Géocritique mode d'emploi* (2000) y posteriormente ampliado en *La Géocritique. Réel, fiction, espace* (2007). Sin embargo, es hasta el 2011, con la traducción al inglés llevada a cabo por el crítico estadounidense Robert Tally (*Geocriticism. Real and Fictional Spaces*), que este término atraviesa el Atlántico y se hace presente en los estudios literarios norteamericanos. Westphal define la geocrítica como un estudio de las representaciones literarias de los espacios geográficos reales, imaginarios y «reales-e-imaginados» (término expuesto por Edward Soja, 1989) y la forma en que estas representaciones interactúan con el espacio extratextual y al que el lector puede referirse cognitiva y empíricamente (Westphal 11-14).

Al igual que la ecocrítica, la geocrítica no impone un proceso metodológico explícito y/o rígido. De acuerdo con Westphal, el investigador que decida incorporar la geocrítica: «is

free to employ a methodology that allows the space to be seen from a new angle, an angle that restitutes the entire field» (23). Y ya que Westphal, el geocrítico *par excellence*, me da esa licencia, haré con la geo/ecocrítica lo que su compatriota Foucault hizo con la «arqueología» (exceptuando, por supuesto, su libro homónimo, en el que sí es explícito), es decir, dejaré que el método geo/ecocrítico se defina *ad hoc* y se manifieste oblicua e intuitivamente a través de mi estudio. Sobre la premisa de que la ecocrítica y la geocrítica son *modos de lectura* tan afectivos como analíticos (Huggan y Tiffin 186), el lector encontrará en cada sección de los siguientes capítulos las claves y pautas de lectura geo/ecocríticas que exhiben la relación entre las novelas y las cuestiones geográficas, naturales y medioambientales que inciden en el devenir histórico narrado.

Ahora bien, pese a la «falta» de directrices —o, mejor, la «libertad» metodológica—, la mayoría de los académicos adscritos a la geocrítica convienen en que el mayor aporte de esta aproximación tiene que ver con la posibilidad de estandarizar la terminología relacionada con la espacialidad. Un claro ejemplo es la díada *espacio/lugar*, definida por Michel de Certeau, Yi-Fu Tuan, Marc Augé, entre otros, de formas distintas (aunque no siempre excluyentes), y la cual merece concreción. Es aquí donde, finalmente, defino los términos principales y transversales de esta disertación. En cuanto a «espacio» y «lugar», su uso no será indiscriminado y/o intercambiable, sino que se referirán a dos concepciones distintas, propuestas por el geógrafo sinoestadounidense Yi Fu Tuan, quien define el espacio como un sitio o una extensión indiferenciada (piénsese en un paisaje o una escena), que no ha sido racionalizada ni ha sido sometida a juicios de valor. El lugar, en cambio, implica la racionalización o el procesamiento cognitivo o subjetivo de ese espacio antes

indiferenciado: «undifferentiated space becomes place as we get to know it better and endow it with value» (6), explica Yi-Fu Tuan en su ensayo *Space and Place: The Perspective of Experience* (1977). A pesar de ello, habrá momentos en que será necesario referirme al espacio y al lugar en conjunto; en ese caso, usaré el término «espacio geográfico». Lo que pretendo al usar «espacio geográfico» es constreñir la polisemia y polivalencia del «espacio», al conferirle un contenido siempre físico y natural.

Entre los otros términos transversales de esta disertación está el «imaginario geográfico», definido en el *Dictionary of Human Geography* (5ª edición), como: «A taken-for-granted spatial ordering of the world... a more or less unconscious and unreflective construction» (282). A partir de la definición del *DHG*, concibo el imaginario geográfico como el repertorio de creencias, actitudes y saberes relacionados con el espacio geográfico, adquiridos de manera consuetudinaria y aceptados *de facto*. La «geografía imaginada», término inaugurado por Edward Said en *Orientalism* (1978), tiene que ver con las diversas concepciones y representaciones, hechas desde un *locus* hegemónico (Occidente) y proyectadas hacia un espacio geográfico Otro (el paradigmático Oriente de Said). Estas representaciones y concepciones suponen una relación de poder que establecen una distancia simbólica y material entre el lugar imaginado (periférico, inferior) y el lugar desde el que se imagina (metropolitano, hegemónico). Del mismo modo que «espacio geográfico» abarca tanto el espacio (indiferenciado) como el lugar (mediado por saberes y afectos); el término que abarcará al imaginario geográfico y la geografía imaginaria será «imaginación geográfica». Es decir, cuando hablo de la imaginación geográfica colonial, me refiero a las concepciones y representaciones que produce el imperio español acerca de su propio

espacio geográfico (imaginario geográfico), y las concepciones y representaciones que produce dicho imperio acerca de sus colonias (geografía imaginaria). El término faltante tiene que ver con el giro decolonial, movimiento preponderantemente latinoamericano (y latinoamericanista), forjado como respuesta al eurocentrismo subyacente en los estudios poscoloniales. Aunque no he encontrado estudios anteriores que se definan como geo/ecocríticos y decoloniales, sí hay, en cambio, dos estudios geocríticos poscoloniales que han informado mi enfoque y que merecen ser referidos aquí.

Los estudios en cuestión son: *Literature's Sensuous Geographies: Postcolonial Matters of Place* (2015) del danés Sten Pultz Moslund (2015) y *Postcolonial Literary Geographies. Out of Place* (2016) del británico John Thieme. El primer rasgo distintivo de estos estudios tiene que ver con el corpus que analizan: ya no son los clásicos europeos o las obras del canon occidental —excepto *Heart of Darkness* (1899), de Joseph Conrad y texto ineludible en los estudios poscoloniales—, sino que ahora la atención está en la producción literaria de regiones periféricas como el sur de Asia, Sudáfrica, India y las Antillas anglófonas y francófonas. Algunas de las obras estudiadas son, por ejemplo, *Dusklands* (1974) de J.M. Coetzee, *Things Fall Apart* (1958) de Chinua Achebe y *Disappearance* (1993) de David Dabydeen.

Asimismo, ambos estudios entablan una búsqueda de las formas en que las representaciones literarias del espacio geográfico cuestionan la cosificación del mismo y su reducción a un foco de producción y/o fuente de recursos naturales. En ese sentido, arguyen los críticos, las narrativas poscoloniales (re)construyen los espacios geográficos y los representan como lugares de transgresión al ser reapropiados por los sujetos colonizados

(Moslund 31), o como lugares ingobernables para el colonizador (Thieme 43-46). Este interés en las representaciones de espacios y recursos naturales, así como el medio ambiente, posibilita el cruce entre la geocrítica y la ecocrítica. Como afirman Robert Tally y Christine Battista: «[w]hile distinctive in meaningful ways, both ecocriticism and geocriticism share a concern for the manner in which spaces and places are perceived, represented, and *ultimately used*» (2; énfasis añadido). Esto último informa significativamente mi investigación ya que, en el caso específico de las novelas de la Conquista, es claro que en éstas prima un afán de representar los mecanismos imperiales que facilitaron el control no sólo de los cuerpos colonizados, sino que también de los espacios geográficos explorados y conquistados. Como arguye Beatriz Pastor, uno de los discursos narrativos característicos de la Conquista fue aquel del conquistador que supervive y eventualmente domina la geografía y la naturaleza del Nuevo Mundo, así como al salvaje que la habita. En tal virtud, estas discursividades coloniales ponen de manifiesto: «the inherently artificial and unsustainable means by which humans have sought to organize the real-and-imagined spaces of the world in pursuit of individual, social, and cultural development and progress» (Tally y Battista 3). Por último, los análisis geocríticos y poscoloniales de Sten Pultz Moslund y John Thieme comparten un imperativo que informa significativamente mi investigación: la búsqueda de los momentos narrativos en que se revelan los mecanismos coloniales/imperiales que escinden al sujeto colonizado de su experiencia existencial y fenomenológica con el espacio geográfico o, en palabras de John Thieme: «the situations where people have been displaced, either by physical movement of by the disruption of their home environment by colonial intervention» (3).

Es innegable que los análisis de John Thieme y Sten Pultz Moslund ofrecen ciertas pautas de lectura geocrítica que son productivas y extrapolables al estudio geo/ecocrítico de los textos coloniales y las novelas de la Conquista. Aun así, las regiones y tradiciones literarias que ocupan sus investigaciones son las (ex)colonias anglo- o francoparlantes (India, Nigeria, las Antillas). Sus fuentes bibliográficas están «colonizadas» por nombres provenientes de —o que ejercen en— los centros académicos europeos y/o norteamericanos como Bill Ashcroft, Homi Bhabha, Gilles Deleuze, Félix Guattari, Gayatri C. Spivak y Edward Said. Finalmente, tanto el corpus como el rastreo histórico-literario que hacen Pultz Moslund y Thieme versan sobre experiencias coloniales (la británica, la francesa) que divergen en innúmeros aspectos de la experiencia colonial latinoamericana. Entre ellos están, por ejemplo, el mestizaje y los procesos de independencia y la estatización que no implicaron el cese del poder a los pueblos nativos americanos, sino que el poder fue relevado a blancos, criollos o mestizos, perpetuando así estructuras institucionales coloniales —perpetuación entendida por Aníbal Quijano como la Colonialidad (Borsani, «Acerca del giro decolonial» 4; Castro-Gómez, *El giro decolonial. Reflexiones* 15-16; Quijano, «Coloniality of Power» 183).

Estas preocupaciones son atendidas por medio del giro colonial. Al estar conformado preponderantemente por académicos latinoamericanos,⁸ los debates y planteamientos teóricos toman en consideración las particularidades y los contextos

⁸ Surge del Programa de Investigación Modernidad/Colonialidad, conformado por académicos latinoamericanos como los argentinos Walter Mignolo y Zulma Palermo, los colombianos Santiago Castro-Gómez y Arturo Escobar, el peruano Aníbal Quijano, los puertorriqueños Ramón Grosfoguel y Nelson Maldonado, etc.

espaciotemporales de la experiencia colonial latinoamericana. Asimismo, los poscolonialistas no proponen una fecha que marque transversalmente el advenimiento de la era colonial/imperial occidental, y solo consideran la experiencia colonial a partir de momentos específicos de invasión de una fuerza externa (por ejemplo, desde 1887 hasta 1954 en el caso de la Indochina francesa). Los decoloniales, por otra parte, convienen en que el punto de partida de la era colonial/imperial es 1492, cuando se consolidan los circuitos comerciales marítimos y los mercados intercontinentales (Borsani «Acerca del giro decolonial» 11; Grosfoguel 213). Con todo, el aporte fundamental del giro decolonial tiene que ver con la búsqueda e incorporación de saberes, teorizaciones e incluso memorias y subjetividades Otras (Mignolo, «El pensamiento decolonial» 29), entre las que se encuentran las cosmovisiones indígenas, por ejemplo. En palabras de la filósofa argentina María Eugenia Borsani:

[L]o novedoso de la perspectiva decolonial estriba en el corrimiento o viraje del *locus* de enunciación. Es decir, una ubicación epistémica otra, que habita la frontera entre la narrativa moderna y la periferialidad epistémica no contemplada por tal narrativa... Se trata entonces de un «pensamiento otro» (Mignolo, 2007), que se va construyendo desde espacios geográficos y epistémicos otros, gestados desde la frontera del sistema mundo moderno colonial y por tanto críticos del occidentalismo / eurocentrismo desde su condición de marginal a él... («Acerca del giro decolonial» 11)

Palabras que, además de sintetizar las dimensiones del aporte alter-epistémico del giro decolonial, anuncian los objetivos ulteriores del segundo movimiento de esta disertación: en

primer lugar, la inclusión de académicos, intelectuales y activistas indígenas, cuyas propuestas y teorizaciones han sido obviadas y/o exotizadas desde y por los centros académicos hegemónicos. Entre estas voces están, por ejemplo, el intelectual mixe Floriberto Díaz; la investigadora Sabine Sinigui, de la comunidad emberá; y finalmente, el ecologista aimara Fernando Huanacuni. El otro objetivo anunciado en las palabras de Borsani es la conformación de una geografía otra, sensorial, ecocrítica, alter-epistémica, que contrarreste las abstracciones técnico-cientificistas y mercantilizadoras de las representaciones geográficas coloniales/imperiales/occidentales. Discursividades y representaciones que serán pormenorizadas a través del primer movimiento.

3. Primer movimiento (cap. I): crónicas de Indias y dispositivos coloniales/imperiales

No obstante la inmensa variedad de géneros y formas textuales que conformaron el archivo hispanoamericano desde finales del s. XV (autos judiciales o sacramentales, bitácoras, códices, libelos, poemas épicos y un largo etcétera), cuando se habla de escrituras coloniales el referente inmediato es, incontestablemente, la crónica de Indias. La preeminencia de este género o forma escritural se debe, por supuesto, al inventario formidable —y casi inagotable— de plantas, animales y seres prodigiosos; de hazañas, expolios y tragedias; y al inmenso panteón de héroes, tiranos y mártires que poblaron sus páginas. No es para menos: si, como expresó Francisco López de Gómara en su *Historia general de las Indias* (1552), «La mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió, es el descubrimiento de Indias», entonces es previsible que las crónicas emularan la textura y apuntaran a las dimensiones épico-míticas que

comportó el hito del «descubrimiento». Acaso en ello radique el porqué de la compleja y polimorfa sustancia escritural que caracteriza a las crónicas de Indias, en la que convergen y se diluyen la historia, el mito, la literatura, la alquimia/ciencia, la fábula, la ley y la disquisición teológico-filosófica. Sustancia escritural polimorfa que, aunque distintiva en la crónica de indias, abrevó en formas predecesoras como las literaturas de viajes antiguas y medievales. Entre estas literaturas, el referente insoslayable es *Il Milione* o *Libro de las maravillas* (1298-1299) de Marco Polo, mercader veneciano de quien dijo Borges que «sabía que lo que imaginan los hombres no es menos real que la realidad». En todo caso, dicho polimorfismo resultó en una narración proteica, con «vocación literaria» (Mignolo, «Cartas, crónicas y relaciones...» 139), que desdibuja los límites y estatutos de veracidad de otras formas textuales religiosas, jurídicas y notariales, y conjuga el dato histórico sustantivo con un «sustrato imaginativo» (Pupo-Walker 55). Esta dilución de los límites textuales le otorga a la crónica de Indias un atractivo particular con respecto a otros documentos históricos o de archivo. Ello se patenta en la diversidad de ediciones y reimpresiones, incluso en grandes casas editoriales, de crónicas canónicas como lo son los *Naufragios* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca; la *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo; o la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* de Bartolomé de las Casas. Sin embargo, es debido a ese inventario inagotable de prodigios y de narraciones épicas y/o trágicas, así como a esa «reflexión especular entre lo real y lo imaginario de crónicas y relaciones» (Aínsa, «El mundo como invención»), que gran parte de la crítica se ha enfocado en los discursos de la maravilla y la mitificación, la veracidad histórica y las discursividades coloniales/imperiales que subyacen en las crónicas y que informan el devenir histórico de

los sujetos y las instituciones durante el período colonial. El texto paradigmático e insoslayable de esta vertiente académica es el estudio de Beatriz Pastor, titulado *Discursos narrativos de la conquista: mitificación y emergencia* (1988), en el que la crónica de Indias se entiende como un «discurso historiográfico... integrado únicamente por las voces de unos hombres que compartieron tanto la participación directa en la acción como una voluntad común de incorporación a la historia mediante el testimonio verbal de su experiencia personal de esa Conquista» (ii).

Si bien este primer movimiento (capítulo I de la disertación) también presta atención a las discursividades historiográficas presentes en las crónicas y otros textos coloniales, estas serán constreñidas a aquellas que conciernen a la producción y (re)significación del espacio geográfico americano. Me refiero *stricto sensu* a una serie de estrategias discursivas y representacionales que (re)mitifican, racionalizan y abstraen el espacio geográfico y natural del Nuevo Mundo, imaginándolo a veces como lugar inhabitado, otras como habitado pero subutilizado, y casi siempre transitable, inagotable y, por supuesto, domesticable, explotable, *mercantilizable*. También me interesa discutir y analizar cómo las representaciones de la geografía, la naturaleza y el medioambiente sobrepasan las discursividades coloniales de la maravilla y la mitificación, mismas que se han estudiado profunda y reiteradamente en trabajos anteriores, como el ya citado ensayo *Discursos narrativos de la conquista: mitificación y emergencia* (1988) de Beatriz Pastor, y *Marvelous Possessions: The Wonder of the New World* (1992) de Stephen Greenblatt. Aunque en este estudio me referiré a dichas operaciones discursivas maravillosas y mitificadoras —al fin y al cabo ineludibles—, me interesa encauzar este enfoque hacia una serie de desplazamientos

discursivos que partieron del mito y la maravilla, y fueron reconfigurados por medio de la abstracción y la racionalización, resultando en formas discursivas y representacionales técnico-cientificistas, teleológicas y mercantilistas que dieron precedencia a la posesión territorial, el control y explotación de la tierra y sus habitantes, y la extracción de recursos naturales. Para ilustrar todas estas operaciones en conjunto, retorno a la *Historia general* en la que López de Gómara ofrece un derrotero «del paso [a través de América] que podrían hacer para ir más breves a las Malucas». Dice lo siguiente el historiador sevillano:

Del Nombre de Dios a Panamá hay diez y siete leguas, y del golfo de Urabá al golfo de San Miguel veinte y cinco... y las más dificultosas de abrir; *sierras son, pero manos hay*. Dadme quien lo quiera hacer, que hacer se puede; no falte ánimo, *que no faltará dinero, y las Indias, donde se ha de hacer, lo dan*. Para la contratación de la especiería, para la riqueza de las Indias, y para un rey de Castilla, poco es lo posible. Imposible parecía... atajar veinte leguas de mar que hay de Brindez a la Belona; mas Pirro y Marco Varrón lo quisieron y tentaron para ir por tierra de Italia a Grecia... Si este paso que decimos se hiciese, se atajaría la tercia parte de navegación. (cap. CIV; énfasis añadido)

Este apartado de la *Historia general* de López de Gómara ilustra efectivamente la forma en que el discurso sobrepasa lo maravilloso acudiendo al dato cartográfico, a la sustentación histórica, así como a la abstracción y/o la ambigüedad sugerente y promisorio. «Lo desconocido es una abstracción; lo conocido, un desierto; pero lo conocido a medias, lo vislumbrado, es el lugar perfecto para hacer ondular deseo y alucinación» (13), dice el grumete anónimo que protagoniza *El entenado* (1983) de Juan José Saer, aludiendo al poder

persuasivo de lo sugerido en la escritura colonial (y, metacríticamente, anticipándonos cómo la ficción histórica repiensa estas operaciones discursivas). No se equivoca. Quien lea las entrelíneas de la *Historia general* —como las de muchas otras crónicas, relaciones y textos coloniales— notará que lo ambiguo y lo sugerido ocupa un lugar equiparable al del dato enciclopédico y la explicación sustentada en el dato histórico, geográfico y teológico-filosófico.

¿Cuánta tinta académica no ha corrido acerca de la glorificación de Hernán Cortés que hace López de Gómara en su *Historia general*, cuánta más no se ha dedicado a desglosar su prolija narración sobre el sitio e invasión de Tenochtitlán, o sus disquisiciones acerca del «buen» salvajismo y la inferioridad de los indígenas? Cuestiones indudablemente neurálgicas y merecedoras de una continua indagación, pero que han reducido otras cuestiones a lo incidental o accesorio. Y tiende a olvidarse que, en el contexto de los ss. XV al XVII, en el que las tierras «descubiertas» eran de papel, la descripción geográfica acompañada de lo que podría ser un simple dato cartográfico tenía un poder descomunal. Ese mismo poder es el que intuye el autor e investigador venezolano José Ramón Medina al hablar de la «nueva geografía hija de la propensión milagrera» que se construye en las crónicas de Indias:

La diferencia, que es fundamental, consiste en que una vez cerrado el libro, el lector de nuestros días se incorpora a la vida normal, a la realidad; en la Edad Media y bien entrada la Edad Moderna, los trasgos, el universo animalista, la naturaleza fantástica, el mito milenario, acompañan la experiencia del hombre y explican los sucesos de la vida cotidiana» (xi).

Pese a que Medina, como muchos otros críticos, se refiere específicamente al carácter maravilloso que las crónicas y otros textos coloniales le confieren a la geografía, es posible extrapolar dicho poder de lo maravillo al poder del dato de pretensiones sustantivas (como el cartográfico) en la modulación imaginaria de una geografía asequible y domesticable, y es justamente el rastreo de ese poder, subyacente en las escrituras coloniales, lo que pretendo hacer en esta disertación.

Como mencioné anteriormente, para llevar a cabo el primer movimiento de este rastreo o arqueología foucaultiana, recurriré a una serie de documentos cartográficos como el *Mapamundi* (1500) de Juan de la Cosa, la ya mencionada *Universalis Cosmographia* (1507) de Martin Waldseemüller, y el *Mapa de América* (1652) de Diego Gutiérrez, en diálogo con un conjunto de crónicas de Indias y otros textos coloniales, entre los que se encuentran tres principales, constelados no solo por ocuparse del mismo espacio geográfico (el río Amazonas y las regiones circunvecinas), sino que también por su patente énfasis en lo geográfico, no obstante la apabullante significación de los acontecimientos narrados. Debido a que las tres crónicas en cuestión no son canónicas, o poco conocidas, conviene aquí agregar una breve descripción de cada una:

- i. La *Relación del nuevo descubrimiento del famoso río Grande que descubrió por muy gran ventura el capitán Francisco de Orellana* (1542) del misionero dominico Gaspar de Carvajal (1500-1584), crónica en la que se narra la expedición de 1542-1543 en busca del País de la Canela y El Dorado, organizada por el conquistador Gonzalo Pizarro (hermano menor del renombrado Francisco) y liderada por el también conquistador y explorador Francisco de Orellana. La accidentada expedición resultó en el

- «descubrimiento» del Río Grande, llamado posteriormente Marañón y/o de las Amazonas, debido al ataque que recibió el bergantín de Orellana por cuenta de un grupo de mujeres guerreras.
- ii. La *Relación verdadera de todo lo que sucedió en la Jornada de Omagua y Dorado* (c. 1561), escrita por el soldado extremeño Pedrarias de Almesto (1540- ¿?) y en la que se narra la segunda gran expedición por el Río Marañón o de las Amazonas (1560-1561), esta vez en busca del mítico Reino de los Omaguas, donde se creía que estaba El Dorado. Esta expedición, al mando del adelantado y conquistador navarro Pedro de Ursúa (1526-1561), es indudablemente la más renombrada de las expediciones al Amazonas, ya que en ella participa el famoso —o infame— Lope de Aguirre, «el tirano», quien asesina a Ursúa, usurpa la expedición y, junto con más de 180 soldados, llamados desde entonces «los marañones», se declara en rebelión contra Felipe II. La trágica expedición termina en Barquisimeto (Venezuela), donde Aguirre es juzgado y condenado a muerte. La relación de Almesto tiene el objetivo ulterior de probar su inocencia y su desistimiento de participación en la rebelión de los marañones.
- iii. La *Relación del descubrimiento del río de las Amazonas y sus dilatadas provincias, hoy San Francisco del Quito, y declaración del mapa donde está pintado* (c. 1640), atribuida al jesuita Alonso de Rojas, en la que se narra la expedición por el Río de las Amazonas (1637) al mando del militar y explorador portugués Pedro Teixeira, quien tenía como

objetivo confirmar la posibilidad de una comunicación fluvial directa entre las provincias del Perú y el océano Atlántico.⁹

Además de estas tres relaciones, este estudio se recurrirá de manera complementaria a otras crónicas y textos coloniales canónicos, como lo son la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (1552) de Fray Bartolomé de las Casas; las *Elegías de varones ilustres de Indias* (c. 1589) de Juan de Castellanos; la *Historia natural y moral de las Indias* (1590) del jesuita y naturalista José de Acosta; y las *Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales* (1627) del cronista y misionero franciscano Pedro Simón. Al constelar todas estas escrituras coloniales con los mapas publicados en los ss. XV y XVI, se pondrán de manifiesto las operaciones discursivas inaugurales de una imaginación geográfica que redujo la geografía y naturaleza del entonces Nuevo Mundo a abstracciones cartográficas, técnico-cientificistas y mercantiles.

Uno de los propósitos ulteriores del análisis de los mapas y textos coloniales es demostrar que los desplazamientos discursivos mencionados arriba evidencian tres dispositivos (Foucault) que defino a continuación de manera sucinta, pero que serán desarrollados por separado y detalladamente en los capítulos posteriores. El primero de ellos es el *impulso cartográfico*, término propuesto originalmente por Michel de Certeau, y el cual expando para referirme al constreñimiento y la reducción de la pluridimensionalidad de la geografía americana a nociones de distancia, límite, latitud y longitud; en otras palabras, una reducción a la bidimensionalidad y el espacio simbólico del mapa. El segundo

⁹ Las tres relaciones referidas arriba están compiladas y editadas por el historiador español Rafael Díaz Maderuelo, en el libro titulado *La aventura del Amazonas* (1986).

dispositivo es la *mirada cartográfica imperial*, término que conjuga las conceptualizaciones de Michel Foucault, Ann Kaplan y Mary Louise Pratt, mismo que delimito para referirme a las formas de aprehensión y configuración del espacio geográfico desde una perspectiva totalizante y sinóptica, que prioriza el sentido de la vista y, por ende, omite la corporalidad, la subjetividad y la experiencia fenomenológica (perceptiva/sensorial) de los sujetos coloniales. Al hacer dichas omisiones, la mirada cartográfica imperial escinde al sujeto del espacio geográfico que habita o transita y, por consiguiente, lo desterritorializa. El tercer dispositivo, al que he denominado la *fetichización de la naturaleza*, se nutre de las ideas de Karl Marx (fetichismo de la mercancía) y Fredric Jameson (fetichismo de la mercantilización), así como de las teorizaciones sobre el «conocimiento situado» de Donna Haraway. Con la fetichización de la naturaleza me refiero a un dispositivo que, sustentado en la escisión de la experiencia existencial y fenomenológica de los sujetos, termina por adjudicarle un carácter «fantasmagórico» al espacio geográfico y su naturaleza, legitimando así el extractivismo y la explotación de la tierra. La influencia de estos tres dispositivos en las operaciones discursivas y representacionales de los mapas y los textos coloniales resultaron en la configuración de un espacio geográfico esquizomorfo: desemejante pero reconocible; salvaje pero domesticable; hostil pero apropiable. Como señalé algunas líneas arriba, cada dispositivo será desarrollado en un capítulo diferente. Así entonces, en este primer movimiento de la disertación —movimiento que corresponde al capítulo I— uno de los ejes que estructurarán el análisis de los textos coloniales seleccionados será el impulso cartográfico.

Ahora bien, no pretendo que este estudio sea únicamente un «memorial de agravios» sino que, por el contrario, aporte un examen propositivo y revisionista de estas operaciones geográficas coloniales/imperiales. En ese orden de ideas, y auxiliado parcialmente por el nuevo historicismo (Stephen Greenblatt, Harold Veese), considero que uno de los géneros literarios más potentes a la hora de repensar y replantearse los constructos y discursividades en los que abreva la historiografía es la novela, artefacto que, como enuncia en sus escolios el filósofo Nicolás Gómez Dávila, «añade a la historia su tercera dimensión». Como se podrá apreciar en el segundo movimiento de esta disertación, en esa tercera dimensión radican las experiencias fenomenológicas y las subjetividades y saberes de los sujetos Otros, dimensión que es suprimida o sugerida desde el exotismo en el pensamiento occidental.

4. Segundo movimiento (caps. II y III): replanteamientos geográficos en la novela de la Conquista

De manera análoga a la preeminencia de la crónica de Indias entre otras escrituras coloniales, dentro de las vertientes de la ficción histórica contemporánea, la novela de la Conquista ha gozado de una prominencia que es casi incontestable, máxime si se tiene en cuenta la producción de este tipo de obras desde mediados de la década de los setenta del siglo pasado.¹⁰ La proliferación de estas narrativas y su popularidad entre un público

¹⁰ Hacer una lista aproximada de novelas de la Conquista publicadas a partir de 1970, aun cuando solo se mencionen los títulos y autores, ocuparía demasiadas páginas. En ella se encuentran, por mencionar solo algunas, la totalizante *Terra Nostra* (1975) de Carlos Fuentes; *El arpa y la sombra* (1979) de Alejo Carpentier; *El entenado* (1983) de Juan José Saer; *Síndrome de naufragios* (1984) de Margo Glantz; *Colombina descubierta* (1991) de la venezolana Alicia Freilich; *Vigilia del Almirante* (1992) de Augusto Roa Bastos; *Duerme* (1994) y *Cielos de la tierra* (1997) de Carmen Boullosa; *Inés del alma mía* (2006) de Isabel Allende; y *El conquistador* (2006) de Federico Andahazi.

bastante amplio han propiciado numerosos debates acerca de su calidad literaria y/o estética, las políticas mercadotécnicas que la han impulsado y su valor en cuanto que artefacto cultural, literario e histórico (Price 15-16; Pulido Hernández 250-2501). La indagación respecto a estos debates desborda los límites de este estudio, pero es incontrovertible que la novela de la Conquista es un subgénero que no solo es de alto consumo, sino que también está ligado estrechamente a la producción literaria de corte histórico en América Latina. Es muy posible que uno de los factores influyentes en la popularidad de la novela de la Conquista tenga que ver con su utilización de la poderosa imagería de las escrituras coloniales. La novela de la Conquista ha sido la recicladora (y actualizadora) idónea de ese gran repositorio de imágenes formidables que constantemente aparecieron en las crónicas de Indias, mismo que todavía excita la imaginación de los lectores y académicos en general. Sería una necedad negar el poder cautivador que ejercen, por ejemplo, las recreaciones literarias de grandes gestas exploradoras (El Amazonas, el Mar del Sur); de acontecimientos bélicos de dimensiones épicas (la Noche Triste, la Batalla de Cajamarca); y, por supuesto, de figuras históricas capitales (Cristóbal Colón, Hernán Cortés o los hermanos Pizarro). Otra de las razones que fomentó la eclosión de la novela contemporánea de la Conquista tiene que ver con la cercanía del quinto centenario del «Descubrimiento» de América, conmemoración que fomentó una cantidad significativa de proyectos literarios, culturales y académicos que entablaron indagaciones revisionistas de la experiencia colonial latinoamericana (Aínsa, «Narrativa hispanoamericana» 66-67; Grillo 11; López 3-4).

Por otro lado, la eclosión de la novela de la Conquista y de la ficción histórica latinoamericana en general tiene que ver con las profundas crisis políticas y socioeconómicas que han enfrentado las naciones latinoamericanas debido a la imposición de modelos económicos neoliberales y la apertura a mercados transnacionales y globalizados. Estos son algunos de los factores que detecta el investigador latinoamericanista Brian L. Price, quien en su ensayo *Cult of Defeat in Mexico's Historical Fiction* (2002) afirma que: «these historical reconstructions acquire deeper meaning when understood as part of broader contemporary debates about globalization, neoliberalism, and the continued existence of the nation» (16). Es necesario aclarar que Price se refiere específicamente a la ficción histórica mexicana y abarca varios contextos además de la Conquista/colonia; sin embargo, estas observaciones pueden extrapolarse a otras literaturas nacionales, e incluso a la ficción histórica en el contexto regional latinoamericano. En todo caso, es de común acuerdo en los estamentos académicos que un gran número de ficciones históricas contemporáneas —o, por lo menos, aquellas ungidas de prestigio y calidad por la crítica literaria— manifiestan una motivación examinadora de los procesos históricos y revisionista de los estatutos historiográficos, de manera que informen el presente latinoamericano. En palabras de Price: «by invoking the presence of past errors, historical novelists are able to reflect on political, social, and cultural shortcomings in an indirect manner... historical fiction makes the past relevant to the present» (18).

Brian Price propone que la ficción histórica surge como respuesta a los momentos de crisis (social, política o cualquiera que sea su índole) y que uno de sus imperativos es hacer que las experiencias pretéritas informen y sean relevantes a la luz del presente. Pues bien, al

hablar de las innúmeras problemáticas que aquejan a América Latina en el presente, es indefectible pensar en las crisis medioambientales, la extracción exhaustiva de recursos naturales y la sobreexplotación del subsuelo, los conflictos por la tenencia de la tierra, la desterritorialización, y las migraciones forzosas, problemas que son endémicos en la región latinoamericana. En tal virtud, y como explicaré algunas líneas después, considero que las novelas de la Conquista que se examinarán en este segundo movimiento de la disertación cumplen a cabalidad con las proposiciones de Price.

Las novelas en cuestión son: *Muy caribe está* (1999) del colombiano Mario Escobar Velásquez (1928-2007), novela en la que un conquistador anónimo y nonagenario narra desde su lecho de muerte su participación, junto con Francisco Pizarro, Vasco Núñez de Balboa y Juan de la Cosa, en las exploraciones y la resultante colonización del Golfo de Urabá (caribe colombo-panameño), así como el «descubrimiento» del Mar del Sur (Océano Pacífico). De todas las particularidades que podrían detectarse en esta novela, me interesa mencionar dos: en primer lugar, una descripción geográfica que tiende a ser centrípeta, es decir, que se circunscribe al espacio inmediato del narrador y se enfoca en el detalle, evitando así las descripciones panópticas o totalizantes del paisaje, como las que se patentan en los textos coloniales. Por otra parte, en *Muy caribe está* se aprecia un énfasis en la descripción geográfica a partir de los sentidos diferentes a la vista (olores, texturas, sonidos), permitiendo así que la geografía desborde los límites del papel o del plano cartográfico y se inscriba en el cuerpo y la experiencia fenomenológica y existencial del narrador y de los demás sujetos coloniales. De esta manera, el narrador de *Muy caribe está* contrarresta el poder de abstracción y reducción del segundo dispositivo: *la mirada cartográfica imperial*. El

análisis de este dispositivo, así como de *Muy caribe está*, en diálogo con la *Historia natural* de José de Acosta y la *Relación* de Fray Gaspar de Carvajal, corresponderá al capítulo II.

El capítulo III se enfocará en la trilogía del «Descubrimiento», del también colombiano William Ospina (1954-), compuesta por *Ursúa* (2005), *El país de la canela* (2008) y *La serpiente sin ojos* (2012). En síntesis, la trilogía —que es más una «circulogía»— comprende la narración hecha por un conquistador mestizo y anónimo, quien después de sobrevivir una fatídica expedición por el Río de las Amazonas, decide contar tres historias: en primer lugar, la vida y empresas de conquista de su amigo, el adelantado navarro Pedro de Ursúa, durante sus primeros años en la Nueva Granada (argumento de *Ursúa*); en segundo lugar, el primer viaje del narrador a través del Río de las Amazonas, como miembro de la expedición de Pizarro y Orellana en busca del País de la canela (argumento de la novela homónima); y en tercer lugar, el segundo viaje del narrador a través del Río de las Amazonas, esta vez en compañía de Ursúa y Lope de Aguirre, en busca del Reino de los Omaguas y El Dorado, expedición que el narrador sobrevive, pero no así su amigo, Ursúa —y aquí el porqué de la circularidad—, en cuyo honor decide escribir su vida y empresas en la Nueva Granada, y su fatídica expedición por el Río de las Amazonas (argumento de *La serpiente sin ojos*). Son muchos los rasgos distintivos que se aprecian en esta trilogía. El más relevante aquí tiene que ver con que en ella subyacen tres desplazamientos o reconfiguraciones del narrador. En *Ursúa* encontramos al narrador-cronista, obsesionado con el relato del suceso histórico y la enumeración de figuras históricas capitales, y para quien el espacio geográfico es esquizomorfo: hostil pero conquistable. En *El país de la canela* encontramos al narrador-itinerante, ahora más atento al espacio geográfico y la naturaleza (el río, la selva), misma

que se torna infranqueable para el colonizador, e inasequible para las epistemes occidentales. Finalmente, en *La serpiente sin ojos*, está el narrador-ecocrítico, quien entiende que la geografía que han imaginado los agentes coloniales e imperiales es una abstracción, una tierra «de papel y de fábula», que no concuerda con su experiencia existencial, y la cual ha fomentado una visión mercantilista y explotadora de la geografía y los recursos naturales. Por ello, apela a los conocimientos y subjetividades de los indígenas para replantear su relación —reconciliarse, inclusive— con el río y la selva. De esta manera, el narrador de la trilogía de Ospina resiste la abstracción del tercer dispositivo: *la fetichización de la naturaleza*.

Como puede deducirse de las descripciones anteriores, uno de los factores influyentes en la selección de estas obras tiene que ver con su patente atención a numerosas cuestiones geográficas (descripciones topográficas, botánicas y zoológicas; comentarios sobre las transformaciones que sufrieron la geografía, la naturaleza y el medioambiente por cuenta de la Conquista y la colonización; la relación entre los colonizadores, los colonizados y el espacio geográfico; la (re)mitificación de dicho espacio y su reducción a nociones cartográficas o mercantiles; etcétera). En las obras seleccionadas, el espacio geográfico deja de ser un paisaje supeditado al suceso, el trasfondo de la narración, y pasa a convertirse en parte consustancial y agente de la experiencia histórica. No quiere decir ello que las novelas avancen una especie de determinismo geográfico, sino que, por el contrario, apuntan a que las concepciones y representaciones geográficas de los mapas y las crónicas siempre estuvieron mediadas (manipuladas) por el dato histórico y, sobre todo, por el registro historiográfico. Como expresa el conquistador que narra la trilogía de Ospina:

Los relatos dilatan o acortan las tierras de acuerdo con la suerte de los viajeros. Si uno pudiera comparar el recuerdo del río Magdalena que tenía [el conquistador Alonso Fernández de] Lugo con el que tenía Ursúa después del primer viaje, vería dos ríos distintos, uno largo y peligroso, lleno de indios y venenos... de jornadas que postraban en el desaliento hasta a los resistentes esclavos negros, y el otro apacible, con buenos climas, propicio para la navegación y remontable en pocos días. Así, a punta de recuerdos y esperanzas, se hicieron los mapas de los primeros tiempos, que ponían... a San Pablo de los Pastos al lado de Cajamarca, que hacían correr los ríos en direcciones caprichosas, y alternaban selvas con campanarios... el contorno vacilante de las islas con la imagen lujosa de los galeones o con los rostros inflados de los dioses del viento. (*Ursúa* 117)

En cierto modo, las obras en cuestión obligan al lector a reflexionar y entender, junco con Edward Said, que no hay nada, ni nadie, que esté por fuera o más allá de la geografía, y que nadie se escape de *las luchas por la geografía* (*Culture and Imperialism* 7, traducción propia). Asimismo —y aquí reintegro a Brian L. Price—, una de las intenciones latentes de las novelas seleccionadas es suscitar una reflexión acerca de las formas en que las concepciones y producciones coloniales/imperiales del espacio geográfico del entonces Nuevo Mundo, informan las problemáticas actuales sobre la tenencia y mercantilización de la tierra, la territorialidad, la sobreexplotación de los recursos humanos, etc.

En todo caso, el segundo movimiento de esta disertación (capítulos II y III) tendrá el propósito de analizar las formas en que las novelas seleccionadas replantean, controvierten

o reescriben las operaciones discursivas y representacionales expuestas en los textos coloniales. Intentaré demostrar que estos replanteamientos o reescrituras también tienen como objetivo revelar las formas en que la imaginación geográfica colonial/imperial incide en la relación actual entre los sujetos, las instituciones, las naciones y los mercados contemporáneos con el espacio geográfico latinoamericano. Asimismo, estas novelas proponen una resignificación del espacio geográfico americano a través de subjetividades y saberes Otros (entre ellos los de los pueblos indígenas), en aras de ofrecer formas alternativas de relacionarse con la geografía y el mundo natural, más allá de la abstracción cartográfica y/o los saberes técnico-cientificistas occidentales. La crítica del pensamiento occidental, así como su progresiva supeditación a las subjetividades y saberes Otros —aun cuando es llevada a cabo por los narradores, sujetos colonizadores y occidentales— pone de manifiesto una aproximación geo/ecocrítica y decolonial, misma que les concede un carácter distintivo a estas novelas, al momento de constelarlas con otras novelas contemporáneas de la Conquista.

Conviene aquí anticipar otro ejemplo de las formas en que estas novelas contestan las discursividades coloniales. Unas líneas arriba cité la *Historia natural* de José de Acosta y sus comentarios acerca de la «equivocada» relación que los indígenas mantenían con el mundo natural, al que ponían por encima de Dios. A modo de contestación, dice lo siguiente el narrador mestizo de la trilogía:

En vano Orellana intentaba contrastar todas esas creencias hablándoles del Dios que sangra en la cruz, en vano les explicó cómo ellos andaban errados adorando piedras y bultos hechos por sus manos. Hizo que trajéramos de la

selva dos vigas grandes y con ellas erigió una cruz firme... y les dijo que ese era el símbolo de la única religión, porque en ella había estado clavado el Dios verdadero. Esto por fin les gustó a los súbditos de Aparia y a los propios jefes, *quizá porque sintieron que en ese relato era más poderoso el árbol que el hombre*. (*El país de la canela* 192; énfasis añadido)

El último apunte del narrador tiene una evidente intención irónica. Orellana cree haber restablecido con éxito la cadena del ser, en la que Dios está por encima del hombre y la naturaleza, pero lo que ha hecho en realidad es erigir una efigie en la que el mundo natural (el árbol) sigue siendo preeminente.

Los comentarios irónicos, las reflexiones meta-históricas —y la metaficción historiográfica—, la parodia, etc., recursos que son patentes tanto en *Muy caribe está* como en la trilogía de William Ospina, han sido analizados extensa y reiteradamente por parte de la crítica literaria y el nuevo historicismo en lo que concierne a la ficción histórica contemporánea de América Latina, también llamada nueva novela histórica, novela posmoderna y/o nueva crónica de Indias. Ello se debe a que dichos recursos son comunes a la gran mayoría de obras que pertenecen a esta vertiente literaria. Antonia Viu, entre otros críticos literarios, reconoce: «el frecuente uso de la parodia, la ironía, el grotesco o el humor; la intertextualidad... la presentación de personajes históricos cuya imagen polemiza con la de las crónicas... Todo ello con el objeto de desmitificar, cuestionar y reemplazar las certezas respecto del pasado...» (169). Asimismo, los especialistas la ficción histórica contemporánea convienen en que «la ficción histórica posmoderna es revisionista en dos sentidos: porque viola las convenciones del género literario que surge y porque revisita el

contenido de la historia oficial, a menudo desmitificando la versión ortodoxa del pasado» (Viu 176).¹¹

Esta misma línea crítica e investigativa siguen cuatro estudios (una compilación y tres monografías) que deben ser mencionados con más detenimiento a continuación, ya que su temática (la novela de la Conquista específicamente, y no la ficción histórica en general) los hace predecesores directos de mi investigación. El primero de ellos, en orden cronológico, es *A Twice-Told Tale: Reinventing the Encounter in Iberian/Iberian American Literature and Film* (2001), compilación editada por Santiago Juan-Navarro y Theodore Robert Young. Los 17 artículos que conforman dicho volumen están agrupados en cinco ejes temáticos: primero, las visiones contemporáneas del «Encuentro» desde el posmodernismo literario y el revisionismo histórico; segundo, las formas en que estos trabajos contemporáneos revelan al Otro colonial como un constructo cultural; tercero, la exploración de las políticas del género y los paradigmas sexuales coloniales; cuarto, la revisión de los mitos del mestizaje; y quinto, la reinvención del pasado a partir de crónicas apócrifas (Juan Navarro y Young 12-17).

El segundo estudio es *Latin American Novels of the Conquest* (2002) de Kimberle S. López, en el que se analiza un conjunto de novelas de Argentina y México que deconstruyen la retórica del imperio (2) y los discursos que sustentaron la empresa de expansión

¹¹ Numerosos críticos han llegado a conclusiones similares. Ver, por ejemplo, «La reescritura de la historia en la nueva narrativa latinoamericana» (1991) de Fernando Aínsa; *La nueva novela histórica de la América Latina* (1993) de Seymour Menton; «Del barroco al neobarroco» (2001) de Gonzalo Celorio; y «Una poética para el encuentro entre historia y ficción» (2007) de Antonia Viu.

imperial.¹² Las novelas que comprenden el corpus de López son protagonizadas por figuras históricas marginales (el converso Juan Cabezón de las *Memorias*), conquistadores fracasados (Cabeza de Vaca en *El largo atardecer*), así como conquistadores que, al entrar en contacto con los pueblos nativos, sufren una especie de ansiedad de identificación (como sucede con el narrador de *El entenado*). Según López, el enfoque en estas figuras no hegemónicas deviene en una narración ambivalente, reflexiva y crítica (14), la cual problematiza y deconstruye la cohesión teleológica del discurso historiográfico (17) e insinúa la génesis de los procesos de transculturación inherentes a la identidad latinoamericana (25, 178).

Por otra parte, la monografía de Bart L. Lewis, titulada *The Miraculous Lie: Lope de Aguirre and the Search for El Dorado in the Latin American Historical Novel* (2003), exhibe un análisis de las formas en que cinco novelas de la Conquista revisitan y reformulan el archivo historiográfico concerniente a la figura de Lope de Aguirre, conquistador que participó en la búsqueda del Reino de Omagua y El Dorado junto con Pedro de Ursúa, y cuya «celebridad» trascendió el ámbito hispanoamericano gracias a la película *Aguirre, der Zorn Gottes* [Aguirre, la Cólera de Dios], 1972, de Werner Herzog. De la monografía de Lewis me interesa destacar que, además de las novelas del Cono Sur (*Daimón* de Abel Posse y *Una lanza por Lope de Aguirre* de Jorge E. Funes), el crítico incorpora dos novelas venezolanas que son fundamentales al momento de estudiar la figura de Aguirre: *El camino de El Dorado* de Arturo Usler Pietri, y *Lope de Aguirre, príncipe de la libertad* de Miguel Otero Silva. Lewis se

¹² Las novelas analizadas en la monografía de Kimberle S. López son: *El entenado* (1983) de Juan José Saer; *1492: Vida y tiempos de Juan Cabezón de Castilla* (1985) y *Memorias del Nuevo Mundo* (1988) de Homero Aridjis; *Diario maldito de Nuño de Guzmán* (1990) de Herminio Martínez; *El largo atardecer del caminante* (1992) de Abel Posse

sustraer de los grandes focos de producción literaria y mira hacia la producción de otras latitudes latinoamericanas; sin embargo (y no digo esto como reproche), no puede sustraerse de la apabullante figura histórica del conquistador, y mucho menos de una de la envergadura de Lope de Aguirre.

Una línea de investigación similar se aprecia en *Figural Conquistadors* (2006) de Mark A. Hernández, quien también se concentra en un grupo de novelas históricas de México y el Cono Sur en las que, según arguye Hernández, «renowned Spanish conquistadors from the conquest rewrite their original *relaciones*, fictional marginal figures from the conquest of Mexico rewrite the diffuse cultural myths about *mestizaje* and the black legend of Spanish colonialism, and the figure of Columbus used to mediate on the legacy of the Discovery and conquest for modern Spanish America» (19).¹³ Por medio de las narraciones de dichas figuras —hegemónicas como Hernán Cortés, o marginales como Gonzalo Guerrero— Mark A. Hernández examina las maneras en que la novela de la Conquista rearticula y reescriben las convenciones retóricas y los estatutos de veracidad de la historiografía europea inaugurada desde el Renacimiento español (13, 16, 19).

Las monografías de Kimberle López, Bart L. Lewis y Mark A. Hernández, como muchos artículos enfocados en la novela contemporánea de la Conquista, revelan tres denominadores comunes: en primer lugar, la atención a los dos grandes focos de producción literaria en América Latina: México y el Cono Sur (exceptuando a Lewis que,

¹³ Entre las novelas analizadas por Hernández están *Gonzalo Guerrero* (1980) del mexicano Eugenio Aguirre; *Cómo conquisté a los aztecas* (1990) del mexicano Armando Ayala Anguiano; *Esta maldita lujuria* (1990) del argentino Antonio Brailovsky; *Maluco: la novela de los descubridores* (1990) del uruguayo Napoleón Baccino Ponce de León; *Diario maldito de Nuño de Guzmán* (1990) del mexicano Herminio Martínez; y *El largo atardecer del caminante* (1992) del argentino Abel Posse.

como ya dije, incorpora dos novelas venezolanas); en segundo lugar, el enfoque en la deconstrucción del conquistador en cuanto que figura histórica en la que se conjugan los imperativos y las discursividades coloniales/imperiales; finalmente, el énfasis en el examen y revisión de las estrategias retóricas y discursivas historiográficas, en cuanto que instrumentos de legitimación de los proyectos de Conquista y el establecimiento de estructuras sociopolíticas coloniales en América Latina.

El análisis que llevaré a cabo en el segundo movimiento de esta disertación se distingue de los estudios mencionados arriba en varios aspectos. En primer lugar, las novelas de la Conquista que se examinarán aquí son de dos autores colombianos (los ya mencionados Mario Escobar Velásquez y William Ospina) y las historias narradas están contextualizadas en el caribe colombo-panameño, así como la región andina y amazónica nororiental. Y aquí avanzo otra de las razones que motivaron la selección de *Muy caribe está*, de Escobar Velásquez, y la trilogía de William Ospina: en primer lugar, porque estas novelas me permiten reorientar la atención hacia los procesos de Conquista y colonización de regiones como la Amazonía —enaltecida por los ecologistas y obviada por los humanistas— u otras regiones diferentes a la Nueva España o al Virreinato del Perú, mismas que han sido dilectas de los estudios histórico-literarios coloniales. En segundo lugar, me interesa dirigir la atención hacia la producción literaria —específicamente de ficción histórica— de otras latitudes que, como Colombia, han sido marginalizadas o poco estudiadas por fuera de sus ámbitos nacionales, y las cuales deben ser consteladas con la producción de México y el Cono Sur si es que se pretende tener una visión precisa y panorámica del estado de la producción literaria latinoamericana en general. De hecho, de todas las monografías

consultadas, solo una se enfoca exclusivamente en la ficción histórica colombiana e incluye a los dos autores en cuestión. Me refiero al ensayo del investigador y escritor Pablo Montoya, titulado *Novela histórica en Colombia. 1988-2008. Entre la pompa y el fracaso* (2009).¹⁴ Como expondré con más detalle en los capítulos II y III, aparte del trabajo de Montoya es muy poca la crítica que se ha dedicado a estudiar a los autores en cuestión y la mayor parte de la existente se ha hecho en Colombia. Aunque esta carencia podría pasar desapercibida en el caso de Mario Escobar Velásquez —cuya obra tuvo una modesta circulación dentro de Colombia, inclusive—, esa misma carencia reluce al tratarse de William Ospina, cuya vasta producción literaria ha desbordado las fronteras colombianas tanto comercial como temáticamente.

Por último, el estudio que se llevará a cabo aquí diverge de los dos predecesores en lo que respecta a su enfoque. Tanto en *Novels of the Conquest* (López), como en *Figural Conquistadors* (Hernández), los ejes temáticos son la deconstrucción de la figura histórica del conquistador y la revisión de los discursos historiográficos. Aunque, como he dicho, las novelas que analizaré están pobladas por conquistadores de la talla de Pizarro, o figuras legendarias y apabullantes como Lope de Aguirre, haré la misma operación que se aprecia en las novelas seleccionadas, y supeditaré estas figuras —y los discursos historiográficos— a las cuestiones geográficas, y otras formas de aproximarse a la geografía más allá de la abstracción cartográfica y la producción de conocimiento técnico-cientificista. Entre estas

¹⁴ Conviene aclarar que el estudio de Pablo Montoya abarca numerosas vertientes de la novela histórica, así como temas diversos (la conquista, la época de la Violencia, el narcotráfico, etc.). Igualmente, su estudio —que podría entenderse mejor como una serie de reseñas— es de corte formalista y estructuralista (por ejemplo, qué criterios usar para la selección y categorización de la novela histórica en Colombia), y sigue lineamientos estilísticos y esteticistas para hacer dicha categorización.

formas otras están la experiencia fenomenológica y la inclusión de cosmovisiones, subjetividades y saberes Otros, como los de los indígenas. Es por eso por lo que, si fuera necesario bautizar estas novelas con algún término crítico literario, no me referiría a ellas como *nuevas crónicas de Indias*, *nuevas novelas históricas* o *reescrituras coloniales*, sino que optaría por otro, que anticipo aquí pero desarrollaré y justificaré detenidamente en el segundo movimiento de este estudio: *geografías literarias decoloniales* (aunque el término será desarrollado en los capítulos II y III, de antemano quiero aclarar que su uso no tiene pretensiones neologistas y solo enfatiza su sentido aproximativo hacia la decolonización).

En resumen, con el segundo movimiento de esta disertación procuro suscitar un ejercicio de extrapolación en el lector, semejante al que han hecho otros estudios que siguen esta línea crítica. Este ejercicio de extrapolación o actualización es el que exhiben los investigadores Oswaldo Estrada y Anna M. Nogar quienes, en la introducción a su compilación titulada *Colonial Itineraries of Contemporary Mexico* (2014), señalan que:

Creative works treating Mexico and its past persistently question these continuums [the colonial past and its legacy within the paradigms of the new millennium], exploring the role of memory and discourse, the difference between literary invention and historical truth, *the formation of Otherness in a globalized environment, the destruction of a pre-Columbian world* and the birth of mestizo subjects... and the lasting linkages between Spain and the Americas.

(4; énfasis añadido)

Como en la monografía de Brian L. Price, la compilación de Estrada y Nogar está enfocada a la experiencia histórica de México, así como sus revisiones y contestaciones desde la ficción

histórica contemporánea; sin embargo y términos generales, sus planteamientos son aplicables y extrapolables a la experiencia histórica de otras latitudes latinoamericanas. En tal virtud, mi estudio busca entablar un diálogo crítico y complementario con estos estudios histórico-literarios, y expandir esta vertiente crítica hacia otras dimensiones de la experiencia colonial latinoamericana, como lo son las concepciones y representaciones geográficas y medioambientales. Esta reorientación nos permitirá, en suma, reconocer las huellas de la imaginación colonial que subyacen en nuestra relación actual con la geografía (la tierra, la naturaleza, el medioambiente), y reconocer las posibilidades hermenéuticas que ofrece la ficción histórica para repensar, y replantear las huellas coloniales que subyacen en la imaginación geográfica de la Contemporaneidad.

Sin más preámbulos, regresemos entonces a aquel *annus mirabilis* (o *terribilis*) de finales del s. XV; año desencadenador de contingencias históricas que tres lustros después reducirían el complejo mundo natural de los mexicas a un planisferio inventado por mandato imperial. Regresemos, en fin, a la Era de los «Descubrimientos» y observemos cómo ese Nuevo Mundo representado en mapas totalizantes y relaciones febriles, devino un atlas de prodigios cuyas geografías imaginarias reverberarían aún cinco siglos después.

CAPÍTULO I

Que trata de geografías imaginarias e impulsos cartográficos en las crónicas de Indias, o de

los modos de producción imperial y colonizadora del espacio geográfico

*Al Occidente van encaminadas
Las naves inventoras de regiones...
No curan de señales limitadas
Que ponen las antiguas opiniones...*

Juan de Castellanos: *Elegías de varones ilustres de Indias*

*¿Qué arcoíris es ese negro arcoíris
Que se alza?
Para el enemigo del Cuzco horrible flecha
Que amanece.*

Poema quechua anónimo: *Elegía al Inca Atahualpa*

1. [Crónicas] Cartografías de Indias

Parte del encanto que por siglos han ejercido las crónicas de Indias tiene que ver con la multitud de imágenes formidables que en ellas se registran: desde los armadillos que Gonzalo Fernández de Oviedo describiría como «animales... de pellejo de lagarto... de la facción y hechura de un caballo encubertado... y del tamaño de un perrillo o gozque de estos comunes...»; hasta los indios brasiles mencionados por el soldado Pedrarias de Alместo, los cuales asaltaban por miles en canoas y «hartaban sus malditos vientres de carne humana, la cual todos ellos comen y se pierden por ella». Como sucedió con las plantas, los animales y los indígenas, la geografía del Nuevo Mundo fue también referida a

través de imágenes formidables: desde islas de plantas colosales, pasando por regiones donde las nubes de insectos oscurecían el día, y tierras donde la tormenta nunca cesaba, hasta ríos que alcanzaban los abismos del fin del mundo. Muchas de esas imágenes parecieran conjugar la imaginería aprendida de los pueblos indígenas con los libros de caballería y las imaginaciones europeas más descabelladas. Del mismo modo, estas imágenes han sido reiteradamente entendidas como modulaciones de mitos clásicos y medievales, repetidas y adaptadas a las diferentes regiones del llamado Nuevo Mundo. Sin embargo, estas imágenes no fueron antojadizas; por el contrario, ellas constituyeron una forma de garantizar que la repentina aparición de la «cuarta región» no obliterara las lógicas de un imaginario geográfico heredado desde la Edad Antigua. Ello explica, en parte, el hecho de que Cristóbal Colón pensara que había arribado a la isla de Cipango, a la que tanto se refirió Marco Polo en *Il Millione*, o que Gonzalo Fernández de Oviedo asegurara que lo que Cristóbal Colón había hecho era redescubrir y devolver a España las Hespérides o Islas Afortunadas, extraviadas desde la antigüedad. Lo anterior, entonces, da fe de aquella sentencia célebre del historiador mexicano Edmundo O’Gorman, quien afirma que: «antes de ser una realidad [América] fue una prefiguración *fabulosa* de la cultura europea» (17, énfasis mío).

La invención —o fabulación— de América se encuentra plasmada indefectiblemente en las crónicas y textos inaugurales,¹⁵ mismos que comprenden los primeros intentos de discernir, ordenar y comunicar un mundo inédito y desemejante, que no se ajustaba a los

¹⁵ Entre estas crónicas se encuentran el *Diario de a bordo* (1492) de Cristóbal Colón, las *Décadas de Orbe Novo* (1494) de Pedro Mártir de Anglería, El *Itinerario de la armada* (1518) de Juan Díaz, o las *Cartas de relación* (1519-1534) de Hernán Cortés.

saberes occidentales y excedía los alcances de las lenguas europeas. Para llenar esos vacíos lingüísticos y epistémicos hubo que acudir a una serie de estrategias representacionales:¹⁶ desde los préstamos «bárbaros» (como los llamaría Fernández de Oviedo) para poder referirse, así, al ananás, al cacahuete, al caimán, o la zarigüeya; hasta el uso de tropos y circunloquios, acompañados de descripciones copiosas y exuberantes (Nieto Olarte 16-17). Dichas estrategias representacionales, además, están articuladas por un tipo de discurso que tendió a embellecer lo visto hasta lo sublime, o *monstruificarlo* hasta la abominación; este es, precisamente, el discurso del asombro, la maravilla y la mitificación, tal vez el más sobresaliente entre los diferentes discursos y estrategias representacionales de la Conquista y colonización del Nuevo Mundo.

Mucha es la tinta que ha corrido sobre el tema de los discursos del asombro y la maravilla, mismos que han ocupado un espacio preponderante en estudios paradigmáticos como los de Beatriz Pastor, Stephen Greenblatt y Edmundo O’Gorman, entre otros.¹⁷ La amplitud del tema es tal, que abarcar todo lo dicho o escrito sobre el mismo desborda los límites de este capítulo; sin embargo, no pretendo obviar el tema —al fin y al cabo es insoslayable al momento de hablar de los discursos coloniales—, sino restringirlo a los modos en que dicho discurso configuró el imaginario y la forma de representación de los espacios geográficos en las crónicas de Indias, y cómo dichos textos emularon y se nutrieron

¹⁶ Con «estrategia representacional» me refiero a los recursos simbólicos, gráficos y lingüísticos que los cronistas de Indias y otros autores de la época utilizaron como método de identificación, normalización y *occidentalización* de aquella flora y fauna, sujetos y territorios sin parangón en la imaginación europea.

¹⁷ e.g. *Discursos narrativos de la conquista: mitificación y emergencia* (1983) de Beatriz Pastor, *Marvellous Possessions: The Wonder of the New World* (1991) de Stephen Greenblatt y *La invención de América* (1992) de Edmundo O’Gorman, textos que serán referidos y comentados a través de este capítulo.

de los desarrollos cartográficos de la época. Si bien el discurso del asombro y la maravilla ocupará un espacio considerable en este capítulo, me interesa también dirigir la atención a lo que podría considerarse como un desplazamiento u oscilación que va del discurso de la maravilla y la mitificación hacia un discurso racionalizador teleológico y mercantilista de los territorios del Nuevo Mundo.¹⁸ El análisis de este desplazamiento discursivo es fundamental y urgente porque nos da luces sobre algunas formaciones discursivas actuales, y cómo estas intervienen en una serie de problemáticas vigentes en América Latina. Por ejemplo, los conflictos de tenencia, posesión y desposesión de la tierra; las deficiencias de los modelos económicos agroindustriales y extractivistas, y finalmente, la crisis medioambiental. En fin, este capítulo busca propiciar una serie de reflexiones geo-ecocríticas a partir de dos cuestionamientos: primero, ¿de qué manera —y con qué objetivo— los primeros cronistas representaron y configuraron el espacio geográfico, la naturaleza y el medioambiente del Nuevo Mundo? Y segundo, ¿qué incidencia tienen dichas representaciones geográficas, naturales y medioambientales en el presente neocolonial latinoamericano?

Con el fin de responder a las preguntas anteriores, en este capítulo propongo una lectura geocrítica (centrada en la relación entre la literatura y el espacio geográfico) de un grupo de crónicas de los ss. XV y XVI. Por una parte, me enfocaré en los tres textos que tratan del «descubrimiento» y las primeras exploraciones del Río Amazonas, ya referidos en el capítulo introductorio: la *Relación del nuevo descubrimiento del famoso Río Grande que descubrió por muy gran ventura el capitán Francisco de Orellana* (1542), escrita por el misionero

¹⁸ Con «discurso extractivista» me refiero a una estrategia representacional que promueve un modelo económico basado en la extracción intensiva de recursos naturales para ser vendidos en mercados extranjeros y/o transnacionales. Ver «Extractivismo, dependencia y desarrollo» (Colectivo de Acciones Socioambientales).

dominico Fray Gaspar de Carvajal. En segundo lugar, la *Relación verdadera de todo lo que sucedió en la Jornada de Omagua y Dorado* (1561), escrita por el soldado Pedrarias de Alместo. Finalmente, el *Descubrimiento del Río de las Amazonas y sus dilatadas provincias*, escrita por el misionero jesuita Alonso de Rojas (Córdoba, España, 1588 – Quito, Ecuador, 1653). También haré referencias complementarias de otros textos coloniales como la *Historia natural y moral de las Indias*, del jesuita José de Acosta.

La lectura geocrítica de los textos mencionados arriba se llevará a cabo, además, sobre tres ejes temáticos: (1) el *imaginario geográfico* medieval, ligado a las *geografías imaginarias* (Edward Said) y los *lugares imaginados*; (2) el *impulso cartográfico*, concomitante con la *estriación* del espacio geográfico; y (3) el discurso racionalizador, teleológico y mercantilista ligado a la «estriación» (Deleuze y Guattari) del territorio. El análisis de los textos coloniales a partir de los tres ejes temáticos revelará ciertas formas de producción imperial y colonizadora del espacio geográfico. Entre ellas está la concepción de lugares transitables y, por ende, «colonizables»; el desplazamiento y actualización de regiones míticas; la descripción expansiva, teleológica y totalizante; así como un énfasis posterior en la abstracción que precede al técnico-cientificismo y la estriación de los espacios geográficos del Nuevo Mundo. Todas estas resignificaciones de los espacios geográficos de manera que estos fueran digeribles, domesticados y, por tanto, útiles en el proyecto de Conquista, expansión y control colonial.

Antes de entrar en los imaginarios geográficos, las geografías imaginarias y los resultantes lugares imaginados durante la llamada Era de los «Descubrimientos» y la expansión imperial, conviene hacer un breve repaso de algunos conceptos centrales. Como

expliqué en la Introducción, el uso de términos como «espacio», «lugar» y «territorio» no es indiscriminado ni intercambiable. De hecho, el término que usaré para referirme a los tres en conjunto será «espacio geográfico». Por otra parte, usaré los términos «espacio» y «lugar» siguiendo las propuestas teóricas del geógrafo Yi-Fu Tuan, quien entiende el *espacio* como un sitio o una extensión indiferenciada (un paisaje, una escena), desvinculada de la mediación racional o subjetiva, o de juicios de valor. El *lugar*, en cambio, sucede cuando ese *espacio* es interpretado, aprehendido y se le adjudica un valor. En palabras de Yi-Fu Tuan, «undifferentiated space becomes place as we get to know it better and endow it with value» (6). Ello no quiere decir, que el devenir del *espacio* en *lugar* implique automáticamente una operación identitaria o apropiativa; lo que implica este devenir es que el *lugar* tiene una dimensión epistémica e interpretativa. El *lugar* deja de ser un *espacio* aleatorio e indiscriminado para ser: «an organized world of meaning», constituido en relación con el humano (Prieto 18, Tuan 179). Es por eso, porque ya hay una intervención cognitiva, por lo que es más preciso hablar de *lugares imaginados*, y no de *espacios* o *geografías imaginadas*.

Por otro lado, en esta investigación consideraré el *territorio* como el siguiente paso en el devenir geográfico del *espacio* → *lugar*, por lo que, esquemáticamente, se apreciaría de la siguiente manera: *espacio* → *lugar* → *territorio*. Lo que permite este esquema es el hecho de que el *territorio*, además de ser interpretado, aprehendido y/o valorado (*lugar*), es también configurado a partir de expresiones, subjetividades y relaciones socioculturales, históricas e identitarias. Asimismo, la noción de *territorio* supone una relación de poder, un espacio de disputa, negociación y contestación entre sujetos o entidades exógenas y los sujetos o comunidades endógenas —«territorially anchored»— que residen en dicho lugar (López

Sandoval et al. 45-46). Finalmente, si a lo anterior se suman «procesos de apropiación, habitación y vivencia del territorio» (territorialización), entonces se produce la noción de *territorialidad*, que comporta una dimensión política en la relación sujeto-lugar (Soler et al. 211).

El esquema *espacio* → *lugar* → *territorio* es productivo dado que nos anticipa la forma en que se configuró el espacio geográfico del Nuevo Mundo. Con los mapas, crónicas y relaciones, el *espacio* del Nuevo Mundo devino un tipo de *lugar* y *territorio* configurados a partir de constructos imperiales. Y como veremos en los siguientes capítulos, las narrativas contemporáneas reconfiguran dichos espacios geográficos producidos imperial/colonialmente y, al imbuirlos de subjetividades, identidades y comunalidades, los *(re)territorializan*. Las siguientes secciones, entonces, comprenden un seguimiento detallado del devenir *espacio* → *lugar* → *territorio* (Nuevo Mundo → América Latina), seguimiento que comienza en el imaginario geográfico medieval y las primeras geografías imaginarias del Nuevo Mundo.

2. Imaginarios geográficos, geografías imaginarias y lugares imaginados

Como indiqué en el capítulo introductorio, pensar en las representaciones geográficas que los agentes imperiales y colonizadores hicieron de los espacios y territorios del Nuevo Mundo —es decir, las geografías que estos agentes imaginaron—, remite ineludiblemente a los discursos del asombro y la maravilla que vertebraron la gran mayoría de representaciones de la época. También es necesario reiterar que la aparición de estos discursos maravillosos no fue espontánea ni arbitraria, sino que se dio sobre la base de un

repertorio de creencias atávicas, mitos e indagaciones primarias acerca del cosmos y la Tierra; repertorio al cual podríamos referirnos como el «imaginario geográfico» medieval.¹⁹

Aquí conviene distinguir entre el «imaginario geográfico» y la «geografía imaginaria» de la que habla Edward Said en su seminal ensayo *Orientalism* (1978). Según el *Dictionary of Human Geography* (2013), el imaginario geográfico hace referencia a un repertorio de creencias, ordenamientos y saberes a propósito de un lugar o territorio, el cual es «typically treated as a more or less unconscious and unreflexive construction» (539, 707). La geografía imaginaria, en cambio, es una serie de representaciones proyectadas hacia Otra geografía —o geografía Otra— como, por ejemplo, el Oriente que imagina Occidente. En estas representaciones interviene la volición y sensibilidades sociopolíticas y culturales de los sujetos hegemónicos que realizan dichas representaciones; la geografía imaginaria, entonces, conlleva una relación de poder y subjetividades que permiten establecer una distancia simbólica y material entre el *sujeto imaginador* (el término es mío) y el lugar imaginado (*Orientalism* 49-51). Es decir, analógicamente, el imaginario geográfico se concibe como el imaginario colectivo que conceptualizaron Edgar Morin y Cornelius Castoriadis; mientras que la geografía imaginaria funciona de manera oblicua con respecto de la concepción de comunidad imaginada de Benedict Anderson. En esta investigación, tomo el imaginario geográfico medieval como la base epistémica y representacional sobre la que se erigirán las geografías del Nuevo Mundo que imaginarán (es decir, idearán o representarán) los agentes colonizadores e imperiales.

¹⁹ En el artículo «Mare Occidentale: La aventura de imaginar el Atlántico en los mapas del siglo XVI» (2007), la investigadora Carla Lois hace una referencia al imaginario geográfico medieval, aunque no desarrolla el concepto.

¿En qué consistía dicho imaginario geográfico medieval? En primer lugar, se puede concebir como un repertorio regido en parte por una «cosmografía religiosa» —y preponderantemente cristiana—, la cual perpetuó el geocentrismo y la idea de Jerusalén como el centro de ese otro gran centro universal que fuera la Tierra (aunque, con el advenimiento de la Era de los «Descubrimientos», el centro de los mapas se trasladará a Europa). Igualmente, el imaginario geográfico medieval se sustentó en una herencia cultural que abrevaba en cosmogonías y mitologías antiguas y clásicas, o llegadas a Europa gracias a los primeros viajes a Oriente. Entre esas, las más notables tal vez sean aquellas relacionadas con la presencia del Paraíso y otras regiones míticas, la forma plana y orbicular de la Tierra, y la certeza de la finitud abrupta del mundo. Uno de los ejemplos más ilustrativos de este imaginario geográfico se encuentra en el *Mapamundi* del monje mozárabe Beato de Liébana (Cantabria, c. 730 – Liébana, c. 800), en el que se aprecia Jerusalén (*Iudea*) como el «*umbilicum mundi*» y el Jardín del Edén en el extremo oriental de Asia, es decir, en la parte superior del mapa (Fig. 3).

Es necesario aclarar que el mapa de Beato de Liébana, como los de otros clérigos de la época, «no obedecía a un interés geográfico, sino a la voluntad de mostrar la difusión del Evangelio en las distintas regiones de la Tierra» (Garrido Ramos 52). Sin embargo, la considerable divulgación que tuvieron los *Comentarios al Apocalipsis de San Juan* —obra que contiene el mapa—, hizo que este mapa adquiriera un importante valor cartográfico y se convirtiera en referente ineludible en la concepción geográfica de la Alta Edad Media (García-Aráez 50; Garrido Ramos 52).



Fig. 3: A diferencia de la convención cartográfica moderna, y como muchos mapas de la temprana Edad Media, el Mapa Mundi de Beato de Liébana se encuentra orientado, es decir, el norte del mapa (Septentrio) se encuentra en el lado izquierdo de la imagen, y el oriente, por tanto, se encuentra en el lado superior (Oriens). Mapa Mundi de Beato de Liébana, reproducido en la Abadía de Saint-Sever (Francia), e incluido en el libro segundo de los *Commentarium in Apocalypsin* (c. 1050). Fuente de la imagen: Wikimedia Commons

Regreso al mapa para hacer dos últimas anotaciones: primero, la presencia de las *Insulae Fortunatarum*, o Islas Afortunadas (parte inferior derecha, Fig. 3), las cuales reaparecerán en incontables mapas posteriores, sugiriendo —legitimando, inclusive— la existencia del *cuarto continente* o la *cuarta región*. En segundo lugar, cabe anotar que, si bien los bordes del océano exterior se encuentran bien definidos, ello no implica que el océano se concibiera como limitado y definido. De acuerdo con el investigador español Hermenegildo García-Aráez, en el mapamundi de Beato de Liébana, como en numerosos mapas de la época, los océanos y sus islas son «representados con poca precisión geográfica»; por consiguiente, los bordes del océano funcionan «a modo de encuadre decorativo» (73). Esto último es de suma importancia porque supone otro aspecto del imaginario geográfico

medieval, el cual pudo haber incidido en la dilatación de las exploraciones extracontinentales: la desconocida dimensión de los océanos que rodeaban las tres masas continentales. En tal virtud, podría pensarse que además de haber servido como encuadre decorativo, como sugiere García-Aráez, el borde de los océanos habría servido como signo prudencial: el borde marcaba el límite material del mundo conocido, habitado y controlado por la humanidad (o mejor, la cristiandad). Lo desconocido, lo indeterminado, lo que había más allá —si había algo más allá— estaría entonces vedado para los humanos. En todo caso, la idea del borde como signo prudencial del límite del mundo no es infundada si se toma en cuenta que la indeterminación acerca de los océanos que rodeaban la masa continental euroasiática gestó desde la antigüedad innúmeras leyendas: los sumerios, por ejemplo, las concebirían como las «aguas de la muerte»; los griegos las imaginarían como el Tártaro sobre el que reposaba el disco plano de la Tierra; y, finalmente, para los astrónomos de la antigua India, esas aguas extracontinentales serían un mar de leche rodeado por Shesha, la gran *naga* o serpiente, uno de los avatares del dios hindú de la creación.²⁰

Ahora bien, estas nociones antiguas no se mantuvieron intactas o incuestionadas, sino que se fueron modificando paulatinamente con el conocimiento adquirido y compendiado gracias al establecimiento de rutas comerciales e intercambios culturales, y gracias a indagaciones protocientíficas (invocando el término de Thomas Kuhn) en disciplinas como la astronomía, la geografía y la filosofía natural. Así entonces, el

²⁰ Para una genealogía mucho más detallada del desarrollo de estas concepciones astronómicas y geográficas, consultar *The History of Cartography* (1987) editado por J.B. Harvey, *The Cambridge Concise History of Astronomy* (1999) de Michael A. Hoskin, y *La morada cósmica del hombre. Ideas e investigaciones sobre el lugar de la Tierra en el universo* (2003) de Marco Arturo Moreno Corral.

imaginario geográfico medieval supuso un sistema epistémico que a veces conjugaba el mito y lo sustantivo, y otras tantas vacilaba entre uno y otro. Quizás el ejemplo más elocuente de lo anterior sea un portentoso tratado cosmográfico de 1410, muy pertinente aquí, además, por ser uno de los tres textos que informaron directamente las ideas de Cristóbal Colón: me refiero al *Imago Mundi*, del geógrafo y cardenal francés Pierre D'Ailly (Fig. 4).²¹

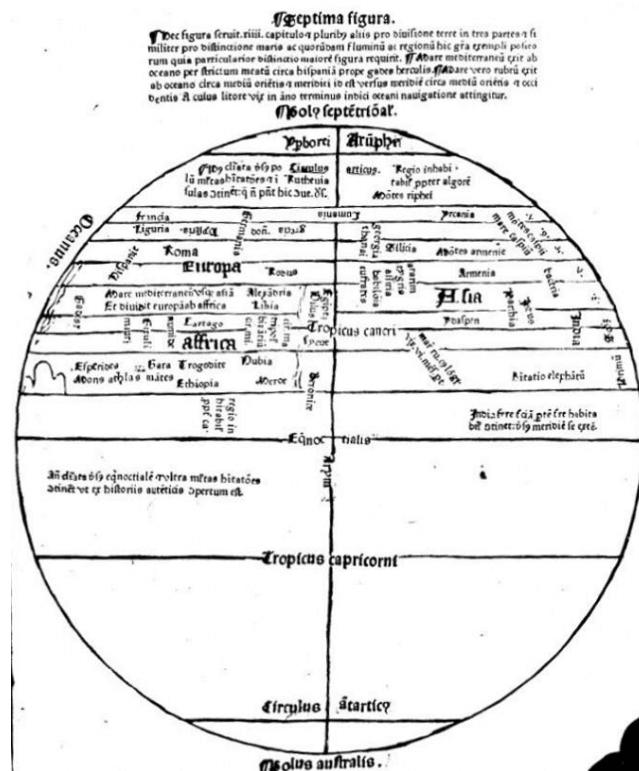


Fig. 4: Esquema de la Tierra que incluye las zonas continentales, los paralelos que dividen las zonas tórridas de las templadas, y las antípodas. Séptima figura, *Imago Mundi* de Pierre D'Ailly (1410), ed. Lovaina, 1483.
Fuente de la imagen: Wikimedia Commons

²¹ Los otros dos textos que influyeron en el pensamiento de Colón y en la planificación de su primer viaje fueron: la *Cosmographia* o *Historia rerum ubique gestarum* (1458), del Papa Pío II (Eneas Silvio Piccolomini), y la carta que el astrónomo y matemático Paolo dal Pozzo Toscanelli le envió en 1474 al portugués Fernando Martins (middleman de Alfonso V de Portugal), carta a la que Toscanelli anexó un mapa describiendo una posible ruta de acceso por el occidente hacia las Indias (específicamente hacia la Isla de las Especias, o Islas Molucas).

En este tratado, D'Ailly concibió el mundo como una especie de vecindad cósmica que aglutinaba regiones míticas y divinas como *Empirea* («sede de Dios y morada de los santos»), los círculos menores de la Tierra, como la zona tórrida e inhabitable (región que abarcaba el paraíso terrenal), el ecúmene (zona temperada, ubicada en «la parte superior y más noble de la tierra», y habitada por los europeos), y finalmente el *Mare Tenebrosum* que lo rodeaba todo y se extendía hasta los abismos del fin del mundo (D'Ailly 29-41).

La preeminencia de esta concepción del mundo es tal que diversas crónicas del s. XVII hacen menciones recurrentes a la cosmovisión medieval y, de igual manera, explican cómo el «descubrimiento» confirmó o desmintió dicha cosmovisión. Una de las más referidas en crónicas e historias naturales tiene que ver la multisecular creencia de que las zonas antípodas eran inhabitables (creencia legitimada por D'Ailly). Dice, por ejemplo, Fray Pedro Simón en sus *Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme*:

No solo no se tuvieron noticias ciertas antes que se descubrieran, de que estas tierras estuviesen aquí en esta parte del mundo con gente; pero antes fue de parecer Aristóteles y los que siguieron, que era imposible poderlas habitar animales, por el mucho calor que imaginaban había en ellas, por la mucha vecindad del sol y enviar sus rayos perpendiculares. (cap. I, n.º 4).

En una época en la que gran parte de la experiencia humana en Europa no sobrepasaba las fronteras de las campiñas, las villas o los feudos, es comprensible que en el imaginario geográfico Europa estuviera circundada ya sea por islas y regiones de ensoñación (para los geógrafos y exploradores más visionarios, por lo menos) o, por el contrario, rodeada por un mar insondable, poblado de leviatanes y regiones cuya cercanía al fin del mundo exacerbaba

el temor y/o la especulación. En su ensayo «Imaginación y cartografía: un estudio sobre el proceso del descubrimiento americano», los investigadores Enrique López Delgado y Miguel Nicolás Caretta recrean de manera esclarecedora la forma en que el imaginario geográfico medieval condicionó las exploraciones y «descubrimientos» de los imperios europeos:

En este contexto [la Edad Media] el mar Mediterráneo fue el eje de un mundo conocido, habitado y habitable; el alma de la antigüedad y del Medioevo... El Mediterráneo es el punto de partida para toda concepción sobre lugares distantes y la noción se elabora sin el más mínimo cuestionamiento... de tal forma que el orbe medieval —dice [Luis] Weckman— se rodeó de un cinturón de islas reales o imaginarias, forjando una «geografía visionaria» (Weckman 1984) que se encargó del diseño del mundo. (114)

Es posible que la consecuencia capital de esa «geografía visionaria» haya sido el advenimiento de la llamada Era de los «Descubrimientos». Y digo que es una consecuencia capital porque, con dicho advenimiento, la imaginación colectiva europea tuvo que confrontar sus antiguas concepciones sobre el orbe con la creciente aparición de mares y tierras inéditas en mapas y relaciones. El mundo ya no sería: «un solo hemisferio... que [obligaría] al ser humano a pensar una tierra lejana y meridional, habitada por seres antípodas, vetada a cualquier posible «visita» debido a las condiciones naturales adversas» (Delgado López y Nicolás Caretta 127). En todo caso, una de las primeras confrontaciones conceptuales tuvo que ver con el océano —el Mar Tenebroso— que entonces dejó de ser el espacio insondable que separaba a Europa de las antípodas. Así, las que antes habían sido

regiones intocables, proscritas o temidas por los exploradores europeos, se convirtieron entonces en destinos posibles de exploración y expansión. Y con cada proyecto exploratorio, con cada empresa expansionista, los imperios europeos debieron reevaluar y reconfigurar la forma en que se representaban esos nuevos espacios geográficos, de manera que se ajustaran a los esquemas y estructuras culturales, sociopolíticos y económicos occidentales.

La importancia del proceso de renombramiento y resemantización del océano como resultado de las exploraciones que se inauguraron en el s. XV radica en que dicho proceso no solo alteró rotundamente el imaginario geográfico medieval, sino que también impulsó nuevas formas de representación cartográfica y textual de esas nuevas geografías. Estas nuevas formas de representación y asimilación geográficas intervinieron, por un lado, en la «producción de conocimiento imperial» (Sousa Santos 222), y, del mismo modo, en la forma en que los imperios se relacionaron con las regiones descubiertas, a partir de lo que Said denominó como «contrapuntos» de las geografías imaginarias («*imaginative geographies*»): lo europeo y lo no europeo; ellos y los Otros; centro y periferia; metrópolis y colonia, etc. (Said, *Orientalism* 54-57). A modo de extensión y profundización de las teorizaciones de Said, dice lo siguiente el crítico Russell West-Pavlov:

«*imaginative geographies*» [allow] to articulate the relationship between ideologically motivated stereotypes and the broader representational structures of Orientalism, and the geopolitical processes of conquest, occupation, and exploration that were buttressed and legitimized by such images. From the outset, though, such «*imaginative geographies*» were always inherently double, linking us and them, here and there, metropolis

and colony, center and periphery, ideology and power, theory and practice, and ultimately conquest and resistance, in multiple and mutually imbricated ways... (23)

De esta manera, en la intersección entre la «producción de conocimiento imperial» (de Sousa Santos), y las nuevas relaciones entre Europa y los territorios no europeos se forjaron las «geografías imaginarias» que habrían de permear, irremediabilmente, las crónicas de Indias.

3. Del espacio límite al lugar transitado/transitable

Entre los cambios más importantes que trajo consigo la Era de los «Descubrimientos» están la reconfiguración y resignificación del espacio geográfico que representó el mar a finales del s. XV: los límites del mundo ya no estaban en las aguas que lamían las costas euroasiáticas, y el mar ya no estaría vedado a la navegación debido a aquel miedo heredado desde los mesopotámicos a caer en los abismos infinitos. Junto con las transformaciones nominales del *Mare Tenebrosum* (el cual adquiriría nuevos avatares míticos, aunque menos terroríficos, como la «mar Océana» y finalmente el «océano *Atlántico*»), sucederían dos cambios que informan directamente las geografías que imaginarán cartógrafos y cronistas: por una parte, desaparece la idea de la *non terrae plus ultra*,²² es decir, el mar y las nuevas costas y tierras alcanzadas ya no serían concebidos como *espacios límite*, sino como *lugares transitados y transitables*. Así lo expresa la historiadora argentina Carla Lois:

²² De hecho, en 1516 el emperador Carlos I de España decide establecer «*Plus Ultra*» como su lema personal y, consecuentemente, como lema oficial de España (el lema todavía aparece en el escudo de armas oficial).

[El Atlántico] cobraba también una entidad nueva y propia. Por un lado, comenzaba a ser diseñado y recortado en los mapas del mundo, y dejaba de ser una mar océano prácticamente ilimitada, tal como había sido percibida hasta el viaje colombino. Por otro lado, lejos de ser un espacio «hueco», era parte de los territorios nuevos que se estaban conquistando. Era un *espacio transitado*... (2)

Pese a que concuerdo con Carla Lois en cuanto al «espacio transitado», considero que es más efectivo entenderlo como un «*lugar transitable*». Esto se debe a que, como expliqué anteriormente, el espacio deviene lugar toda vez que dicho espacio geográfico haya sido interpretado, aprehendido y/o racionalizado. Si un espacio «hueco» comienza a ser entendido y considerado a partir de su capacidad de ser transitado, entonces estamos ante un *lugar*. Por otro lado, opto por el adjetivo «*transitable*» porque me permite trazar una línea dialógica con la idea de Weckman de la «geografía visionaria» y sus espacios geográficos potenciales. Indiscutiblemente, el espacio descubierto deviene espacio transitado; sin embargo, sería *únicamente* transitado si tuviera un límite. Pero la geografía que comienza a imaginarse a partir del s. XV es antónima del límite: es visionaria, expansiva y, por ende, *transitable*. Por lo tanto, continúo la línea teórica de Lois acerca del «espacio transitado», aunque de aquí en adelante me referiré a éste como *lugar transitable*.

Este cambio de percepción (espacio hueco → lugar transitable) es fundamental: gradualmente, lo desconocido dejaba de equipararse con los límites del mundo, y los nuevos mares y tierras comenzaban a percibirse como medios para arribar a otros lugares que, antes sugeridos, ahora eran potenciales. Esa nueva entidad del Atlántico como lugar

transitado y transitable da lugar al carácter expansivo que se patenta en muchos de los mapas del período, como el planisferio de Alberto Cantino (Fig. 5), en los que las zonas adyacentes a los bordes son espacios geográficos difusos y/o indefinidos. Es innegable que la indefinición gráfica que presentan los bordes del mapa de Cantino, como muchos otros mapas de la época, tiene que ver con el hecho de que todavía no se habían explorado esas regiones y la información sobre dichas latitudes era escasa o nula (Martín-Meirás 61).

Además, la creciente necesidad de precisión en cuanto a las distancias, formas y dimensiones continentales obligó a muchos cartógrafos a dejar abiertos los límites de los mapas, a diferencia de las cartas universales de la Antigüedad o el Medioevo, en los que el mundo siempre aparecía circunscrito dentro de límites claros (Lois 4-5; Martín-Meirás 60, 66), como vimos en el Mapamundi de Beato de Liébana.



Fig. 5: Pese al detalle de algunas regiones, los bordes continentales se interrumpen o desdibujan, resultando en la excesiva dimensión de los mares y océanos australes. Planisferio de Alberto Cantino (1502), Biblioteca Estense, Módena, Italia. Fuente de la imagen: Wikimedia Commons

Es justamente esa transición (de mapas claramente delimitados a mapas cuyos bordes son difusos e inacabados) la que excita esa «geografía visionaria» de la que hablaba Weckman. Como sugiere Walter Mignolo en *The Darker Side of the Renaissance* (1995), la *Terra Nova* y otras regiones descubiertas —junto con sus límites indeterminados— no solo fueron ubicadas geográficamente en el mapa, sino que también fueron integradas cultural y conceptualmente a la imaginación de los observadores de la época (266). En consecuencia, esos espacios indeterminados paulatinamente dejaron de ser imaginados como los confines del mundo y pasaron a ser lugares que «esperaban ser descubiertos» (Mignolo, *The Darker Side* 266, traducción propia).

En otro orden de ideas, dicha mutación espacio límite → lugar transitado/transitable, patente en los mapas de la época, también se puso de manifiesto en las crónicas de Indias, por medio de una operación discursiva que evitaba señalar los límites geográficos del Nuevo Mundo y poblaba las descripciones de vaguedades o ambigüedades que, tácitamente, habrían de acrecentar la curiosidad y la expectativa del lector. Lo anterior cobra mayor notoriedad si pensamos que las exploraciones a través de los Andes y el Amazonas, dadas sus topografías ajenas y accidentadas, resultaron ser empresas tan temerarias como las de aquellos marineros que decidieron izar velas hacia el Poniente. En tales condiciones, cada extensión de tierra descubierta, mencionada y descrita en las crónicas vendría acompañada de la insinuación de otras extensiones exponencialmente mayores y más ricas.

Esto es justamente lo que se aprecia en la *Relación* del misionero dominico Fray Gaspar de Carvajal. Su crónica relata el «descubrimiento» del Río de las Amazonas (1542-1543) al mando de Francisco de Orellana, como consecuencia de la fallida expedición

liderada por Gonzalo Pizarro en busca del País de la Canela. Como el País de Jauja o el Reino de Omagua, el País de la Canela fue un lugar que, al conjugar leyendas prehispánicas con el creciente interés comercial en regiones repletas de especias, terminó convirtiéndose en uno de los «mitos impulsores» de las iniciativas descubridoras en el Nuevo Mundo (Díaz Maderuelo 14-15). La narración de Fray Gaspar de Carvajal, abundante en descripciones, datos, direcciones y medidas, es casi la conversión de una carta cartográfica en escritura, debido a su afán de precisión y exactitud. Pero, a pesar de sus descripciones pormenorizadas, en muchas ocasiones recurre a la especulación y ciertas vaguedades (esos espacios en blanco del mapa que se abren a la conjetura). Dice, por ejemplo, al mencionar las poblaciones del Río Grande (posteriormente, Río Madeira):

... Vimos por la mano diestra entrar un muy grande y poderoso río... y por ser tan grande le pusimos el Río Grande; y pasamos adelante, y a la mano diestra vimos unas poblaciones muy grandes sobre una loma que llegaba al río... Pasamos adelante y, obra de media legua, dimos en otro mayor pueblo; pero aquí nos hicimos a largo del río. Es esta tierra templada y de muy buena disposición; no supimos su trato, porque no nos dieron lugar a ello...

Pasamos adelante... y una mañana a hora de las ocho vimos sobre un alto una hermosa población, que al parecer debía ser cabeza de algún gran señor, y por la ver quisiéramos... pero no fue posible porque tenía una isla delante, y cuando quisimos entrar habíamos dejado la entrada arriba; y desta cabsa pasamos a vista de ella mirándola. (76-77)

En este pasaje es posible detectar una operación discursiva que abre el espacio a numerosas posibilidades y conjeturas geográficas. Una de ellas, por supuesto, tiene que ver con la sugerencia de un lugar que es potencialmente explorable y «colonizable». En *Postcolonial Literary Geographies: Out of Place* (2016), el crítico poscolonialista John Thieme arguye que, a nivel textual y literario, las ambigüedades o imprecisiones en las representaciones geográficas no solo buscaban modificar las actitudes y modos de aproximación de los lectores de la metrópoli hacia los espacios descubiertos (10-11), sino que también fomentaban la noción de «espacio inestable», el cual, por consiguiente, era menester fijar, ordenar y controlar (12). En ese orden de ideas, el pasaje ya citado de la *Relación* de Gaspar de Carvajal permite una lectura del «espacio inestable» —o *lugar* inestable, siguiendo mi norma—, el cual se produce discursivamente por medio de menciones ambiguas (tierras de buena disposición, de hermosas poblaciones, etcétera).

Para aproximarnos a la forma en que esos lugares transitables se desestabilizan, se podría imaginar qué sensación habrá suscitado en conquistadores posteriores o en los lectores de la metrópoli una descripción como la anterior, en la que, por medio de alusiones o soslayos, cada isla es «*al parecer*» hermosa o rica, y cada población es de buena disposición. Unas páginas más adelante se muestra una operación similar: esto dice Gaspar de Carvajal sobre las últimas tierras que ven y exploran antes de desembocar en el mar:

Yendo caminando, mandó el Capitán que saltásemos en tierra por tomar alguna recreación y ver la disposición de aquella tierra que tanto a nuestras vistas agradaba... y así fueron y no caminaron una legua cuando los que iban dan la vuelta, dicen al Capitán cómo la tierra iba siempre mejorando porque

era todo sábanas y los montes como dicho habemos, y parecía mucho más rastro de gente que venía por allá a caza y que no era cosa de pasar adelante... (92)

A la luz del presente, el pasaje anterior sería una más en la larga lista de descripciones incidentales y ambiguas; pero en una época en la que la única forma de hacerse una idea de ese Nuevo Mundo — y de imaginarlo — era a través de mapas y relaciones, entonces cada palabra y cada frase habría de adquirir una significancia enorme. En tal virtud, es procedente pensar que alguno de los lectores de la *Relación* se haya preguntado qué tan extensa sería esa tierra, de la que solo recorrieron una legua, y por qué agradaría tanto a la vista; o qué habría más allá de esa tierra que «iba siempre mejorando». Si se acepta como procedentes los cuestionamientos anteriores, se puede prever la forma en que aquellas tierras, apenas insinuadas textualmente, habrían de encender la curiosidad y la expectativa. Por medio de dicha operación (la insinuación, la ambigüedad), los espacios descritos en el texto, como los espacios blancos de los mapas, pasaron de ser el *non plus ultra* o el límite del mundo a ser lugares que merecían ser explorados o transitados para poder llenarlos de algo (sobre esto, la necesidad de llenar el mapa, profundizaré en la siguiente sección).

Por último, entre las líneas del pasaje anterior hay una mención que, aunque breve y casi imperceptible, suscita una pregunta capital: ¿Podrían otras expediciones acceder a esas tierras agradables y de buena disposición si se pudiera someter a esa «gente que venía por allá a caza»? Si bien la pregunta es una presuposición, no es infundada: es cierto que el objetivo principal de la *Relación* de Gaspar de Carvajal fue narrar los eventos de la expedición (función primaria de la *crónica*) y demostrar la inocencia del Capitán Orellana,

quien había sido llamado a capítulo en España, acusado de traicionar a Gonzalo Pizarro. Aun así, la abundancia de datos sobre la geografía, la naturaleza y los diferentes pueblos indígenas permite una lectura cartográfica de la *Relación*, de manera que la *crónica* deviene en *derrotero*. Quiero decir con esto que, así como algunos lectores (por ejemplo, los jueces y funcionarios involucrados en el proceso contra Orellana) se enfocaron en los eventos y protagonistas de la expedición, otros lectores pudieron haberse enfocado en las descripciones geográficas y naturales de ese gran Río que, al parecer, conducía a El Dorado, o al reino fabuloso de los Omaguas, o al de las Amazonas, o por lo menos a un sinnúmero de islas y tierras indeterminadas, inhabitadas pero, sobre todo, fértiles y de buena disposición.²³ Por tal razón, no es desatinado pensar que la pregunta anterior, en cualquiera de sus variaciones, haya podido ser formulada por algún lector de la *Relación*, tanto en la metrópoli como en las Indias. Ello no solo confirma la tesis de John Thieme de que la representación ambigua del espacio descubierto o explorado terminó por configurarlo como lugar inestable que debía ser fijado y ordenado, sino que también se puede extender a otra consecuencia: la representación ambigua y sugerida de estos espacios terminó por configurarlos como lugares que debían ser *apropiados*, *sometidos* y, por ende, *colonizados*, de modo que pudieran ser estabilizados nuevamente.

Aquí he llegado a un punto de inflexión: la eclosión de los «descubrimientos» y exploraciones, así como la reconfiguración espacio límite → lugar transitable/inestable

²³ Numerosas expediciones posteriores citan directa o indirectamente, ratifican y/o desmienten la información sobre la geografía y las gentes que aparecen en la *Relación* de Gaspar de Carvajal. Desde las expediciones de Pedro de Ursúa (1560-1561) y Pedro de Teixeira (1637), hasta las expediciones de Samuel Fritz (1686), La Condamine (1743) y el mismísimo Humboldt (1799).

(apropiable, «colonizable»), ocasionaron un primer replanteamiento de la geografía imaginaria de la Europa imperial, específicamente en el *contrapunto* (Said) entre el «yo descubridor» y el espacio «descubierto (o el «Otro descubierto», inclusive). En *Una epistemología del Sur* (2009), el sociólogo portugués Boaventura de Sousa Santos expresa que todo proceso de «descubrimiento» es inherentemente «una relación de poder y saber» (213), marcada por la legitimación del sujeto descubridor, quien tiene la capacidad de declarar qué —o quién— es descubierto y de qué forma habrá de ser representado ese Otro descubierto (213). Sobre ese Otro descubierto, Santos afirma que: «la especificidad de la dimensión conceptual de los «descubrimientos» imperiales es la idea de la inferioridad del otro»,²⁴ a lo que agrega que «el Descubrimiento no se limita a establecer esa inferioridad del otro, sino que la legitima y la profundiza. Lo que se descubre está lejos, abajo y en los márgenes, y esa «ubicación» es la clave para justificar las relaciones entre descubridor y descubierto» (214). Eso quiere decir que en ese primer replanteamiento de la geografía imaginaria imperial se consolida la autoconstrucción del europeo en cuanto que «descubridor, conquistador y soberano del mundo» (Nieto Olarte 12), mientras que los nuevos territorios se construyen y representan como lugares anómicos (i.e. inestables) y ambiguos. El Nuevo Mundo, como otras regiones recién descubiertas, deviene un lugar que no solo puede (debe) ser transitado, sino que además debe ser identificado, apropiado y domesticado (transformado en «objeto o

²⁴ Para el sociólogo portugués, los «descubrimientos» imperiales comprenden dos dimensiones: la dimensión conceptual («la idea de lo que se descubre»), seguida de la dimensión empírica («el acto del descubrimiento»). Es decir que «la idea sobre lo que se descubre comanda el acto del descubrimiento y sus derivaciones [léase aquí *colonización*]]» (213-214).

recurso natural»), de manera que no prevalezca la anomia y se convierta en una amenaza para las metrópolis europeas (Sousa Santos 214-215, 221).

No cabe duda de que esta primera forma en que se imaginó la geografía del Nuevo Mundo ha permeado las geografías imaginarias de América Latina en la actualidad. Si bien en el ámbito latinoamericano el contrapunto «metrópoli imperial» \leftrightarrow «colonia» se desarticuló durante el s. XIX con el surgimiento de las naciones latinoamericanas independientes, dicha desarticulación produjo dos nuevos contrapuntos en la imaginación geográfica: por un lado, el contrapunto *capital* \leftrightarrow *provincia*, entendido como una renovación de las relaciones de poder entre los grupos hegemónicos o las élites políticas y socioeconómicas capitalinas, y las comunidades de la provincia y/o las fronteras, enmarcadas por condiciones de subalternidad, dependencia y/o abandono. Por otro lado, tenemos el contrapunto *Global North* \leftrightarrow *Global South*, en el que el primero funge como agente industrializado, tecnificado y rico, estableciendo una relación reguladora, intervencionista y administrativa con el segundo, enmarcado por el subdesarrollo, la subexplotación y la pobreza (Vargas-Hernández 64-66).

Si convenimos hasta ahora en que el lugar transitable que representaron tanto mapas como crónicas terminó por generar (imaginar) lugares ambiguos, anómicos e inestables, entonces podremos anticipar cómo los espacios geográficos que representan algunas regiones del mundo, como la amazónica, vuelven a ser indeterminados, inidentificados, anómicos e inhabitados. ¿Cómo no pensar aquí en la Amazonía, región que desde la colonia hasta el presente ha ocupado un lugar primordial en la imaginación geográfica? La Amazonía es el arquetipo del lugar ambiguo, anómico e inestable, y la forma en que ha sido

(re)presentada literariamente da fe de ello. Desde las crónicas de Indias, pasando por la novela indigenista y costumbrista que se inaugura en el s. XIX, y la novela de la selva que surge durante las primeras décadas del XX, hasta las narrativas contemporáneas, en todas estas vertientes la Amazonía es un espacio geográfico proteico, polivalente. En ellas se aprecia una variedad de representaciones del espacio amazónico, «conceived variously as lands of promise and adventure or as green hells of disease and savagery» (Wylie 40). Una observación similar hace la antropóloga colombiana Margarita Serje, quien arguye que la concepción conflictiva y «fractalizada» del Amazonas responde a las diversas —y divergentes— formas en que esta ha sido representada y concebida desde los centros hegemónicos (capitales y grandes urbes):

Esa conspicua idea se expresa por medio de un conjunto de metáforas — como las de fronteras, márgenes o periferias — y de imágenes — como las de tierras de nadie o zonas rojas — que implícitamente hacen referencia al proyecto de expansión y apropiación que se irradia desde los núcleos modernos, urbanos y ordenados hacia grupos y paisajes que aparecen por fuera de su orden, a «los lugares a los que nadie llega o nadie conoce». (98-99)

Dentro de dicho conjunto de metáforas se encuentra la del Amazonas como una cárcel o infierno verde; como «el pulmón del mundo»; como repositorio inagotable de recursos naturales; pero, sobre todo, como tierra todavía inexplorada (¿lugar todavía transitable?), inhabitada o, si lo está, habitada por grupos violentos o al margen de la ley (¿los nuevos salvajes?). Figurativamente, la idea del Amazonas como tierra todavía ajena, distante e inexplorada —no obstante los enormes avances tecnológicos y geodésicos que han

permitido visualizarla— hace pensar en dicha región como un lugar centrípetamente infinito, o como uno de esos «lugares fuera de lugar» de los que habla Boaventura de Sousa Santos (223).

En los términos más abstractos y filosóficos, la Amazonía podría concebirse como el referente ideal de la paradoja aristotélica del lugar, según la cual «si el lugar es algo debe estar en un lugar, y ese en otro lugar, y así sucesivamente, sin fin». Por otra parte, y ahora en términos concretos, la idea del Amazonas como tierra ajena, distante e inexplorada —como lugar indefinido e inestable— abrió el campo para que otras fuerzas y poderes económicos (comerciales e industriales), comenzaran a ejercer el control territorial, desencadenando el desplazamiento forzoso de indígenas y campesinos, la depredación y sobreexplotación del suelo, la minería indiscriminada —legal e ilegal—, y diversos conflictos por la tenencia de la tierra.²⁵ De acuerdo a Boaventura de Sousa Santos, el Nuevo Mundo —ese Otro descubierto— adquirió tres encarnaciones: Oriente, el Salvaje y la Naturaleza (a la que se adscribe la Amazonía). Y sobre las dos últimas encarnaciones dice lo siguiente el sociólogo portugués:

El salvaje y la naturaleza son, de hecho, las dos caras del mismo
diseño: domesticar la «naturaleza salvaje», convirtiéndola en un recurso
natural. Es esa voluntad única de domesticar la que vuelve tan ambigua y

²⁵ Para un análisis más minucioso de las problemáticas socioeconómicas y ambientales en el Amazonas ver el folleto de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), titulado «Amazonia posible y sostenible»; así como «Amazonas: la selva impredecible y olvidada» (Rivera Marín 2014), «El mito de la ausencia del Estado: la incorporación económica de las “zonas de frontera” en Colombia» (Serje 2012), y «Nature, Space, Identity and Resource Extraction: Paradoxes of Discourses Around Indigeneity and Environment in Bolivia» (Weber 2016).

frágil la distinción entre recursos naturales y humanos tanto en el siglo XVI como hoy...

Este paradigma de construcción de la naturaleza, a pesar de presentar algunos indicios de crisis, sigue siendo el dominante. Dos de sus consecuencias tiene una preeminencia especial al final del milenio: la crisis ecológica y la cuestión de la biodiversidad. Transformada en recurso, la naturaleza no tiene otra lógica que la de ser explotada hasta la extenuación. (Sousa Santos 222)

En suma, uno de los cambios paradigmáticos en la imaginación geográfica europea tiene que ver con la «apertura» de los espacios descubiertos. Desprovistos de referencialidad, estos espacios devinieron *lugares vacíos y transitables*. A partir de entonces, el espacio geográfico del Nuevo Mundo sería producido discursivamente como un lugar anómico e inestable que debía ser apropiado, domesticado y, por lo tanto, explotado. La preponderancia de esta primera geografía imaginaria radica en que esta comportó una primera producción imperial y colonizadora del Nuevo Mundo en cuanto que «*tabula rasa awaiting imperial inscription*» (Wylie 55). Como veremos a continuación, una de las formas en que el imperio español se inscribió en esos espacios vacíos fue mediante la reconfiguración y reubicación geográfica de una gran cantidad de mitos medievales.

4. El lugar transitable, el lugar (re)mitificado

Regresemos ahora a la segunda forma en que la concepción del Atlántico cambió en el imaginario geográfico medieval gracias a la Era de los «Descubrimientos»: aparte de un lugar transitado/transitable —como expuse en la sección anterior—, el Atlántico dejó de ser el destino de regiones utópicas y monstruos o seres de fábula, para dar espacio a representaciones más exactas e informativas, mientras que gran parte del acervo mítico, prodigioso o maravilloso terminó por mudarse al Nuevo Mundo: «El océano Atlántico se pobló de islas y seres fabulosos durante siglos; en las centurias XV y del XVI, ese mar da un giro y la frontera del imaginario geográfico solo se mueve de lugar, pues el Atlántico se convierte en un espacio de comunicación, y el carácter fantástico que ostentaba lo cede al Nuevo Mundo y luego a los territorios no explorados dentro de él» (Delgado López y Nicolás Caretta 116).

El desplazamiento de lo maravilloso hacia los lugares descubiertos es patente numerosos mapas de la época. Por ejemplo, en el *Mapa* de Juan de la Cosa (1500), el cual será analizado en el próximo capítulo, se aprecian cornucopias en diferentes latitudes, posiblemente como señalización de zonas fértiles o abundantes. Por otra parte, en el *Planisferio* de Alberto Cantino (1502) se aprecian regiones con fauna y flora magnificadas, así como zonas cuya exuberancia y verdor remiten al Edén u otras regiones paradisíacas (Delgado López y Nicolás Caretta 118; Fig. 6). De igual importancia es la transfiguración del océano en «espacio de comunicación», ya que anticipa un cambio en el paradigma geográfico de las metrópolis europeas: la aparición de la «cuarta región» hacia el oeste (un occidente más allá de Occidente) confirmó los augurios de los cartógrafos y exploradores

del s. XV sobre la posibilidad de llegar a Oriente yendo en sentido opuesto. Con las antípodas por fin conectadas, reviviría en las metrópolis europeas el «viejo fantasma del mito imperial» (Vignolo). El Atlántico ya no constriñe a Europa; ahora le permite expandirse y conquistar, convertirse en el *imperium sine fine* que buscaban los romanos. Europa es la nueva *caput mundi* y el mar — desprovisto de límites imaginarios, de islas luciferinas o de leviatanes — se convertiría en el primer espacio instrumentalizado para lograr la expansión geográfica, militar, política y comercial de los imperios europeos.

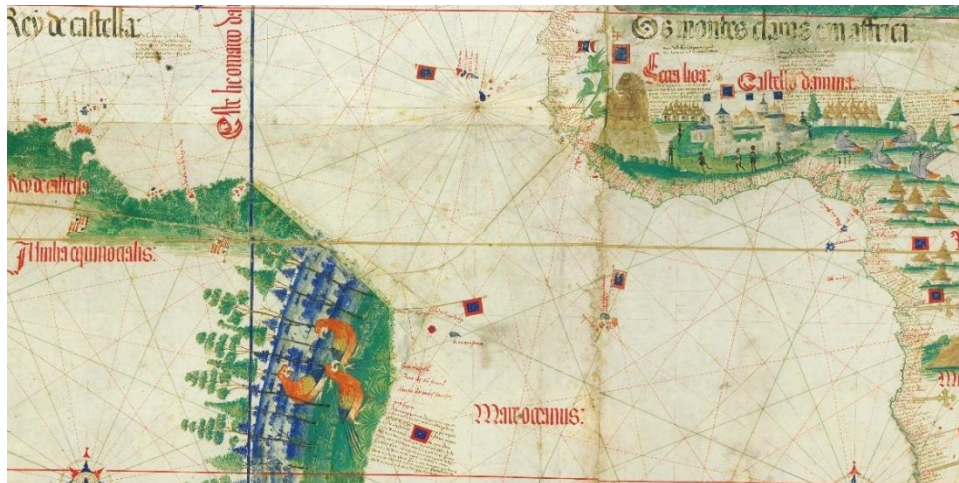


Fig. 6: Como explican Delgado López y Nicolás Caretta, «en la costa brasileñas... Las aves y la vegetación son motivos que dominan en el documento. Por su parte, dentro de África, las obras arquitectónicas, al unísono con el verdor de la vegetación, hacen resaltar el entorno. En lo que pudiera ser el desierto del Sahara, hay un verdadero Edén...» (122). Detalle, Planisferio de Alberto Cantino (1502). Fuente de la imagen: Wikimedia Commons

Ahora bien, lo anterior no significa que las quimeras y regiones míticas hayan dejado de ocupar totalmente los océanos o los vacíos del mapa. Por el contrario, lo que evidencian varios mapas a partir del año 1500 es una transición cartográfica que reformula el mapa de la tradición ptolemaica y comienza a priorizar la exactitud, aunque todavía se manifiesten la

desproporción y la insistencia en llenar algunos espacios con datos especulativos (López Delgado y Nicolás Caretta 127, 129). Por ejemplo, en la *Universalis Cosmographia* (1507) de Martin Waldseemüller (mapa en el que aparece por primera vez el topónimo «América»), aparecen los esciápodos, seres monstruosos de un solo pie sobredimensionado, los cuales simbolizaron convencionalmente las antípodas o el «allá remoto» de los mapas y planisferios (Vignolo 30). También son relevantes las numerosas cruces rojas que aparecen en el Mapa de Waldseemüller, simbolizando la ubicación del mítico —y siempre evasivo— reino del Preste Juan. Por último, en el Mapa se registran las Islas Canarias como las Hespérides o Islas Afortunadas (Fig. 7).

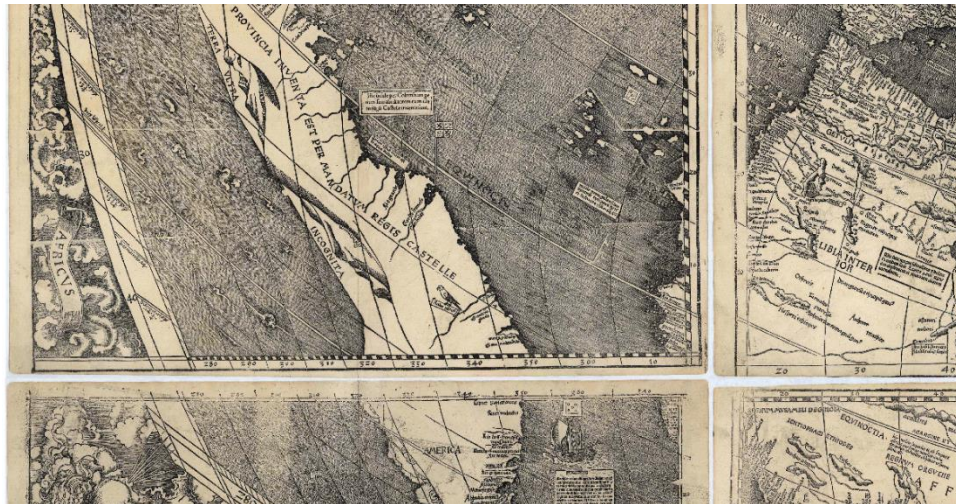


Fig. 7: En la parte inferior se aprecia el topónimo «América», registrado por primera vez en un mapa. En la parte central derecha (junto a la franja divisoria) se aprecian las Islas Canarias, bajo el nombre de «Hespérides». La parte no explorada del Nuevo Mundo aparece como «Terra Ultra Incognita», rodeada por una cadena montañosa. Finalmente, nótese el detalle del ave solitaria y desproporcionada en uno de los ríos del Nuevo Mundo. Posiblemente una continuación temática o simbólica del Planisferio de Cantino. Detalle: *Universalis Cosmographia* (1507) de Martin Waldseemüller. Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos.

Fuente de la imagen: Wikimedia Commons

Asimismo, la presencia de monstruos y seres prodigiosos es sobresaliente en otros mapas nórdicos, como la *Carta Marina* (1539) de Olaus Magnus, o el *Teatrum Orbis Terrarum* (1570) de Abraham Ortelius —considerado el primer atlas moderno—. Por lo tanto, la creciente exactitud cartográfica no implicó una eliminación de lo fabuloso o lo maravilloso, sino que se tradujo en una especie de dialéctica entre el dato «real» y el mito.

Como sucedió con los mapas, en las crónicas de Indias y demás textos de la época es evidente el desplazamiento de lo asombroso y lo maravilloso hacia los nuevos espacios geográficos. Dicho desplazamiento, además, estuvo acompañado de una particularidad representacional muy ventajosa: la plasticidad discursiva inmanente al texto y de la cual carece hasta cierto punto un mapa, en cuanto que proyección gráfica limitada bidimensionalmente y constreñida por imperativos de proporcionalidad y de exactitud cartográfica. Dicha plasticidad discursiva del texto facilitó el uso, transformación y proliferación de imágenes exuberantes que inicialmente solo pretendían confirmar y verificar muchos de los mitos que comprendían el imaginario geográfico del Medioevo (Aínsa, *De la Edad de Oro* 46-47). Dicho de otro modo, la plasticidad discursiva de las primeras relaciones y crónicas de Indias permitió la incorporación modulada de espacios geográficos míticos —o mitificados— de manera que la episteme y las lógicas geográficas europeas medievales no fueran atomizadas por los «descubrimientos» de los «nuevos» territorios. Si bien es cierto que el desplazamiento del lugar mítico hacia el Nuevo Mundo respondió a un afán «confirmatorio» (Aínsa), no es menos cierto que dicho desplazamiento dio paso a formaciones discursivas proteicas y rizomáticas, que terminaron por fabular, monstruificar y, sobre todo, sublimar los espacios geográficos americanos. Estas formas

discursivas, intervenidas por subjetividades, por las relaciones de poder ya descritas, y por «aparatos ideológicos» impuestos sobre las estructuras e instituciones socioculturales indígenas (Castro-Gómez 44, 93), configuraron finalmente los *territorios mitificados* del Nuevo Mundo.

Una de estas formaciones discursivas proteicas, probablemente la más importante, tiene que ver con la producción del espacio natural. Así como sucedió en los mapas de la época (i.e. el Planisferio de Cantino o la *Universalis Cosmographia* de Waldseemüller), la representación de estos espacios naturales en las escrituras de la época apuntó a la exacerbación de la abundancia, la fecundidad, la diversidad y la diferencia. Esta serie de representaciones, a su vez, habrían de sugerir la posibilidad de que en las tierras recién descubiertas se pudiera encontrar alguna de las muchas regiones legendarias que poblaron el imaginario geográfico medieval. Entre dichas regiones legendarias estaría el Paraíso perdido (Jardín del Edén), añorado desde la antigüedad.

En tal virtud, la plasticidad discursiva de las crónicas de Indias y otros textos de la época fungió como una primera estrategia representacional en la que el espacio geográfico americano se abrió, como propone Francisco A. Ortega, a un «horizonte de posibilidades enunciativas» (169). Una de las posibilidades que se vislumbraron en ese nuevo horizonte es, como mencioné algunas líneas arriba, el ansiado hallazgo del Paraíso perdido o, por lo menos, de otras regiones cuyas bondades naturales emularan el Paraíso. Esto último es fundamental: la apertura del espacio geográfico a un horizonte de posibilidades permitía que cada región mítica fuera reproducida, renombrada, rearticulada y reubicada según fuera conveniente para las empresas de Conquista y colonización. Pensemos por ejemplo en

El Dorado, lugar mítico que sufrió innumerables reconfiguraciones (Lago Parima; Reino de los Omaguas) y reubicaciones, desde la Florida, pasando por la Nueva Granada y el Amazonas, hasta las provincias del Río de la Plata. En relación con lo anterior, el economista y sociólogo Paolo Vignolo nos ofrece una observación bastante pertinente:

... el Paraíso en la Tierra no representará más el fin del mundo, en la doble acepción de memoria y promesa, de *arkhé* y de *telos*. Será vano continuar buscándolo en los *confines* de la Tierra, aunque el racionalismo moderno tratará de reemplazarlo con sucedáneos seculares, como los paraísos artificiales del exotismo colonial y, más adelante, con el turismo de masa. La búsqueda los restos de tierras paradisíacas en los confines del mundo, a menudo mezcladas con nostalgias de la *aurea aetas* de los antiguos, es balanceada por un movimiento contrario, de la periferia hacia el centro. En los siglos XVI-XVII, el jardín de las delicias hace su aparición por todos lados en las ciudades y en los palacios europeos, bajo forma de laberinto, de parque, de juego teatral... (44)

Paolo Vignolo anticipa al lector una de las reconversiones del espacio geográfico en la actualidad al mencionar el turismo de masa y la perpetuación de muchas latitudes latinoamericanas —el Caribe, el Amazonas, los Andes— como paraísos turísticos. Sin embargo, lo que devela la cita anterior es la transitividad locativa y sustancial del territorio mitificado, atributo esencial de manera que no se agotara su capacidad de impulsar las empresas imperiales y colonizadoras de apropiación, control y explotación de dichos espacios geográficos.

Asimismo, el hecho de que el Paraíso o el Jardín del Edén comenzara a aparecer en la metrópoli —aunque con otros avatares importados desde América— pone de manifiesto la lógica imperial del *acquisito* o adquisición: «no se trata de recuperar lo viejo, sino de adquirir lo nuevo» (Vignolo 42) y representarlo en la metrópoli de manera exotizada y diferencial. Indudablemente, las crónicas de Indias fueron instrumentales en dicha representación. A medida que esos «otros mundos posibles» (Aínsa) fueron apareciendo paulatinamente en los mapas de los ss. XVI y XVII, en las crónicas de Indias se fueron reconstruyendo y reconfigurando nominal y literariamente en forma de regiones fértiles e inagotables; de ciudades utópicas o paradisíacas; así como de reinos impregnados de riquezas. Como ejemplo están las palabras del jesuita cordobés Alonso de Rojas, quien en su *Relación del descubrimiento del Río de las Amazonas y sus dilatadas provincias* apunta: «Del río de las Amazonas afirman los que le han descubierto que sus campos parecen paraísos y sus islas jardines, y que, si ayuda el arte a la fecundidad del suelo, serán entretenidos paraísos y sus islas jardines» (236). Como se verá a continuación, la mención sugerida del paraíso en el Amazonas, aunque tácita al principio, adquiere dimensiones claramente apoteósicas:

No necesitan las provincias vecinas del río de las Amazonas de los extraños bienes: el río es abundante de pesca, los montes de caza, los aires de aves, los árboles de frutas, los campos de mieses, la tierra de minas, como después veremos. Este nuevo Ganges, pues, este alegre Éufrates, este fecundo Nilo, es el que Dios ha descubierto en este siglo para gloria de la Corona de España y para bien de infinitas almas. (236)

El pasaje anterior ilustra efectivamente la formación discursiva imperial/colonizadora que produce territorios mitificados. Y aquí hay que recordar un factor capital, en nuestra inmediatez, la palabra «Amazonas» nos remite indefectiblemente a una región selvática en Sudamérica. Incluso, es posible que la constante iteración de la palabra «Amazonas» en esta investigación termine por diluir su carga connotativa. Sin embargo, en el contexto de la Conquista y colonización, la palabra «Amazonas» no era accesorio, sino que, por el contrario, inducía directamente a aquella región gobernada por guerreras helénicas. Región que, como explica Beatriz Pastor, siempre estuvo asociada a la presencia de tesoros magníficos (*The Armature of Conquest* 160). Como en el caso del río de las Amazonas, encumbrado por Alonso de Rojas, la exuberancia de la vegetación, la abundancia de recursos naturales, la infinitud virtual de los paisajes, todo comenzaba a sugerirle a los exploradores y conquistadores que unas leguas más allá estarían, por fin, todas esas regiones asentadas en la imaginación geográfica: desde los reinos escurridizos del Preste Juan y de las Amazonas, pasando por la Fuente de Juvencia, hasta el País de Jauja, permutación americana de La Cuaña, lugar edénico que ya aparecía en los poemas irlandeses de Kildare a mediados del siglo XIV con un curioso nombre: «The *Land of Cockayne*».

Me detengo aquí para hacer un paréntesis que busca reclamar y adjudicar cierta *agencia* a la naturaleza y, en general, al espacio geográfico con respecto al sujeto descubridor. Esta acotación parte de una pregunta que se formula Boaventura de Sousa Santos en su *Epistemología del Sur*, y la cual considero fundamental: «¿cuál es el impacto del descubierto sobre el descubridor?» (223). Si bien es cierto que el descubridor es quien produce, articula y

representa el espacio geográfico descubierto, también es cierto que las propiedades materiales y simbólicas del espacio geográfico descubierto son las que dictaminarán la forma en que, discursivamente, ese espacio será representado por el descubridor. Es por ello por lo que la idea de la «invención» de América debe tratarse con precaución, ya que implica que el discurso *precede* al espacio geográfico. Al respecto propongo que la operación debe entenderse de manera opuesta: el discurso *procede* del espacio geográfico y la forma en que este se aprehende. Por consiguiente, la aparición de los discursos del asombro, la maravilla y la mitificación se debió en primera instancia al carácter excepcional del espacio geográfico descubierto. Pienso, por ejemplo, en las múltiples ocasiones que el prolijo y enciclopédico Gonzalo Fernández de Oviedo se excusa en su *Sumario de la natural historia de las Indias* (1526) por no encontrar palabras para referirse a lo visto: «Si algunos vocablos extraños e bárbaros aquí se hallaren, la causa es la novedad; y no se ponga a la cuenta de mi romance, que en Madrid nascí, y en la casa real me crié, y con gente noble he conversado, e algo he leído, para que se sospeche que he entendido mi lengua castellana...» (30). Al presentir que la geografía y el mundo natural que se encuentra ante sus ojos desborda sus posibilidades lingüísticas, Fernández de Oviedo, quien «todo lo veía y todo lo nombraba» como diría el autor William Ospina, termina por insuflar su descripción y elevarla a lo sublime, lo maravilloso:

... Sé que hay en este imperio de las Indias... tan grandes reinos e provincias, y de tan extrañas gentes e diversidades e costumbres y ceremonias e idolatrías... que es muy corta la vida del hombre para poder ver ni acabar de entender o conjeturar. ¿Cuál ingenio mortal sabrá comprender tanta

diversidad de lenguas... ¿Tanta variedad de animales... ¿Tanta multitud
inenarrable de árboles... ¿Cuántas plantas y hierbas útiles... ¿Tanta
diversidad de aves... ¿Cuántas vegas y campiñas... ¿Cuántos valles, e flores,
llanos... (*Sumario* 8)

Además de abrir el horizonte de posibilidades enunciativas y de producir un *territorio mitificado*, el discurso del asombro y la maravilla tuvo otras dos funciones importantes. Por una parte, invistió de autoridad a las figuras del explorador, conquistador y cronista. Dicha autoridad era indispensable en términos autorales, ya que legitimaba al cronista como informante fidedigno. En *Marvelous Possessions*, Stephen Greenblatt explica que la aparición del lenguaje asombroso y la imagería maravillosa habría servido para revestir de autoridad a las crónicas y relaciones, ya que este tipo de texto «...can only be believed if he [the chronicler] arouses in his readers something of the wonder that he himself has felt, for that wonder will link whatever is out there with inward conviction» (22). Lo anterior también responde a que, en el contexto del Medioevo tardío y/o el Prorrenacimiento,

The marvelous is a central feature then in the whole complex system of representation, verbal and visual, philosophical and aesthetic, intellectual and emotional, through which people in the late Middle Ages and the Renaissance apprehended, and thence possessed or discarded, the unfamiliar, the alien, the terrible, the desirable, and the hateful. (Greenblatt 22-23)

Resulta por lo menos curioso pensar que el asombro y la maravilla pudiesen comportar una forma efectiva de revestir de autoridad a las escrituras coloniales, siendo que, en el presente,

lo asombroso y lo maravilloso se relacionan más con la subjetividad y no con la autoridad que resulta del proceso racional u objetivo; aun así, el argumento de Greenblatt es válido si se considera que, por medio del énfasis en descripciones y relatos que pormenorizaran las sensaciones de asombro y maravilla, los cronistas se posicionaban como testigos y partícipes de lo descrito. Para llegar a la conclusión anterior podría hacerse una genealogía sobre la percepción de lo maravilloso, desde Santo Tomás de Aquino, pasando por Francis Bacon y su idea del asombro como fuente de «epistemologías rotas», hasta Alfred North Whitehead quien, en sus *Modes of Thought* diserta sobre la exposición sensorial y mental a lo asombroso y lo maravilloso como detonante de la reflexión y el pensamiento filosófico; pero, para evitar una extensa digresión, basta realizar un rastreo etimológico: *maravilla* proviene del latín *mirabilia* (cosa o cosas admirables), término derivado, a su vez, de *mīrārī* (admirarse), el cual denota la causa de sorpresa a partir de la *vista*.²⁶

Es así como el discurso de la maravilla, en el contexto del Medioevo, habría de servir para consolidar la autoridad del autor al implicar su calidad de testigo ocular. Calidad que, como ha expuesto Beatriz Pastor, era fundamental a la hora de legitimar las crónicas y relaciones destinadas a los reyes y demás funcionarios en la metrópoli española (Aínsa 131, 138; Pastor 88-90). En ese orden de ideas es posible afirmar que la autoridad investida mediante estas discursividades, al darle autoridad al texto (a la palabra escrita), terminó por incidir de manera oblicua en la configuración de un contrapunto particular: el *yo descubridor* (logocéntrico) \leftrightarrow Otro descubierto (fonocéntrico). Se me ocurre ese contrapunto teniendo en

²⁶ Ver el *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico* de Joan Corominas.

cuenta el predominio de la escritura alfabética sobre otras formas de comunicación de ideas, como la oralidad, o de formas de representación simbólica del lenguaje, como la pictografía (Mignolo, *The Darker Side* 69-74; 212-213). El logocentrismo del yo descubridor, entonces, intensificaría la *inferiorización* de ese Otro descubierto e «iletrado». Las implicaciones capitales de dicha inferiorización son la aprehensión, colonización y posesión de ese Otro descubierto. Aquí se confirman las apreciaciones del filósofo colombiano Santiago Castro-Gómez a propósito del lenguaje y sus discursividades como articulaciones de la *colonialidad* (dimensión cognitiva del proceso de Conquista y colonización): «... Sin la construcción de un discurso sobre el otro y sin la incorporación de ese discurso en el *habitus* tanto de los dominadores como de los dominados, el poder económico y político de Europa sobre sus colonias hubiera resultado imposible» (43).

La escritura alfabética, entonces, puede entenderse como un «dispositivo colonial» (Castro-Gómez), en cuanto que ratifica la noción del indígena como ser primitivo, ajeno a los órdenes de la naciente Modernidad (45). Este dispositivo colonial, además, está articulado con la cuestión territorial. De acuerdo con Sten Pultz Moslund, «Language [in a colonial situation] is in the service of an abstract idea of the world that organizes a shared human reality according to formal regimes of power and ownership, which, over time, become illusions of reality...» (22). En efecto, junto con la discursividad del asombro y la maravilla, misma que generó los territorios mitificados, las escrituras coloniales comprendieron otra discursividad que tenía como objetivo demostrar la incapacidad del indígena para utilizar provechosamente la tierra habitada. Así se confirmaba la inferioridad del indígena y se insinuaba la prerrogativa imperial de apropiación y colonización,

resultando en la desterritorialización del indígena. Estas insinuaciones fueron a veces sucintas, pero no por eso menos significativas. Como ejemplo cito este apartado del *Descubrimiento del Río de las Amazonas* del misionero Alonso de Rojas:

En [las provincias de] Marañon y Pará no se gasta otra para misas. Hállase miel en todo el río, que es regalo para el que navegare. Todos los años son apacibles y *la tierra un retrato de la que Dios prometió a su pueblo*, y a tener los ganados de Judea, dijéramos que la regaban arroyos de leche y miel.... En la provincia llamada *Culimán*, vecina a [el mítico reino de] los Omaguas... es cierto que hay oro y mucho... y preguntándoles [a los indios] que de dónde sacaban aquel oro, respondieron que de unas sierras allí vecinas, en donde lo había en tanta abundancia, que si con los picos que traían las manos cavasen la tierra, sacarían lo que quisiesen... y se presume ser tierra de muy ricos minerales y que, *como está en poder de bárbaros, no se aprovechan de su riqueza*.
(248-249, énfasis mío)

Justo aquí se observa la bisagra discursiva entre el discurso de la maravilla y el discurso mercantilista y extractivista que, finalmente fungió como bisagra discursiva entre *territorio mitificado* y, consecuentemente, *territorio mercantilizado*. Este movimiento discursivo, evidente en el pasaje citado, se fundamenta en un lenguaje prolífico, desmedido y, en definitiva, literario o «literarizante». Greenblatt se refiere a este lenguaje como «estetizante»: en su análisis de algunos fragmentos del *Diario de abordo*, por ejemplo, encuentra en el discurso colombino «un complemento redentor y *estetizante* de un ritual legal de *apropiación* profundamente deficiente» (Greenblatt 61, énfasis mío). Aunque Greenblatt sigue la línea

argumentativa de lo estetizante en los textos colombinos a modo de exaltación y embellecimiento de la realidad encontrada, me interesa expandir la noción de estetizante en cuanto que exacerbación de la experiencia estética no solo en dirección de la belleza (Greenblatt), sino que también hacia la fascinación que produce lo grotesco, lo incierto y lo ambiguo, como sugiere Umberto Eco en su *Historia de la fealdad*. En ese orden de ideas, lo estetizante implica extraer lo «ordinario» de algo —en este caso es el espacio geográfico del Nuevo Mundo— y modularlo de manera que se represente como interesante, extraordinario, asombroso y terrorífico, inclusive (Marković 11).

Este tipo de estetización discursiva, entonces, no solo se refirió al espacio geográfico que causaba placer (como se muestra en el pasaje de Alonso de Rojas), sino que también se extendió a los espacios geográficos que atormentaba y obstaculizaban el avance colonizador. Ello se observa, por ejemplo, en la *Jornada de Omagua y El Dorado* del soldado Pedrarias de Alместo. Como señalé en el capítulo introductorio, la crónica de Alместo comprende la segunda gran expedición por el Río Marañón o Amazonas (1560-1561), esta vez en busca del Reino de Omagua y El Dorado. La expedición, liderada por el adelantado navarro Pedro de Ursúa, es usurpada por el explorador y caudillo Lope de Aguirre, «el tirano», quien asesina a Ursúa, se subleva junto con 186 soldados (llamados desde entonces «los marañones») contra Felipe II y recorre el famoso río hasta llegar a Barquisimeto, donde es finalmente juzgado y sentenciado a muerte.

He dicho con anterioridad que uno de los atributos sobresalientes de la crónica de Pedrarias de Alместo es su énfasis en lo geográfico, no obstante la apabullante magnitud de los eventos y personajes narrados y descritos, así como su afán por defenderse de las

acusaciones de rebeldía. Y seguramente ese carácter urgente y angustioso con que narra los eventos haya permeado su descripción geográfica, perceptible, por ejemplo, cuando describe el Río Marañón:

Es tan grande y poderoso, que no se puede comparar con ninguno de los que hasta ahora hay descubiertos. Anega en algunas partes, al tiempo de sus crecimientos, más de cien leguas, fuera de su madre, y en él, tanta cantidad de mosquitos, especial de los zancudos, de día y de noche, que yo no sé cómo los naturales pueden vivir... Y tras ser el río muy cálido en demasía es enfermo su temple. (157-158)

En el mismo orden de ideas, puede apreciarse una mención similar, aún más literarizante y/o estetizada, en la *Relación* de Fray Gaspar de Carvajal: «...con mucho trabajo salimos por las bocas del Dragón, que tales se pueden llamar para nosotros, porque por poco nos quedáramos dentro. Salimos desta cárcel; fuimos caminando dos días por la costa adelante...» (97). El río de temple enfermo; el río como un dragón; la selva como una cárcel; los pueblos indígenas como «grandes ciudades que blanqueaban»; lo que nos muestran todas estas operaciones literarias es la forma en que los espacios geográficos encontrados y transitados fueron aprehendidos y producidos discursivamente a través de símiles, metáforas, hipérboles y otras figuras literarias, retóricas y discursivas.

Ahora bien, todos estos ejercicios literarizantes y/o estetizantes no solo pretendían exaltar las bondades el Nuevo Mundo (como expresa Greenblatt), o suplir carencias lingüísticas para describir lo encontrado (como expuse en la primera sección), sino que también fungieron como una forma de apropiación discursiva de ese territorio mitificado.

Apropiación discursiva que, en consecuencia, fundamentará la apropiación práctica y real de dichos territorios. Ciertamente, la estetización fue la forma más efectiva de mitificar y ficcionalizar la realidad e hiperbolizar las penurias vividas; pero, sobre todas las cosas, la estetización fue sumamente efectiva al momento de sobredimensionar la fecundidad de la tierra, la predisposición de algunos pueblos indígenas a la servidumbre y, por supuesto, las riquezas que potencialmente habrían de conseguirse en el territorio americano (Connell 172-195, Díaz Maderuelo 14-15, Pastor 171-188).

De los tres cronistas del Amazonas referidos en esta investigación, quien mejor evidencia la modulación del discurso maravillado al discurso mercantilista y extractivista es el misionero Alonso de Rojas. Su relación versa sobre la expedición por el río Amazonas en 1637, al mando del capitán portugués Pedro de Teixeira. Ya había transcurrido un siglo desde que se llevaron a cabo la expedición de Orellana y Pizarro en busca del País de la Canela (narrada por Gaspar de Carvajal), y la expedición de Pedro de Ursúa en busca de El Dorado y el reino de Omagua (narrada por Pedrarias de Almesto). Y aunque la selva amazónica, el Río Marañón (Amazonas) y todos sus afluentes continuaban ocupando un lugar preponderante en la imaginación geográfica imperial, muchos de los mitos impulsores de la Conquista se fueron desarticulando paulatinamente. En tal virtud, toda mención que sugiriera una exageración del cronista vendría acompañada de referencias ya asentadas en el imaginario geográfico imperial, así como de datos geodésicos, derroteros y mapas (la crónica de Alonso de Rojas, por ejemplo, tiene anexo un mapa que detalla la ruta expedicionaria de Pedro de Teixeira). Teniendo en cuenta lo anterior, es relevante para este

análisis examinar algunas de las muchas descripciones del misionero Alonso de Rojas, a propósito del Amazonas:

Este es el famoso río de las Amazonas que corre y baña las más fértiles y pobladas tierras que tiene el imperio del Perú, *y sin usar hipérboles*, lo podemos calificar por el mayor y más célebre río del Orbe. Porque si el Ganges riega toda la India y por caudaloso oscurece el mar cuando desagua en él... si el Éufrates, por río caudaloso de la Siria y parte de la Persia, es las delicias de aquellos reinos; si el Nilo riega la mayor parte de África, fecundándola con sus corrientes, el río de las Amazonas riega más extendidos reinos, fecunda más vegas, sustenta más hombres, aumenta con sus aguas a más caudalosos océanos... innumerables ríos desaguan en el de las Amazonas, arenas de oro tiene, tierras riega que atesoran innumerables riquezas... (235-236)

Si algo revela la cita anterior, es el desplazamiento —o la modulación— entre el discurso mitificador y el discurso mercantil. Los agentes imperiales y coloniales (conquistadores, cronistas, gobernadores) ya no sustentaban sus empresas en la búsqueda de países de canela o regiones habitadas por amazonas, ni pretendían encontrar la Fuente de Juvencia o el país de Jauja con sus ríos de leche y sus cerdos que corrían asados, con el tenedor clavado en el lomo. Lo que insufló la imaginación imperial y colonizadora, y garantizó el beneplácito y el apoyo financiero de las metrópolis europeas, fue la depuración del territorio mitificado, de modo que sus propiedades fantasiosas y fabulosas (cada vez menos creíbles), dieran lugar a propiedades más inmediatas y verificables: la fecundidad de la tierra, la diversidad de flora

y fauna; la abundancia de recursos naturales, etc. Como se ha demostrado recurrentemente, eso que llamo una depuración, fungió eventualmente como «instrumentalización de la realidad» (Beatriz Pastor 45-48).

De las muchas ideas que desarrolla Beatriz Pastor en su célebre ensayo sobre los discursos de la Conquista, la más productiva tiene que ver con la instrumentalización de la realidad, ya que dicha propuesta permite extrapolar esas operaciones discursivas coloniales al presente. Es incontestable: muchos de los espacios geográficos latinoamericanos siguen siendo articulados —instrumentalizados— a partir de formaciones discursivas que exaltan su abundancia, su fertilidad y su aparente propiedad de espacio inagotable. A propósito de dicha instrumentalización, si se traza una línea indagatoria desde la época colonial hasta la actualidad, es posible notar las formas persistentes en que la imaginación geográfica se ha reconfigurado discursiva y representacional. Hago un breve paréntesis para referirme a uno de los ejemplos más ilustrativos de la forma en que la maravilla ha permeado las discursividades actuales se encuentra en las palabras pronunciadas por el actual presidente de Brasil, Jair Bolsonaro, quien en su discurso de toma de posesión afirmó acerca del Amazonas: «tiene recursos minerales abundantes, tierras fértiles bendecidas por Dios». Asimismo, del territorio indígena Raposa Serra do Sol dijo que «es el área más rica del mundo... Se puede explotar de forma *racional*, dándole “*royalties*” a los indios e integrándolos en la sociedad».

La mención de la población indígena y su integración a la sociedad merece ser estudiada con detenimiento, y en ello profundizaré en el siguiente capítulo. Aquí, no obstante, me interesa enfatizar la idea de Bolsonaro de «explotar de forma *racional*», ya que

me remite a un tipo de negociación que actúa de manera simultánea con la modulación discursiva entre la maravilla y la mercantilización: la *racionalización* del territorio. Tanto en las empresas imperiales y colonizadoras de los ss. XVI-XVII, como en las empresas agroindustriales y extractivas del presente neocolonial, el discurso no puede operar únicamente sobre la base de la maravilla o la exaltación de los recursos naturales. También fue y es necesaria una serie de discursividades subyacentes que fundamentara racionalmente lo descrito con tanta prolijidad. Con ello me refiero al uso de información técnico-científica, de datos geodésicos y cartográficos, de taxonomías y etnografías. Informaciones que demostrarían un entendimiento, una domesticación y un control absoluto (desde lo epistémico hasta lo material) de esos territorios conquistados y apropiados. Esas discursividades subyacentes son las que conforman el *impulso cartográfico*, dispositivo (Foucault, Agamben) que permitirá la estriación imperial, colonial y neocolonial del territorio americano.²⁷

5. Impulsos cartográficos y territorios estriados

En la sección anterior expliqué cómo el discurso maravilloso influyó en la producción de territorios mitificados (edénicos, diversos, inagotables, etc.). El subproducto de lo anterior fue la consolidación de la Otredad de América versus Europa, en cuanto a un

²⁷ Uso el término «dispositivo» sustentado en las conceptualizaciones de Foucault (*dispositif*) y Giorgio Agamben (*apparatus*). Aunque hay definiciones oblicuas del dispositivo en *El nacimiento de la clínica* (1963) con el discurso científico, o en *Vigilar y castigar* (1969) con el panóptico, por ejemplo, Foucault no definió el término de manera explícita y unívoca, a excepción de la explicación que ofrece en la muy citada entrevista «The Confession of the Flesh» (1977), en la que Foucault señala lo siguiente: «this term [*apparatus/dispositif*] is... a thoroughly heterogeneous ensemble consisting of discourses, institutions, architectural forms, regulatory decisions, laws... scientific statements, philosophical, moral and philanthropic propositions—in short, the said as much as the unsaid. The apparatus itself is the system of relations that can be established between these elements».

espacio geográfico quimérico, prolífico y desmesurado. La consolidación de la Otredad era necesaria en el proceso de expansión imperialista, ya que implicaba la necesidad de domesticar ese espacio desmesurado. Sin embargo, esa mitificación no habría sido suficiente para sostener el interés político y económico de las metrópolis europeas, especialmente si se toman en consideración las sucesivas expediciones fallidas en busca de reinos míticos. El discurso, entonces, debía experimentar otro cambio, otra modulación. Debía resolver la Otredad por medio de algún tipo de domesticación. Como expresa el crítico danés Sten Pultz Moslund, «... the success of [imperial conquest and control of space] depends on a transformation, or reduction, of the vast infinity of the phenomenal world to categories and divisions and clear-cut definitions through which the world becomes ideologically manageable...» (82). Es decir que los territorios del Nuevo Mundo no podían seguir siendo quimeras en un *plus ultra* indeterminado. En cambio, debían transformarse en espacios geográficos asequibles, mensurables, controlables. Y, por supuesto, para ello fue indispensable la cartografía, así como las discursividades que emanaron de ella.

En *Culture and Imperialism* (1993), Edward Said en su discusión sobre los procesos de colonización y apropiación llevados a cabo por los imperios europeos afirma que: «imperialism is after all an act of geographical violence through which virtually every space in the world is explored, *charted*, and finally brought under control» (271, énfasis mío). En efecto, el proceso de expansión imperialista no implica únicamente la apropiación física y material de un espacio geográfico y los sujetos que lo habitan —su *desterritorialización*, para ser preciso—, sino que también implica una «dimensión conceptual» (Sousa Santos), en la que el imperio fagocita, rearticula y acomoda ese nuevo espacio geográfico es los sistemas

epistémicos e imaginarios imperiales. ¿De qué manera se manifestó esa dimensión conceptual, concomitante con la dimensión práctica y física de colonización, apropiación y desterritorialización del espacio geográfico americano? Como anticipé algunas secciones arribas, una de esas formas fue la imposición de imaginarios y conceptualizaciones espacio-territoriales europeos en los imaginarios o sistemas epistémicos de la periferia (un ejemplo de ello son los sistemas de medición espacial y temporal). Dicha imposición se correlaciona con el *impulso cartográfico* propuesto por De Certeau, el cual desencadena el constreñimiento y la reducción de América al espacio simbólico del mapa. En pocas palabras, la imposición conceptual, aunada al impulso cartográfico, produjo finalmente la *estriación*, aludiendo a Deleuze y Guattari del espacio geográfico americano. Estriación que, como explicaré a continuación, fue —y es— instrumental en los procesos de apropiación, desterritorialización y control por parte de los agentes del poder imperial/colonial y, en el presente, por parte del Estado y otros agentes comerciales y agroindustriales.

La concatenación de todos los procesos anteriores supone un proceso de comprensión del espacio geográfico, misma que inició con la importación de mitos que se ajustaran al imaginario geográfico europeo, pero que posteriormente debía transformarse en la racionalización por medio de datos materiales y verificables. Esta la línea interpretativa que sigue el filósofo e historiador Mauricio Nieto Olarte en su artículo «La comprensión del Nuevo Mundo: geografía e historia natural en el siglo XVI»:

La comprensión del Nuevo Mundo no es un simple efecto de la imaginación ni un mero producto mental. El proceso no sería explicable sin la presencia de lo extraño y su transformación en algo familiar. Su domesticación se hace

sobre el papel, con el compás y la regla, normas, signos, números, textos y dibujos. De manera que el Nuevo Mundo, como la cultura de la Europa moderna, es en buena medida un producto impreso, una suma de dispositivos, en su mayoría de dos dimensiones, fáciles de movilizar, manipular, archivar y reproducir. (10)

Estos primeros movimientos hacia la racionalización —o esta oscilación entre la mitificación y la racionalización— son apreciables tanto en las representaciones cartográficas del espacio geográfico, como en las representaciones textuales. En el caso de los mapas, uno de los mejores ejemplos es el *Mapa de América* (1562), del cosmógrafo y cartógrafo español Diego Gutiérrez, e ilustrado por Hyeronimus Cock (Fig. 8).

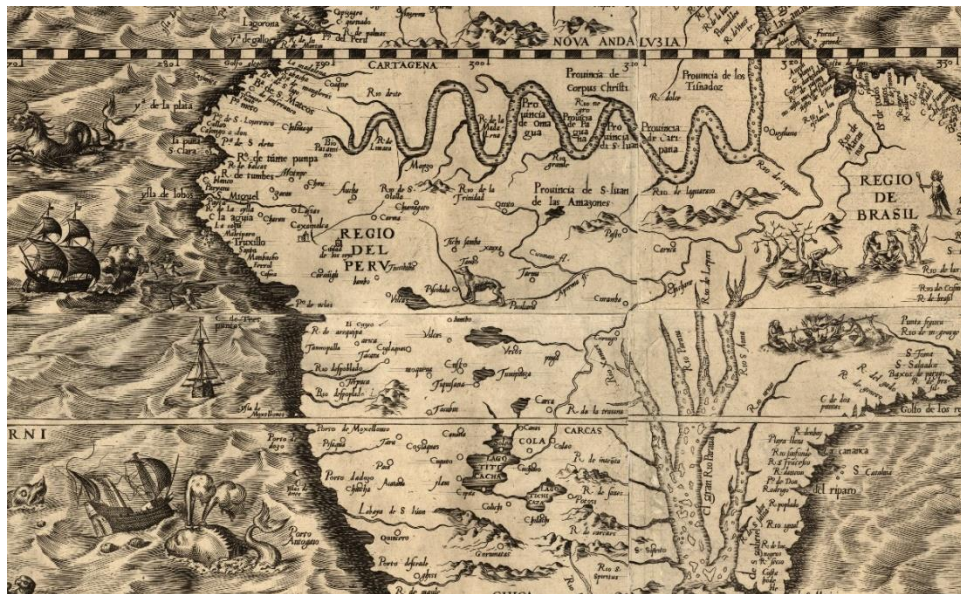


Fig. 8: La racionalización patente en el detalle y la precisión cartográfica (demarcación longitudinal, ubicación relativa de accidentes geográficos y asentamientos humanos) está todavía intervenida por lo mitológico (monstruos marinos, caníbales) y lo maravilloso (plantas y animales desproporcionados). Detalle, Mapa de América (1562) de Diego Gutiérrez. Repositorio: The British Library (Londres). Fuente de la imagen: Wikimedia Commons

No obstante la sencillez del nombre con el que se conoció el mapa en castellano (*Mapa de América*), su nombre original en latín revela un posicionamiento mucho más sugerente: *Americae Sive Quartae Orbis Partis Nova et Exactissima Descriptio*. La de Diego Gutiérrez no es otra cartografía más; esta es la «Nueva y *más exacta* descripción de América o Cuarta Parte del Mundo». En su totalidad, el mapa es casi un testamento al *horror vacui*: no hay un milímetro en él que no esté ocupado por topónimos, datos de navegación, marcadores de distancia y, por supuesto, imágenes botánicas y zoológicas convencionales (perros, loros, delfines), así como el obstinado catálogo de prodigios: monstruos marinos, sirenas, caníbales, gigantes, etc.

En cuanto a los modos de representación escritural de la racionalización, quizás el ejemplo más ilustrativo se encuentre en la portentosa *Historia natural y moral de las Indias* (1589) del jesuita José de Acosta, compuesta por siete libros. Los primeros tres libros, por una parte, comprenden una especie de diálogo entre José de Acosta y sus numerosas fuentes bibliográficas (Aristóteles, Plinio, Ptolomeo, Pierre D'Ailly, entre muchos otros), en el que describe la fauna, flora y habitantes, así como las características topográficas y climáticas de la Equinoccial y «Tórridazona» (Nuevo Mundo), y refuta muchos de los postulados clásicos y medievales sobre la inhabitabilidad de la tierra y la monstruosidad de sus habitantes. Los siguientes cuatro libros se adentran en la historia de las exploraciones, conquistas, fundaciones de ciudades, etc. Más allá de la extensión, el detalle y la prolijidad evidentes en la *Historia natural* de José de Acosta, podría decirse que es similar temática y

discursivamente a otras *Historias* y tratados de la época.²⁸ A pesar de ello, en este texto se percibe un gesto claramente ilustrativo del ya mencionado movimiento racionalizador, y tiene que ver con el énfasis en la causalidad:

La causa de haber tanta riqueza de metales en Indias, especialmente en las Occidentales del Pirú, es como está dicho, la voluntad del Creador, que repartió sus dones como le plugo. *Pero llegándonos a la razón y filosofía*, es gran verdad lo que escribió Filón, hombre sabio, diciendo que el oro y la plata y metales naturalmente nacían en las tierras más estériles e infructuosas. Así vemos que tierras de buen ténpero, y fértiles de yerba y frutos, raras veces o nunca son de minas, contentándose la naturaleza con darles vigor para producir los frutos más *necesarios al gobierno y vida de los animales y hombres*.
(lib. IV, cap. 3, énfasis míos)

La formulación que hace José de Acosta merece atención porque muestra un tipo de negociación muy importante entre el discurso regido por la cosmografía religiosa y el discurso sustentado en la racionalización. Acosta se asegura de que su confirmación de la argumentación de Filón no contradiga, sino que complemente una noción del espacio geográfico que no desafíe el credo católico; así entonces, la primera causa sigue siendo «el Creador», y la razón y la filosofía completarán ese argumento de causalidad. La segunda parte del pasaje termina de evidenciar la transición discursiva: ya no se trata únicamente de

²⁸ Entre los textos comparables están la *Historia general de las Indias* de Francisco López de Gómara, la *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del mar océano* de Gonzalo Fernández de Oviedo y la *Crónica del Perú* de Fray Pedro Simón.

hablar de la «tanta riqueza de metales en Indias», como han hecho los demás cronistas; ahora se trata de explicarlo y hacerlo corroborable para los lectores en la metrópoli.

Con todo, aquí hay que hacer una distinción entre las operaciones discursivas de José de Acosta y los cronistas del Amazonas citados a través de este capítulo. José de Acosta escribe su *Historia natural* en España, después de haber pasado dieciséis años en América — desde 1571 hasta 1587 —, y lo hace, como muchos otros historiadores y cronistas mayores, en reposos palaciegos y/o conventuales.²⁹ Por ello, y dado el imperativo académico y enciclopédico de la obra,³⁰ la prosa de José de Acosta comporta una disertación sosegada que, aunque descriptiva y facunda, es también económica en hipérboles o florituras que no puedan ser sustentadas racional o filosóficamente. Los cronistas del Amazonas, en cambio, escriben estando todavía en el Nuevo Mundo y lo hacen desde la inmediatez o la urgencia, inclusive. Fray Gaspar de Carvajal, por ejemplo, necesita reportar a la metrópoli los hechos que justificarían las decisiones de Francisco de Orellana, acusado de traicionar a Gonzalo Pizarro durante la expedición en busca del País de la Canela. El soldado Pedrarias de Almesto, por otro lado, escribe su *Relación* para demostrar su inocencia, al haber sido llamado a capítulo por deserción y traición a la Corona. Recordemos que Pedrarias de Almesto hace parte del grupo que, junto con Lope de Aguirre, «el tirano», llega a Barquisimeto después de haber asesinado al adelantado Pedro de Ursúa, y haber usurpado la expedición en busca de El Dorado y el reino de los Omaguas. Aunque el nombre de

²⁹ Estas referencias biográficas provienen del prólogo y apéndice de datos bibliográficos incluidos en la edición de la *Historia natural*, preparada por Edmundo O’Gorman (1964).

³⁰ Con «enciclopédico» no me refiero, por supuesto, a la «Enciclopedia», entendida como la organización de información multidisciplinar (acepción que sería anacrónica e inexacta aquí). Me refiero, por el contrario, a un afán individual de compendiar una serie de conocimientos universales.

Pedrarias de Almesto no aparece en la lista de capitanes y oficiales que firman la carta a Felipe II, todos los sobrevivientes son implicados en la traición. En su relación, Almesto intenta probar no ser parte de esos «otros muchos hijos-dalgo desta lista [la lista de firmantes de Lope de Aguirre]... que en estas partes [le] quisieran hacer guerra [a Felipe II]...» (200).³¹

Por los motivos descritos arriba, y debido al afán informativo de las relaciones, la prosa de Carvajal y Almesto es vertiginosa, a veces repetitiva y otras inconsistente, copiosa en hipérboles y floritura. De todas maneras, si desglosamos el discurso y dejamos de lado el dato histórico —los sucesos, los personajes— para enfocarnos en el dato geográfico, entonces se hacen patentes dos formas de racionalización y, en consecuencia, de *estriación* del espacio geográfico: José de Acosta lo hace mediante datos enciclopédicos y disquisiciones filosóficas, creando taxonomías y, en general, geografías físicas y naturales. Por otro lado, los cronistas del Amazonas racionalizan el espacio geográfico por medio del dato geodésico, así como la descripción cartográfica—o topográfica, para ser más preciso—. En todo caso, ambas formaciones discursivas son conducentes al cumplimiento de un estatuto de verdad: lo escrito no proviene ni está impulsado por el mito o la fabulación. Por el contrario, todo lo escrito proviene de la inferencia y la exégesis (José de Acosta), o de la observación y la experiencia (Gaspar de Carvajal y Pedrarias de Almesto). Ambas formas discursivas, finalmente, son mecanismos de racionalización que, en el caso del espacio geográfico, significaron el constreñimiento de un lugar antes pensado como desmesurado,

³¹ La «Carta del Tirano», como la titula Pedrarias de Almesto, está incluida en su totalidad en la *Relación verdadera de todo lo que sucedió en la Jornada de Omagua y Dorado*, pp. 194-201 de la edición de Rafael Díaz Maderuelo.

anómico y «disforme» (palabra dilecta de Cristóbal Colón). Y dicho constreñimiento, llevado a cabo ya sea por taxonomías o datos geodésicos, culminó en la ya mencionada estriación del espacio geográfico americano.

¿A qué me refiero con «estriación»? En *A Thousand Plateaus: Capitalism and Schizophrenia* (1993), Giles Deleuze y Félix Guattari desarrollan la idea del espacio *liso/alisado* y el espacio *estriado* como una dialéctica que opone y sintetiza un «sistema de representación» (el espacio estriado) y una relación irreducible al discurso, no-representable y fenomenológica (el espacio liso). Honrando su propia práctica teórica, la forma en que Deleuze y Guattari se refieren a la espacialidad lisa o estriada es rizomática y, por ende, no sigue un desarrollo conceptual cohesivo. Sin embargo, podemos restringir el concepto de manera que sea productivo para esta investigación. De acuerdo a Deleuze y Guattari, el espacio *liso* es aquel que antecede a la presencia del Estado o algún órgano gubernamental (i.e., el imperio). Por tal razón, el espacio liso es anómico (o por lo menos no está constreñido todavía por las leyes estatales). El espacio liso, «is outside [the State's] sovereignty and prior to its law: it comes from *elsewhere*» (Deleuze y Guattari 371, énfasis añadido). Ese «*elsewhere*» es cardinal, ya que no niega la existencia de algún conjunto de normas, leyes o algún tipo de estructuración y orden de ese espacio geográfico. Lo que implica es que el Estado niega o desconoce la procedencia de esas gramáticas (¿la naturaleza? ¿algún pueblo o comunidad?). De hecho, lo anterior no implica que estos espacios sean mutuamente excluyentes. No hay un espacio geográfico totalmente liso, ni uno que sea totalmente estriado. Lo que se da es una negociación, una oscilación entre

ambos espacios. Como explica la teórica australiana Elizabeth Grosz basada en la filosofía de Deleuze y Guattari:

This series of oppositional terms (smooth/striated, chaos/order, fluid/solid, perception/intelligence, duration/space, virtual/actual) is not really a distinction between chaos (the smooth, the real, the continuous, the temporal) and order (the striated, representation, enumerable units, the spatial), for each of Deleuze's... pairs is always a *mixture* of both, specific integrations of both chaos and order, each more or less chaotic and ordered... (83).

También, el espacio liso es, para Deleuze y Guattari, «irreducible to the State apparatus» (371). Esto último dialoga de manera efectiva con la idea del espacio geográfico del Nuevo Mundo como desmesurado, salvaje, indómito. El espacio *estriado*, por su parte, es el resultado de la apropiación conceptual, simbólica y empírica de un espacio geográfico. Es decir, el espacio geográfico es medido, organizado, dividido o distribuido, homogenizado por coordenadas, perímetros, límites y fronteras: «[space is] striated by walls, enclosures, and roads within enclosures» (370). El espacio estriado implica «mathematization», «equilibrium, predictability» (80). Implica, entonces, el control epistémico y la domesticación del espacio geográfico en sus variadas dimensiones conceptuales (superficie, distancia, atributos físicos y cuantitativos, etc.). Esta línea de pensamiento es la que sigue el teórico Sten Pultz Moslund, quien concibe la estriación como una forma «suprasensorial» de conquistar el espacio geográfico. La considera suprasensorial porque se desliga de la dimensión fenomenológica y reduce el espacio geográfico a códigos abstractos que, en sus palabras, «manages to turn *things* into *objects*, into (measurable) “goods”» (83). Algunas

líneas más abajo, Moslund comenta sobre esta forma suprasensorial de representar el espacio:

This is the distilled essence of the relation to the spatial dimension of the world produced by modernity as the logic that underpins European imperialism. In order to dominate space technology introduces a new form into a preexisting space — «a rectilinear or rectangular form such as a meshwork or chequerwork» (Lefebvre, 1974, 165), or what Deleuze would call a «striated space.» *Everything is scanned and sorted and anything in the landscape of no apparent use value will «retire» before the conqueror's eye.* (83, énfasis mío)

Esto último es capital porque conecta la idea del espacio estriado con el último concepto de este capítulo: el impulso cartográfico. El concepto en sí ha sido usado y definido de muchas maneras, sobre todo desde el advenimiento del giro espacial (Bachelard, Deleuze y Guattari, Foucault, Westphal, etcétera.), pero todas estas versiones convergen en un conjunto de ideas propuestas por Michel de Certeau en su ensayo *The Practice of Everyday Life* (específicamente en la parte III, titulada «Spatial Practices»). En el ensayo, de Certeau arguye que el deseo de abarcar visualmente un espacio geográfico como la ciudad antecede al deseo de transitarla y experimentarla (relacionarse con ella fenomenológicamente): «The desire to see the city preceded the means of satisfying it» (92). El deseo de ver, además, es totalizante y busca crear una representación panorámica, aparentemente objetiva, que busca hacer legible —e inteligible— el espacio geográfico (92-93). Por consiguiente, «the panorama-city is a

“theoretical” (that is, visual) simulacrum, in short a picture... The ordinary practitioners of the city live “down below”, below the thresholds at which visibility begins» (93).

Como he afirmado, la idea del impulso cartográfico no es rígida ni está restringida conceptualmente. Se ha usado y reciclado de muchas maneras y en relación con diferentes espacios geográficos (y, por ende, «totalidades»). Como explica el geógrafo Joe Painter: «a tendency towards totalization is implicated in the cartographic impulse because the exercise of cartographic reason seeks to parcel the world into knowable places, to makes those places legible, and to adscribe distinctive identities to them» (349). En ese orden de ideas, la (re)nominalización de los lugares descubiertos, la descripción prolija, la recurrencia de dimensiones y unidades de medición, etc., son muestras de un proceso de apropiación del espacio. Varias líneas arriba argumenté que la urgencia narrativa en las relaciones de Gaspar de Carvajal y Pedrarias de Alместo resultó en una representación cartográfica —y no enciclopédica— del espacio geográfico. Con ello me refería precisamente a ese impulso totalizante, o por lo menos abarcador, por cartografiar el espacio visto o transitado. A continuación, en un pasaje de la *Relación* de Pedrarias de Alместo se ilustra lo que me refiero sobre esta operación discursiva:

... fuimos sin ningún contraste... hasta llegar a la punta de un río que se junta con este otro de los Motilones, que entra sobre mano izquierda, que llamamos el río Bracamoros, porque pasa en Pirú por una provincia de ese nombre. Es, al parecer, mayor que dos veces el que traíamos. Júntase ciento y veinte leguas del astillero. Nace este río del Pirú, en la misma provincia de Guanuco, y viene cerca del nacimiento deste otro río de los Motilones...

Júntase aquí, que serán más de trescientas leguas de su nacimiento... [con el río] que se llama Cocama...

Este río de Cocama es muy caudal y poderoso, es poco menor que el que llamamos Bracamoros, y mayor que el de los Motilones. Es muy fértil de pescados de diferentes géneros, y tortugas... y en las mismas playas se toman gran cantidad de pájaros del tamaño de palominos, que son muy gordos y sabrosos. (111-112)

Este tipo de descripciones sucede incesantemente a través de ambas relaciones, y es aún más evidente en la *Relación* del tercer cronista del Amazonas, Alonso de Rojas, cuya narración es casi en su totalidad un mapeo grandilocuente del Río de las Amazonas. Asimismo, la mención de la riqueza, de lo consumible, de lo extraíble o de lo explotable es casi siempre el colofón de estas descripciones cartográficas. En ese sentido el impulso cartográfico, en su encarnación textual, no solo conlleva la reducción del espacio geográfico americano a dos dimensionales mensurables y abarcables, sino que también implica el último movimiento en la formación discursiva mercantilista. En ese orden de ideas, el impulso cartográfico es el dispositivo que plantea las condiciones de posibilidad de la estriación del espacio geográfico. Es el aparato representacional que lo interpreta, lo delimita y lo somete a la férula ideológica imperial y colonizadora.

Esta representación, finalmente, no se queda en el reino de lo simbólico o abstracto, sino que tiene repercusiones materiales mucho más insidiosas. Una de ellas es, por supuesto, la mercantilización del espacio natural (flora, fauna, minerales y otras materias primas, etc.). Otra repercusión es la relación que el imperio establece con el sujeto

colonizado y, en el presente, la relación que la capital o los centros industriales y comerciales establecen con los sujetos de la periferia (campesinos, indígenas). La colonización del espacio, propone Walter Mignolo, resulta en «the suppression of sensing and the body and its geo-historical location» (*The Darker Side* 142) Efectivamente, así como el espacio natural deviene repositorio de recursos naturales, el sujeto colonizado/periférico, despojado de sus subjetividades e interseccionalidades, dislocado de la relación histórica y cultural que mantiene que el lugar que habita, (con su *territorio*), es reducido a un cuerpo controlado, un recurso de trabajo y explotación (Moslund 47).

En la contemporaneidad latinoamericana, todavía son vigentes estas implicaciones del devenir del espacio geográfico en territorio estriado y mercantilizado. Desde las crisis medioambientales, la deforestación y la sobreexplotación de los suelos, hasta los conflictos por la tenencia de la tierra y los desplazamientos forzados, todas estas problemáticas son manifestaciones de operaciones discursivas que han reducido el espacio geográfico a representaciones bidimensionales, ya sea mediante mapas, derroteros, estadísticas, estudios agrimensores y, por supuesto, proyectos de viabilidad extractiva y explotable.

Para deconstruir, controvertir y desafiar las formaciones discursivas acerca de los diferentes espacios geográficos latinoamericanos, es imperativo estudiar sus mutaciones representacionales y las formas insidiosas en que el espacio es mitificado o referido hiperbólicamente (cf., el ya mencionado discurso de posesión de Jair Bolsonaro). Sin embargo, es fundamental tener en cuenta que todas estas mutaciones discursivas tuvieron su génesis hace cinco siglos, y podemos rastrear su huella en las crónicas de Indias y otras escrituras inaugurales del llamado «descubrimiento» y la consecuente colonización del

territorio americano. Y una de las formas de rastrear estas huellas y de controvertir estas mutaciones discursivas es a través de la reevaluación histórica y la reescritura de esas discursividades, de manera que nos develen otras alternativas, «formas Otras» como las llamaría Mignolo, de manera que el territorio latinoamericano pueda ser *decolonizado* discursivamente, por lo menos. Como veremos en los siguientes capítulos, esto es justamente lo que intentan hacer las narrativas históricas contemporáneas, cuyo énfasis en la reconstrucción del espacio geográfico desde perspectivas alternas, permite una lectura en cuanto que *geografías literarias decoloniales*.

CAPÍTULO II

Que trata de geografías literarias sensoriales en la novela *Muy caribe está* (1999) a modo de reescritura experiencial de la geografía producida por los discursos coloniales/imperiales

*...no todos los ríos van a dar al mar,
algunos terminan en las academias,
en los pergaminos, en los marcos dorados:
lo que también es el morir.*

María Mercedes Carranza: «De Boyacá en los campos»

*Para el que mira sin ver
La tierra es tierra nomás.*

Atahualpa Yupanqui: «Para el que mira sin ver»

1. El Nuevo Mundo, visto desde otro aún más nuevo

Si las descripciones del territorio americano que contienen los textos coloniales son en efecto los vestigios de un imaginario geográfico que emergía junto con el *Mundus Novus*, y si se comparan aquellas descripciones con las que se encuentran, por ejemplo, en los libros de texto contemporáneos, entonces podríamos asomarnos al golfo enorme de saberes, representaciones y discursividades que separa al imaginario geográfico de la Era de los «Descubrimientos» del imaginario geográfico que impera en la Edad Contemporánea. El primero, el de los ss. XV-XVII, se configuró principalmente sobre la base del mito, lo sugerido y la «novedad». Bastó, por ejemplo, con que un muisca le contara a Sebastián de Belalcázar sobre la ceremonia del cacique que cubría su cuerpo en oro y se sumergía en una

laguna, para que se desatara una fiebre secular que propulsó expediciones multitudinarias y pobló quién sabe cuántos mapas —he aquí el *impulso cartográfico*— con la más escurridiza de las ciudades míticas: El Dorado (Fig. 9).³² Asimismo, bastó con que un fraile y un soldado dieran relación de la existencia de gigantes en algunas «provincias de Méjico y Perú», cuyas «muelas... eran como un puño... [y] pesaban una libra», para que se suspendieran numerosas expediciones, y para que Fray Pedro Simón, eminente cronista franciscano, lo registrara como dato incontestable de la geografía de la «Tórridazona» (Nuevo Mundo) en sus *Noticias historiales de las Conquistas de Tierra Firme* (lib. 1.º, cap. III).



Fig. 9: En este mapa (detalle) del neerlandés Hessel Gerritsz, «Manoa ó El Dorado» aparece ubicado en la esquina superior izquierda del Lago Parime («Parime Lacus»). Detalle: *Guaiana ofte de Provincien tusschen Rio de las Amazonas...* (1624) de Hessel Gerritsz. Biblioteca Real Neerlandesa. Fuente de la imagen: Wikimedia Commons

Todo lo contrario sucede con el segundo imaginario geográfico —el de la Edad Contemporánea— que se ha configurado sobre estatutos de objetividad y veracidad que

³² Aunque existen varias versiones sobre el origen del mito de El Dorado en el Nuevo Mundo, la descrita arriba es la más divulgada. Véase, por ejemplo, el cap. II, de *El Carnero* (1638, pub. en 1859) de Juan Rodríguez Freyle.

son, como diría Carl Sagan, manifestaciones de una sociedad «exquisitamente dependiente de la ciencia y la tecnología». En el imaginario geográfico que impera en la actualidad no tienen cabida los monstruos ni las tierras infinitas. Cada animal tiene su taxonomía, cada lugar tiene sus contornos y su toponimia. Por cuenta de avances tecnológicos como el mapeo satelital y los sistemas de posicionamiento global (GPS, por sus siglas en inglés), el espacio geográfico de América —y del planeta en general— ha sido virtualmente observado, mensurado y abarcado en su totalidad. Por ende, si alguna persona sugiriera en el presente que en alguna costa desolada de Cuba reposa un cardumen de sirenas; o si alguna otra afirmara que, efectivamente, sí existe una ciudad rodeada de oro en el mismo lugar al norte de Venezuela donde el cartógrafo neerlandés Hessel Gerritsz ubicó alguna vez El Dorado, estas afirmaciones serían tomadas por meras elucubraciones, e inmediatamente descartadas hasta no haber alguna *evidencia visual o material*.

El asunto de la evidencia no es trivial: para un latinoamericano de la Edad Contemporánea, «hijo de la Ciencia y la Filosofía», como diría el filósofo argentino Mario Bunge, el *mundo* no es —ni ha sido— *nuevo*, y el imaginario geográfico de América Latina está constituido por el dato geodésico y cartográfico, la estadística y la visualización. Por ello, el término «Nuevo Mundo», que antes era un componente sustantivo de la imaginación geográfica, no tiene la carga semántica que tuvo durante la época colonial cuando una *terra incognita*, llena de prodigios, comenzaba a aparecer y crecer en mapas y textos. Esto se manifiesta, por ejemplo, en la conclusión de Fray Pedro Simón, quien señala que el hallazgo de los gigantes daba fe de un mundo ciertamente inédito: «Estas y otras novedades se han hallado en estas tierras... por donde se puede con razón decir Nuevo Mundo» (lib. 1.^o, cap.

III). En efecto, el Nuevo Mundo era «la región de lo inesperado» (Ospina, *Auroras* 58); y quienes lo transitaron, lo habitaron y lo describieron estuvieron signados por la incertidumbre y especulación.

En la actualidad, entonces, el término «Nuevo Mundo» no tiene el mismo carácter definitorio ni dictamina nuestra imaginación geográfica, sino que pertenece principalmente al dominio de las nomenclaturas históricas, las disquisiciones académicas y las licencias discursivo-literarias. Ni nos identificamos como «*novomundinos*» ni nos referimos a nuestro contexto inmediato en esos términos. No quiere decir ello que la idea del *Nuevo Mundo* no desempeñe un papel importante en la imaginación geográfica latinoamericana contemporánea; por el contrario, el término fue un marcador ineludible de la experiencia colonial y ha sido uno de los factores constitutivos de la identidad latinoamericana (Ospina, *Los nuevos centros* 44). Con todo esto quiero resaltar que la idea de *América Latina*, históricamente contingente, más allá del desplazamiento nominal (*Nuevo Mundo* → *América*) implica una serie de rearticulaciones históricas, sociopolíticas y culturales, a las que se suma una rearticulación fundamental, misma que nos convoca en este capítulo: la de un imaginario geográfico que se ha (des/re)mitificado, racionalizado y «sofisticado» a través de cinco siglos.³³ Aunque son muchos los factores que han propulsado dicha «sofisticación», seguramente el más determinante tenga que ver con los avances científicos y tecnológicos que han experimentado la geografía y otras disciplinas. Avances tan descomunales que,

³³ Uso las comillas previendo las numerosas denotaciones y connotaciones que puede tener el término «sofisticado». Para fines argumentativos, restrinjo el término a su tercera acepción: «dicho de un sistema o un mecanismo: técnicamente complejo o avanzado» (RAE), y excluyo totalmente su denotación de «perfeccionamiento», pues ello —el «perfeccionamiento» de un imaginario geográfico— sería completamente debatible.

como en el postulado de Arthur C. Clarke, «son indistinguibles de la magia». La consecuencia de todas estas rearticulaciones y sofisticaciones —tema transversal de este capítulo— es la conformación de una geografía (neo)colonial de América Latina en la que confluyen la racionalización del territorio a partir de saberes y tecnologías Occidentales, y discursividades coloniales/imperiales, como las que ya se trataron en el capítulo anterior. Estas rearticulaciones se verán potenciadas por una fuerza o, mejor, un dispositivo que será capital y definitivo en la imaginación geográfica tanto colonial como contemporánea: la *mirada cartográfica imperial*.

Por ello, uno de los propósitos de este capítulo es continuar con el análisis (la arqueología, en términos foucaultianos) de cómo dicha mirada imperial, cartográfica, «totalizante y completamente sinóptica» (Jacob 52, traducción propia), ha influido en la abstracción y la *estriación* (Deleuze y Guattari) del territorio latinoamericano. Asimismo, el análisis de este capítulo tendrá como enfoque las formas en que dicha mirada imperial y cartográfica ha configurado discursivamente una imaginación geográfica en la que se han obliterado formas Otras de imaginación y producción del conocimiento geográfico, como lo son (1) los saberes no Occidentales, (2) la experiencia sensorial —más allá de la mirada— y (3) la memoria y las subjetividades. Finalmente, y basado en la idea de Adam Barrows de que ciertas narrativas pueden entenderse como «Other technologies of Global Mapping» (151), propongo una lectura geocrítica de una novela contemporánea de la Conquista que, a mi modo de ver, revisita el Nuevo Mundo desde uno «más nuevo» en el que se incorporan y se reivindican formas Otras de pensar y relacionarse con el espacio geográfico latinoamericano. La novela en cuestión es *Muy caribe está* (1999), del colombiano Mario

Escobar Velásquez. Como demostraré más adelante, dos aspectos resaltan en esta obra: en primer lugar, la preponderancia de la descripción a partir de los sentidos diferentes a la vista, lo que permite concebir estas novelas como *geografías sensoriales*; conceptualización que, como ha señalado Sten Pultz Moslund, controvierte el impulso cartográfico y la mirada colonizadora/imperial (13). En segundo lugar, en *Muy caribe está* el narrador (un español transculturado), reconoce la animadversión del conquistador/colonizador hacia otras formas de aprehender y relacionarse con el espacio geográfico del Nuevo Mundo que no sea a partir de constructos imperiales Occidentales. A modo de controvertir dicha animadversión, el narrador de *Muy caribe está* intenta representar y repensar el territorio incorporando sensibilidades y saberes Otros (los de los pueblos indígenas, los africanos, etc.). Lo anterior se traduce, finalmente, en la conformación de lo que denominaré aquí una *geografía literaria decolonial*, denominación que integra algunas teorizaciones de la geocrítica y del movimiento decolonial. En suma, intentaré demostrar cómo esta y otras geografías literarias decoloniales impugnan las abstracciones y discursividades imperiales que se han consolidado gracias a las formas Occidentales de producción del conocimiento geográfico, todas ellas regidas por una serie de dispositivos que podríamos englobar dentro del concepto de la mirada cartográfica imperial.

2. El imperio de la mirada y la mirada cartográfica imperial

En *El ojo absoluto* (2011), Gérard Wajcman, psicoanalista francés y exégeta de Lacan, señala que: «La mirada se ha vuelto soberana. Se entiende que lo real está sometido. *Miramos el mundo y esperamos que se entregue por entero a nuestras miradas.*» (27; énfasis

añadido). Y aunque Wajcman termina por decantarse hacia la mirada en cuanto que «objeto psicoanalítico», considero que estas observaciones preliminares informan otras formas extrínsecas de la mirada lacaniana. Entre ellas está una que funge como dispositivo foucaultiano, estructurado por la *mirada cartográfica* (Fotiadis; Specht y Feigenbaum), la *mirada disciplinaria/panóptica* (Foucault) y la *mirada imperial* (Kaplan, Pratt). Mucho se ha dicho y teorizado sobre las dos primeras, mismas que, de manera sucinta, pueden entenderse así: por una parte está la mirada disciplinaria/panóptica de Foucault, un «aparato disciplinario perfecto» que regula, controla, coacciona «lo mirado» y establece dinámicas desiguales de poder entre el agente de la mirada y el sujeto que la recibe (*Vigilar y castigar* 169-172). En segundo lugar está la mirada imperial, que marca una distancia epistémica entre la metrópolis y los territorios apropiados/colonizados, generando Otredades y contrapuntos (Said *Orientalism* 34), exotizando, trivializando y abstrayendo todo lo visto (territorios, sujetos, etc.) de manera que puedan ser fagocitados discursiva y materialmente por los imperios Occidentales (Said, *Orientalism* 34, 54-57; Pratt 7; Kaplan 96). Ya que estas dos formas de la mirada son mucho más recurrentes en los estudios críticos/históricos/literarios, me interesa concentrarme por ahora en la mirada cartográfica, concomitante con la mirada panóptica —aunque algunos críticos como Doug Specht y Anna Feigenbaum la consideran precursora (40)—, y la cual fue instrumental en la abstracción, fijación y subyugación de lo Otro por medio de los mapas, los cuales, en palabras de Specht y Feigenbaum:

... were produced as views from above and worked to serve as tools of possession... used to carve up new territories and define peoples... The

myths surrounding these maps has become increasingly prevalent throughout modernity, perpetuating the notion of accuracy...[that's] the power of the map — as with the power to collect, analyze, and visualize statistical information» (40-41).

Podría pensarse entonces que la génesis del imperio de la mirada cartográfica en la imaginación y en la producción de conocimiento geográfico es el mapa. Pero conviene recordar que si bien es cierto que el mapa es consustancial con la geografía y la cartografía desde los albores de estas disciplinas, también lo fueron la historia oral y las narrativas geohistóricas —o «geografías descriptivas»— formas discursivas que también estructuraron la imaginación geográfica (Dueck 21-24). Desde la Antigüedad hasta el Medioevo tardío, el mapa y la narración tuvieron una relación estrecha y complementaria: «Oral stories and maps have had a long and intimate relationship over the centuries. Cartographers had historically used stories from travelers and explorers to “fill in the blanks on their maps” and to develop base maps» (Caquard y Cartwright 102). Las obras de Estrabón, Eratóstenes, Cosmas Indicopleustes e Ibn Battuta, por ejemplo, son muestras de tratados geográficos preponderantemente descriptivos/narrativos.

En todo caso, a partir del Renacimiento se aprecia la progresiva supeditación de dichas geografías descriptivas (orales o escritas) a la soberanía del mapa y la representación visual. Supeditación que se da por cuenta de avances científicos y tecnológicos sincopados por ciertos puntos de inflexión, entre los que se encuentra la invención de la imprenta en el s. XV, la invención de la fotografía en el s. XIX y, ya en el s. XX —el «siglo tremendo», como lo llamaría el autor William Ospina—, el advenimiento de la era digital e informática, que

ha terminado por poner cada rincón del planeta al alcance del índice, a un clic de distancia.³⁴

Y, como si se sintetizara un ciclo de la dialéctica hegeliana, el cartógrafo del Renacimiento, cuyo ojo absoluto y totalizante diseñaba mapamundis prodigiosos, deviene por fin, en la actualidad, en ese «dios-voyerista» del que habló Michel de Certeau, el cual no solo puede abarcarlo todo, sino que además se place en escrudiñar, fotografiar, nombrar y describir cada espacio, incluso el más íntimo, con su mirada sinóptica y cenital (*The Practice* 92).

Desde luego, el anterior es un esquema *longue durée* y bastante sucinto de la evolución/imbricación entre el mapa, la imagen analógica y la fotografía. Entre dichos puntos de inflexión hubo muchos otros cambios y desarrollos tecnológicos, pero enumerarlos — así como enumerar los incontrovertibles beneficios que todos estos avances trajeron consigo en múltiples disciplinas y áreas del saber y la experiencia humana — me obligaría a irme por una tangente demasiado extensa.

Lo importante de todo esto es que, si bien la evolución de la imagen (y específicamente el mapa) produjo representaciones visuales cada vez más precisas, detalladas y «reales» (tómese el adjetivo con precaución), del mismo modo se produjo una abstracción de los espacios geográficos hasta el punto en que no hubo lugar para otras

³⁴ La mención de estos tres momentos no pretende ser reductiva. Por supuesto, hubo otros momentos importantes: en primer lugar, con la invención de la imprenta moderna se desencadena la eclosión definitiva de mapas y cartas de navegación. Un siglo después Kepler perfecciona los procesos de la *camera obscura*, cuya capacidad proyectiva permitió la invención del helioscopio y de un telescopio modificado (precursor del teodolito) que permitía proyectar paisajes. Posteriormente, en el s. XIX, los franceses Nicéphore Niépce y Louis Daguerre repiensen y modifican la *camera obscura*, resultando en la invención de la fotografía y la fotogrametría (superposición fotográfica en la proyección cartográfica). Finalmente, con la evolución de la fotografía analógica a la instantánea y a la digitalización llegamos por fin a la era informática/digital en la que surgen el mapa web/digital, la geoingeniería, el mapeo satelital y los sistemas de geoposicionamiento global (GPS).

formas de producción del conocimiento geográfico (sensorial, subjetivo, experiencial), que no fuera a través del dato visual. geodésico, geométrico y/o matemático:

What changed... was a conception of the larger world not as a projection of *local experiences of knowledge*, divine presence, climate and *custom*, but as an *objective set of mathematical relationships* between various landmasses and bodies of water. If the *mappaemundi* could serve as a veritable mini encyclopedia of medieval knowledge about the world, the modern map... could function only as a concentration of knowledge about spatial relationships, enabling a pragmatic manipulation of global space. (Barrows 152; énfasis añadido)

Dicho de otro modo, la producción del conocimiento geográfico, que antes se nutría por igual de la cartografía que de las narraciones itinerantes (Heródoto, Cosmas Indicopleustes, Marco Polo), de descripciones topológicas y derroteros (Cabeza de Vaca, Gaspar de Carvajal) y de tratados geográfico-naturalistas (Humboldt, Mutis), dejó progresivamente de abreviar en esas fuentes narrativas/descriptivas y pasó a depender «exquisitamente» (retornando a Sagan) de la representación visual. Se afianzó entonces aquello que la filósofa francesa Christine Buci-Glucksmann denominó «*la folie du voir*»: una imperante necesidad de ver y mirar que no solo terminó por regir los estatutos de veracidad y de la «realidad», sino que también gobernó las estéticas, las epistemes de la Modernidad (Occidental) y la imaginación geográfica de un mundo virtual al que accedemos esencialmente a través de una superposición de imágenes (13, 20-24).

Algunos párrafos atrás señalé que la invención de la imprenta moderna fue el primero y posiblemente el más importante de los puntos de inflexión en la evolución de las tecnologías visuales, la cartografía y, en consecuencia, la «locura del ver» (Buci-Glucksmann). Así lo considero no solo por las sobreentendidas razones que tienen que ver con la inédita masificación y distribución del conocimiento general, sino porque en ese momento convergen procesos históricos fundamentales: (1) el comienzo de la «era de la reproducción mecánica», la mercantilización del arte y el advenimiento de las sociedades capitalistas (Benjamin, *The Work of Art* 214-218); (2) la vernacularización y diversificación lingüística de textos impresos (40, 45), hecho que tuvo incidencia en el «origen de las conciencias nacionales» (Anderson 37, 46),³⁵ y finalmente (3) la Era de los «Descubrimientos» que, sobre la base de los dos hechos anteriores, devino en la Era de la Expansión Imperialista Europea. Ello es de suma importancia porque comporta el afianzamiento definitivo de la mirada cartográfica imperial, misma en la que confluyeron la representación visual (el mapa) y la resignificación de dicha representación visual a partir de numerosas estrategias discursivas, como la mitificación, la mercantilización y la racionalización de los espacios geográficos apropiados por las fuerzas imperiales (Castro-Gómez, *Hybris* 133; Escobar *Sentipensar* 19).

Estas operaciones discursivas y representacionales no se limitan a las crónicas y textos coloniales, como los estudiados en el capítulo anterior, sino que también se manifiestan en textos de diferentes épocas hasta culminar en la Modernidad. Para demostrar

³⁵ En *Imagined Communities* (1983), Benedict Anderson arguye: «... the convergence of capitalism and print technology on the fatal diversity of human language created the possibility of a new form of imagined community, which in its basic morphology set the stage for the modern nation» (46).

ello conviene hacer una escala en el s. XVIII, cuando se da una proliferación de textos topográficos explicativos, como lo fueron los derroteros y las narrativas itinerantes, los cuales pretendían servir como instructivos o infografías, de manera que se pudieran fijar discursivamente las coordenadas de una América Latina todavía «reciente» e «inexplorada». Aunque en estos textos podría leerse un intento de conjurar ambigüedades y especulaciones pretéritas —como la existencia de lugares o seres prodigiosos—, también en ellos se certifica el objetivo ulterior de (re)mitificar el espacio geográfico hispanoamericano por medio del dato corográfico, la historiografía y la observación deductiva/probabilística.

Uno de esos mitos «racionalizados» fue el de la Ciudad de los Césares, también conocida como Ciudad Encantada, Trapananda o Lin Lin, ciudad que se presumía estaba poblada por náufragos españoles, y la cual conjugaba muchos de los atributos de otros lugares míticos como El Dorado, Jauja o el Reino Omagua (Fig. 10).

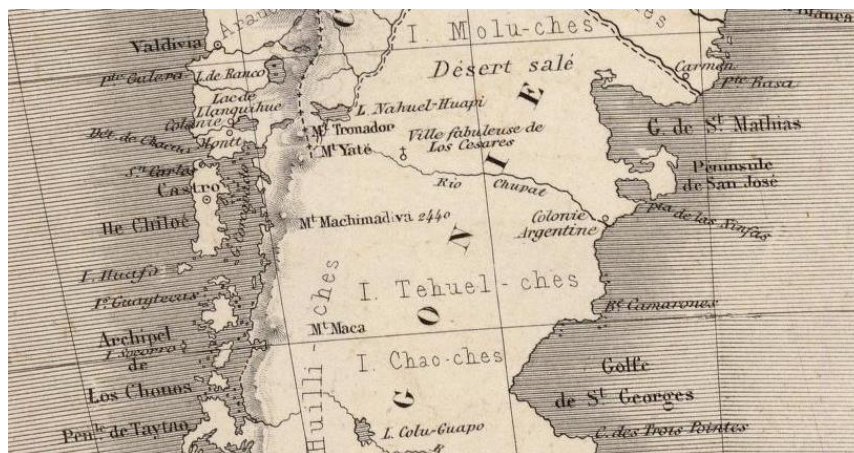


Fig. 10: Detalle de la Carte de L'Amérique du Sud (1873) de Victor Martin de Moussy, en la que se aprecia la «Ville fabuleuse de Los Césares» (arriba del Río Chupat. Fuente de la imagen: David Rumsey Map Collection, Cartography Associates, © 2000 by Cartography Associates

Aunque la Ciudad de los Césares es mencionada por primera vez en las *Relaciones* (1617-1618) de Ruy López de Guzmán acerca de la Expedición de Francisco César hacia las provincias del Río de la Plata, no es sino hasta finales del s. XVII y durante el s. XVIII que se intensifica la búsqueda de dicha ciudad en las diferentes provincias del Cono Sur. Entonces sucedió que la Ciudad de los Césares no solo insufló imaginaciones expedicionarias, sino que también empezó a poblar crónicas, cartas y derroteros. Y aún un siglo después, la Ciudad de los Césares seguía apareciendo en mapas que —como la *Carte de L’Amerique du Sud* (1873) de Victor Martin de Moussy— sustanciaban la mítica ciudad con coordenadas y descripciones, no obstante los embates racionalizadores y cientificistas de la Ilustración.

En cuanto a los textos, los mejores ejemplos se encuentran en la compilación llevada a cabo por el historiador argentino Pedro de Angelis (1784-1859), titulada *Derroteros y Viages a la Ciudad Encantada o de los Césares que se creía existiese en la cordillera al sud de Valdivia* (1836). Los textos recopilados por de Angelis dan fe de una serie de operaciones discursivas en las que la mitificación se articula a partir de procesos cientificistas, deductivos y racionalizadores que concuerdan con los nuevos paradigmas epistémicos que se inauguraron durante el llamado Siglo de las Luces. Para ilustrar lo anterior cito a continuación algunos fragmentos de la *Carta* del Padre Jesuita José Gardiel, y del *Derrotero* del también jesuita Tomas Falkner, los cuales, aunque extensos, permiten observar algunas de las estrategias discursivas mencionadas.³⁶

³⁶ Los títulos completos de los textos son: *Carta del Padre Jesuita José Gardiel, escrita al Señor Gobernador y Capitán General de Buenos Aires, sobre los Descubrimientos de las Tierras Patagónicas, en lo que toca a los Césares. 11 de Agosto de 1746*; y, en segundo lugar, *Derrotero desde la Ciudad de Buenos Aires hasta la de los Césares, que por otro nombre llaman la Ciudad Encantada, por el P. Tomas Falkner, Jesuita (1760)*.

Dice lo siguiente el Padre José Gardiel en su carta:

... Además de esto digo, que hay graves fundamentos para creer que hay también poblaciones de españoles, y quizás con algunas minas de oro y plata, lo cual ha dado [dado] motivo a la decantada ciudad de los Césares. *Los fundamentos son estos*: el suplemento a la historia de España por Mariana, y los mapas modernos dicen, que el año de 1523, entraron por el estrecho de Magallanes, cuatro navíos españoles: los tres se perdieron en el Estrecho, y el cuarto pasó a Lima... ¿Qué se hizo, pues, de toda esa gente, que en tantos navíos se perdió? ¿Se ahogó toda? No por cierto, porque el Estrecho es muy angosto en partes... *Presúmese*, pues, que toda esa gente habrá emparentado con los indios, y tendrán sus poblaciones a trescientas o cuatrocientas leguas de aquí.

El que no se haya descubierto en tanto tiempo, no me hace fuerza; pues las Batuecas, en medio de España tan poblada por todas partes, estuvo tantos centenares de años o sin descubrirse o con muy poca o dudosa noticia de que hubiese tal gente... Pero vamos adelante, *mostrando más fundamentos...*

(ctdo. en Angelis 14-17; énfasis añadido)

Mientras que la carta del Padre Gardiel es una disquisición que pretende justificar con argumentos históricos, deductivos y probabilísticos, el Padre Tomas Falkner va un paso más allá, escribiendo la ruta detallada y precisa que habrá de llevar a futuros expedicionarios a la mítica ciudad:

Llegando a la ciudad de la Santísima Trinidad... se saldrá de ella, y se caminará por el camino abierto que hay de las carretas... Distante de esta tierra, como cosa de 80 leguas, tirando para el poniente, se hallará otra sierra que llaman Guamini, que está por un lado distante del mar cosa de dos leguas... Pasado dicha travesía, se halla un río muy grande y hondo, que sale de la Cordillera grande de Chile y va dando vueltas, atravesando dichas campañas. Este río es profundo, y lleno de barrancas muy ásperas en algunas partes... Pasado este río, prosiguiendo por las dichas campañas... (ctdo. en Angelis 27-28)

Y de esta manera el Padre Falkner concatena las direcciones y descripciones geográficas, hasta culminar en la llegada a la Ciudad de los Césares y la descripción de todas sus riquezas y la disposición laboriosa de las naciones indias que habitan en las regiones vecinas. En la crónica de Indias y los textos de los ss. XVII y XVIII la extensión indefinida del espacio geográfico equivalía a nuevas oportunidades de conquistas territoriales y económicas; en los derroteros del s. XVIII, por otra parte, el espacio geográfico ha sido delimitado, mensurado y detallado, condición de posibilidad de apropiación y explotación económica. Esta nueva aproximación se intensifica en el s. XIX con los tratados resultantes de las expediciones botánicas y naturalistas, como las de Alexander von Humboldt y José Celestino Mutis, en los que se augura la imbricación definitiva del dato geográfico y científico, el texto legal e historiográfico y las representaciones visuales y descriptivas.³⁷

³⁷ Ver, por ejemplo, «Aspectos económicos y comerciales de las expediciones científicas: el proyecto del Nuevo Reino de Granada» (pp. 239-253) de Marcelo Frías Núñez.

Dicha imbricación continuó sofisticándose hasta el presente, en el que se imponen fatalmente la representación visual (i.e. el mapa), e intervienen operaciones discursivas que abstraen y estrían el espacio geográfico latinoamericano de manera que sea aprehendido en términos epistémicos, económicos y políticos, y se excluyan otras relaciones geográficas, como lo son las epistemes otras, la experiencia sensorial y la subjetividad. Aunque estas operaciones discursivas no son estrictamente imperiales o coloniales, sí pueden entenderse como rearticulaciones de lo que Mabel Moraña, Enrique Dussel y Carlos Jáuregui denominaron «the surviving apparatus of neocolonial domination... in contemporary times» (11).

El propósito de esta larga retrospectiva ha sido culminar la búsqueda —iniciada en el capítulo anterior— de las huellas visuales y textuales que forjaron la imaginación y la producción de conocimiento geográfico desde la Conquista y colonización del Nuevo Mundo. Ahora bien, la perspectiva decolonial, a la cual me suscribo y sobre la que profundizaré a continuación, exige dos movimientos: primero, el reconocimiento de los esquemas y estrategias de orden colonial que todavía perviven y, segundo, la búsqueda de formas Otras que contesten o controviertan dichos órdenes de la Colonialidad. A mi modo de ver, ciertos textos dentro de la ficción histórica contemporánea ofrecen una lectura contestataria— así sea parcialmente— de los esquemas de la Colonialidad que reverberan en el presente. es a través de la ficción histórica. Dentro de este conjunto de textos, la novela de la Conquista resulta ser muy productiva al momento de reescribir y repensar el Nuevo Mundo desde otras dimensiones experienciales y sensoriales que intentan escapar del yugo

de la mirada. Por consiguiente, y como explicaré a continuación, estas ficciones históricas pueden entenderse como geografías literarias decoloniales.

3. La novela de la Conquista: una geografía literaria decolonial

Si bien la nuestra es una cultura y una civilización cada vez más «oculocéntrica» (Castañares 29), todavía imperan sobre dicha geografía una serie de creencias y asunciones que se nutren de aquellas representaciones primigenias, gestadas en mapas, cartas de navegación, crónicas y otros textos coloniales. Como en la paradoja aristotélica (una contención infinita de lugares que se ocupan sucesivamente), América Latina continúa configurándose discursivamente como un espacio geográfico «infinito», en el que se hayan contenidas tierras y naturalezas inagotables, todavía indómitas, despobladas o, en caso de estarlo, subutilizadas por los pueblos indígenas u otras comunidades marginales que habitan en ellas. Basta con remitirse a las operaciones discursivas oficiales (institucionales, estatales, etc.) que sustentan las reformas energéticas, la expansión de proyectos de *fracking* o la explotación extendida de hidrocarburos no convencionales (HNC), patentes a través de la mayoría de las naciones latinoamericanas, para pensar en las formas en que se ha perpetuado la idea de la inagotabilidad (permítaseme la licencia léxica) del medioambiente.³⁸ Basta también con recordar los discursos de campaña del entonces candidato a la presidencia de Brasil, Jair Bolsonaro, quien se refería a las áreas reservadas

³⁸ En el *Informe Anual 2018*, la Asociación Interamericana para la Defensa del Ambiente (AIDA) hace un reporte de los proyectos de *fracking* y extracción de hidrocarburos en diferentes naciones latinoamericanas, así como las políticas públicas y las diferentes nomenclaturas usadas desde los estamentos gubernamentales para respaldar dichos proyectos.

para los pueblos indígenas como «zoológicos» de «seres humanos igual que nosotros, que *quieren evolucionar*, tener electricidad, médico, dentista, internet, jugar fútbol» (Araújo «El futuro de la Amazonía»; «Bolsonaro plantea explotar recursos»; énfasis añadido), para entender que todavía siguen vigentes aquellas construcciones discursivas que barbarizaron a los pueblos nativos, presentándolos como anómicos, iletrados e improductivos. En cualquier caso, un repaso del estado de las cuestiones geográfica, territorial y medioambiental en el presente latinoamericano pone de manifiesto que las operaciones discursivas que (re)mitificaron, mercantilizaron y racionalizaron el territorio perviven todavía, no obstante la apabullante saturación de imágenes y mapas que describen el espacio geográfico de América Latina.

En aras de contestar, revisar y controvertir las formaciones discursivas que han configurado y racionalizado el espacio geográfico latinoamericano desde los estamentos oficiales y las academias occidentales —e incluso las academias occidentalizadas del Sur Global—, desde las décadas de 1970 y 1980 se ha propiciado una serie de discusiones que han resultado en un giro interdisciplinario hacia las *geografías críticas*, entendidas como una serie de enfoques teóricos y metodológicos que imbrican nuevas perspectivas geográficas con la sociología, la historiografía, la nueva historia cultural, el feminismo y el poscolonialismo, con el fin de «revisar y cuestionar tendencias neopositivistas del pensamiento geográfico tradicional y politizar la comprensión histórica y social del mundo en su contemporaneidad» (Carvajal et al. 14). Una de estas geografías críticas, enmarcada en las perspectivas y propuestas teóricas del Grupo Modernidad/Colonialidad (M/C), es la *geografía decolonial*, cuyo exponente y teorizador principal es el antropólogo colombiano

Arturo Escobar. Vale la pena recordar de manera sucinta que el movimiento decolonial implica, en primer lugar, un rastreo crítico y deconstructivo de los sistemas epistémicos que gobernaron sobre la producción de conocimiento tanto en las metrópolis como en las colonias; en palabras de Aníbal Quijano, este rastreo conlleva una «crítica del paradigma europeo de la racionalidad/modernidad» (437). En segundo lugar, y según señala Walter Mignolo, el pensamiento decolonial implica una apertura «al pensamiento *otro* a partir de la experiencia y la memoria» («El pensamiento decolonial» 29).³⁹ En suma, la perspectiva decolonial implica el reconocimiento de la razón y producción de conocimiento occidental y, en segundo lugar, implica la incorporación de otras epistemologías y aproximaciones. En el caso específico de la *geografía decolonial*, esta puede entenderse como:

... una pluralidad de ontologías espaciales que visibilicen otros espacios-tiempos, así como identidades y dimensiones espaciales que quedan fuera del enfoque colonial, blanco y occidental... Estas otras ontologías espaciales desde la poscolonialidad y la decolonialidad reflejan los espacios-subjetividades marginados que promueven un sentido y uso político del lugar (Escobar 2008), procesos fronterizos desde espacialidades y nociones de soberanía indígena (Oslender 2002), ontologías espaciales que incluyen lo no humano como maneras de descolonizar la construcción del conocimiento geográfico (Sundberg 2014) y el acaparamiento de tierras en relación con el

³⁹ Los aspectos mencionados arriba no limitan la perspectiva decolonial. Tratar de abarcar todas las conceptualizaciones y propuestas de esta perspectiva exigiría un capítulo aparte. Sin embargo, la mayoría de las propuestas del grupo M/C (Santiago Castro-Gómez, Enrique Dussel, Arturo Escobar, Ramón Grosfoguel, María Lugones y Walter Mignolo, entre otros), concuerdan en que el giro o la perspectiva decolonial implica los dos movimientos arriba descritos.

pensamiento crítico racial y poscolonial (Mollet 2016). (Zaragocin Carvajal et al. 20)

La geografía decolonial es, entonces, una convergencia de aproximaciones interdisciplinarias que detectan y deconstruyen los aparatos o dispositivos de producción colonial del espacio geográfico y, finalmente, incorporan otras dimensiones epistémicas, subjetivas y experienciales que a la luz del pensamiento occidental parecerían exóticas, infundadas e incluso esotéricas. Asimismo, en la geografía y el pensamiento decolonial es imperativo desbordar límites epistémicos y «democratizar» el acervo de saberes y concepciones geográficas que se producen desde los estamentos académicos (especialmente occidentales), de manera que sean productivos teórica y materialmente en las comunidades latinoamericanas (Escobar 18-19). En ese orden de ideas, la ficción histórica es una bisagra efectiva en cuanto que artefacto que modula el dato histórico e historiográfico y lo literaturiza para ser consumido por el público no académico. Ciertamente, la ficción histórica que analizaré a continuación, *Muy caribe está*, de Mario Escobar Velásquez, cumple con el propósito mencionado. Como expliqué en el capítulo introductorio, esta novela —y la trilogía que se analizará en el próximo capítulo— comparte con otras ficciones históricas contemporáneas un carácter revisionista y contestatario que permite constelarlas en la categoría de las *reescrituras (pos)coloniales*. Sin embargo, el carácter distintivo de *Muy caribe está* tiene que ver con su énfasis en cuestionamientos geográficos (cómo se representó el espacio y cómo experimentaron esos sujetos esos espacios geográficos) y con el re-mapeo de estos espacios, ya no a partir de un *impulso cartográfico imperial*, sino que a partir de lo que podríamos considerar un *impulso sensorial y experiencial* que subvierte la producción del

espacio imperial/colonial. Esta subversión se lleva a cabo de dos maneras: (a) por medio de una representación geográfica centrípeta, contractiva y tendiente a lo íntimo y lo doméstico (representación que deconstruye el espíritu expansivo y totalizante de las representaciones coloniales); y (b) por medio de una representación fenomenológica, sensual —o sensorial— y sobre todo corporal, la cual apunta hacia la reflexión ecocrítica (la correlación humano—naturaleza), y *alisa* (acudiendo de nuevo a Deleuze y Guattari) o problematiza el territorio *estriado* por los discursos imperiales, subvirtiendo así su afán teleológico e inclinado a la mercantilización. En tal virtud, *Muy caribe está* ofrece una clave de lectura en calidad de *geografía literaria decolonial*. Como mencioné en el capítulo introductorio, no recurro a este término con afanes neológicos, sino que con la convicción de que esta forma garantiza cierta cohesión teórica y metodológica con el carácter aproximativo del giro decolonial. Para explicar lo anterior conviene recordar que el *telos* del pensamiento decolonial implica un «giro epistémico» (Borsani, Mignolo) que se «independiza» de las metrópolis e instituciones académicas occidentales, y es articulado idealmente a través de lenguas no europeas —lenguas indígenas, africanas, etc.— (Mignolo, «El pensamiento decolonial» 27). Aunque el narrador de la novela en cuestión (y de la trilogía que se estudiará en el siguiente capítulo) controvierte los paradigmas epistémicos coloniales/imperiales y trata de incorporar otras nociones y relaciones geográficas en sus descripciones y comentarios, el locus de enunciación sigue siendo el del colonizador europeo, y la lengua en la que se comunica es, por supuesto, el castellano. Por consiguiente, sería impreciso pensar que en *Muy caribe está* y otras novelas semejantes hay un ejercicio que alcanza el *telos* decolonial. En ese orden de ideas, hago uso del término «decolonial» sobre la base de las observaciones de críticos como

Santiago Castro-Gómez o Ramón Grosfoguel, quienes han expresado que lo decolonial solo puede ser aproximativo y no teleológico, pues es improbable (o por lo menos extremadamente difícil) prescindir de las lenguas o los paradigmas epistémicos occidentales para acceder a, o contestar la «lógica profunda» de la Modernidad/Colonialidad (Castro-Gómez *Filosofía Política* 240-241; Grosfoguel, «Decolonizing Postcolonial Studies» 4). Y aún más improbable es que, como investigadores formados en las academias occidentales, podamos ejercer este tipo de análisis a través de cosmovisiones y saberes indígenas o no occidentales, sin caer en la equivocación de la impostura, el falseamiento o la (re)apropiación de otras voces (Díaz 89, 104). Hechas las aclaraciones, paso a la primera de estas aproximaciones geográficas decoloniales, en la que la visión totalizante y aplanadora del impulso cartográfico es deconstruida y reescrita desde lo sensorial, lo subjetivo y lo íntimo, como podrá observarse en la novela *Muy caribe está*.

4. Acerca de *Muy caribe está* (1999) y su autor, Mario Escobar Velásquez

Una de las características sobresalientes de la denominada Nueva Novela Histórica es «la abolición de la distancia épica» (Aínsa) y la deconstrucción de aquello que el filósofo francés Paul Ricoeur denominó la excepcionalidad del acontecimiento histórico. En ese sentido, la novela *Muy caribe está* (1999) del autor colombiano Mario Escobar Velásquez resulta ser un ejemplo paradigmático: si bien en la novela suceden acontecimientos como el «descubrimiento» del Mar del sur (Océano Pacífico) por parte de Vasco Núñez de Balboa, y está poblada de otros personajes históricos principales, la narración se desarrolla en espacios relativamente pequeños (el hogar, el campamento, la aldea) y desplaza lo épico (batallas,

expediciones) de manera que prime la pormenorización de la cotidianidad y la vida íntima de los personajes.

Aún más interesantes son las representaciones geográficas que se confeccionan en la novela: a diferencia de las crónicas y otros textos coloniales, el Nuevo Mundo no es representado a través de sugerencias mitificadoras, de vistas panorámicas, de enumeraciones o medidas, sino que a través de la observación contemplativa, (auto)crítica y/o reflexiva. Asimismo, el ojo totalizante de la razón cartográfica se «cierra» y cede su predominio al énfasis en los olores, sabores, sonidos y texturas, sentidos que devendrán marcadores de dicha geografía. Por lo tanto, a lo que asistimos en la novela de Escobar Velásquez es a la producción literaria de una *geografía de los sentidos* o, recurriendo al término del poscolonialista danés Sten Pultz Moslund, una *geografía sensorial*. Pero antes de profundizar en ello conviene hacer algunos apuntes acerca de la obra y su autor.

La novela de Escobar Velásquez comprende el relato hecho por un español anónimo y nonagenario quien, sintiéndose acechado por la muerte, decide narrar su experiencia como conquistador en el Caribe, específicamente la región del Golfo de Urabá y el histórico Estrecho del Darién (zona fronteriza entre Colombia y Panamá). En la novela, el conquistador/narrador se refiere detalladamente a los acontecimientos más importantes en dicha región, llamada entonces Tierra Firme, durante las primeras décadas del s. XVI (Fig. 11).



Fig. 11: En el mapa se observa la Región del Darién y el Golfo de Urabá (frontera entre Colombia y Panamá). En dicha región se establecieron el Reino de Tierra Firme (1498) y Castilla de Oro (1502). Detalle, Terra Firma et Novum Regnum Granatense et Popayan (1673-1719), Biblioteca comunale di Trento. Fuente de la imagen: Wikimedia Commons

Como sucede con los narradores moribundos de muchas otras novelas históricas,⁴⁰ el conquistador/narrador de *Muy caribe está* (en adelante MCE) presenta una actitud crítica, reflexiva y desencantada su participación en «la Conquista de un Mundo Nuevo, que resultó destruido» (389). Desde el principio, el narrador expresa que escribe para él, para recordar y, tal vez, develar algún secreto todavía guardado en su memoria. Y, en un momento que nos anticipa su transformación —o mejor, transculturación— el narrador expresa que escribe tratando de conjurar ese último deseo o deber (el de contar lo sucedido) y poder morir como los indios:

⁴⁰ Entre los ejemplos más emblemáticos están *Yo, Claudio* (1934) de Robert Graves, y las *Memorias de Adriano* (1951) de Marguerite Yourcenar. En el caso específico de la ficción histórica latinoamericana están *El largo atardecer del caminante* (1992) de Abel Posse, *Inés del alma mía* (2006) de Isabel Allende y, seguramente el ejemplo más «extremo» y particular, *Colombina descubierta* (1991) de la venezolana Alicia Freilich, novela en la que la narradora es Cristóbal Colón mutado en una mujer de 500 años, judía y pobre, que agoniza en un manicomio en 1992.

A veces, como los indios, que así lo hacían, he querido morir por el deseo de hacerlo como única cosa. Pero nunca pude lograrlo, sin que sepa por qué... Tampoco he podido saber nunca por qué sí ellos podían: les bastaba con el desear. No requerían de arma ni de ponzoña, ni de tósigo, ni de hondas aguas azules para ahogarse...

... A la muerte que deseo es a la que los indios tenían, intacta la dignidad. En conciencia y con la facilidad con que un soplo apaga una vela (Escobar Velásquez 14, 16).

Además de las cavilaciones nostálgicas sobre los caribes, en la narración de este conquistador se superponen el relato del acontecimiento histórico, el comentario crítico sobre la colonización y el expolio de los caribes, con quienes estuvo «cercano... como ninguno jamás lo estuvo» (14), y sus observaciones sobre el proceso mismo de la escritura y cómo esta interviene en la forma en que se encuadra y se presenta lo narrado: «Es cierto que queda empezada la división en capítulos, que tenía iniciada, pero he pensado que eso importa poco. Es, esa división, poco menos que un signo ortográfico. Lo que debe importar es lo que cuento en todos estos legajos» (Escobar Velásquez 389). Comentarios como el anterior, en los que el narrador hace explícita su intervención en la estructuración del relato, permitirían constelar esta obra con otras metaficciones historiográficas (Hutcheon) como *Lope de Aguirre, príncipe de la libertad* (1979) de Miguel Otero Silva, *La invasión a un mundo antiguo* (1991) de Rosa Miquel, o *Neguijón* (2005) de Fernando Iwasaki. Como se ha dicho en numerosas ocasiones —y de muchas maneras—, la metaficción historiográfica, propuesta y desarrollada por Linda Hutcheon, es un dispositivo estético que pone al descubierto esa

mano historiográfica y autoritaria, que rige y ordena la forma en que el suceso histórico se inscribe en el documento. La mano descubierta, por supuesto, es en sí el narrador que comenta sus propias decisiones escriturales. Menciono este atributo en la novela de Mario Escobar Velásquez porque, a fin de cuentas, el tema de la metaficción es insoslayable al momento de hablar de la NNHL o la ficción histórica contemporánea en general. De hecho, este es uno de los ejes de análisis que sigue la tesis de maestría de la investigadora Julia Escobar Villegas, quien recurre al término como parámetro de clasificación de *MCE* dentro de varios subgéneros de la novela histórica.⁴¹ La atención a estos dispositivos discursivos es productiva en cuanto que facilita revisiones históricas y replanteamientos historiográficos; aun así, me interesa aquí ir más allá de cuestiones genéricas o estructuralistas y dirigir la atención a las condiciones de posibilidad que ofrece el dispositivo metafictional para la introspección y el relato intimista, operaciones inexorables al momento de revisitar y reescribir la historia, y producir «microhistorias», inclusive (Seydel 64).

En efecto, uno de los rasgos sobresalientes de *MCE* es la tesitura intimista de la narración. El conquistador/narrador constriñe su relato de manera que todo lo registrado sea únicamente aquello visto o vivido por el narrador y, por ende, evita de manera explícita referirse a todo lo que sea ajeno a su experiencia: «Poco más tengo para contar, porque no presencié a esos sucesos, y yo apenas quiero decir de lo que ví» (387) Y aunque el relato siempre está circunscrito al espacio inmediato, íntimo que habita o transita el conquistador anónimo, la narración siempre se proyecta hacia el relato de los «grandes acontecimientos»,

⁴¹ Ver «Memoria ficcional: contextos y voz narrativa en *Muy caribe está* de Mario Escobar Velásquez» (2018).

o los eventos más significativos durante la época en que el narrador estuvo en el Nuevo Mundo. Entre dichos acontecimientos están, por ejemplo, la fundación de las extintas ciudades de Santa María la Antigua del Darién y San Sebastián de Urabá, así como el «descubrimiento» del Mar del Sur (hoy Océano Pacífico) por Vasco Núñez de Balboa, en 1516.

En virtud de su carácter intimista, la narración de todos esos acontecimientos está trenzada con descripciones de la geografía, la naturaleza y las gentes de la región; descripciones que son detalladas, intervenidas por la subjetividad y la corporalidad. Por tal razón, estas no son descripciones construidas desde la «distancia epistémica» que produce el pensamiento eurocéntrico-colonial a través de discursividades totalizadoras, racionalizadoras o científicas (Castro-Gómez *Hybris* 100). La historia que elabora el narrador de *MCE* es diametralmente opuesta a las *Historias* totales y enciclopédicas de José de Acosta, Gonzalo Fernández de Oviedo, o Pedro Cieza de León, cuyas geografías son imaginadas a la distancia, a partir de mapas e historias «oficiales» (institucionalizadas). Para ellos, el Nuevo Mundo es ciertamente una geografía imaginaria y solo asequible desde la representación visual o textual. Para el narrador de *MCE*, en cambio, la geografía es un cúmulo de sensaciones, corporalidades, experiencias, y no está gobernada por el impulso cartográfico; las descripciones de la naturaleza no pretenden ser taxonomías zoológicas o botánicas; y sus descripciones del pueblo caribe y sus costumbres no pretenden ser etnográficas. De hecho, y en el caso específico de los caribes, las descripciones y comentarios del narrador están siempre relacionadas con cuestiones subjetivo-afectivas: su integración cultural al pueblo de los caribes, la amistad complicada —conflictiva, inclusive— que

establece con los líderes (Cemaco, Coíba, Panquiaco), y sus relaciones sentimentales con las mujeres caribes, entre las que destaca Miel, con quien tiene un hijo. Esto último ocupa un lugar preponderante en la novela: como mencioné anteriormente, una característica sobresaliente de *Muy caribe está* es la superposición del relato íntimo y cotidiano sobre el relato excepcional o épico-histórico. Así lo establece el mismo narrador, quien en numerosas ocasiones habla del «hastío de esos días iguales los unos a los otros, repetidos...» (232), e insiste en que no escribe para «hacer historia» (383), ni repetir lo que ya han registrado otros cronistas; por el contrario, el narrador anónimo escribe para sí mismo, «para entender cosas, escrutándolas» (389). Ciertamente, a medida que el narrador cuenta cada uno de los episodios en los que participó, también escruta, reflexiona sobre las trampas discursivas del colonizador, el exterminio y la explotación de los pueblos nativos; la futilidad de muchas de las empresas de Conquista y colonización; y la forma en que su experiencia entre los caribes y todo lo visto en el Nuevo Mundo terminó por escindir su identidad. Por ello se refiere a sí mismo de manera fragmentaria, como un «yo ido—quedado» (45), por ejemplo. Conforme avanza en su relato, el narrador, cuya «alma se iba poniendo india» (69), muestra un proceso de transculturación que remite a otros personajes literarios cuya identidad se ha escindido y transculturado, como el grumete de *El entenado* (1983) de Juan José Saer, o a personajes históricos entre los que se distinguen dos: Gonzalo Guerrero y Alvar Núñez Cabeza de Vaca.

Poblada de un reparto de personajes históricos de la talla de Vasco Núñez de Balboa, Juan de la Cosa, Alonso de Ojeda, Pedrarias Dávila y Francisco Pizarro, *MCE* podría haberse explayado en las batallas, las fundaciones y las grandes gestas de Conquista de aquella

región del Caribe, conservando así el carácter épico del que habla Fernando Aínsa al referirse a la novela histórica tradicional (*Narrativa hispanoamericana* 95). Sin embargo, en la novela de Escobar Velásquez los personajes mencionados ocupan un lugar a veces secundario o accesorio, no obstante su relevancia histórica. Uno de los momentos más ilustrativos de lo anterior sucede cuando el narrador está contando la trágica vida de Alonso de Ojeda, figura principal del período de la Conquista y, en medio del relato, el narrador menciona a Miel, india caribe de la que se ha enamorado. Entonces el narrador se embarca en una digresión extensa en la que relata con minuciosidad la mutua repugnancia que generó en ellos el embarazo de Miel:

He dicho que por los meses mayores de su preñez, cuando el vientre le abultaba como un fardo, Miel me tuvo resentimientos, y tal vez pudo pensar en mí como uno igual a los que asaltaron el poblado indio... A más, su barriga nos separaba los sexos. El suyo perdido el gusto por el mío. Inflados, sus pechos habían perdido su gracia pícara y cada pezón habíase puesto negro-morado como una mora cayendo a la pudrición. Le dolían.

Se puso celosa y me llevaba cuenta de cada paso que yo daba. No únicamente me vigilaba a mí, sino a cada una de las indias jóvenes. Casi que me repugnaba, y no la entendía... (Escobar Velásquez 92)

Comentarios y observaciones que continuarán hilvanándose por varios párrafos, mientras que las batallas que se van librando en el ínterin son apenas contadas de manera sucinta. En virtud de las constantes cavilaciones del narrador acerca de lo cotidiano y lo doméstico, es posible concluir que uno de los rasgos fundamentales de la novela de Mario Escobar

Velásquez es la conversión de la *historia épica* en *intrahistoria* (Unamuno) o, mejor aún, en *microhistoria* (Ginzburg; Levi).⁴² Una microhistoria que además de intimista, es (auto)evaluativa y (auto)crítica.

Quisiera insistir aquí en que lo anterior no significa que el suceso histórico deje de importar en MCE: el narrador se refiere con detalle a acontecimientos como la destrucción de San Sebastián de las Lanzas; las batallas en el Darién en las que centenares de caribes fueron aperreados; la traición y muerte de Ojeda por cuenta de Francisco Pizarro y su fiebre áurea; el extasiado «descubrimiento» del Mar del Sur por parte de Núñez de Balboa y, finalmente, la confección del famosísimo mapamundi de Juan de la Cosa (Fig. 12).



Fig. 12: orientación moderna del Mapa o Carta de Juan de la Cosa (1500), considerado el primer mapa —o el más antiguo de los existentes— en contener una representación cartográfica de América. Museo Naval de Madrid. Fuente de la imagen: Wikimedia Commons

⁴² Más allá de considerarlos adversativamente, tanto «intrahistoria» como «microhistoria» pueden considerarse como términos complementarios. Como explica el filólogo Celso Medina, la intrahistoria de Miguel de Unamuno se aleja de la narración teleológica, épica y lineal para enfatizar la fragmentación, «el reporte de la cotidianidad» y el quehacer íntimo (Medina 129). La microhistoria de Ginzburg y Levi se construye sobre la base de la intrahistoria de Unamuno, al «despojar a la historia de sus obsesiones generalizadoras y heroicas» (Medina 134), y permitiendo un análisis microscópico del evento y el documento histórico, así como su articulación literaria, de manera que el héroe sea desplazado por el «personaje de “carne y hueso” ... rezumando vida en su espacio cotidiano, para cuya captación es necesario aposentarse en la intimidad» (Medina 134)

A causa de la proliferación de acontecimientos épicos y personajes históricos tan principales en la novela, gran parte de la crítica relacionada con *MCE* tiene que ver con indagaciones acerca de la fidelidad histórica y el tratamiento que recibe el dato historiográfico en la novela.⁴³ La mayoría de estos estudios comportan análisis que buscan detectar la desmitificación de personajes cardinales (Orrego Arismendi 54); o la carnavalización y reescritura del suceso histórico a través de las intertextualidades entre la novela y las crónicas de Indias (Escobar Villegas 36). Otros críticos como Pablo Montoya han atendido cuestiones estéticas como el lenguaje poético, la tesitura narrativa, o la inusual capitulación de la novela (Montoya 98-99). No obstante las diversas aproximaciones a la obra, todas convienen en que Mario Escobar Velásquez apunta hacia cierta «fidelidad histórica» en *MCE*, y ello se refleja en las recurrentes menciones que el narrador hace de otros cronistas, revelando en parte las fuentes bibliográficas a las que acudió Escobar Velásquez durante la confección de la novela. Entre ellas está la *Historia de las Indias* de Bartolomé de las Casas, la *Historia general y natural* de Gonzalo Fernández de Oviedo, y la *Crónica del Perú* de Pedro Cieza de León. Pero, más allá de los dictámenes sobre la veracidad o fidelidad histórica de la novela, me interesa la siguiente observación del crítico y escritor colombiano Pablo Montoya: «Escobar sabe de lo que habla; pero *su conocimiento es más empírico que teórico, más territorial que libresco*. Deja que su novela sea irrigada por el conocimiento que él posee de la región y no permite que se asfixie en la información

⁴³ Entre los estudios enfocados en la fidelidad histórica están las tesis de maestría tituladas «La verosimilitud en la novela *Muy caribe está*: una posibilidad de interpretación» (2012) de Natalia Maya Ochoa, y «Memoria ficcional: contextos y voz narrativa en *Muy caribe está* de Mario Escobar Velásquez» (2018) de Julia Escobar Villegas.

enciclopédica» (125; énfasis añadido). Considero que la observación de Montoya confirma en cierto modo dos aspectos ya mencionados: la perspectiva intimista de la novela (contra la distancia épica) y, segundo, el carácter *territorial* (y no meramente geográfico) de la narración de Escobar Velásquez.

5. MCE, o la geografía de lo íntimo y lo sensorial

Desde un punto de vista extratextual, es posible presentir el carácter intimista y reflexivo de MCE al indagar sobre el autor y sus imperativos literarios: escritor introvertido, alejado por volición propia de los circuitos culturales, literarios e intelectuales colombianos, Mario Escobar Velásquez (Támesis, Antioquia, 1928 – Medellín, 2007), pasó por el mundo de las letras relativamente desapercibido, no obstante su extensa obra (más de una docena de novelas, cuentos, crónicas y reportajes), y no obstante el hecho de que, gracias a su novela *Cuando pase el ánimo sola*, Escobar Velásquez hubiese sido ganador del Premio Nacional de Literatura Vivencias en 1979, uno de los premios nacionales más importantes en aquellos años. Aunque la obra de Escobar Velásquez trata temas muy diversos —historia y actualidad política, sociedades urbanas, conflictos armados, etc.—, todos ellos gravitan alrededor de la región de la que él es oriundo: el Urabá antioqueño, región al noroccidente colombiano, la cual se extiende desde la cordillera occidental de los Andes hasta el Golfo de Urabá, pequeña porción de un golfo más grande y conocido, el Golfo del Darién, en la región más austral del Caribe. El interés de Escobar Velásquez por la historia y particularidades de dicha región no tiene el fin elemental de crear un cuadro de costumbres

regional. Por el contrario, y como puede advertirse en numerosas obras de su autoría,⁴⁴

Escobar Velásquez se ha encargado de hacer una indagación profunda y meticulosa acerca de la relación entre el Urabá antioqueño, la naturaleza y los habitantes de dicha región.

La particular atención que Escobar Velásquez prestó al Urabá no se debe únicamente a que el autor haya sido oriundo de esa región, sino que también responde a la significancia histórica y sociocultural que la región ha adquirido en el imaginario colombiano. Región fronteriza, considerada una de las zonas selváticas más densas e impenetrables del mundo (Steiner 63-64), la región del Urabá «presenta un interés geoestratégico importante por su cercanía con el canal de Panamá y por sus recursos naturales» (Latour y Bauer, «Urabá, violencia y territorio...»). Asimismo: «las selvas profundas, los ríos, pantanos, manglares y macizos montañosos han ofrecido ventajas comparativas para el desarrollo de actividades ilegales. El Urabá ha sido zona de contrabando desde el siglo XIX, no es extraño que albergara desde temprano actividades vinculadas al narcotráfico, el tráfico de armas y la actividad protagonizada por grupos armados ilegales» (*ibid.*). Efectivamente, la región del Urabá comparte una larga historia con la violencia y el conflicto armado. Ello se debe, por una parte, a la topografía de la zona, lo que dificulta la presencia del estado. En segundo lugar, al desplazamiento forzoso de campesinos, pueblos indígenas y afrocolombianos, quienes fueron expulsados de sus tierras a modo de «limpieza racial» y en aras de perfeccionar «la raza antioqueña» (Steiner 68). Por último, la larga historia de conflicto y violencia en el Urabá responde a un dilatado y tardío proceso de colonización y

⁴⁴ Entre las obras de Mario Escobar Velásquez que se enfocan en la geografía, naturaleza y gentes de la región están *En las lindes del monte* (1987), *Con sabor a fierro y otros cuentos* (1991), *Del fervor de la crónica: veintiocho muestras* (1999) y *Urabá, en hechos y en gentes, 1502-1980* (1999).

recolonización experimentados en la región, generando «cambios recientes en la tenencia y uso del suelo» (Sánchez Zoque 19-22; Steiner 66-69).

Como se evidencia en su obra, la relación entre el territorio y la convulsa historia del Urabá ha sido un tema fundamental para Mario Escobar Velásquez. Dice, por ejemplo, el periodista y escritor colombiano Memo Ángel: «...escritor con territorio... leerlo es saber sobre unas tierras, sus gentes y animales, sus árboles y desmesuras... Un hombre rudo Mario, narrador de Urabá, sus plataneras, los hombres negros y los chilapos,⁴⁵ los antioqueños perdidos y los aparecidos, las ciénagas y los ríos, el mar con sus rutas de contrabando, los caños silenciosos, las mujeres resistiendo...» (Ángel, «Mario... escritor ciruela»). Me interesa resaltar aquí el hecho de que Memo Ángel se refiera a Escobar Velásquez como escritor de los caños silenciosos y del calor del Urabá. Al igual que el autor, el narrador de *MCE* es un «conocedor de las mansas aguas dulces del Golfo de Urabá» (315), cuya imaginación geográfica decanta el dato «objetivo» para nutrirse de la experiencia corporal y sensorial. Por tal motivo, en la novela de Escobar Velásquez el espacio geográfico no es únicamente el trasfondo del suceso histórico, sino que se encuentra estrechamente ligado a él, generando una (re)escritura geo-histórica, circunscrita al sujeto. El espacio no es nada más un paisaje o una dimensión visual y distante, sino que se manifiesta a partir de una multiplicidad de sensibilidades y afectos que terminan por incidir en la forma en que el narrador y los demás sujetos aprehenden el espacio geográfico.

⁴⁵ Término popular con el que los habitantes de Antioquia y regiones aledañas se refieren a los campesinos mestizos que inmigraron desde otras regiones del país hacia el Urabá.

Ello no quiere decir que *MCE* recaiga en una especie de determinismo geográfico o ambiental, sino que, por el contrario, pretende traer al primer plano la cuestión geográfica para darle un giro de tuerca, una nueva aproximación y, de ese modo, contrarrestar otro determinismo mucho más patente e insidioso: aquel practicado desde las metrópolis occidentales y sustentado en la noción lamarckista de la «herencia de los caracteres adquiridos», según la cual las características de ciertas regiones o climas, por ejemplo, tendrían gran incidencia en el grado de civilización o barbarie de una raza o población. En suma, la relación entre los sujetos y la espacialidad en *MCE* no es unidireccional o causal — perspectiva del determinismo geográfico —; por el contrario, esta relación es dialéctica, en el sentido de ser correlativa y transformacional (las modificaciones y resignificaciones son mutuas), más allá de la maravilla y el efecto impresionista que pudiera producir el encuentro con una geografía desconocida o ajena.

Muchas otras ficciones históricas —sobre todo aquellas enfocadas en el período de la Conquista y colonización— han atendido las cuestiones de la espacialidad. Por ejemplo, ya en el incipit de *El entenado* (1983) de Juan José Saer el grumete/narrador dirige la atención del lector hacia la espacialidad, a través de una reflexión hecha desde la percepción visual (el ojo del grumete que oscila entre el cielo, el mar y la selva), seguida de una descripción que, guardando las distancias temporales y genéricas, podría equipararse a las descripciones geográficas de los geógrafos antiguos y medievales, salvo que en la novela de Saer estas descripciones están acompañadas de reflexiones acerca de la soledad y la sensación de estar violentando un espacio sagrado y guardado de los hombres por alguna voluntad providencial. Por otra parte, podría afirmarse que el espacio también es

protagonista en la *Vigilia del Almirante* (1992) de Augusto Roa Bastos y otras novelas enfocadas en la vida de Cristóbal Colón. Aun así, esa afirmación podría refutarse o repensarse de varias maneras: primero, una novela histórica sobre Colón exige naturalmente un énfasis en la geografía, pues Colón es el «descubridor» por antonomasia y el inaugurador de una serie de formas interpretativas y concepciones espacio-geográficas que pautarán las discursividades del «descubrimiento», Conquista y colonización (Pastor 3-5), que siempre ha atrapado la atención de investigadores y lectores en general. Segundo, las referencias geográficas en la *Vigilia* son descritas en su mayoría desde la percepción/interpretación visual (colores, medidas, tamaños, etc.) y ellas solo motivan reflexiones acerca de la maravilla o la mitificación, pero no generan una reflexión acerca de la relación de Colón con ese nuevo mundo. Es decir, con todo y la maravilla, el mito y la prolijidad de las descripciones geográficas, la revisión o «descarnación» de Colón en la novela de Roa Bastos apunta siempre a la reflexión historiográfica y a su papel en la imaginación histórica.

El espacio geográfico de *Muy caribe está* deja de ser una abstracción meramente locativa o un espacio que solo es percibido o medido visualmente. En ese sentido lo que se patentó en la novela es una *geografía literaria* que se bifurca en la geografía *sensorial*, entendida como una producción de la espacialidad que prioriza otras formas de percibir la geografía a través de los sentidos más corporales; y en segundo lugar, es una geografía literaria *decolonial*, en cuanto que trata de redirigir la atención del lector hacia la forma en que subjetividades y saberes Otros piensan, producen y territorializan dicho espacio geográfico. Es posible notar el proceso de de(s)colonización de la geografía a través de los

sentidos desde muy temprano en la novela. La mirada del conquistador/narrador anónimo no es aquella mirada cartográfica imperial que otea todo para medirlo, clasificarlo y averiguar su utilidad potencial, su riqueza. Mientras que la mirada de Francisco Pizarro parecía entrenada para detectar en el paisaje el brillo de las cuencas de oro que tapaban los genitales de los caribes (Escobar Velásquez 24); mientras que Juan de la Cosa insistía en abarcar todo con la mirada y registrarlo en su mapa (18); el conquistador/narrador anónimo era un «ciego con ojos» (23), cuya mirada, aunque intentara digerir enteramente el espacio, terminaba por detenerse y regocijarse en lo que serían nimiedades para el impulso cartográfico: desde la selva, en la que el narrador «[se] demoraba extasiado mirando toda la gama de verdes que se daban en esa vegetación. Quizás uno se cansaría catalogándolos...» (19), hasta las guacamayas, «ornadas de unos colores muy vivos y en unas combinaciones difíciles, pero que en ellas armonizan violentamente... [que] parecería que las hubiera decorado un pintor locato, pero con una asombrosa sabiduría de las combinaciones que intenta» (16). En ese orden de ideas, la novela de Mario Escobar Velásquez recurre al ineludible tema de la maravilla, aunque desde una perspectiva modificada: el narrador no es el sujeto imperial que se sabe maravillado al ver la riqueza, lo exuberante, lo sobredimensionado y todo lo que pueda ser instrumentalizado y mercantilizado (Greenblatt 22; Pastor 47); en cambio, el narrador de *MCE* es el «Yo maravillado de la infinita *riqueza de los sentidos*» (59; énfasis añadido). Esa es precisamente la base de la geografía que produce el narrador; una geografía de los sentidos que, en consecuencia, ofrece un punto de fuga hacia otras formas de producción e imaginación geográfica que se sustraigan de la mirada cartográfica imperial. Como en una iteración de la plegaria de Frantz Fanon, quien en *Black*

Skin, White Masks exclamaba: «O my body, make of me always a man who questions!», el conquistador/narrador (se) cuestiona, aprehende y territorializa el espacio geográfico del entonces Nuevo Mundo a través de —e inscrito en— su cuerpo, y finalmente reescribe ese lugar imaginado desde lo sensorial/corporal.

¿De qué manera influye lo corporal en la (re)producción del espacio geográfico? A mi modo de ver, lo corporal y lo sensorial constriñe el espacio a la inmediatez del sujeto. El corolario de ello es la producción de espacios íntimos y, en segundo lugar, un cambio de perspectiva en la mirada del sujeto. Una de las formas en que el narrador constriñe la tendencia expansiva de la mirada cartográfica es a través del comentario y la regulación de su relato de manera que las descripciones de grandes espacios o la narración de grandes sucesos regrese al punto cero de su memoria y, por consiguiente, de la narración: la pequeña isla en medio del Golfo, donde el narrador formó su hogar con Miel. De hecho, en *Muy caribe está* subyace una estructura narrativa que se desarrolla de manera cíclica: el narrador se ubica en su isla (lugar geográfico y nemónico); relata un suceso del espacio íntimo del hogar con Miel (la disposición de las cosas, la comida, las rutinas, el sexo), y desde ahí se proyecta al relato de un suceso más «grande» (batallas, expediciones, etc.); posteriormente, el narrador hace una especie de paréntesis en el que se conmina a retornar su isla (de nuevo, en cuanto que lugar y punto de partida de la memoria), y entonces se repite el ciclo narrativo. La siguiente cita ejemplifica claramente este ciclo: «Vuelvo a mi isla. A sus limpias aguas azules. A su temperatura cálida, a sus vientos tibios: como a los cinco meses de mi estancia [en la cabaña de Miel] empecé a mostrar los síntomas de la sífilis, una enfermedad de la que ni siquiera tenía yo noticias, y que después arrasó a Europa...» (83). A partir de

entonces, el narrador relata la forma en que la corteza del «Palo Santo» o Guayacán se convirtió en una de las mercancías más preciadas del s. XVI, debido a las cualidades paliativas y curativas de dicho árbol, así como la forma en que esa excesiva comercialización resultó en la escasez y el encarecimiento de la corteza, generando encuentros bélicos entre conquistadores e indígenas (83-85). Lo importante de todo esto es que la narración de *MCE* no está proyectada a manera de progresión lineal, como sucede en las crónicas de Indias, sino que siempre retorna al espacio concreto de la isla. Asimismo, este constante retorno controla la representación de lo geográfico, de manera que lo detallado sean, por ejemplo, la cabaña, el campamento, la playa de la isla, etc.

En cuanto al cambio de perspectiva, el hecho de que la producción del espacio se limite a todo lo que rodea y está al alcance del sujeto, obliga al lector a desmontar la mirada cenital, cartográfica, y como apelando a la técnica cinematográfica de la primera persona, la mirada del lector es dirigida por la mirada misma del sujeto. En ese sentido, la narración de *MCE* es hasta cierto punto topológica, en cuanto que describe desde el *primer plano*, a modo de emulación de la forma en que un indígena experimenta la naturaleza y el espacio. Esto último es fundamental porque traza una línea dialógica con la imaginación geográfica de los nativos, la cual no parece depender de la proyección visual (del mapa), sino que recurre a la experiencia inmediata del espacio que recorren o habitan.

Aquí es necesario puntualizar que la reescritura de lo geográfico a partir de la riqueza de los sentidos —la geografía sensorial— no significa la fabricación literal de un nuevo mapa *per se*, ni algún tipo extraño de proyección que traduzca la percepción sensorial

para fijarla en un plano.⁴⁶ Los lugares o cosas que describe del narrador no son medibles, geolocalizables o trasladables a un mapa (si así fuera ¿no estaríamos cayendo inexorablemente en la trampa de la mirada cartográfica imperial?). Estas reescrituras de lo geográfico (geografías literarias) no implican la eliminación de lo visual (como demostré algunos párrafos arriba), ni desvirtuar el acervo de saberes geográficos adquiridos gracias a los desarrollos científicos o tecnológicos. A lo que asistimos en esta novela es a una operación divergente que resulta en la resignificación de la geografía —en cuanto que constructo asociado a ciertas discursividades coloniales/imperiales— de manera que no sea aprehendida desde relaciones meramente locativas, dimensiones lineales (productos de la percepción visual), o desde la exotización, omisión o exclusión de los sujetos que tienen una relación de territorialidad con dicho espacio (Blanc y García Ríos 158-160; Mollet 413). Una línea de pensamiento similar sigue el investigador británico John Thieme quien, en *Postcolonial Literary Geographies* (2016), señala que:

... in post-Enlightenment Western thinking there is... [an] impulse which tried to transfix place as static and unchanging... during this era of exploration, trade, conquest and missionary activity, imperialist practices and more recently neo-colonial forms of globalization have habitually promoted

⁴⁶ Esta idea tampoco sería descabellada. Por ejemplo, desde la industria gastronómica se ha filtrado en la academia la idea de las «sensografías» (proyecciones matemáticas y geométricas de los estímulos sensoriales) y, a partir de ahí, en el campo de las humanidades se ha pensado en «planos sensográficos» como los propuestos por los investigadores Ygur Takur e Ioann Compyuri («Bodily Topographies in a Sensographic Plane» (2017). Sin embargo, hasta el momento de escritura de este capítulo ha sido muy escasa la información al respecto y este tipo de propuestas teóricas han terminado por circunscribirse en el dominio de la filosofía especulativa.

fixed conceptions of place, while redrawing borders, dispossessing peoples and despoiling landscapes for commercial gain. (1-2)

Cabe anotar que, aunque John Thieme se está refiriendo a todas las fuerzas imperiales europeas en general, su estudio se enfoca principalmente en el imperio británico en su apogeo, y por ello constriñe su idea al pensamiento europeo de la Ilustración y el s. XIX, período en el que se enmarca el auge del imperio británico. De todos modos, considero que sus observaciones son aplicables también al pensamiento imperial europeo anterior a la Ilustración, inclusive. Entre ellos, por supuesto, el de los imperios ibéricos. En todo caso, y expandiendo la cita de Thieme, cuando se habla de geografías literarias, no se pretende insinuar la creación de nuevos tipos de mapas o la eliminación de las representaciones visuales, sino que se pretende examinar los modos en que la ficción —histórica en mi caso— contesta dichas prácticas (post)imperialistas, (neo)coloniales y globalizadoras a través de formas escriturales que, en palabras de John Thieme, «engender a *heightened sensitivity to spatial issues*» (2; énfasis añadido).

Uno de los modos en que se logra dicha «sensibilidad aumentada», es por medio de la producción/representación geográfica de lo sensual, sensorial e incluso fenomenológico, producción que cumple una función cardinal ya que ofrece un mecanismo de resistencia y subversión de las formas de producción imperial del espacio geográfico: «postcolonial resistance emerges out of an embodied or lived experience of imperial production of space: the bodily and mental experiences... give rise to various forms of opposition to the abstract ideas and suprasensory ideologies behind a particular organization of any place and its interhuman relations» (Moslund 26). Si la mirada y el impulso cartográficos manifiestos en

las crónicas de Indias y otros textos coloniales son efectivamente formas suprasensoriales,⁴⁷ entonces en la operación contraria, o por lo menos contestataria, deben generar un cambio de enfoque que se deslinde de la *mirada*, de manera que puedan participar el cuerpo, todos los sentidos, otras subjetividades y otros sistemas epistémicos.

Este cambio de enfoque es fundamental: en *Literature's Sensuous Geographies* (2015), Sten Pultz Moslund señala las diferentes formas en que el predominio de la visión y la vista interviene en la producción imperial, colonizadora y Occidental del espacio geográfico. Moslund explica que el predominio de la vista resulta en una distancia epistémica y fenomenológica entre el sujeto que mira y aquello que es mirado:

The reduction of the body's world relation to the faculty of vision appears to be a necessary procedure for matter to be transformed into imperial abstractions: rational thought needs to raise beyond *felt* matter in order to master it and, unlike the other senses, the perception of the eye is particularly instrumental in that execution... In that way the eye gives sustenance to purely ideational and abstract relations to the world. (83)

Uno de los casos en los que se comprueba la incidencia de la visión en la abstracción geográfica tiene que ver con los procesos de nominación del territorio americano. Para

⁴⁷ Tanto los estudios sobre la espacialidad (Bachelard, Soja), como las perspectivas poscolonial (Moslund, Thieme) y decolonial (Escobar, Mignolo) coinciden en la reevaluación de las relaciones geográficas (sujeto↔lugar) sobre la base de la crítica de Heidegger a la Modernidad, en la que el *dasein* (ser-ahí o ser-en-el-mundo) no es articulado de manera sensorial, sino suprasensorial, es decir, en «el reino de las Ideas y los Ideales» (Heidegger, *The Question* 61). En el caso específico de los estudios poscoloniales y decoloniales, las representaciones geográficas se asumen como regidas históricamente por una mirada imperial que articula el espacio geográfico desde ideologías y proyectos sociopolíticos y/o económicos (proyectos de expansión económica; proyectos nacionales de modernización), que terminan por eliminar ese momento intermedio en el que el sujeto establece una relación corporal, experiencial y fenomenológica con el lugar, antes de que este sea fagocitado por sistemas de valores o utilitarios, racionalizaciones, cosificaciones, etc. (Moslund 6).

ilustrar ello vale la pena regresar brevemente a algunas de las crónicas ya estudiadas y trenzar los apartados de estas crónicas con sus revisiones en *Muy caribe está*. Tanto en la crónica de Gaspar de Carvajal como en la de Pedrarias de Alместo se pueden detectar los diversos métodos de (re)nominación de los lugares del territorio americano, como mecanismo de trasposición de modelos coloniales en América Latina. La toponimia y la re-nominación, entendidas como una imbricación discursivo-cartográfica, es un instrumento de apropiación y reterritorialización que, como sucedió en muchas poblaciones, se cumple en tres movimientos: primero, por cuenta del constreñimiento de los espacios a la cuadrícula cartográfica, segundo, por cuenta del reordenamiento de las poblaciones encontradas y, tercero, por cuenta del renombramiento de dichos lugares, lo cual terminó por extirpar o colonizar el «sentido nativo de historia y geografía» inmanente a la relación sujeto—territorio (*The Darker Side* 180, 200, 203). El ejemplo inmediato es el de los epónimos que «honran» al descubridor o colonizador, como sucedió con «América», el epónimo por antonomasia. Por supuesto, en las crónicas abundan las referencias a estas formas de nombramiento: «A esta isla llamamos la Isla de García, porque en ella hallamos a [Juan] García de Arce [quien la «descubrió» en una exploración anterior]» (Pedrarias de Alместo 113).

Aún más significativos resultan estos procesos de nominación, en cuanto que superposición de esquemas coloniales, al examinar la imbricación de prácticas onomásticas y toponímicas en las crónicas de Indias. En una especie de guiño al cronotopo bajtiniano, el nombre de muchos lugares en el Nuevo Mundo, marcador fundamental de la identidad, dependió del día en que dicho lugar fue «descubierto» o conquistado/apropiado:

«Llamamos a esta provincia la provincia de San Juan, porque en su día habíamos entrado en ella...» (Gaspar de Carvajal 83). Asimismo, el río que antes era llamado por los nativos Aparia, por tener tres islas y haber sido visto «el domingo después de la Ascensión de Nuestro Señor», se convertiría entonces en el «río de la Trinidad» (68). Es necesario aclarar que el uso del calendario eclesiástico para referirse a diferentes fechas era una práctica común en la época medieval, lo cual podría sugerir que lo que hicieron Gaspar de Carvajal y otros frailes cronistas concuerda con los usos de la época. Sin embargo, aquí no me estoy refiriendo únicamente a la mención de fechas por medio del santoral católico, sino al uso de dicha forma de referencia para la nominación de un territorio en el que esas toponimias resultaban ininteligibles.

Además de los epónimos y los nombramientos según el calendario eclesiástico, en las crónicas y textos coloniales puede apreciarse otra práctica toponímica que obedece a atributos físicos de un lugar y, específicamente, a los atributos percibidos primordialmente por la vista:

... y no habíamos andado cuatro leguas cuando *vimos* por la mano derecha entrar un muy grande y poderoso río... por ser tan grande le pusimos el Río Grande; y pasamos adelante, y a la mano siniestra *vimos* estar unas poblaciones muy grandes sobre una loma que llegaba al río y por las *ver* mandó el Capitán que enderezásemos hacia allá...

Miércoles siguiente tomamos un pueblo que estaba en medio de un arroyo pequeño en un muy gran llano de más de cuatro leguas. Tenía este pueblo su asiento todo en una calle, y una plaza en medio, las casas de una

parte y otra, y hallamos mucha comida, y este pueblo, por estar de la manera ya dicha, le llamamos el pueblo de la Calle. (Gaspar de Carvajal 76, 79)

En las citas anteriores se pueden apreciar dos elementos relevantes: primero, la ya mencionada tendencia a la comprensión y comunicación del espacio geográfico por medio de la mirada —incluso, no sería descabellado pensar que los verbos más recurrentes en este tipo de textos sean «ver» o «mirar»— y, segundo, que estos procesos de nominación se hacen por lo general omitiendo toponimias anteriores (nunca se menciona el nombre que los nativos le tenían a este pueblo), lo cual resulta en una resignificación del lugar en cuanto que espacio geográfico inhabitado y, en consecuencia, desaprovechado y dispuesto a la apropiación. Por lo tanto, estas omisiones pueden entenderse como desapropiaciones de las identidades preexistentes en un lugar específico a través de prácticas onomásticas que «borran» iteraciones anteriores del lugar (Thieme 3).

Como señalé anteriormente, todas estas prácticas toponímicas coloniales/imperiales son atendidas y refutadas (o por lo menos cuestionadas) en *Muy caribe está*. Uno de los cuestionamientos tiene que ver con el hecho mismo de nombrar que, para conquistadores, cronistas, cartógrafos y otros agentes coloniales era un imperativo en el proceso de «domesticación» y apropiación del territorio (Sousa Santos 221). En uno de los encuentros entre el narrador y Panquiaco,⁴⁸ cuando ambos están contemplando un lago, Panquiaco expresa lo siguiente:

⁴⁸ Panquiaco, hijo del cacique caribe Comagre, es una figura histórica importante en los sucesos que llevaron al «descubrimiento» del Océano Pacífico, por parte de Núñez de Balboa. Según registraron Las Casas y Fernández de Oviedo, al ver la insatisfacción de Balboa y Ojeda por el oro fundido obsequiado, Panquiaco expresó que si deseaban más riquezas, las encontrarían en abundancia cruzando el «otro mar» que estaba allende las sierras de Tumanamá. Ese otro mar era el Mar del Sur, o el Océano Pacífico.

Ese lago no tenía nombre. *Si se nombra a cuanta cosa tiene la tierra, faltarán nombres.* La tierra es grande, y tiene a demasiadas cosas. Pero ese lago y en ese día encontró su nombre: el adecuado. Ahora se llama Apémata. ¿Sabes tú lo que significa? No, no sabes. Tú a nuestra lengua apenas la estás aprendiendo. Verás: significa Lago de Sangre. Lo nombré así por *el olor*, como lo primero. (Escobar Velásquez 362; énfasis añadido)

En las opiniones de Panquiaco se insinúan dos cosas: una crítica de la necesidad de nombrarlo todo, y la insinuación de la agencia de la naturaleza en su propia nominación («ese lago y en ese día encontró su nombre»). Desde el esquema epistémico occidental, regido por la objetividad y la razón científica, resultaría improbable —incluso esotérico— que la naturaleza «participe» en su nombramiento. Y aunque la idea sea inaprehensible, por lo menos vislumbra una alternativa toponímica que no sea antropocéntrica (los epónimos, las toponimias sustentadas en la vista, o las basadas en calendarios eclesiásticos, por ejemplo).

En cuanto a las toponimias basadas en el calendario eclesiástico, el narrador anónimo hace esta observación: «Ese poblado... le sirvió [a Vasco Núñez de Balboa] como “Fundación” de Santa María La Antigua del Darién: la fundó como el hurón funda su casa. Es decir, desalojando de la suya al conejo. Vasco, en esa “fundación” no puso otra cosa que el nombre de La Virgen» (Escobar Velásquez 42-43). Lo que se insinúa en las aseveraciones del narrador es el poder de desterritorialización que conlleva el renombramiento de los diferentes espacios geográficos del Nuevo Mundo. Aunque la región donde fue fundada Santa María la Antigua fue anteriormente territorio de los pueblos cueva y caribe, liderados

por Cémaco (uno de los pocos indígenas referidos con nombre propio), ni Bartolomé de las Casas, ni Fernández de Oviedo dan razón de la forma en que los nativos nombraban su territorio. En cambio, en las crónicas de Fernández de Oviedo y de Las Casas proliferan los detalles de la fundación, las razones de su nombre (Ojeda era devoto de la Virgen de la Antigua), e innúmeras alabanzas y plegarias en busca de su protección.⁴⁹ Conviene agregar que el mismo Bartolomé de las Casas, después de narrar los acontecimientos alrededor de la fundación de la ciudad, protesta la forma en que los conquistadores recurren a los ídolos católicos para expropiar, expoliar y someter a los pueblos del entonces Nuevo Mundo. Su protesta comporta uno de los fragmentos más célebres y citados de su *Historia de las Indias* y, aunque algo extenso, vale la pena incluir aquí:

Que hobiese tan tupida ceguedad en aquéllos y mayormente en el bachiller Anciso, que parece que por sus leyes debiera más presto sentilla, que disponiendo de infestar, matar y captivar y robar a una gente apartada, en su tierra y casas segura, sin les haber ofendido, no menos que las otras inocentísimas, que ni los indios a españoles, ni españoles a los indios habían visto, hiciesen oración a Dios y hiciesen votos a la Virgen María del Antigua porque les ayudase y favoreciesen a perpetrar tan impías, tan crueles, tan violentas, tan tiránicas y de Dios tan ignominiosas y afrentosas injusticias! ¿Qué otra cosa era lo que allí, en aquellas oraciones y votos hacían, sino hacer o tomar por compañero a Dios y a su Madre Sancta María de los robos,

⁴⁹ Sobre esto dice Las Casas: «Traía Ojeda una imagen de Nuestra Señora y muy devota... y maravillosamente pintada... con la cual Ojeda tenía gran devoción...» (*Historia de las Indias*, lib. II, cap. III).

homicidios y captiverios e infamias de la fe y sangre que derramaban y rapiñas que perpetraban partícipes? Daban a Dios y a su Sancta Madre oficios, que no son de otros propio, sino de los demonios y de sus ministros.

(Historia de Indias, lib. II, cap. III)

En cuanto a los epónimos, el narrador de *MCE* se remite en diferentes momentos a los cambios toponímicos que experimentó el Golfo de Urabá, cuando todavía se consideraba un lago. El narrador comenta que Juan de la Cosa, el cartógrafo, quiso llamarlo Lago Grande (atributo visual); Alonso de Ojeda, entonces nombrado Gobernador del Darién, quiso llamarlo Lago de Ojeda o simplemente El Lago. El narrador, en cambio, decide darle prioridad a otro de los sentidos y llamarlo El Lago Dulce (Escobar Velásquez 21).

Finalmente, en un momento de anticipación histórica que también desmitifica el lago, el narrador expresa que: «si el Piloto Mayor hubiera sido zahorí hubiéralo bautizado El Lago del Hambre. Porque de esa cosa amarilla y terrible habrían de morir, después, en sus costas, muchos más de mil y cien españoles» (20). Además de la desmitificación, con ello también se pone de manifiesto la inclinación del narrador a describir la geografía desde lo corporal (el gusto, el hambre), repensando así las formas de nominación coloniales. De hecho, la crónica del narrador de *MCE* tiene el rasgo distintivo de explayarse principalmente en aquellos momentos en que las percepciones sensoriales diferentes a la vista rigieron sobre la aprehensión de los lugares:

Golfo adentro... dimos con el primer río grande de los que endulzaban el Golfo. Creo recordar que lo llamaron León, porque cercano a la desembocadura se oía el bramar de uno de esos animales, potente como un

tronar. Estuvimos oyéndolo por más de una hora. Llegaba redondo, flotando sobre la mareta, y úno [sic] pensaba en la fortaleza del pecho capaz de emitir esos rugidos».⁵⁰ (Escobar Velásquez 32)

La descripción del rugido, «potente como un tronar...redondo, flotando...», demuestra la búsqueda de formas nuevas —formas Otras, inclusive— de representar una experiencia sensorial en relación con un espacio geográfico. Aunque en el caso de la cita anterior estas formas otras son en realidad tropos, estas son también aproximaciones válidas a aquello que Pultz Moslund denominó escrituras y lecturas topo-poéticas (36), entendidas como formas de articular la descripción geográfica desde la percepción y no desde la interpretación, ya que esta última está fatalmente ligada a preconcepciones o, en palabras de Pultz Moslund: «already established personal, subjective, cultural, or historical templates of meaning» (40). De acuerdo a Pultz Moslund, la búsqueda de formas descriptivas inhabituales puede entenderse como: «an effort to perceive the sensuous presence of a phenomenon first and foremost as a silencing of *meaning-based signification*» (40; énfasis añadido). Dichas significaciones son las que subyacen, por ejemplo, en las toponimias según el santoral (Santa María → lugar cristianizado) o en las toponimias según la interpretación visual (Río Grande → extensión geográfica mensurable). Es posible detectar la búsqueda de formas otras de percepción de la geografía en las consideraciones que tienen que ver con las dimensiones. Por ejemplo, el narrador de *MCE* no señala el tamaño de uno de los ríos que

⁵⁰ Uno de los rasgos estilísticos en la prosa de Mario Escobar Velásquez —evidente sobre todo en *Muy caribe está*— es el uso de arcaísmos o acentuaciones desacostumbradas, así como de una sintaxis anacrónica y/o experimental. La siguiente frase, por ejemplo, reúne varios de estos casos: «Ya iba aprendido yo lo que era partirse, yo ido-quedado. En varias veces en la vida me habría de ocurrir esa partición, y siempre me fué dolorosa» (45).

exploran a partir de medidas o extensiones, sino que a través del olfato: «del olor de un río inmenso... [un olor] a cenagales, a caños en movimiento lento, a maderas pudriéndose» (34). Podría considerársela una descripción curiosa y trivial; a fin de cuentas no hay forma —¿o sí? — de probar que un olor a ciénaga o a caños lentos indique el tamaño de un río. Sin embargo, ¿sería descabellado pensar que otros sujetos —i.e. los pueblos indígenas— puedan en efecto describir el tamaño de los espacios geográficos por medio de percepciones olfativas o auditivas? Aunque profundizar en este tipo de cuestionamientos sería penetrar el terreno ciertamente cenagoso de la filosofía especulativa, conviene hacerlos porque, a mi juicio, ellos comportan uno de los imperativos de la topo-poética y las geografías sensoriales, en cuanto que estéticas que decolonizan las pretensiones de universalidad de la semiosis colonial y occidental (Mignolo, *The Darker Side* 275). De hecho, numerosos antropólogos han sugerido que, para los yaneshas o amueshas—etnia que habita la región amazónica del nororiente peruano— el sentido auditivo es primordial, incluso vital, en su relación con el territorio y la experiencia comunal. De acuerdo con el antropólogo brasileño Fernando Santos-Granero:

A audição é considerada o principal órgão sensorial das vitalidades. Da perspectiva yanesha, os mais importantes conhecimentos espirituais são recebidos de seres idem, seja em sonho, seja sobe o efeito de alucinógenos, na forma de revelações audíveis... Entre os Yanesha, xamãs e sacerdotes (cornesha') esforçam-se para convencer animais, espíritos ou divindades a compartilhar consigo cânticos mágicos, canções sagradas, profecias ou outras mensagens formais. (112-113)

Lo que resulta de la primacía de lo auditivo en la dimensión espiritual que se aprecia en el caso de los amueshas y otras etnias amazónicas es el establecimiento de «memorias sensoriales» indispensables en la territorialización de las cosmogonías y experiencias indígenas (Santos-Granero 113). Algo similar opina la antropóloga argentina Ana Ramos cuando afirma que la relación corporal con el territorio permite que estas memorias se inscriban en el paisaje y controviertan imposiciones exógenas: «Las prácticas corporales más o menos ritualizadas pueden ser también una arena sensorial de contramemoria para los temas existenciales en curso y no resueltos en contextos donde la represión política y las luchas económicas continúan siendo preponderantes (Stoller, 1995)» (135).

Por otra parte, y como arguye el líder indígena Floriberto Díaz, la estrecha relación entre comunidad y territorialidad implica entre otras cosas la conservación de una memoria construida a partir de «una historia común, que circula de boca en boca y de una generación a otra», y libre de intervenciones exógenas (19, 30). Y ello es justamente lo que observa el narrador de *MCE* al permitírsele la participación en las asambleas de los caribes:

Cada reunión [de los caribes] empezaba por una recitación colectiva, de viva voz, de la historia de la tribu... Cada uno sabía entera la historia, memorizada. Cada uno la recitaba. Los mamones empezaban a oírla mamando, y así la aprendían. Cuando empezaban a hablar se unían al caudal de palabras, y próximos a morir, ya viejos, estarían diciendo las mismas...

Creo que nada puede unir tanto como eso une. Era una sabia manera de que todos fueran uno solo. De unir a los primeros de la tribu con los

últimos, de hacer efectiva una tradición fijándola en cada uno. (Escobar Velásquez 105)

Si bien es cierto que lo que se presenta en *MCE* no es la memoria sensorial de los indígenas sino la del conquistador anónimo y otros sujetos coloniales, vale la pena recordar que este narrador se define en reiteradas ocasiones como un hombre «[cuya] alma se iba poniendo india, y mucho» (Escobar Velásquez 69). La progresiva transculturación del conquistador/narrador comienza en el momento en que él es abandonado en una isla del Golfo, con la misión de averiguar todo lo posible acerca de los caribes, su lengua sobre todo, mientras regresan las naves con Ojeda, Pizarro y Núñez de Balboa para rescatar al narrador. Desde ese momento el narrador siente una especie de partición en un «yo ido-quedado» (45) que oteaba con miedo y extrañeza y, en un momento que remite a otros personajes similares como el grumete de Saer o al Cabeza de Vaca de Posse, el narrador expresa que: «Miraba la llanura inmensa del mar, veía a su espalda potente agitándose sin cesar, y deseaba que por allá en sus confines aparecieran de pronto las dos naves. Y lloraba callado, yo, un mocetón que para enero cumpliría veinte años. Porque había naufragado: hay muchas maneras de hacerlo» (50). A pesar de ello, la relación con el Viejo, cacique del pueblo que lo adopta, la relación con Miel, su esposa caribe y todos los aprendizajes sobre alimentos, medicinas, costumbres y relaciones armónicas con el medioambiente, terminan por enseñarle al conquistador/narrador que sus miedos sobre la barbarie de los caribes eran infundados y que: «Ese “salvaje” era el término con que cada peninsular se refería a cada nativo. Porque lo miraban desnudo, no porque lo conocieran» (Escobar Velásquez 91). El corolario de esta transformación o transculturación es la conformación de una memoria sensorial que apunta

o se aproxima a la del caribe. Uno de los ejemplos más ilustrativos de esta memoria sensorial se encuentra en el momento en que el narrador recuerda sus noches en la nao que lo trajo al Nuevo Mundo. Su recuerdo, detallado y extenso, se encuentra saturado de percepciones auditivas —«En el barco siempre habitaban los ruidos: de ratas múltiples... O de ronquidos... O de los que, pudorosos, escogían la noche para ir de letrina y descargar...» (56)—, o de percepciones olfativas: «La nariz mía estaba acostumbrada a la espesura de olores del barco: a quesos que se ranciaban... Al del aceite, que se filtraba por las juntas invisibles. Al de la harina seca, un poco como de arenal. A la carne cecinada... Y a los sudores, las respiraciones, y las ventosidades ampulosas...» (57). Y es entonces cuando vale preguntarse: ¿cuán distinta es la imagen que se forma del viaje transatlántico cuando lo que puebla el trayecto son sonidos y olores, y no una distancia que se mide en paralelos, meridianos y líneas cartográficas, o en días eclesiásticos?

6. Lo sensorial como articulación de la geografía decolonial

En todo caso, las comparaciones hechas hasta ahora entre los textos coloniales y la narración de *MCE* constata dos aspectos capitales: primero, un cambio en la forma en que la narración construye el espacio geográfico: en las crónicas de Fray Gaspar de Carvajal o Pedrarias de Alместo, por una parte, hay una economía narrativa que enumera todo lo *visto* (aquí el verbo es fundamental) y lo describe de manera que el espacio geográfico se resignifique en términos geodésicos y económicos. En ese sentido, la geografía del Nuevo Mundo que se registra en los textos coloniales está configurada a partir de esa mirada cartográfica en cuanto que «abarcadora o totalizadora de extensiones», aunque sea por

medio de una alusión (Jacob 52-53; Patarroyo 3). Por el contrario, la narración del conquistador anónimo en *MCE* se desvincula del rigor geodésico y utilitarista (enfocarse en lo medible y en lo explorable, colonizable, explotable) y, en vez de abarcarlo todo como un ojo panóptico, el narrador se concentra en lo que podrían considerarse las pequeñas cosas; en detalles que podrían juzgarse de accesorios e irrelevantes; por ejemplo, la sensación que produjo en los exploradores el rugido de un león marino. En segundo lugar, la narración patente en *MCE* certifica un cambio de enfoque sensorial que va de la vista hacia el gusto o el oído: así como el Río Grande que menciona Gaspar de Carvajal recibe ese nombre por su tamaño (atributo de la vista), el Río León que menciona el narrador de *MCE* recibe su nombre por el ruido que emitió un animal (atributo del oído).

Como argüí con anterioridad, el gesto del narrador de enfocarse en una experiencia auditiva podría parecer anecdótico —un accesorio estético— pero en realidad nos revela una alternativa *participativa y consustancial* de representar el espacio geográfico americano. Con ello me refiero a que la inclusión de la experiencia corporal/sensorial (más allá de la vista) elimina la distancia material y epistémica que hay, por ejemplo, entre el sujeto—cartógrafo y el espacio observado, o entre el sujeto—cartógrafo y el mapa que dicho sujeto produce. Incontestablemente, sería impreciso —incluso injustificado— exigir que un mapa, en cuanto que representación visual, incluya otras percepciones sensoriales. Todo lo contrario sucede con las representaciones textuales, cuya plasticidad permite la articulación de esas otras percepciones. Pese a eso, y como ya he señalado, la mirada y todo lo que ella configura y fabrica impera sobre las narraciones y descripciones de las crónicas de Indias y otros textos coloniales. Aunque es cierto que en las crónicas de Indias como la de Gaspar de

Carvajal hay numerosas menciones de olores, sabores y sonidos, también es cierto que en muchos casos esas referencias están acompañadas de algún comentario que desvirtúa la sensación. Dice, por ejemplo, Gaspar de Carvajal:

El día de año nuevo de cuarenta y dos pareció a ciertos compañeros de los nuestros que *habían oído* tambores de indios, y algunos lo afirmaban y otros decían que no; pero algún tanto se alegraron con esto y caminaron con mucha más diligencia de la acostumbrada; y como a lo cierto aquel día ni otro no se viese poblado, *vióse* ser imaginación, como en verdad lo era. (44, énfasis mío)

El dato auditivo es contradictorio, ergo, insuficiente. Solo el dato visual es concluyente. Con ello se exhibe la forma en que Gaspar de Carvajal tiende a desvirtuar aquello que es percibido por el oído, el gusto o el olfato. El cronista no solo posiciona la vista como el sentido fidedigno; sino que también como el sentido del entendimiento y la razón («como no se *viere* poblado, *vióse* ser imaginación...»). Comparativamente, Gaspar de Carvajal se prefigura como el «yo descubridor» cuya mirada imperial (Mary Louise Pratt) discierne desde la distancia, racionaliza, imagina y confirma la realidad del espacio descubierto, resaltando en él aquello que pueda ser atractivo para el proyecto de Conquista y colonización. El narrador anónimo, en cambio, reconoce que: «los cronistas son púdicos y en sus cronicones omiten la palabra sonora» (314). Asimismo, el narrador, a pesar de ser un agente imperial/colonial, se deslinda del «yo descubridor» y se asume como un «yo (re)descubierto» en un espacio geográfico, como le enseña el Viejo caribe, no está en los mapas o las crónicas, sino que inscrito en el cuerpo y los sentidos:

Al alzar los ojos, la cara del Viejo, tan ancha, me mostró súbita y casi de tocar su sabiduría rancia. En ella se mostraban muchas cosas: aparecía el amor por su mar... En esa cara veía costas, islas, oleajes, sirenas, sirtes. En ella ví tortugas, delfines... corrientes submarinas, algas meciéndose al compás de músicas muy complicadas. Ese indio viejo *era toda la tierra suya, que a veces se le salía por los poros*. (Escobar Velásquez 98; énfasis añadido)

Aparte de mostrar la inscripción de la geografía en el cuerpo, la cita anterior (en la que el narrador *ve* cómo se inscribe esa geografía) me permite regresar a un punto vital: la geografía sensorial que se encuentra en *MCE* y otras ficciones semejantes no implica que la vista esté siempre supeditada a los demás sentidos; lejos de ello, en muchas ocasiones el narrador describe visualmente todo aquello que él o los demás exploradores encuentran a su paso: «... yo me demoraba extasiado mirando toda la gama de verdes que se daban en esa vegetación. Quizás uno se cansaría catalogándolos, me pensaba. De allá de donde yo venía todo verde era el mismo... Todos esos verdes me entraban ahora por los ojos y me anegaban como en dulzores» (Escobar Velásquez 19). El asombro que produce la gama de verdes en el Nuevo Mundo es un tema recurrente en las crónicas de Indias (Colón, Cabeza de Vaca y Bernal Díaz lo mencionan, por ejemplo). Aun así, las abundantes menciones del color verde, aun cuando eran hiperbólicas y subjetivas, tenían el objetivo ulterior de insinuar la fertilidad y diversidad de una vegetación virgen y predispuesta a la posesión. En el caso del narrador de *MCE*, por el contrario, la descripción del éxtasis causado por un verde que «anega como en dulzores» anticipa una experiencia estética; una forma alterna de vincularse y relacionarse con el entorno natural; en pocas palabras, una «estética

decolonizadora» en cuanto que reconecta la sensación corporal con la experiencia estética (Mignolo «Decolonial Aesthetics»), produciendo una geografía pluridimensional, una proliferación de imágenes y sensaciones que desbordan los límites del mapa o el texto.

Con ello quiero decir que, si hubiese una forma de traducir cada momento de la novela a algún tipo de representación visual, lo que resultaría no es plano cartográfico, sino una constelación de imágenes concretas (en su sentido más amplio y no como reproducción óptica) hechas, recurriendo a la cinematografía, en una especie de plano detalle. Un cúmulo de imágenes inmediatas y específicas, que llenan los espacios ambiguos creados por la mirada panóptica, panorámica de la imaginación geográfica imperial-colonizadora. En vez de construir una geografía a partir del ojo panorámico y mensurador, el narrador construye una serie de *momentos geográficos* (si se me permite el término) representados con el «olor a tierra y a vegetaciones... [que] sabía deliciosamente a verde en las narices» (21); con la sensación de «la arena que se desmoronaba bajo la alpargata, muy crujimentosa» (28); con el sabor «a dulcecito en la garganta de la memoria» que le produjo el ananás (54). ¿Por qué importan estas sensaciones tan específicas? Porque ellas son la condición de una posibilidad: la de aproximar la experiencia del narrador a la experiencia fenomenológica de los sujetos coloniales o incluso pos/neocoloniales. Ello tiene dos corolarios: primero, la subversión del *desapego emocional* (Moslund 8) que resulta de una geografía construida a partir de la supresión de las sensaciones y del cuerpo (Mignolo, «Biopolitics of Sensing» 275). En segundo lugar, las sensaciones del narrador permiten que el lector actual pueda *participar* y «comunar» (Díaz 48) con un espacio geográfico al que solo podría acceder por mapas y descripciones reducidas al dato y a la medición (Moslund 83-84). Acaso este último sea el

más importante de los corolarios, porque informa el hecho fundamental de que la inclusión de lo sensorial no es nada más un artilugio narrativo o estético, ni es ornamental. Como he intentado demostrar aquí, lo sensorial, al insertar la corporalidad del sujeto en la producción discursiva del espacio, obliga al lector a reconsiderar las formas convencionales, institucionales —occidentales sobre todo— de producir el espacio geográfico. De la misma manera, cuando la inserción de dichas subjetividades tiene que ver con las de aquellos sujetos Otros, dislocados o exotizados en la geografía imaginaria imperial (Said, *Orientalism* 63), surge la posibilidad de incorporar una nueva heurística, la que tiene que ver con los «esquemas cognitivos» otros (Castro-Gómez, «(Post)Coloniality...» 269-270). Y en esa incorporación se certifica la resolución decolonial de *Muy caribe está* y otras geografías literarias semejantes, aunque por ser solo aproximativas, deberían entenderse como decoloniales.

Este proceso de de(s)colonización del saber es patente de dos maneras:⁵¹ primero, a través del cuestionamiento y la deconstrucción de los esquemas cognitivos occidentales, coloniales o imperiales. En segundo lugar, por medio de la inclusión —así sea sugerida— de saberes Otros, generalmente desvirtuados por ser «exóticos» o infundados científica o racionalmente. Por ejemplo, el conquistador/narrador anónimo de *MCE* descrea de la forma de producción de conocimiento geográfico de Juan de la Cosa, «el piloto casi brujo [que] trazaba y trazaba trazos en un papel clavado sobre una tabla ancha, y respondía a nuestras

⁵¹ En aquellos momentos en que uso términos como «de(s)colonizar» o «de(s)colonización» me estoy refiriendo a su carácter aproximativo mas no teleológico. Es decir, enfatizo que la de(s)colonización no es completa o llega a un *telos* emancipador total, sino que es un proceso que apunta a ese estadio posterior a la colonización en cualquiera de sus dimensiones (corporal, epistémica, subjetiva, institucional, económica, etc.)

preguntas diciendo que dibujaba mapas. Que ellos le permitirían, después, volver recto, si quisiera. Tanto tan recto como una flecha tirada por una ballesta» (Escobar Velásquez 18).

Cabe anotar que, aun cuando el narrador sospecha de la «brujería» de los mapas, él recurre constantemente a Juan de la Cosa para aprender de esa geografía ignota, no solo por su conocimiento cartográfico, sino porque Juan de la Cosa parece quién más se acerca al tipo de reflexión geográfica que busca el narrador. Ello se aprecia cuando ambos encuentran unos árboles gigantes al entrar en el golfo y el narrador confiesa que esos árboles lo maravillan, «pero es una maravilla que se parece [al] miedo» (19). La respuesta de Juan de la Cosa sorprende al narrador: «Sus tierras, éstas, en las que se hunden las raíces, no están fatigadas. No las ha expoliado el hombre... Han estado fertilizándose por milenios, y dan una vida muy forzada, como ves. De esa fuerza nacen esos árboles. Pero los hombres de por acá no comen tierra» (Escobar Velásquez 19). Para el narrador, este tipo de comentarios son manifestaciones de una sabiduría antónima de la que muestra, por ejemplo, Francisco Pizarro quien, en «su colosal incompreensión de todo, salvas la guerra, la codicia y la crueldad» (14), no veía más que oro, tierras inhóspitas y hostiles, o salvajes. De hecho, en un momento iluminativo, el narrador equipara a Juan de la Cosa con el Viejo cacique del que ha aprendido una nueva relación con el Nuevo Mundo: «Me pareció oír a Juan de la Cossa, mi padrino, oyéndolo al Viejo. Hablaban de lo mismo, cada uno en su lengua. El uno en su nao, y este otro en su escollera. Cada uno desde muy hondo de sí, como desde otras edades, como si muchos viejos hablaran por él...» (Escobar Velásquez 98).

¿Qué hace que el narrador los equipare? El hecho de que ambos, «cada uno en su lengua» y con referencias desemejantes, le ofrecen al narrador formas inéditas del saber

geográfico. En *MCE* Juan de la Cosa es presentado como el cartógrafo que quería contenerlo todo en su famoso mapa; pero con el atenuante de que, a diferencia de los demás agentes coloniales/imperiales, de la Cosa no pretendía riquezas ni dominios. Asimismo, mientras camina con el narrador, Juan de la Cosa deviene un topógrafo, en cuanto que sujeto que fabrica representaciones del espacio geográfico a medida que lo transita y experimenta. Y esa forma topológica de producir conocimiento geográfico no pasa desapercibida para el narrador:

Mientras pisábamos la negrez de la arena que se desmoronaba bajo la alpargata, muy crujimentosa, seguíame yo pensando en las cosas del saber... De la arena él me enseñaba, y de la arena yo aprendía. La arena contaba bien del paso del indio, de su venir, de su estar acucillado, de su irse entre ramas, escurrido sin agitarlas. Y así aprendí, con el idioma mudo de las señas, que también, mudas, las huellas hablan. Que se oyen sin sonidos. (Escobar Velásquez 28).

Por su parte, el Viejo expande sobre esa misma forma corporal y experiencial de relacionarse subjetiva y cognitivamente con el territorio. En una de las muchas excursiones de cacería de los caribes, el conquistador/narrador expresa su impaciencia al no poder *ver* la serpiente que los estaba acechando entre la selva. Al reconocer la intranquilidad del conquistador, y su insistencia en poder *ver* a la serpiente, el Viejo cacique comenta:

Tú no sabes tener paciencia. No es ésa una buena cosa... Mientras, aprende a los pececitos, sus modos. Al agua los suyos. Todo es tan importante. Todo es necesario. Aprende del viento sus movimientos: el viento es movimiento. De

la arena, la dureza, y el calor húmedo. De los árboles la permanencia. De las piedras la duración. Aprende a ser agua, sol, peces, árboles. *De cada cosa iras a necesitar su sabiduría...* (Escobar Velásquez 98; énfasis añadido)

Entonces, en el culmen de ese proceso aproximativo hacia una forma Otra de saber, el narrador expresa: «En ese instante entendí un poco al saber: era ser. Ser arena a fuerza de entenderla, mar por la constancia de su uso y entendimiento. La sabiduría no era conceptos, ni babosas palabras de universidades, sino *la integración con algo*» (99; énfasis añadido). Y ese «algo» al que se puede integrar un sujeto para sustraer o adquirir algún tipo de sabiduría es, en este caso, el territorio americano. Lo que se sustrae de los progresivos comentarios sobre el saber y la naturaleza es una reconfiguración de la geografía es una búsqueda de comunión territorial (Díaz 19); una verdadera territorialización desde el cuerpo, ya no hecha desde la distancia epistémica de la mirada que, como expliqué antes, elude al cuerpo y se proyecta directamente al «reino de las ideas y los ideales» (Heidegger). Por el contrario, en *Muy caribe está* la geografía se imagina y reconfigura a partir de momentos en que el sujeto está integrado corporal, subjetiva y epistémicamente con la naturaleza y el territorio. Y aquí conviene recordar las ideas de Boaventura de Sousa Santos acerca de las dimensiones conceptual y empírica del «descubrimiento» imperial. De acuerdo con de Sousa Santos, la dimensión conceptual —«la idea de lo que se descubre» (213)—, la naturaleza y la geografía en la que esta se halla contenida son articuladas desde y como una exterioridad:

... como lo que es exterior no pertenece y lo que no pertenece no es reconocido como igual, el lugar de la exterioridad es también el de la inferioridad. Igual que el salvaje, la naturaleza es simultáneamente una

amenaza y un recurso... la irracionalidad [de la selva como amenaza] deriva de la falta de conocimiento sobre ella, un conocimiento que permita dominarla y usarla plenamente como recurso. (Sousa Santos 221)

En ese orden de ideas, el mapa y el texto colonial son claros ejemplos de operaciones discursivas que, a través de la mirada cartográfica imperial, exteriorizan la naturaleza, la geografía, y la limitan al plano bidimensional o a la descripción geodésica o tendiente a la mercantilización. El agente imperial pretende conocer la geografía del Nuevo Mundo al mirarla representada en un papel. Y por cuenta de esas representaciones, la geografía se intuye inhabitada, o habitada por buenos salvajes que, como la naturaleza, pueden ser domesticables y apropiables (Sousa Santos 222). El corolario de ello es una relación asimétrica, vertical y antropocéntrica (eurocéntrica específicamente) en la que el territorio americano es receptor pasivo de la mirada y el poder colonial. Lo opuesto cree y expresa el narrador *MCE*, quien afirma que:

... ir por la selva sin conocerla es creer que está deshabitada. Pero tiene vida. Es una vida con una vista excelente, y con oídos mejores que la vista, y con un olfato superior al oído, y que sabe disimularse entre la ramazón. Y abajo, cualquiera cosa que se desplace sin saber tomar las precauciones, se delata. Se delata con los suspiros que el barro tiene al ser pisado y al alzar el pie... O con el siseo de las hojas quebrantadas al pisarlas... Y hay que saber ir contra los vientecillos que caminan por entre los troncos inmensos... (Escobar Velásquez 370)

Y de esta manera, el narrador desarticula el poder de la mirada cartográfica y ofrece otra mirada que ahora sí podría considerarse lacaniana, y que se sabe correspondida por el objeto/sujeto que está mirando. Ahora bien, la idea de la selva que mira de regreso al agente colonizador o imperial no es exclusiva de *Muy caribe está*. El ejemplo paradigmático proviene de otra tradición literaria, y de hace más de un siglo: *The Heart of Darkness* (1899) de Joseph Conrad, novela poscolonial, geocrítica y ecocrítica *ante litteram*. Menciono esta obra por ser un referente ineludible dentro de las novelas que versan sobre la selva, pero solo quiero mencionarla de soslayo y sin más comentarios porque no quiero anticipar un tema que será tratado con más detenimiento en el próximo capítulo. Me refiero al tema de la selva —y la naturaleza en general— en cuanto que entidad y potencialidad posthumana (desde la perspectiva ecocrítica). En un contexto más inmediato, el tema de la relación adversativa entre humano y selva (naturaleza) es recurrente e incluso ha propiciado la formación de un subgénero novelístico distintivamente latinoamericano: la novela de la selva, entre cuyas obras más representativas están, por el lado lusoamericano, *Os sertões* (1902) de Miguel da Cunha, o *Macunaíma* (1928) de Mário de Andrade; y por el lado hispanoamericano, las canónicas *Canaima* (1935) de Rómulo Gallegos, y *La vorágine* (1924) de José Eustasio Rivera. Novelas en las que la selva encarna la mirada devuelta, que neutraliza y desarticula al humano (la mirada imperial/colonizadora) incapaz de aprehender y reducir la selva y la naturaleza. Además de la novela de la selva, el tema es recurrente en la novela de la Conquista (*Zama*, *El entenado*, *El largo atardecer del caminante*), en incluso en obras que, pese a no ser estrictamente históricas, sí dialogan de manera oblicua con el tema colonial, como sucede con el apabullante bosque de gramíneas que poco a poco devora la *Casa de*

campo (1978) de José Donoso. El común denominador de todas estas novelas es, en fin, la representación de la selva (y, por extensión, la naturaleza) como entidad con volición propia, cuya hostilidad e indomabilidad son en realidad manifestaciones de la incapacidad humana de repensar su relación con ella. Y ese orden de ideas es el que sigue el narrador mestizo de la trilogía del «descubrimiento» de William Ospina, al transitar la selva inescrutable que rodea las expediciones de Ursúa, Orellana y Pizarro (el menor), por el Río de las Amazonas.

En resumen, en este capítulo intenté mostrar las formas en que *Muy caribe está*, de Mario Escobar Velásquez, ofrece una lectura geocrítica que revela un tipo de geografía literaria preponderantemente íntima y sensorial. En virtud de ese carácter íntimo y sensorial, la geografía literaria producida en esta novela resignifica la naturaleza y el territorio de manera que estos no sean concebidos como exterioridades ni abstracciones visuales, sino como parte inmanente de la experiencia vital de los sujetos (y viceversa). Es decir, la geografía literaria de *MCE* es una constelación multidimensional de subjetividades, percepciones sensoriales y saberes (occidentales y nativos) que contestan los constructos imperiales de lo que es un territorio, y de la relación que los sujetos establecen con dicho territorio. Este gesto contestatario es, desde mi punto de vista, lo que permite que pueda pensarse en una intención decolonial en estas geografías literarias. En *Muy caribe está* se asoma un lugar imaginado que se desborda del imperio de la razón y en el que se superpone el imperio de los sentidos y los saberes Otros. Sentidos y saberes (subjetividades y epistemes) que —citando por última vez al narrador anónimo— son como el indio caribe: «inconquistables».

CAPÍTULO III

Que trata de topologías literarias ecocríticas en la trilogía del «descubrimiento» de William Ospina, contra la fetichización de la naturaleza, inaugurada con los discursos coloniales

... These were history's henchmen...
Impelled by feelings that were primal yet paradoxically
wholly impersonal. Feelings of contempt born of
inchoate, unacknowledged fear — civilization's fear of
nature, men's fear of women, power's fear of
powerlessness.
Man's subliminal urge to destroy what he could neither
subdue nor deify.

Arundhati Roy: *The God of Small Things*

We are accustomed to look upon the shackled form of a
conquered monster, but there — there you could look
at a thing monstrous and free.

Joseph Conrad: *The Heart of Darkness*

1. Un narrador itinerante en los «reinos del sigilo»

Lo que propongo en este capítulo está sugerido de manera sintetizada en la siguiente comparación: mientras que el conquistador que narra *Muy caribe está* es el sujeto «maravillado de la infinita riqueza de los sentidos» (59) que, instalado en una pequeña isla, recrea una geografía íntima, subjetiva y sensorial del Nuevo Mundo, el conquistador que narra la trilogía de William Ospina —objeto de estudio de este capítulo— es, en cambio, el sujeto que, en su itinerancia por los inasibles «reinos del sigilo» del Nuevo Mundo construye una especie de *topología* literaria con la que aprende a «interrogar... a rechazar ese impulso a dominarlo todo... a entender la selva...» (*La serpiente*, 304-305; énfasis añadido).

De manera más precisa: en el capítulo anterior exploré las maneras en que *Muy caribe está* (1999) de Mario Escobar Velásquez replantea y contesta el dispositivo de la mirada cartográfica imperial, así como su incidencia en la abstracción y tecnificación de la imaginación geográfica occidental colonial/imperial. Dicho replanteamiento se hizo evidente en la creación de una geografía literaria sensorial, fenomenológica, que también apunta a una de(s)colonización de la imaginación geográfica por medio de la inclusión de subjetividades y saberes Otros (i.e. indígenas). Como resultado, la novela de Escobar Velásquez comporta una geografía literaria que desborda el artefacto gráfico o textual y se inscribe en el cuerpo de los sujetos coloniales (colonizadores y colonizados).

En este capítulo (último eslabón del Atlas de Prodigios) continúo la exploración de los modos en que la novela de la Conquista deconstruye y reconfigura las formas discursivas y representacionales con las que los textos coloniales intervinieron en la producción del espacio geográfico latinoamericano. Sin embargo, ahora orientaré el enfoque hacia otro tipo de geografía literaria de(s)colonial, la cual exhibe una narración *topológica*, *itinerante*, en la que la experiencia fenomenológica del sujeto—un *homo viator*— que atraviesa el espacio geográfico y natural del Nuevo Mundo, replantea y ofrece formas otras de representar la imaginación geográfica. Este tipo de topología literaria se aprecia en la trilogía del «descubrimiento» del autor colombiano William Ospina, compuesta por *Ursúa*, *El país de la canela* y *La serpiente sin ojos*. Novelas que versan sobre la vida y «obra» del conquistador Pedro de Ursúa, así como las experiencias del narrador mismo —el conquistador mestizo Cristóbal de Aguilar y Medina— durante las dos grandes expediciones del s. XVI por el Río de las Amazonas: la de Gonzalo Pizarro y Francisco de

Orellana en busca del País de la Canela, y la de Pedro de Ursúa —acompañado, entre otros, por Lope de Aguirre— en busca de los reinos de Omagua y El Dorado.

Debido al carácter itinerante del narrador y otros personajes en la trilogía, las representaciones geográficas dejan de ser panópticas, totalizantes. Por el contrario, ahora tienden a circunscribirse en la inmediatez geográfica del viaje y en la experiencia fenomenológica de los sujetos. En otros términos, las representaciones geográficas expansivas que produce el *homo «cartographicus»* devienen representaciones topológicas, íntimas y/o centrípetas, producidas ahora por el *homo viator*. Asimismo, arguyo que la narración topológica funge como vaso conductor idóneo de la reflexión crítica sobre las formas en que el colonizador y el sujeto occidental representó y se relacionó con la geografía (la tierra y la naturaleza). Ello no solo afianza el carácter topológico de la narración, sino que además permite un análisis de la obra desde una perspectiva preponderantemente ecocrítica. La incorporación de una perspectiva ecocrítica me permitirá, por un lado, detectar las maneras en que dichas representaciones informan y/o deconstruyen las operaciones con las que la geografía imaginaria colonial estrió, cosificó y mercantilizó la naturaleza, parte ligada estrechamente, incluso inmanente, a los conceptos de «lugar» y «territorio» (Shepard 62). Por otro lado, la aproximación ecocrítica permitirá que el análisis de este capítulo tenga un componente propositivo, es decir, que desborde la exégesis teórico-crítica y apunte a una serie de reflexiones y replanteamientos extratextuales acerca de la (nuestra) imaginación geográfica actual, así como la (nuestra) relación identitaria y material con el espacio geográfico en cuanto que territorio y, sobre todo, con la naturaleza. Acaso esta aproximación ecocrítica posibilite un tipo de reflexión a la que el filósofo ecologista británico Mick Smith

se refirió como «conciencia ambiental», o como una «ética del lugar», es decir, una forma de reimaginar el espacio geográfico y natural que contrarreste la racionalización cartesiana y utilitaria de los «valores medioambientales» (Smith 24-25; traducción propia). Ahora bien, si este estudio logra o no ese propósito (generar una reflexión ética sobre lo geográfico), queda en manos de quien lea las siguientes páginas. Pero el gesto, la intención, estará allí. Escribo esto último y me asalta una especie de ansiedad académica: a primera vista, la propuesta reflexiva pareciera desbordar el examen cualitativo y distanciarse de los rigores teóricos. Se podría decir, incluso, que raya en la especulación y/o la disquisición eco-filosófica. Pero lo cierto es que este componente propositivo es, a fin de cuentas, uno de los imperativos comunes de la perspectiva ecocrítica.⁵²

El replanteamiento que ofrezco en las páginas finales, cuya pertinencia es incontestable en lo que concierne a la realidad identitaria, cultural, material y medioambiental latinoamericana, tiene que ver con el concepto de la Madre Tierra/Naturaleza, misma que desempeña un rol fundamental en las cosmovisiones indígenas, así como en su relación con el espacio geográfico y natural en cuanto que *territorio*, pero que ha sido reducida a lo alegórico, a la personificación mitológica o al artefacto folclórico, por cuenta del pensamiento colonial/occidental.

⁵² Uno de los ataques más recurrentes a la ecocrítica tiene que ver con su carencia de parámetros metodológicos claramente desarrollados (Cohen 13-14) y una relativa tendencia al «activismo académico» rayano en lo subjetivo («ecocriticism as a praise-song school»; *ibid.* 22) y/o lo ideológico (Phillips 579). Aun así, me adscribo a la opinión de aquellos investigadores de la llamada «segunda ola ecocrítica» (Graham Huggan, Helen Tiffin, Bruno Latour, Dipesh Chakrabarty, Anna Lowenhaupt Tsing, etc.), quienes superan la herméutica bucólica y esteticistas, y enfatizan, en cambio, el carácter político-poético-pedagógico de la perspectiva ecocrítica (Adamson et al. 138-140). Ver, por ejemplo, «What is To Be Done? Political Ecology!» de Bruno Latour; o «Ecopolitics/Ecocriticism» de Gabriel Egan.

El análisis de las formas en que la figura de la Madre Tierra/Naturaleza fue disociada de la experiencia existencial y «reducida» a lo alegórico me permitirá evidenciar el tercer dispositivo de la imaginación geográfica colonial: *la fetichización de la naturaleza*. Para fines de esta disertación —y de manera muy sucinta—, la fetichización de la naturaleza es la red de discursos o representaciones gráficas y textuales que exteriorizaron la naturaleza, la cosificaron, y la redujeron a una dimensión simbólica a veces y otras veces utilitaria, mercantil y/o comercial. Propongo, entonces, que junto con el *impulso cartográfico* (cap. I) y la *mirada imperial* (cap. II), la *fetichización de la naturaleza* puede concebirse como dispositivo de la Modernidad/Colonialidad en sus tres dimensiones (poder, saber, ser). Es decir, la fetichización de la naturaleza —como los otros dos dispositivos— comporta una forma de producción imperial/colonial del espacio geográfico y la naturaleza en la que (1) la experiencia existencial, las corporalidades y los saberes de los sujetos no-occidentales son virtualmente anulados; y (2) se consolida una relación logo-antropocéntrica, en la que el «yo descubridor» (imperial/occidental) deviene el «yo poseedor» y el «yo consumidor/extractor» que se superpone y subyuga el espacio geográfico/natural.

Por último, es necesario advertir que este capítulo, a diferencia de los dos anteriores, no conllevará un análisis de textos coloniales *per se*. Posiblemente en algún momento sean referidos, pero será de manera suplementaria y tangencial. Con ello pretendo que el corpus mantenga un balance transversal en esta disertación. Si el capítulo I estuvo dedicado exclusivamente a los textos coloniales y el capítulo II estuvo dedicado tanto a textos coloniales como a la novela contemporánea de Escobar Velásquez; entonces se justifica que este capítulo se concentre en la trilogía de William Ospina y que las menciones

complementarias sean de otras novelas similares. También he decidido esto inspirado en el filósofo francés Gaston Bachelard, quien sugiere que en el ejercicio intelectual: «... uno debe mantener siempre una conexión con el pasado y, aun así, sustraerse incesantemente de él» (55). En tal virtud, y sobre la premisa de que el análisis de los textos coloniales fue satisfactorio, prefiero dedicar buena parte de este capítulo a las aproximaciones y reflexiones ecocríticas mencionadas anteriormente, mismas que informan directamente nuestra realidad contemporánea.

Pese a que las aproximaciones de este capítulo se proyectan hacia múltiples direcciones (la topología literaria; el *homo* «*cartographicus*» vs el *homo viator*; la fetichización de la naturaleza; la ecocrítica; la Madre Tierra) todas ellas (1) orbitan alrededor de la imaginación geográfica, (2) son de una u otra manera el *leitmotiv* de William Ospina y, como demostraré a continuación, (3) convergen particularmente en su trilogía del «descubrimiento» del Amazonas.

2. William Ospina, su *leitmotiv*, su trilogía

Uno de los autores contemporáneos que más ha investigado y escrito acerca del trasegar histórico y la identidad cultural colombiana y latinoamericana es, indudablemente, William Ospina (Padua, Tolima, 1954). Su obra poética, ensayística y narrativa ha gravitado recurrentemente alrededor de cuestiones como el devenir histórico y sociocultural de Colombia y de la región, la relación material y cultural entre las nociones de tierra, territorio y naturaleza, y las identidades nacionales. Todas estas cuestiones están consteladas por una indagación transversal: la manera en que las huellas de la experiencia colonial —y la

Colonialidad — inciden en las diversas crisis sociopolíticas, económicas y medioambientales de la actualidad. A través de su obra, William Ospina se ha dado a la tarea de constatar que los conflictos que enfrenta actualmente la región son iteraciones y/o extensiones de conflictos antiguos —anteriores a los procesos de independencia, inclusive— que no han sido debidamente resueltos en América Latina.⁵³ Quizás el ejemplo más dicente, y el que más compete a esta investigación, tenga que ver con las crisis naturales y medioambientales que azotan a toda la región (deforestación, extinción de la biodiversidad, explotación irrestricta de recursos naturales, etc.), así como a la forma en que el pasado colonial informa la relación social, económica y cultural del latinoamericano actual con la tierra y el medioambiente. Como lo ha manifestado el autor mismo:

... Yo creo que el conflicto [por la tierra, y entre culturas] prosigue. De alguna manera se podría decir que estamos en plena Conquista de América, y que no hemos aprendido todavía las lecciones de esa Conquista. Yo escribo estos libros [con el propósito] de aprender algo... [aprender] si la humanidad puede encontrar otros caminos para relacionarse con otras culturas y con la naturaleza, porque todavía no hemos aprendido ninguna de las dos cosas.

(«El pasado y el presente»)⁵⁴

El pasaje anterior es solo una muestra de lo que considero el *leitmotiv* de la obra de William Ospina: la búsqueda de alternativas (como la literatura) para examinar la impronta del

⁵³ Ver, por ejemplo, *Las trampas del progreso* (2000), *Los nuevos centros de la esfera* (2001), *América mestiza* (2004) y *El dibujo secreto de América Latina* (2014).

⁵⁴ Ver «El pasado y el presente de la historia colombiana: entrevistas con William Ospina». <https://es.globalvoices.org/2015/03/28/el-pasado-y-el-presente-de-la-historia-colombiana-entrevistas-con-william-ospina/>

«descubrimiento» de América, la expansión imperial y la desterritorialización de los sujetos en el convulso presente de América Latina, región particularmente subordinada a una centenaria y tenaz colonialidad. La atención de Ospina a estos procesos históricos también responde a dos factores: desde el punto de vista literario, a su particular dilección por las crónicas de Indias y otros textos del período, entre los que se destacan las *Elegías de varones ilustres de Indias* (1589) de Juan de Castellanos. Este poema épico —cuyos 113,609 versos lo hacen el más extenso en lengua castellana— deslumbró a Ospina: «descubrí asombrado que en ninguna región del continente habían sido tan minuciosamente conservados por la poesía los episodios de la Conquista como en el territorio de la Nueva Granada [donde Castellanos escribió las *Elegías*]» (Ospina, *Las auroras* 23). Pero lo que más sorprendió al autor fue que: «en aquel tiempo hubiera un español interesado de ese modo, no en la Conquista ni en el oro, sino en América» (*ibid.*, 24-25). En fin, el «descubrimiento» de la obra de Castellanos insufló aún más el interés del autor por los textos coloniales y los procesos históricos mencionados anteriormente. Y el resultado de dicho interés es un ensayo de Ospina que es casi tan extenso y sesudo como el poema de Castellanos: *Las auroras de sangre. Juan de Castellanos y el descubrimiento poético de América* (1998). El ensayo no es sólo un análisis bastante pormenorizado del particular lenguaje «mestizo» de Castellanos; del prolijo relato de los eventos de la Conquista; y de la estetización de los expolios y la violencia; sino que también funge como bisagra entre la hermenéutica histórico-literaria y los comentarios críticos sobre la realidad contemporánea latinoamericana, entre los que destaco uno muy sucinto pero pertinente, porque nos anticipa la incidencia de la experiencia colonial en las configuraciones epistémicas latinoamericanas: «Hoy la América Latina es un escenario de

desigualdades humanas extremas que son fruto del *orden mental* que instauró la Conquista y que las guerras de Independencia no pudieron superar» (*Las auroras* 381)

En relación con lo anterior, la atención de Ospina a las crónicas de Indias y otros textos de la época radica en que ellos se encuentran las señales de la experiencia colonial latinoamericana y, repito, como ha expresado el autor, solo conociendo y comprendiendo la magnitud de dicha experiencia colonial es que podremos encontrar el lugar de América Latina (la América Mestiza, como él prefiere llamarla) en la historia contemporánea,

[P]ara no sucumbir en manos de los grandes peligros que se insinuaban en el horizonte de la historia: la tentación de razas puras, que reaccionaban contra las crecientes fusiones humanas; la tentación de destruir la naturaleza en nombre de un insensato y suicida confort humano; la tentación de entronizar al Estado como instrumento redentor de la humanidad... la tentación de convertir el mundo en un supermercado, a la cultura en un espectáculo, y a la trágica aventura humana sobre la tierra en un simple negocio despojado de memoria y de esperanza. (Ospina, *América mestiza* 202-203)

Todas estas preocupaciones —que conforman el incontestable *leitmotiv* de William Ospina— no solo son perceptibles a través de su obra poética y ensayística, sino que además se hallan conjugadas en su primer proyecto novelístico, la trilogía del «descubrimiento» del Amazonas, conformada por *Ursúa* (2005), *El país de la Canela* (2008) —ganadora del Premio Rómulo Gallegos en el 2009—, y finalmente *La serpiente sin ojos* (2012).

Antes de analizar las novelas, conviene presentar una breve sinopsis de ellas:

Ursúa comprende el relato, por parte del conquistador mestizo Cristóbal de Aguilar y Medina, de las gestas y tribulaciones del adelantado y conquistador navarro Pedro de Ursúa (1526 – 1561) en el Nuevo Reino de Granada, desde su arribo al Nuevo Mundo, en su adolescencia, pasando por veinte años de guerras infructuosas, hasta el momento en que Ursúa y el narrador se conocen en el puerto de Panamá, mientras esperan el momento de embarcarse hacia el Perú.⁵⁵

En *El País de la Canela*, segunda entrega de la trilogía, asistimos a una operación diferente: Cristóbal de Aguilar hace un paréntesis en su relato para dirigirse directamente a Pedro de Ursúa, ahora su narratario, y contarle acerca de su propia experiencia durante el «descubrimiento» del Río de las Amazonas (1542), bajo el mando de Gonzalo Pizarro y Francisco de Orellana, orquestadores de la gran expedición en busca del País de la Canela. Por cierto, esta es la expedición en la que participa Fray Gaspar de Carvajal, cuya *Relación* fue analizada en el primer capítulo de esta tesis y cuyo nombre ha aparecido recurrentemente a través de este estudio. En fin, Cristóbal de Aguilar intenta con su monólogo disuadir a Ursúa de emprender otra expedición en busca del elusivo El Dorado.

⁵⁵ A propósito del nombre del narrador, la mayoría de los estudios dedicados a la trilogía de Ospina considera al narrador como anónimo. Ello se debe, obviamente, a que en ninguna de las novelas hay una mención explícita de su nombre. Pese a ello, en *El país de la canela* el nombre del narrador es sugerido en la nota del editor: «Aunque el “contador de historias” no nos cuenta nunca su nombre, hay razones para pensar que se trata de Cristóbal de Aguilar y Medina...» (365). El autor mismo confirma indirectamente esta sospecha en la nota final de *La serpiente sin ojos*: «... el protagonista central de estas tres novelas es el hombre que las narra, cuyo nombre yo ignoraba al comienzo... pero que a medida que investigaba se fue convirtiendo en un ser histórico... ahora es ya un nombre verdadero porque en algún momento de este libro Ursúa se animó a pronunciarlo» (318). Ese momento se da en el capítulo 18, cuando Ursúa le dice lo siguiente a su esposa, Inés de Atienza: «Lo primero que me llamó la atención fue el relato de los conquistadores, que me contó *Cristóbal* [de Aguilar] en las playas de Panamá...» (169; énfasis añadido).

Cristóbal le reitera los peligros y vicisitudes que acarrearía otro viaje de esa magnitud por el Río de las Amazonas (Fig. 13). Pero, evidentemente, el intento de Cristóbal de Aguilar es infructuoso y ambos terminan embarcándose en una nueva —y fatídica— expedición por la «Gran Serpiente».

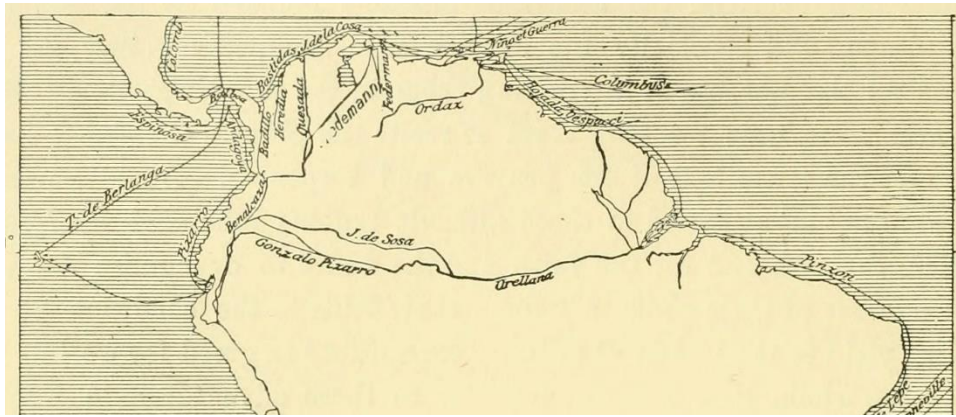


Fig. 13: Quizá la representación visual ofrezca una mejor idea de la dimensión de la expedición de Pizarro y Orellana en busca del País de la Canela. Aunque escueto, el mapa muestra la ruta de la expedición (de la costa Pacífica a la costa Atlántica), así como el tramo del recorrido en el que Orellana toma el mando de la expedición. Detalle, *La Nouvelle Géographie Universelle, la terre et les hommes* (1878) de Élisée Reclus. Traducido al inglés y editado por Ernst G. Ravenstein. Repositorio: Boston Library. Fuente de la imagen: Wikimedia Commons

Y así llegamos a *La serpiente sin ojos*, entrega final de la trilogía, en la que Cristóbal de Aguilar, todavía bajo el conjuro de un viaje sangriento y un tirano al que apenas sobrevivió, decide narrar la última y más ambiciosa expedición de su amigo Pedro de Ursúa: la búsqueda del mítico Reino de los Omaguas y El Dorado (1560-1561) a través del Río de las Amazonas. En la expedición participan, además de Ursúa, su esposa Inés de Atienza, el mismo Cristóbal de Aguilar (el narrador), y el infame Lope de Aguirre, «el tirano», quien termina por asesinar a Ursúa, revelarse junto con los soldados llamados «marañones» en

contra de Felipe II, y usurpar la expedición. La expedición usurpada de los marañones culmina en Barquisimeto, con los rebeldes enjuiciados y condenados a muerte por descuartizamiento, y con la cabeza de Aguirre enjaulada, pudriéndose en medio de la plaza principal.

Escribo el nombre de Aguirre y en mi mente se espesa una imagen poderosa, proveniente de la célebre película de Werner Herzog, *Aguirre, der Zorn Gottes* [*Aguirre, la cólera de Dios* (1972)]. En la imagen está el enloquecido Aguirre interpretado por Klaus Kinski, cuyos ojos penetrantes y desorbitados miran a la cámara, rompen la cuarta pared y (me) dicen: «... Cuando yo, Aguirre, quiero que los pájaros caigan muertos de los árboles, los pájaros caen muertos de los árboles. Yo soy la cólera de Dios. La tierra sobre la que camino me ve y tiembla...». ¿Cuántos críticos, cuántos espectadores y lectores no nos hemos dejado seducir por esta apabullante figura? No es para menos: visto a través del lente de la literatura (y del cine) Lope de Aguirre encarna, aún más que Cortés o Pizarro, aquello que ha sido repudiable y condenable —aunque morbosamente atractivo— en la figura del conquistador. Los hechos (¿valientes?, ¿estultos?) de rebelarse contra Felipe II, de proclamarse soberano de los reinos del Perú, de usurpar una expedición y, a punto de ser ajusticiado, de dar muerte incluso a Elvira, su propia hija, hacen de Aguirre una figura inusitada, de dimensiones legendarias.⁵⁶ En ello radica su poder de seducción. Las pruebas abundan en la literatura y el cine de varias tradiciones. En el ámbito específico de las letras hispánicas, son muchas las novelas que se han dedicado a recrearlo, entre ellas *El camino de*

⁵⁶ Todos estos datos provienen de la *Relación verdadera de todo lo que sucedió en la Jornada de Omagua y El Dorado* (c. 1561), del soldado Pedrarias de Almesto, quien escribe lo acontecido para exculparse y justificar su participación en la expedición de Ursúa, usurpada por Lope de Aguirre.

El Dorado (1947) del venezolano Arturo Uslar Pietri; *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre* (1968) del español Ramón J. Sender —misma que inspiró la película de Herzog—; *Daimón* (1979) del argentino Abel Posse; y *Adiós a las Amazonas* (2004) de la española Ángela Reyes.

Como en las novelas anteriores, la figura de Lope de Aguirre deviene abrumadora y expansiva en *La serpiente sin ojos* de William Ospina: «A medida que crecía su locura, su poder se hacía más grande... De repente el tirano estaba en la cubierta de todos los barcos, como si se multiplicara, y nos espiaba también en los sueños» (303). El Aguirre de *La serpiente sin ojos* —como el que recrean otros autores—, no solo quiere apoderarse de la expedición y controlarlo todo, sino que también quiere conquistar las conciencias, la memoria y el relato mismo, quiere ser *lo narrado* porque, como expresa el Aguirre de Herzog «Yo soy el Gran Traidor. No puede haber nadie más grande». Sin embargo —aquí está el gesto distintivo de la novela de Ospina—, la atención de Cristóbal de Aguilar (el narrador) se sustrae de la fuerza de Aguirre y se resguarda en otras fuerzas cuya «tiranía» sobre la expedición serían aún más aplastantes que la del usurpador; esas fuerzas son las del río que navegan y la selva que transitan. Sobre esto Cristóbal de Aguilar comenta:

Por eso no me interesa contar cómo fue la aventura del viaje bajo los ojos desorbitados de Aguirre: *otros la contarán* y se sabrá que no fue más que la pequeña combustión de una tropa devorada por su propio miedo, incapaz de amar un mundo que no podía entender.

Mientras ellos [Aguirre y los rebeldes marañones] espiaban en sus corazones, en los ojos de los otros... yo procuré hacerme invisible, yo *traté de ver la selva* a través de los ojos de Amaney [su madre india]... Busqué

consuelo en los árboles, en el canto de los pájaros, en la certeza de las
parásitas sobre los troncos, y la selva me pareció intocada por esa pesadilla
brutal. (*La serpiente* 304; énfasis añadido)

Ciertamente, la selva y el río (sinécdoques de la naturaleza en la trilogía de Ospina) se imponen sobre el proyecto cronístico de Cristóbal de Aguilar. Al principio, en *Ursúa*, Cristóbal se prefigura en calidad de cronista. Sustentado en la memoria y en su autoridad testimonial, quiere contar lo que vio, narrar las hazañas y las desventuras de su amigo Ursúa y otros conquistadores, y registrar los pormenores de las dos expediciones. Cristóbal de Aguilar lo hace, además, desde un punto fijo, su despacho en la corte del Virrey de Cañete. Este punto fijo le da la distancia espaciotemporal para narrar de manera prolija y sosegada los hechos históricos concernientes a su amigo Ursúa. Del mismo modo, esa distancia le permite describir la geografía del Nuevo Mundo, las selvas y los ríos que lo obsesionan, de manera totalizante y enajenadora (i.e., la mirada cartográfica imperial).

Sin embargo, este Cristóbal cronista y cartográfico sufre una transformación en las novelas posteriores. Tanto en *El país de la canela* como en *La serpiente sin ojos*, Cristóbal no está en su despacho imperial, sino que se encuentra en un bergantín, atravesando un río descomunal y unas selvas y tierras que, como las que recorre el Capitán Marlow en *El corazón de las tinieblas*, no aparecen ni siquiera en los mapas. Selvas y tierras que —siguiendo la paráfrasis de Conrad— mientras son espacios blancos en los mapas resultan inofensivas, domesticables, pero que al ser recorridas devienen lugares donde se aposentán las tinieblas y se esconden monstruosidades (Conrad 10-11). En pocas palabras, el Cristóbal de Aguilar de *El país de la canela* y *La serpiente sin ojos* ha perdido la distancia espaciotemporal de la que

gozaba en *Ursúa*. Su vista está ahora constreñida por las orillas del río y la apretada frondosidad selvática. La mirada del cartógrafo que lo puede abarcar todo, manipularlo y domesticarlo, deviene la mirada del sujeto itinerante, el viajero, el topólogo, que no tiene un punto fijo y, por ende, solo cuenta con sus sensaciones y las interpretaciones en la inmediatez. Es por ello por lo que, como sugerí al principio de este capítulo, el conquistador de *Muy caribe está*, desde el punto fijo de su isla, produce una *geografía literaria* (la razón por la que no es cartografía se encuentra en el capítulo anterior), mientras que Cristóbal de Aguilar, desde su itinerancia, produce una *topología literaria*.

3. Homo «cartographicus» → homo viator: una topología literaria

Gran parte de la crítica relacionada con la trilogía de William Ospina se ha enfocado en dos aspectos sobresalientes: por una parte, la interpretación del componente mítico que llevan consigo las obras (*El País de la Canela*; *El Dorado*, e incluso *Lope de Aguirre* en cuanto que figura mítica).⁵⁷ Asimismo, mucho se ha dicho sobre el maridaje (o no) entre la trilogía de Ospina y el (sub)género de la Nueva o Novísima Novela Histórica, la ficción posmoderna, la metaficción historiográfica, etc.⁵⁸ Como resultado, en dichos estudios la figura de Cristóbal de Aguilar ha ocupado un lugar medular en cuanto que conquistador marginal, sujeto mestizo y, sobre todo, narrador-cronista. Efectivamente, la compleja figura de Cristóbal de Aguilar evidencia muchos de los rasgos del narrador-cronista que define,

⁵⁷ Ver Aguilera, Marco T. «El Amazonas de William Ospina» (2010); o Riera, Gloria E. «El mito como expresión del desentendimiento cultural en *El país de la canela* de William Ospina» (2012).

⁵⁸ Ver Araújo F., Orlando. «*Ursúa*: ficción e historia de una nueva Crónica de Indias» (2007); Argüello G., Darío. «*Ursúa*: cinestesis poética de una historia novelada» (2008); Vargas Celemin, Libardo. «*El país de la canela*: Historia y Ficción» (2010), entre otros.

por ejemplo, la metaficción historiográfica, como cuando dice «... Y casi tengo que refrenar mi mano para que respete el orden de la narración, para que siga contando la vida de Ursúa y no ceda a la tentación de contar mis propias aventuras» (*Ursúa* 145). Con base en las propuestas de Linda Hutcheon, puede leerse el comentario anterior como evidencia del narrador interventor que individualiza la historia, la particulariza y la somete a su subjetividad, violentando así los estatutos de veracidad y objetividad a los que apunta la escritura historiográfica (Hutcheon 113, 117). Muchos ejemplos más demuestran la intención deconstructiva, revisionista del dato y el discurso historiográficos en la obra de Ospina; pero no es ese el objeto de mi análisis y entrar en ello sería desviarme por una larga tangente. Más que la indagación sobre la (re)escritura o (re)narración del suceso histórico—y el registro historiográfico—, me interesa indagar la (re)presentación que Cristóbal de Aguilar hace del espacio geográfico. Me interesan sus descripciones y reflexiones acerca de la tierra, de la naturaleza, y de la forma en que tanto ellos (los conquistadores) como los otros (los indios) se relacionan con dicho espacio geográfico. La indagación geográfica resulta sumamente fructífera cuando se realiza sobre las tres novelas en conjunto porque, como sugerí algunos párrafos atrás, nos revela dos fases del narrador que conviene desglosar. La primera fase del narrador, de Cristóbal de Aguilar, se encuentra en *Ursúa*, novela en la que la distancia espaciotemporal le permite describir el espacio geográfico con la prolijidad y la mirada cenital y totalizante del cartógrafo. En tal virtud, podríamos entender este Cristóbal como un *homo «cartographicus»*. El oscuro término «*homo “cartographicus”*» (acuñado — aunque sin un claro desarrollo teórico — por el educador y ecologista Tony Kallet) es una apropiación que hago para facilitar una lectura topológica de las novelas y para ilustrar el

cambio de perspectiva entre la mirada expansiva del cronista o el cartógrafo y la mirada constreñida a la inmediatez geográfica del sujeto itinerante.⁵⁹ El *homo «cartographicus»* que concibo aquí no es necesariamente imperial o colonizador (como tampoco lo es Cristóbal), sino que, más bien, está condicionado por su necesidad de aprehender un espacio geográfico ajeno, desemejante, intentando abarcarlo en su totalidad y enfatizando su extrañeza y su peligrosidad. Termino dando un ejemplo del tipo de descripción que hace el Cristóbal cartográfico, cuyas pretensiones totalizantes resultan incluso agotadoras:

Después de las pendientes [de la cordillera occidental de los Andes] se alzaban los peñascos, después de los peñascos se hundían los abismos, y otra vez adelante recomenzaban las pendientes. La selva cubría los montes, de cada árbol brotaba la niebla, había arboledas inabarcables, pero además llovía a menudo, y en los bosques el barro y en las piedras el limo hacía resbalar los caballos... Cuando [Ursúa y sus expedicionarios] miraban hacia adelante no podían creer que todavía les faltaran tantas montañas llenas de peligros, pero al mirar hacia atrás no podían creer que ya hubieran atravesado esas lomas que se iban volviendo azules en la lejanía... Así remontaron la cordillera de los volcanes hasta una fría región rayada de palmas, por el país laborioso de

⁵⁹ Además del artículo de Tony Kallet (parte de una compilación para educadores titulada *Few Adults Crawl: Thoughts on Young Children Learning* [1995]), el curioso término «*homo “cartographicus”*» aparece en dos textos más: primero, en un artículo del filósofo especulativo José Juan Patarroyo, titulado «*Homo (anti)cartographicus: coordenadas de un mapa construido por afectos*» (*Revista Filosofía UIS*, 2002), y un libro de diseño gráfico del argentino Enrique Longinotti, titulado «*Metrópolis: La/s ciudad/es invisible/s. Atlas de Buenos Aires*» (2013). Sin embargo, al momento de escritura de este capítulo solo pude tener acceso a reseñas o citas indirectas, y no al artículo de Patarroyo o al libro de Longinotti en sí.

los quimbayas, rumbo a los bosques inundados del Cauca. (Ospina, *Ursúa* 259-260)

Sobran los comentarios y falta el aliento.

La segunda fase de Cristóbal de Aguilar se da en *El país de la canela* y *La serpiente sin ojos*. En estas novelas el narrador no está en su despacho imperial, escribiendo y describiendo desde la distancia, sino que ahora viaja por el río, recorre la selva y, por lo tanto, su mirada está constreñida a la inmediatez geográfica que solo es perceptible al momento de transitarla. En ese sentido, Cristóbal de Aguilar deviene lo que el filósofo francés Gabriel Marcel denominó como *homo viator* u «hombre viajero» (itinerante) que, atento a su experiencia fenomenológica mientras recorre un espacio geográfico, deja de verlo como una «presencia» dispensable, manipulable y/o exterior, y termina por aprehenderlo en cuanto que otredad que vincula ontológicamente al *ego*, que ancla al sujeto a su *dasein* (Marcel 9-10, 17); es decir, a su «estar allí» en el mundo (natural). Esto es importante porque el cambio de perspectiva implica también una variación epistémica, fenomenológica. No es lo mismo ver la selva Amazónica desde un punto cenital, que verla desde una especie de primer plano, mientras uno la atraviesa.

Ya había referido la idea del primer plano en el capítulo anterior, como condición de posibilidad de una geografía sensorial en *Muy caribe está*. Pues bien, Cristóbal de Aguilar también percibe el espacio geográfico desde un primer plano y por lo tanto muchas de sus descripciones son sensoriales, reflexivas y cambiantes. El narrador no pretende sentar verdades o crear un mapa de cifras, medidas y clasificaciones, porque la fugacidad del espacio no le da la perspectiva suficiente. A diferencia del Cristóbal cartográfico que,

algunas líneas atrás, nos había agotado con su descripción expansiva, el Cristóbal itinerante nos dice que: «... Nosotros nunca habíamos visto un camino que cambiara tan continuamente... A veces un árbol oscuro y retorcido como un fantasma, a veces una hilera de peñascos que emergen de la tierra como las ruinas de una construcción aniquilada hace milenios» (*La canela* 101).

La comparación es productiva: la descripción del primer Cristóbal abarcaba cordilleras, llanuras y hasta países enteros como el de los quimbayas; la del segundo Cristóbal no va más allá de un árbol o una hilera de peñascos. El itinerante carece de la perspectiva expansiva del cartógrafo. Esto último acaso suscite un diálogo oblicuo con el «estilo homérico» del que habla Erich Auerbach en su célebre *Mímesis* (1942), estilo definido como «“de primer plano”, porque, a pesar de que tantas veces marcha hacia atrás o hacia adelante, [Homero] sitúa lo que se relata en un presente puro, sin perspectiva» (17). Y como Homero, cuyo primer plano se acerca obsesivamente a la cicatriz de Ulises y, con todo, genera una variedad de puntos de fuga interpretativos (Auerbach 21), así mismo Cristóbal de Aguilar genera un cúmulo de reflexiones geo/eco/críticas acerca de la tierra y la naturaleza que transita, no obstante las limitantes de su perspectiva en primer plano.

En todo caso, ¿por qué importa este desplazamiento del *homo «cartographicus»* al *homo viator* en el narrador de la trilogía? A mi modo de ver, la importancia radica en que dicho desplazamiento permite dos cosas: a nivel intratextual, permite la confección de una *topología literaria*, concepto que tomo, en parte, de las conceptualizaciones desarrolladas por el crítico José Ramón Ruisánchez en su monografía *Historias que regresan: topología y renarración* (2012). De acuerdo con Ruisánchez: «El territorio que describe una cartografía

está fijo, y por ello puede controlar su totalidad. En la topología, en cambio, el yo del observador ocupa inevitablemente el *interior* del territorio descrito. Con esa inclusión se elimina la posibilidad de un afuera neutro y neutralizador desde donde sería posible contemplar un contenido invariable» (13). Luego entonces, el diálogo entre la topología literaria y mi idea del *homo «cartographicus»* vs *homo viator* es clara. Quizá sea por eso por lo que Cristóbal de Aguilar no quiere narrar la historia del viaje por el Amazonas junto con Lope de Aguirre: porque la narración del hecho histórico (y/o el ejercicio historiográfico) exige una distancia espaciotemporal de la que Cristóbal de Aguilar carece. El narrador se encuentra constreñido por la selva y el río. Al ser itinerante, Cristóbal no tiene un punto fijo desde el cual aprehender lo que sucede, para poderlo contar. Solo cuenta con la información que le proveen sus sentidos y los demás sujetos que lo acompañan; sujetos también itinerantes que, como Cristóbal de Aguilar, son parte de esa «tropa devorada por su propio miedo» que no logra entender el mundo que transitan. Esa es, digamos, la condición topológica: todo es movimiento; todo es duda y especulación *in situ*. De nuevo, esto último traza una línea dialógica con la idea de topología que desarrolla Ruisánchez: «el paso del hecho histórico al momento en que se intenta narrarlo... para generar un discurso contrahistoriográfico que niega la seguridad de las versiones oficiales y sus silencios, privilegiando lo plural sobre lo singular, las dudas sobre las certezas» (12).

Ciertamente, la duda, la negación, son condiciones de la narración topológica que pone de manifiesto Cristóbal de Aguilar en *El país de la canela* y *La serpiente sin ojos*. A medida que se interna en la selva y atraviesa el río de las Amazonas, el narrador (se) pregunta —«¿en qué momento una aventura empieza a convertirse en un crimen?» (*La*

serpiente 189)—, cambia de opinión, rehúye de su pensamiento colonizador/occidental, y apela a otras formas de pensar el espacio geográfico que está atravesando. Por ejemplo: el Cristóbal que narra *Ursúa* es el cronista que asevera: «Yo, que estuve en esa expedición, yo que sentí sobre mi carne el poder de la selva...» (Ospina, *Ursúa* 451; énfasis añadido). El Cristóbal cronista es *Autor* y *Autoridad*, es enciclopédico, panóptico, e incluso siente una especie de ansiedad epistémica por cuenta de aquello que no puede ver: «¡Qué no daría yo por ver ese Perú al que llegó Ursúa en 1543!» (48). Posteriormente, el Cristóbal cronista de *Ursúa* deviene Cristóbal topólogo, cuya mirada, constreñida por la selva que lo rodea, no puede abarcar más que lo inmediato. Es ese narrador topólogo que, incapaz de sustraerse de la vorágine de sensaciones raras que implica el viaje por la selva, expresa que: «Solo cuando se convierte en relato el mundo al fin parece comprensible. Mientras lo vamos viviendo, los hechos son tan agobiantes y múltiples que no les encontramos ni pies ni cabeza» (Ospina, *La canela* 106). Pero, repito, a esto volveré más adelante.

A nivel extratextual, las representaciones del mundo natural que fabrica la narración topológica (representaciones sensoriales, críticas, subjetivas) suscitan en el lector una variedad de reflexiones alrededor del ya expuesto *leitmotiv* de la obra de Ospina. Entre ellas está la reflexión (eco)crítica sobre las concepciones de la geografía, la naturaleza y el medioambiente que se produjeron durante la Conquista y la colonia, y cómo esa producción geográfica —esa geografía imaginaria— informa las concepciones geográficas del presente. En palabras del autor:

Esas primeras expediciones [la de Orellana y la de Ursúa] tipificaron lo que sería después una larga historia de la cuenca del Amazonas, y el contraste

entre dos maneras radicalmente distintas de relacionarse con ella: la de los conquistadores que buscaron siempre saquear la selva y dominarla, y la de los nativos que procuran comprenderla y sobrevivir en ella sin codicia... Los europeos de entonces llegaron a la selva *como muchos colonos de hoy y como muchas grandes empresas*, a hacer riqueza rápida, a buscar los cultivos que podían ser explotados de un modo intensivo, a buscar *o sembrar bosques de una sola especie como los que se encuentran en Europa*. (Ospina, *América mestiza* 50-51; énfasis añadido)

Evidentemente, no se equivoca el autor. La cuestión del expolio del territorio americano por cuenta de los proyectos de Conquista y colonización es axiomática. Hasta podría decirse que las palabras de Ospina redundan en un tema muy sabido y tratado desde innúmeras perspectivas. Aun así, considero que no son reiteraciones fútiles, si se toma en cuenta que, como lo sugiere el autor, los imperativos extractivos, explotadores y colonizadores de hace cuatro siglos todavía reverberan de manera sofisticada en las prácticas mineras y agroindustriales, en los conflictos de tierra y desposesión territorial que azotan a las comunidades campesinas e indígenas de casi todas las latitudes latinoamericanas las prácticas extractivistas y explotadoras del presente.

¿Qué ha permitido la actualización y perpetuación de dichas prácticas? Como he argüido con anterioridad, las razones principales tienen que ver con la forma en que nosotros los sujetos modernos procesamos la información geográfica y, por otro lado, la forma en que la geografía (la tierra, la naturaleza) es articulada y representada desde los estamentos industriales y las instituciones hegemónicas para que pueda ser explotada de

manera incuestionada por el resto de la sociedad. Esa forma de procesamiento de la información geográfica, tendiente a la abstracción, tiene que ver con el tercer dispositivo de la imaginación geográfica colonial y occidental: *la fetichización de la naturaleza*; la red de representaciones y discursividades que cosifican la naturaleza, que eliden la relación fenomenológica, identitaria e histórica de los sujetos otros que tienen una forma horizontal, comunal y constructiva de relacionarse con dicha geografía, que por toda esa serie de intervenciones subjetivas, epistémicas y experienciales deviene *territorio*. En fin, la *fetichización de la naturaleza* es la red de representaciones y discursividades que reducen la multidimensionalidad de lo geográfico (la tierra, la naturaleza) a cifras, trazos cartográficos o discursividades técnicas, científicas e incluso políticas y académicas. Por supuesto, esta red de discursividades se inaugura con la Conquista y la colonización, momento en el que, como dice Cristóbal de Aguilar, el narrador de la trilogía de Ospina:

Empezaba a imponerse sobre estas montañas, acostumbradas solo a la palabra que brota de los labios, la España de los sellos y los títulos, de memoriales minuciosos... códigos, relaciones... mapas abigarrados... y crónicas imprecisas, el reino extenuante de la escritura y de la cláusula; y ahora todo son incisos y párrafos, glosas y escolios... decretos y sentencias; los rastros del extremo formalismo romano... para imponer las filigranas de la letra sobre piedras tatuadas de otras leyes, el dictamen de jueces y de clérigos sobre las mandas del maíz solar y la boca de estrellas. (*La serpiente* 57).

Esa España que comenzaba a inscribirse en el territorio americano a punta de tinta y sangre, que en aquel momento era la España teológico-legalista de los Habsburgo —la de los «jueces y clérigos»—, se transformaría en la España borbónica de la «racionalidad técnico-administrativa» (Castro-Gómez 99), que perfeccionaría los mecanismos de control del espacio geográfico americano y sus habitantes por medio de abstracciones técnico-cientificistas. El filósofo colombiano Santiago Castro-Gómez propone que con esta racionalidad técnico-administrativa: «el Estado borbón pretende colocarse en *la perspectiva del Todo* [léase aquí la *mirada cartográfica imperial*]: mediante sistemas de codificación como el censo y la estadística, concentra la información, la procesa y la redistribuye; a través de técnicas de objetivación como la cartografía, elabora una representación unitaria del territorio» (99).

Detrás de esta imposición logocéntrica y técnico-administrativa que reduce la geografía a la bidimensionalidad del papel; detrás de esta red de discursividades que suprime la experiencia fenomenológica y la subjetividad (sobre todo la de los sujetos otros) se encuentra en operación un potente dispositivo, todavía vigente: la fetichización de la naturaleza.

4. La fetichización de la naturaleza

En su fundamental ensayo *Postmodernism, or, The Cultural Logic of Late Capitalism* (1991), Jameson ofrece una definición del posmodernismo que, al mismo tiempo, augura un destino lóbrego para la naturaleza: «Postmodernism is what you have when the modernization process is complete and *nature is gone for good*. It is a more fully human world

than the older one, but one in which “*culture*” has become a veritable “*second nature*” » (ix; énfasis añadido). De acuerdo con Jameson, la condición posmoderna es ostensible en la *aculturación* (conversión de lo material en dispositivo cultural), o en términos de Walter Benjamin —citado también por Jameson—, la *estetización* de la Realidad. Aculturación y/o estetización que se traduce en: «a commodity rush, our “representations” of things tending to arouse an enthusiasm and a mood swing not necessarily inspired by the things themselves» (Jameson ix-x). En la Era Contemporánea, enmarcada en la tecnificación, el capitalismo tardío (multi/transnacional) y los modos de producción, consumo y comunicación masivos, la relación entre los sujetos y el mundo *fenomenológico* —lo material, perceptivo y sensorial— se ha dislocado, desembocando en una nueva relación que da prioridad al mundo *ideal* —lo discursivo, representacional y procesal— (Jameson 20-29, 249). De igual modo, el crítico marxista señala que estas representaciones y discursividades, a las que denomina «*ideological alibis*» o coartadas ideológicas (328), conceptualizan el mundo a través de abstracciones que abrevan en el conocimiento técnico-científico y se desligan de la experiencia existencial de los sujetos (52). En tal virtud, al aseverar que «la naturaleza se ha ido para siempre», Jameson no implica la extinción literal del mundo natural, sino que sugiere una disociación epistémica y subjetiva entre la experiencia existencial del sujeto y el espacio geográfico y natural (48, 52). Es decir, la relación del sujeto (pos)moderno con la naturaleza ya no está estructurada fenomenológicamente —el trabajo, experiencia sensorial—, sino que representacionalmente —la pintura, la cartografía, el itinerario, etc.— (Jameson 52). Esto último me permite anticipar una línea dialógica que en cierto modo corrobora las propuestas sobre la disociación entre el sujeto y el espacio geográfico, aun

cuando el enfoque de Jameson tiene que ver con procesos capitalistas y (post)industriales de abstracción.

Una forma de esclarecer esta disociación (sujeto \leftrightarrow experiencia fenomenológica) es a través del «fetichismo de la mercancía», concepto que desarrolla Karl Marx en *El Capital* y al que Jameson alude como punto de partida de la abstracción (pos)modernizante. Al respecto Marx apuntala:

El carácter misterioso de la forma mercancía estriba... en que proyecta ante los hombres el carácter social del trabajo de éstos como si fuese un carácter material de los propios productos de su trabajo... y como si, por tanto, la relación social que media entre los productores y el trabajo colectivo de la sociedad fuese una relación social establecida entre los mismos objetos, al margen de sus productores. (t. I, cap. I, sec. 4)

La forma misteriosa o «fantasmagórica» que tiene la mercancía es patente en la vida diaria. En cualquier transacción comercial aceptamos el valor monetario de la mercancía sin cuestionar el trabajo que subyace en su producción. Nuestra valoración de la materialidad de un producto agrícola, por ejemplo, se limita al momento en que accedemos y consumimos dicho producto; por tal razón, obviamos el desgaste natural o la labor humana que comporta su siembra, su cosecha y toda la logística que antecede a la transacción. Hasta aquí, Marx. Jameson, por su parte, señala que ese carácter fantasmagórico (exacerbado por cuenta de los modelos de producción y consumo masivos y el capitalismo tardío) excede la mercancía en sí y se proyecta a un nivel superior: el fetichismo inherente al *proceso de mercantilización* o, en otras palabras, la *estetización* de la experiencia de consumo (Jameson ix,

8-9). Dentro de sus ejemplos hay uno que es tan sucinto como ilustrativo: pasamos de valorar y consumir *latas* de sopa Campbell's, a valorar y consumir *pinturas* de latas de la sopa Campbell's (Andy Warhol). En resumen, la condición posmoderna de Jameson equivale a la imposición de la imagen, la representación y la figura (esto resonará más adelante), sobre lo Real, lo material y la experiencia (52).

Sin embargo —y aquí llego al *quid* de la cuestión— aquella predicción de Jameson de que la naturaleza se irá para siempre resultó ser un guiño, un comentario oblicuo en *Postmodernism*. En la idea de la posmodernidad de Jameson se intuye una línea dialógica y crítica de ese *telos* hegeliano en que la cultura y el mundo de las ideas humanas se superpondría al mundo natural. Aun así, la preocupación de Jameson se decantó a la conversión de la mercancía en artefacto cultural y su incidencia en la relación del humano con el arte, las tecnologías, las industrias y los Estados. La geografía y la naturaleza fueron supeditados nuevamente, convertidos en trasfondos de los procesos culturales, políticos y económicos ya mencionados. Conviene aclarar que esta supeditación de lo geográfico y natural en el trabajo de Jameson no es una «deficiencia»; incluso, sería arbitrario exigírselo porque su enfoque es obviamente marxista y no ecocrítico, pero el desvanecimiento de las cuestiones geográficas naturales insinúa una especie de vacío —una «laguna»— en su análisis. A ello se suma el hecho de que el enfoque de Jameson es preponderantemente occidental y, sobre todo, occidentalizante. Y aunque en su trabajo se hallan varias referencias a las sociedades del «Tercer Mundo» (el término es ya un agravio) y la cuestión

colonial o la colonización, estas referencias son tangenciales, esquemáticas y ambiguas.⁶⁰ De nuevo: con esto no pretendo desvirtuar las conceptualizaciones de Jameson. Por el contrario, su expansión del concepto del fetichismo, así como las pequeñas «lagunas» que se intuyen en su análisis, me sirven para dar un paso más allá y extrapolar ese carácter fantasmagórico (y el fetichismo resultante) al dominio de la geografía, la naturaleza y los recursos naturales, reorientados también a un contexto colonial. Esto es, si convenimos con Jameson en que el advenimiento del capitalismo tardío exacerbó el fetichismo de la mercancía (y la mercantilización), entonces es factible proponer una operación analógica en la que se evidencie cómo el afianzamiento del imperialismo y la semiosis colonial, aunada a los modelos económicos mencionados, produjo (o exacerbó, por lo menos) una especie de *fetichismo de la naturaleza*. Aunque el término no es nuevo, su aparición en la crítica literaria es escasa, inestable y en muchos casos contradictoria.⁶¹ En consideración de esa inestabilidad, y partiendo de lo propuesto por Jameson sobre la *mercantilización*, considero entonces que el término más productivo a la hora de pensar la disociación entre sujeto y mundo natural será la *fetichización de la naturaleza*. Proceso (y dispositivo) disociativo que, como en el caso de la mercantilización, se exagera por cuenta de la abstracción

⁶⁰ Jameson es inconstante al usar los términos «colonial», «colonizar» y «colonización», y tiende a sugerir, más que a comprometerse con su argumento, al momento de hablar de la colonización: «*one is tempted to speak in this connection of a new and historically original penetration and colonization of Nature and the Unconscious*» (35). Otros ejemplos son: «*aesthetic colonization*» (18) y «*the insensible colonization of the present by the nostalgia...*» (19); «*the colonization of "reality"...*» (394); «*the colonization of use value by exchange value...*» (409); e incluso: «*daytime programs [that] slowly begin to infect... and colonize their neighbors...*» (372).

⁶¹ El historiador cultural Chris Bhodi, por ejemplo, entiende el fetichismo de la naturaleza como una forma de enajenar la agencia de la naturaleza y de afianzar el papel del humano como salvador de la tierra («*Mastery of Nature: The Fetishization of the Earth and the Fantasy of Nature Needing Saving*», en línea). En cambio, el crítico Paul L. Tidwell se refiere al fetichismo de la naturaleza como una forma de estetización del mundo natural llevada a cabo por la ecocrítica («*Academic Campfire Stories: Thoreau, Ecocriticism and the Fetishism of Nature*»). Mi interpretación del término se distancia de estas dos posiciones.

representacional y el conocimiento técnico-científico, aunados a los constructos epistémicos occidentales o imperiales/coloniales.

La forma más obvia en la que se manifiesta la fetichización de la naturaleza tiene que ver con su concepción en cuanto que fuente inagotable de recursos naturales. Esta concepción elide el «trabajo» de reproducción y crecimiento, por ejemplo, de la flora y la fauna. Pienso en las prolijas descripciones de la tierra, las plantas, los animales, los vientos y las temperaturas del Nuevo Mundo, registradas en los libros tercero y cuarto de la *Historia natural y moral de las Indias* de José de Acosta. Por ejemplo, en el capítulo que trata *De las grandes arboledas de Indias, y de los cedros, y ceibas, y otros árboles grandes*, Acosta expresa que:

... me doy a entender que en el nuevo orbe (que llamamos Indias) es mucho mayor la copia quien hubiera andado algo por montañas de Indias, aunque no sean sino las diez y ocho leguas que hay de Nombre de Dios a Panamá, entenderá bien de qué manera es esta inmensidad de arboleda que hay en Indias. Como allá nunca hay invierno...de ahí proviene que las tierras de montaña producen *infinita arboleda*, y las de campiña, que llaman sabanas, *infinita yerba*. (lib. 4º, cap. 30; énfasis añadido)

Me pregunto, desde el contexto de 1590: ¿Habría imaginado el lector de la *Historia natural* — incluso el mismo Felipe II, si alguien le dio relación de su contenido— que al cortar uno de esos árboles equinocciales brotaría otro espontánea e infinitamente? ¿Habría José de Acosta insuflado la ambición de algún criador de cerdos —como lo eran los hermanos Pizarro— al sugerir la potencial riqueza ganadera que suponían las infinitas yerbas de las sabanas indianas?

Continuemos con José de Acosta para exponer otra forma en la que se manifiesta la fetichización de la naturaleza, esta vez relacionada con la incapacidad de reconocer los efectos de la actividad agricultora y, específicamente, con los tremendos efectos ecosistémicos que produce la trasposición de cultivos. Ello se aprecia cuando el prolijo historiador jesuita señala que: «La tierra que más se parece a España y a las demás regiones de Europa en todas las Indias Occidentales, es el reino de Chile...», y cuando agrega que «Es tierra de suyo fértil y fresca; lleva todo género de frutos de España» (lib. 3º, cap. 22).

Los americanos tomamos café y los europeos comen papa, y lo hacemos sin pensar en que bajo esos y muchos otros productos subyace una trasposición de cultivos que alteró las superficies terrestres, los ecosistemas y las economías de ambos continentes. Alteración tan significativa que, para algunos geógrafos como Simon Lewis y Mark Maslin, pudo haber desempeñado un papel fundamental en el advenimiento del antropoceno (25), término propuesto por Paul Crutzen y Eugene Stoermer para designar la época geológica en la que la actividad humana ha tenido un impacto significativo y progresivo en la tierra y su atmósfera (614). Aunque Crutzen y Stoermer ubican la primera etapa del antropoceno en la Era Industrial (1800-1945), Christophe Bonneuil y Jean-Baptiste Frescoz (junto con Lewis y Maslin), consideran que esa primera etapa es contingente con el establecimiento de las rutas comerciales intercontinentales durante la Era de los «Descubrimientos» y la resultante trasposición de flora, fauna y productos agrícolas (Bonneuil y Frescoz 24-26).

Curiosamente, la febril búsqueda del País de la Canela, que obsesionó a Gonzalo Pizarro, que narra originalmente Gaspar de Carvajal y que re-narra William Ospina,

responde indirectamente a esta fetichización de la naturaleza. Como nos cuenta Cristóbal de Aguilar:

Acostumbrado a las alamedas y los olivares, a los robledales y los pinares que se encuentran al otro lado del mar, Gonzalo Pizarro ignoraba, como todos nosotros, que esta región del mundo no produce bosques de una sola variedad de árboles, y nada le parecía más natural que la posibilidad de hallar un interminable bosque de canela. Pero aquí en el suelo más estrecho proliferan árboles y plantas diferentes, y cuando Pizarro llegó con sus tropas a la región que le habían anunciado los guías indios, donde esperaba encontrar caneleros sin fin, sólo halló entre la selva árboles espaciados de una canela nativa, de sabor semejante, pero que no justificaba la búsqueda porque no podía aprovecharse para negocio alguno. (Ospina, *El país de la canela* 129).

Como sucede con el anterior, en los textos coloniales abundan las articulaciones discursivas que fetichizaron la naturaleza. Pero ahora quiero examinar otras formas en las que se manifiesta esa fetichización, específicamente en el presente. Y para ello conviene dirigir la atención a uno de los problemas medioambientales más urgentes en la actualidad: la desenfrenada deforestación del Amazonas. El primero de agosto del 2019 apareció publicado en *The Economist* un artículo que hizo eco a nivel mundial y se volvió tendencia en los medios de comunicación y en los debates públicos. El artículo, cuyo ominoso título reza «The Amazon is Approaching an Irreversible Tipping Point», inicia así:

The Amazon basin, most of which sits within the borders of Brazil, contains 40% of the world's tropical forests and accounts for 10-15% of the

biodiversity of Earth's continents. Since the 1970s nearly 800,000km² of Brazil original 4m km² (1.5m square miles) of Amazon forest has been lost to logging, farming, mining, roads, dams, and other forms of development... Over the same period, the average temperature in the basin has risen by about 0.6°C. This century, the region has suffered a series of severe droughts. («The Amazon...»)

Las cifras son escandalosas y por ello se repitieron con alarma en numerosos medios de comunicación. Pero, como muchos reportes similares, la noticia tuvo una vigencia efímera y no trascendió más allá del debate público. Ello se debe, en parte, a eso que en las ciencias de la información y la comunicación han llamado «*compassion fatigue*»: el desarrollo de una especie de estupor y/o indiferencia en el público, en detrimento de afectos como la indignación y la empatía, debido a la saturación del trauma y la crisis en el ciclo noticioso.⁶²

Con todo, considero que la patente abulia del público frente a noticias como la de *The Economist* acerca de la deforestación del Amazonas responde a que la información (geográfica) está cimentada en datos abstractos. Es decir, nuestro conocimiento de la deforestación del Amazonas se basa preponderantemente en porcentajes, cifras e información geográfica transformada en texto o imagen. Y aunque es innegable que todos estos datos son informativos y brindan una *idea* (la palabra es clave aquí) del problema, esa idea termina por empozarse en lo conceptual. Es sumamente difícil imaginar la dimensión material de un área de 800,000km², aun cuando aparezca representada en un mapa (Fig. 14).

⁶² Ver, por ejemplo, Moeller, Susan. *Compassion Fatigue: How the Media Sell Disease, Famine, War and Death* (1999).

Asimismo, es virtualmente imposible «sentir» el aumento de 0.6°C que se registra en el papel.

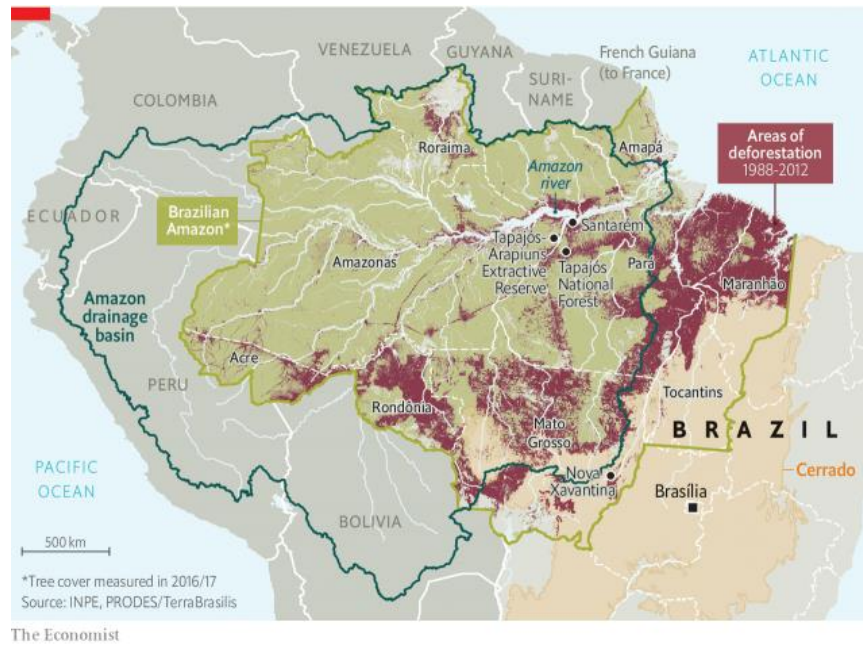


Fig. 14: El área verde indica la región amazónica dentro de la frontera brasileña. Las áreas rojas muestran la deforestación sucedida entre 1988 y 2012. Repositorio: INPE, PRODES/TerraBrasilis. Fuente de la imagen: The Economist. © The Economist Group Limited, London 2019 (imagen reproducida con autorización)

Esto nos remite al *homo cartographicus* vs *homo viator*. El mapa y las tecnologías de la información no solo nos permite abarcar virtualmente la totalidad del Amazonas desde un punto de vista cenital, sino que también podemos modificar esa imagen para que nos provea todo tipo de información. Pero la percepción es estrictamente visual. No hay ningún otro sentido involucrado, y mucho menos alguna subjetividad o afecto (más allá de escandalizarnos por la avanzada de la deforestación). Ahora bien, si pudiésemos acercarnos lo suficiente (hacer un *zoom in*) e internarnos en esa selva, la perspectiva cambiaría totalmente. Sería la del *homo viator* que, como los indígenas que habitan el Amazonas, puede

transitar la selva, percibirla con todos los sentidos y quizás así, involucrar algún tipo de afecto hacia ese espacio geográfico que desaparece vertiginosamente. Aunque el sujeto que percibe la deforestación desde un primer plano no goza de la perspectiva cenital que lo abarca todo, sí puede sentir ese aumento de temperatura que señala *The Economist*, por ejemplo. Para el público en general, sobre todo para aquel que habita en las metrópolis, no hay otra forma de aprehender o imaginar la dimensión de la problemática ecológica del Amazonas de otra forma que no sea por medio de los datos, las cifras, los porcentajes y, por supuesto, los mapas. Y, por consiguiente, aunque haya una reacción inicial, esta se diluye rápidamente en la abulia y la indiferencia.

Pero hay otro factor, casi perverso, que incide en nuestra insensibilidad respecto de un problema como el de la deforestación del Amazonas, y ese factor tiene todo que ver con la fetichización de la naturaleza. Recordemos que, a mi modo de ver, la fetichización de la naturaleza comporta la disociación de la intervención humana (productiva o destructiva) y la tierra o la naturaleza. En ese orden de ideas, reconocemos el problema de la deforestación, pero no tenemos conciencia de nuestra incidencia directa en él. Nos es suficiente con imaginar la maquinaria talando arboledas enteras, arando la tierra y sembrando pastizales para la ganadería, pero no reconocemos que, de una u otra manera, participamos en esa deforestación. Según los reportes de la *National Geographic* y de la revista *Yale Environment 360*, publicada por *The Yale School of Forestry and Environmental Studies*, además de los factores internos que fomentan la deforestación (especulación y tenencia de tierra, contrabando, la urbanización, etc.), hay factores externos cuya incidencia puede ser aún

mayor.⁶³ Entre ellos está la minería, la ganadería y el cultivo (legal e ilegal) de productos como la soya. De acuerdo con los reportes de *YaleEnvironment360* y *The Economist*, Brasil es uno de los mayores exportadores de carne y soya, y entre los mayores receptores y consumidores de estos productos están los Estados Unidos. Aunque no hay forma de comprobarlo, no es descabellado pensar que en algún momento hemos sido consumidores de esos mismos productos que han sido exportados desde el Brasil. En fin, somos parte y participamos directa o indirectamente, pero entre lo que consumimos y la motosierra que tala el árbol hay una distancia tan abismal, una cantidad de abstracciones veladas, que vemos el problema como una cosa ajena, una exterioridad. Nuestro sentido de pertenencia territorial es inmediato, y el Amazonas, lamentablemente, está muy lejos (geográfica, subjetiva y epistemológicamente) de nuestra inmediatez.

Así las cosas, ¿de qué manera se puede contrarrestar dicha abulia? ¿Cómo rearticular la materialidad del espacio, del mundo natural, en nuestra imaginación geográfica? ¿Cómo recuperar el sentido de pertenencia, el «sentido de lugar», o la «sensibilidad de lugar» que, como señaló el geógrafo Yi-Fu Tuan, se ha desligado del hombre moderno, antropocéntrico y *ego-lógico* (410)? Volvamos a la literatura. Una forma de recuperación, desde el ámbito literario y específicamente desde la novela de la Conquista, tiene que ver con aquella reconfiguración del narrador que expuse algunas páginas atrás: del *homo «cartographicus»* al *homo viator*. En otras palabras, una forma de recuperar la materialidad del espacio geográfico es a través de la lectura de la trilogía de Ospina, ya no como una *nueva crónica de*

⁶³ Ver Fearnside, Philip. «Business as Usual: A Resurgence of Deforestation in the Brazilian Amazon.» *YaleEnvironment360*. Abril 18, 2017, y Nunez, Christina. «Deforestation Explained» *National Geographic*. Febrero 7, 2019.

Indias —si atendemos las categorizaciones de la crítica contemporánea—,⁶⁴ sino que en calidad de *topología literaria*. Del mismo modo, esta lectura topológica, incluyente de lo fenomenológico, se hace aún más productiva si se analiza desde una perspectiva *ecocrítica* y decolonial, incluyente de la reflexión *eco-lógica* y no *ego-lógica* (Pultz Moslund 2-3) y las epistemes y subjetividades otras, como lo son las cosmovisiones indígenas.

5. Ecocrítica (decolonial): el «redescubrimiento» de la cosmovisión indígena

Hasta ahora he tratado el tema del narrador, Cristóbal de Aguilar, como detonante de una lectura topológica de la trilogía de William Ospina. Ahora es momento de incorporar algunas nociones ecocríticas, que servirán de pauta de lectura y análisis en las siguientes páginas. A través de este capítulo he reiterado que el análisis de la trilogía de Ospina conlleva una indagación preponderantemente *ecocrítica*. Con ello no pretendo sentar algún tipo de directriz o constreñimiento teórico-metodológico porque la ecocrítica es, en pocas palabras, un modo de lectura aproximativo, un campo discreto que informa y dialoga con otras disciplinas (Hiltner 133). Eso es lo que evidencian las diversas direcciones hacia las que se han proyectado otros estudios ecocríticos: desde la inclusión sistemática —casi geométrica— de teorías y conceptos biológicos, ecológicos y geofísicos, como propuso William Rueckert;⁶⁵ pasando por el énfasis en las interseccionalidades socioculturales y la ecocrítica, como sucede con el feminismo medioambiental y material de Stacy Alaimo y

⁶⁴ Ver Pizarro Cortés, Carolina. *Nuevos cronistas de Indias. Historia y liberación en la narrativa latinoamericana contemporánea*, E. de la U de Santiago de Chile, 2015.

⁶⁵ Rueckert, William. «Literature and Ecology: An Experiment in Ecocriticism». *Iowa Review*, vol. 9, 1978, pp. 71-86.

Susan Hekman;⁶⁶ hasta la búsqueda de la «voz», la agencia y la experiencia existencial de los organismos y el medioambiente, ligada a la ontología orientada a objetos (OOO), como puede apreciarse en el trabajo sobre los hongos Matsutake, realizado por la antropóloga Anna Lowenhaupt Tsing.⁶⁷

En ese sentido, el enfoque ecocrítico que desarrollo aquí se proyecta al replanteamiento de la geografía imaginaria colonial, sustentado en algunas reflexiones e interpretaciones que surgen de la «incrustación de una sensibilidad ecológica» (Marrero Henríquez 60). En el caso de este estudio, dicha sensibilidad se basa en las representaciones literarias que la trilogía de Ospina ofrece acerca de la cosmovisión, el pensamiento y las subjetividades indígenas. Al analizar dichas representaciones desde una perspectiva ecocrítica, se revelan las formas en que la imaginación geográfica occidental y colonial/imperial intervino en la relación entre el humano y el mundo natural, intervención que algunos ecocríticos como Alfred Crosby y Richard Grove han denominado *imperialismo ecológico* (105; traducción propia). Este imperialismo es, a propósito, uno de los ejes fundamentales de la intersección entre la ecocrítica y los estudios poscoloniales. En «Introduction to Postcolonial Ecocriticism: Literature, Animals and Environment», los investigadores Graham Huggan y Helen Tiffin señalan que la atención a los apuntalamientos del pensamiento hegemónico occidental, colonial e imperial en las prácticas medioambientales de las sociedades colonizadoras y colonizadas —a saber, el

⁶⁶ Alaimo, Stacy, y Susan Hekman. «Emerging Models of Materiality in Feminist Theory», *Ecocriticism: The Essential Reader*. Editado por Ken Hiltner, Routledge, 2015, pp.143-153.

⁶⁷ Lowenhaupt Tsing, Anna. *The Mushroom at the End of the World. On the Possibility of Life in Capitalist Ruins*, Princeton UP, 2015.

imperialismo ecológico— se pone de manifiesto en la estructuración de actitudes humanas hacia el medioambiente que legitiman (1) una *cultura centrada en la razón*, (2) la *biocolonización* de espacios geográficos que son patrimonio natural y cultural de los pueblos indígenas; y (3) el *racismo medioambiental* que legitima la intervención de fuerzas hegemónicas sobre territorios considerados inhabitados, o subutilizados al ser habitados por gentes social, cultural y políticamente marginadas (Huggan y Tiffin 180).

La atención a estas actitudes y apuntalamientos occidentales, coloniales e imperiales no solo es un denominador común de los estudios ecocríticos y poscoloniales provenientes de los centros académicos norteamericanos y europeos, sino que también tienen un incontestable vínculo con los estudios decoloniales, como ha sido ostensible desde el capítulo anterior. De hecho, la productividad de la perspectiva decolonial —más que la poscolonial, inclusive— se pone de manifiesto si se toma en cuenta que, entre los imperativos principales de la ecocrítica latinoamericana está la averiguación de:

[Las] problemáticas que emergen en las representaciones específicas de Latinoamérica, y la relación que éstas entablan con cuestiones más amplias, desde una retórica discursiva vinculada a la naturaleza y su explotación, la recuperación de cosmogonías indígenas, o la creciente contaminación que afecta a la tierra como a los sujetos que la habitan, entre muchas otras. (Heffes 19)

No estoy seguro de que en las siguientes páginas de este capítulo haya una «recuperación de cosmogonías indígenas» *stricto sensu*; pero lo que sí hay es una indagación respecto de los modos representacionales con los que la trilogía de Ospina articula las subjetividades y

saberes otros, en cuanto que replanteamientos de la imaginación geográfica latinoamericana. Es importante acotar lo siguiente: la presencia —la tentativa de «recuperación»— del pensamiento indígena no es exclusiva de la trilogía de William Ospina, ni es inédita en la novela contemporánea de la Conquista. Por el contrario, una parte importante —y bastante estudiada— de los proyectos revisionistas que se desarrollan en este subgénero de la ficción histórica contemporánea tiene que ver con el desplazamiento de la perspectiva histórico-literaria hacia «figuras... marginales, desconocidos, olvidados o ignorados por las historias oficiales» (Pons 155; Viu 177). Entre esas figuras están el conquistador de mediano rango o fallido, la mujer, el mestizo, el esclavo y, por supuesto, el indígena.

En lo tocante al indígena, el gesto revisionista que me interesa aquí va más allá de la (re)narración de los exterminios de las poblaciones amerindias por parte de los imperios europeos, o de la (re)narración desde la visión de los vencidos —invocando a León-Portilla—; antes bien, me interesa aquel tipo de (re)escritura histórico-literaria en la que la incorporación de aspectos del pensamiento y/o la cosmovisión indígena intenta desarticular los constructos epistémicos occidentales y coloniales. Para ejemplificar esto quiero detenerme a continuación en tres novelas —distintas de la trilogía de Ospina— consteladas no solo por el hecho de incorporar la cosmovisión indígena, sino que también (1) por mostrar diferentes actitudes del sujeto colonial/occidental frente a estas cosmovisiones, y (2) hacerlo en relación con una figura crucial en los estudios ecocríticos y la cual será tratada detenidamente en la siguiente sección: la Madre Tierra o Madre Naturaleza.

La primera de ellas es *Asalto al paraíso* (2000) de la chilena-costarricense Tatiana Lobo, novela en la que hay una intercalación entre la historia del prófugo Pedro de Albarán en el Nuevo Mundo y las enseñanzas del sabio Kapá acerca de las creencias y los valores del pueblo cabécar,⁶⁸ mientras prepara al joven guerrero Pa-brú para que arme la resistencia contra los españoles. Dice Kapá, sobre los «hombres barbados» que: «ordenan el universo al revés, tienen un único dios en el cielo, y no ven que Sibú es imposible sin Surá. Engañados por su dios solitario... nunca se asientan, nunca están satisfechos...» (9). Sibú y Surá, dioses primigenios de la mitología talamanqueña, conforman una díada que representa el equilibrio natural, «el círculo de la vida y la muerte», el cielo y el inframundo (González y González 41-44). Mientras se narran estas enseñanzas, el prófugo Pedro de Albarán conoce a la india Catarina, quien decide contarle la historia de Sulára, la Niña Tierra/Madre Tierra, sacrificada por Sibú para «para crear el mundo» (Lobo 241-242). La reacción de Pedro de Albarán al escuchar estas historias es típica: repudio, intolerancia, ansiedad; porque el «asalto al paraíso» que relata Tatiana Lobo es bidireccional y desborda la exégesis más fácil: no es nada más el asalto de los españoles al paraíso del Nuevo Mundo; también es el asalto de la cosmogonía cabécar, esa «génesis de bárbaros» llena de «historias macabras», como las llama Pedro de Albarán, al paraíso edénico, ordenado y vertical de la cosmogonía cristiana.

Otra forma de incorporación de la cosmovisión indígena, esta vez dirigida hacia la conciliación, es patente en *El conquistador* (2006) del argentino Federico Andahazi. La novela de Andahazi —una *alohistoria*, o novela histórica alternativa—⁶⁹ presenta una inversión total

⁶⁸ Los cabécares son un pueblo indígena ubicado en Costa Rica (Reserva de Talamanca).

⁶⁹ Las alohistorias o ficciones históricas alternativas —también llamadas *ucronías*, aunque el término ha sido ligado principalmente a la ciencia ficción, son formas de ficción especulativa que presentan: «reconstrucciones

del suceso histórico: ya no es Cristóbal Colón quien llega al Nuevo Mundo, sino un explorador mexicana, Quetza, quien «descubre» Europa. En una especie de *Diario de a bordo* (Colón) reescrito o invertido, Quetza dedica numerosas páginas, por ejemplo, a la descripción de los «jardines de maravilla» que adornan los cuadriculados templos europeos, y también a la descripción del «panteón de los salvajes [los europeos]», entre los que está el Cristo Rey, cuyo nombre «los nativos gritan... mientras los sacerdotes hacen su sacrificio, del mismo modo que en Tenochtitlán el pueblo invoca el nombre de Huitzilopochtli» (166), así como «la Diosa de la Fertilidad, representada como una mujer que lleva un niño en brazos [y] puede vérsela rodeada de animales en señal de abundancia» (168), figura que para Quetza no puede ser otra distinta a la diosa-madre-tierra mexicana, *Coatlicue* (171). La posición de Quetza, a diferencia de la de Pedro de Albarán en *Asalto al paraíso*, es indagatoria y en cierto modo conciliatoria; no pretende la obliteración del panteón cristiano, regidor por un Dios solitario e intangible, sino que la comprensión de la cosmovisión cristiana, compararla y contrastarla para entender, desde lo especular, la relación occidental con el mundo natural.

Por último está la actitud de «ansiedad» frente a la cosmogonía indígena, apreciable en *Inés del alma mía* (2005) de Isabel Allende, novela en la que la conquistadora Inés Suárez narra su participación en la expedición a Chile y la fundación de Santiago de la Nueva Extremadura (1541). En la carta/crónica que Inés Suárez le escribe a su hija, Isabel, la conquistadora recuerda las penurias del viaje trasatlántico, su relación amorosa con el

lógicas de un evento no sucedido... narraciones de realidades no existentes [que] buscan responder la pregunta: “¿qué hubiera pasado si...?”» (Sánchez Jaramillo 81-82). Ver también: «What Almost Was: The Politics of Contemporary Alternate History Novel» (2009), de Matthew Schneider-Mayerson.

adelantado Pedro de Valdivia y, por supuesto, las guerras contra los mapuches, indios «que jamás olvidan las ofensas, tal como no olvidan los favores recibidos» y que «comulgaban con la tierra» (Allende 216, 361). De hecho, Inés parece tener un recuerdo muy preciso de las ceremonias en las que los ancianos y los toquis (líderes militares mapuches) invocaban a Ngenechén («Padre Dios») y a Ñuke Mapu (Madre Tierra) con estas palabras: «...a ti, Madre de la Gente, te saludamos. La Tierra y la gente son inseparables. Todo lo que ocurre a la Tierra le ocurre también a la gente. Madre, te rogamos que nos des el piñón que nos sustenta, te rogamos que no nos mandes mucha lluvia, porque se pudren las semillas y la lana...» (Allende 217). La Inés Suárez que recrea Isabel Allende representa ese interludio esquizoide en la transculturación de los sujetos coloniales, mismo que la crítica Kimberle López abordó en calidad de «anxiety of identification» estableciendo que: «... a specific dynamic that occurs in literary representations of intercultural contact: the fear of losing the self in the Other, that is, the fear of becoming so closely identified with another individual or group so as to lose one's own ego boundaries» (López 18). Ello se pone de manifiesto cuando Inés Suárez expresa que: «La fe no me ha fallado, pero mi relación con Dios ha cambiado con los años. A veces, sin pensarlo, lo llamo Ngenechén, y a la Virgen del Socorro la confundo con la Santa Madre Tierra de los mapuche, pero no soy menos católica que antes —¡Dios me libre!—, es solo que el cristianismo se me ha ensanchado un poco...» (Allende 243).

En contraste con la «ansiedad de identificación» que manifiesta la Inés Suárez que recrea Isabel Allende, el narrador/conquistador anónimo de *Muy caribe está* presenta una resolución de dicha ansiedad: «... ahora que escribo, mi mente india, ésa que adquirí

viviendo con los indios, se ríe de lo escrito, que está al modo de pensar español...» (Escobar Velásquez 56). También, como demostré en el capítulo anterior, el narrador exhibe un proceso explícito de replanteamiento de su relación con la geografía, la naturaleza — «aprendí que... la tierra *trabajada*, el mar *trabajado*, daban todo con largueza» (Escobar Velásquez 80, 91). Incluso, el narrador/conquistador no siente el remordimiento que pudo sentir Inés Suárez, cuando dice que, por cuenta de su tiempo junto con los caribes, «empecé a descreer de la santidad del relato, del libro [la Biblia], y aun de Dios» (77). En fin, no sintió dicho remordimiento porque reconoció que, como el caribe, se podía vivir sin estar bajo la férula de ese «dios narcisista» que, por medio de la palabra divina, controlaba los sujetos a su antojo (Escobar Velásquez 97-98).

El repaso de todas estas novelas pone de manifiesto dos aspectos cardinales: el primero de ellos tiene que ver con la incorporación de una figura recurrente en muchas novelas contemporáneas de la Conquista, la Madre Tierra, que sirve como articulación de la cosmovisión indígena. Ella también se presenta aunque subrepticia e indirectamente en la trilogía de Ospina, específicamente en *La serpiente sin ojos*. Como señala la investigadora Sandra Morales Muñoz en «Lo que cuenta la prosa y lo que nombra la poesía en *La serpiente sin ojos*» (2015), las referencias que Cristóbal de Aguilar hace de «*la madre gris*» insinúan una invocación a Amaney, su madre india (recordemos que el narrador es mestizo), pero también son una alusión al mar, entendido como articulación oblicua de una entidad natural, divina, «parte de un universo conceptual básicamente mítico, no práctico» (113). Ello se constata en uno de los poemas incluidos en *La serpiente sin ojos*, poemas que, como establece la crítica, «recogen una voz dormida en el narrador que ahora le ayuda a

interpretar su pasado, la travesía por el río y su amistad con Pedro de Ursúa» (113). Esa voz, antes dormida, ahora parece hacer una invocación doble: a su madre biológica y a lo que podríamos considerar un avatar oceánico de la Madre Naturaleza, como se aprecia cuando expresa:

... la madre gris que nunca calla, vuelve a decir que solo vale

lo que se dice para siempre,

lo que puede escucharse una vez y otra vez y otra vez, sin

cansancio,

como esa voz salada de la ola que vuelve. (Ospina, La serpiente 25)

Sobre este poema dice lo siguiente Sandra Morales Muñoz: «El mar... era una manifestación de los dioses y su medio para comunicar con los hombres» (114). Esta interpretación divina del mar tiene sentido si se tiene en cuenta que Amaney, la madre de Cristóbal de Aguilar, es una india de la comunidad taína, a la que el padre de Cristóbal conoció durante su estancia en La Española, antes de embarcarse con Francisco Pizarro en las empresas de Conquista del Perú. Resulta que, como explica el intelectual y líder taíno Roberto Múkaró, «... el Mar Caribe era referido como Atabeira por los pueblos indígenas taínos. El término se usa para describir una poderosa y generosa Madre Tierra, que para los isleños indígenas, se manifiesta en más que solo tierras; ella es la dadora de vida de aguas del abundante mar» («Hacer las paces con Atabeira»). Luego entonces, a la Sulára de *Asalto al paraíso*; la Coatlicue de *El conquistador*; y la Ñuke Mapu de *Inés del alma mía*, se suma ahora la Atabeira que ligeramente se asoma en *La serpiente sin ojos*. La inclusión de todos estos avatares de la Madre Tierra sirve como mecanismo de articulación de una cosmovisión indígena que

apunta al uso y consumo equilibrados de la naturaleza, a diferencia del imperativo depredador y explotador de las sociedades colonizadoras y occidentales. Pero volveré a esta figura en la siguiente sección. Por ahora regreso a la trilogía de Ospina.

El segundo aspecto que emerge del repaso de las novelas de Allende, Andahazi y Lobo es una variedad de actitudes del colonizador hacia las cosmovisiones indígenas (rechazo, ansiedad, conciliación). A partir de estas actitudes y representaciones de «lo indígena» vale la pena preguntarnos qué sucede con Cristóbal de Aguilar, el narrador de la trilogía de Ospina. La respuesta (que traza una diagonal con la cuestión del *homo* «*cartographicus*» → *homo viator* anticipada algunas páginas atrás) es que los cambios o desplazamientos actitudinales patentes por separado en las novelas de Lobo, Allende y Escobar Velásquez pueden hallarse conjugados en la trilogía de Ospina. Mientras que los personajes de Pedro de Albarán (*Asalto al paraíso*), Inés Suárez (*Inés del alma mía*) y el conquistador anónimo de *Muy caribe está* muestran actitudes particulares, distintivas, en la trilogía de Ospina asistimos a tres momentos actitudinales en el mismo personaje. Dicho de otro modo, cada novela presenta un avatar de Cristóbal de Aguilar, y cada avatar tiene una actitud distintiva frente a la geografía, la naturaleza y los sujetos Otros que habitan el Nuevo Mundo.

Me explico: en *Ursúa*, Cristóbal se muestra en su primer avatar: Cristóbal cronista (y *homo* «*cartographicus*»). Su imperativo narrativo gira en torno a la vida, conquistas y vicisitudes de su amigo, el adelantado navarro Pedro de Ursúa. El Nuevo Mundo es todavía un lugar ajeno, una exterioridad hostil, poblada de otros conquistadores enloquecidos y de indios salvajes. Pero, ni la locura de los conquistadores ni el salvajismo de los indios

atormentaban a Cristóbal como lo hacía la naturaleza: «No es lo mismo combatir contra indios desnudos, contra sus rezos... contra sus flechas enherboladas y los dardos de sus cerbatanas... que enfrentar el reino escabroso de los monstruos... esas tierras desordenadas donde las piedras tienen forma de pesadillas y donde uno casi ve sangre y colmillos en la cara fugaz del relámpago» (*Ursúa* 292). Cristóbal de Aguilar, quien narra la historia de *Ursúa* desde el sosiego de «los despachos del Imperio», emula la prosa enciclopédica y enajenadora —por lo etnográfica— de los historiadores de la época (Fernández de Oviedo, José de Acosta, Fray Pedro Simón, etc.); por ende, todo lo descrito es una exterioridad, una otredad. La selva, el río, el indígena, todo es un peligro. Asimismo, muchas de sus descripciones revelan esa mirada cartográfica imperial que abarca todo como el dios voyerista del que hablaba Michel de Certeau. Ese dios cuyo ojo cenital es totalizante y representa (imagina) el espacio geográfico como una extensión inhóspita, hostil, que insufla la necesidad de conquistar, de apropiar, de someter. Cuando narra la estadía de *Ursúa* en Santa Fe de Bogotá, antes de internarse en las montañas del sur, Cristóbal ofrece la siguiente descripción de la sabana que rodea la que entonces era la capital del Reino de la Nueva Granada (ahora Colombia):

La Sabana podrá ser enorme y rica, pero es la región más remota del mundo.

Pueden haber vivido en sus vegas por miles los zipas y los zaques con su pueblo de tejedores y de apanadores de sal, pero no hay río que lleve hasta ella... allí solo llegan con facilidad los búhos y las águilas... El ascenso desde las tierras amplias y los bosques ardientes es penoso como un martirio.

(Ospina, *Ursúa* 295)

Al leer el fragmento anterior no puedo evitar pensar en el oficial Giovanni Drogo (el protagonista de *El desierto de los tártaros* de Dino Buzzati), quien al mirar el inescrutable espacio que se expande hasta el horizonte, se siente encerrado en un ínfimo resguardo, inaccesible y separado del resto del mundo. Esa misma sensación tiene el Magistrado de *Waiting for the Barbarians* de J.M. Coetzee, quien se encuentra embargado por una sensación de futilidad, de profunda soledad, mientras otea el horizonte nevado que rodea el puesto fronterizo de El Imperio, y espera un embate de bárbaros que nunca llega. Como Drogo viendo el desierto, o el Magistrado oteando las tierras nevadas, Cristóbal observa la Sabana y no puede sustraerse de esa sensación de soledad, de estar en los límites de la civilización (que para el sujeto occidental equivale al confín del mundo).

En *El país de la canela* Cristóbal de Aguilar no es ya el narrador sentado en su despacho imperial, sino que es el soldado, veinte años más joven, que junto con Pizarro y Orellana se embarca en la expedición hacia la mítica región de canela que Pizarro creyó escuchar mencionada de la boca de un indio del Potosí. Por tal razón, ahora Cristóbal de Aguilar es el sujeto itinerante (*homo viator*) que, a medida que navega por el Río de las Amazonas en busca del País de la Canela, comienza a sospechar de su propias creencias —y de la proclividad del conquistador a la fácil digestión de mitos—, a tener una actitud crítica frente al proyecto de conquista, a dinamitar las bases de las estructuras epistémicas e institucionales occidentales y colonizadoras: «Nosotros, llenos de ambición y enfermos de espíritu, no podemos convivir con la selva, porque solo toleramos el mundo cuando le hemos dado nuestro rostros y le hemos impuesto nuestra ley» (*La canela* 63). Es aquí donde el diálogo entre Cristóbal de Aguilar y el Capitán Charles Marlow de *El corazón de las*

tinieblas de Joseph Conrad adquiere mayor claridad. Ambos recorren extraviados un río apabullante en una tierra que no existe ni en los mapas; ambos se encuentran con seres que oscilan entre lo sublime y lo monstruoso; ambos sienten la férula de la selva, que supera en furia y poder al hombre que pretenda dominarla. Como señala el capitán Marlow: «We are accustomed to look upon the shackled form of a conquered monster, but there — there you could look at a thing monstrous and free». El monstruo al que se refiere Marlow es el río Congo, así como para Cristóbal de Aguilar el río Amazonas es la «Gran Serpiente» o incluso, citando a Gaspar de Carvajal, «el Gran Dragón»

En otro orden de ideas, en *El país de la canela* se inaugura la transición actitudinal de Cristóbal de Aguilar con respecto de los indios: «... a lo mejor tiene razón los indios cuando dicen que la selva piensa, que la selva sabe, que la selva salva a los que quiere y destruye a los que rechaza» (*La canela* 61). Por último, hay un cambio de actitud frente al espacio natural que, aunque sigue siendo hostil para Cristóbal, ahora deviene lugar que suscita el escrutinio y la reflexión: «Yo me quedaba horas mirando ese río hecho de ríos [el Amazonas], preguntándome cuántos secretos de mundos que no podía imaginar iban disolviéndose en una sola cosa, ciega y eterna...» (252). Es aquí, en *El país de la canela*, donde está el momento iluminador, el momento en el que el avatar transicional de Cristóbal de Aguilar descrece de la supremacía del hombre sobre la naturaleza y, por ende, dirige sus indagaciones hacia esas formas otras de conocer y entender la naturaleza: la de los pueblos indígenas. Esto se aprecia claramente en la reflexión de Cristóbal de Aguilar:

Nosotros en la selva necesitamos armadura, cascos... para protegernos de los insectos, de las plagas, del agua y del aire. Vemos amenazas en todo:

serpientes, peces, púas del tronco de los árboles... y hasta en el color diminuto de los sapos de los estanques: pero a la vez comprobamos que los indios se mueven desnudos por esa misma selva, se lanzan a sus ríos devoradores y salen intactos de ellos, parecen tener el secreto para que la selva los respete y los salve. (Ospina, *La canela* 62).

Con esta reflexión Cristóbal de Aguilar manifiesta un primer movimiento en la dislocación o desvinculación de aquella concepción cristiana de la cadena del ser —potenciada por la Modernidad temprana— según la cual el hombre no solo era «radicalmente distinto del resto de la naturaleza» (Ospina, *Los nuevos centros* 203), sino que también superior a, y domesticador de ella. A medida que viaja por el Río de las Amazonas, y entre más observa e interactúa con los nativos, Cristóbal de Aguilar reconoce que la selva (la naturaleza) tiene una agencia capaz que se desborda de la voluntad humana. Y mientras el colonizador tiene que penetrar violentamente la selva, el indígena la transita pacífica, armónicamente. Y en esto último radica el segundo movimiento de su dislocación epistémica: la confirmación de que la supuesta supremacía del hombre no se sustenta en su capacidad de modificar y domesticar el entorno natural, sino que en la capacidad de (con)vivir respetuosa-, armónica- y equilibradamente con ese entorno. Ese es «el secreto» (o uno de los secretos) que tienen los indios:

No es que la selva los ame, no es que la selva sepa que existen, más bien es lo contrario: que todos procuran no ser sentidos por ella. Se desplazan de un sitio a otro, no derriban los árboles, no construyen ciudades, no luchan contra la poderosa voluntad de la selva sino que se acomodan, respiran a su ritmo,

son ramas entre las ramas, peces entre los peces, son plumas en el aire y
pericos ligeros en la maraña... La selva los acepta porque ellos son la selva...
(*La canela* 62).

La renovada actitud de Cristóbal de Aguilar con respecto de la relación del indígena con el mundo natural supone un movimiento a todas luces de(s)colonizador: una «nueva conciencia de sí y del espacio [geográfico]» que neutraliza la mirada cartográfica y etnográfica que convierte al sujeto colonizado en otredad (Thieme 10; traducción propia). Asimismo, el aparente misticismo con el que Cristóbal empieza a referirse a la selva pone de manifiesto una negociación entre la razón, lo material y lo espiritual, o, en palabras de John Thieme, «between colonial domination and the quest for a visionary form of postcolonial consciousness» (16). Una de esas formas visionarias de conciencia (que aquí debe entenderse como decolonial), no implica necesariamente una transculturación sino que una interculturalidad, un reconocimiento y aprendizaje que proviene del otro. Esta línea interpretativa es la que sigue la investigadora Yadira Segura Acevedo, quien en su artículo «La alianza eterna de dos mundos en William Ospina» afirma que los cambios de actitud (rechazo → replanteamiento → aceptación/incorporación) del conquistador con respecto del indígena, supone la integración o por lo menos el diálogo entre dos «horizontes de saberes» (280). A ello agrega Segura Acevedo que:

La integración... fue inevitable en un ambiente donde el aprendizaje
recíproco no dejaba de ralentizar el ritmo acelerado de su paso. Unos y otros
fueron aprendices. Bastó solamente con contemplar el mundo para saber que
era un libro abierto aún incomprendido, y que era inminente aprender a

descifrarlo. Y en este aprendizaje los indios fueron los maestros de la instrucción al Otro del saber comunitario. (Segura Acevedo 279).

Las observaciones anteriores son aún más pertinentes al momento de examinar las actitudes de Cristóbal de Aguilar en *La serpiente sin ojos*. En su último avatar, el narrador sigue siendo un sujeto itinerante, pero su actitud hacia los indios y la naturaleza presenta un cambio radical en comparación con el Cristóbal narrador de *Ursúa*. Al respecto comenta: «Los indios se veían maltratados por la vida... Y sin embargo, se hallaba en ellos la evidencia de estar cumpliendo una misión ineludible. Sentí reverencia. En los sacerdotes de nuestra iglesia no tuve nunca la sensación tan nítida de estar presenciando un destino sagrado» (*La serpiente* 118-119). Y si ese cambio de actitud —ahora reverencial— frente al sujeto indígena es notorio, aún más notorio es el cambio con respecto de la naturaleza. No solo es un cambio de actitud, una (re)conciliación con el mundo natural, sino que hay un verdadero «descubrimiento» de una relación Otra con la naturaleza, mediada por la subjetividad, el afecto y, sobre todo, la apelación a epistemes otras. El Cristóbal de Aguilar de *La serpiente sin ojos* afirma que, de sobrevivir el traumático viaje por el río, revelará un secreto que parece haber hallado gracias a su nueva comunión con el mundo natural: «... voy a hablar del tesoro secreto que se encuentra en el fondo de las arboledas... en lo que cuenta el agua sin cesar a los árboles, ese misterio antiguo que susurra en el limo la sierpe» (313). Unas líneas después, Cristóbal de Aguilar ofrece una reflexión potente e iluminadora, en la que se insinúa el quiebre de la relación asimétrica que impone la *scala naturae* entre el sujeto occidental cristiano y el mundo natural. En otras palabras, la nueva relación que Cristóbal de Aguilar establece con el río se hace horizontal, dialógica, recíproca; río y

humano interactúan en una especie de igualdad de condiciones: «Y es que a medida que viajaba por el río iba hablando con él en mi mente, no midiendo mi fuerza con las suyas como en el primer viaje, sino aprendiendo mi fuerza y mi medida, viendo en un espejo feroz cómo se devora a sí misma la araña que pretende hacerse más poderosa que el mundo...»

(313). La potencia de ese momento radica en la especularidad: la mirada de Cristóbal deja de ser unidireccional y enajenadora, es decir, ya no es la mirada cartográfica imperial que convierte el mundo natural en una exterioridad y lo reduce a la bidimensionalidad. Por el contrario, la mirada de Cristóbal deviene mirada correspondida o relacional, una mirada — acaso lacaniana — que se sabe mirada y, por consiguiente, lo hace reflexionar sobre su propia subjetividad y su condición de correlatividad con ese mundo natural que le regresa la mirada.

Lo que se decanta de los avatares narrativos de Cristóbal de Aguilar es un proceso de de(s)colonización epistémica y subjetiva que sucede en concordancia con su viaje por la selva y por el río. Proceso que culmina en una especie de comunión entre el conquistador y el indígena. Para ejemplificar lo anterior conviene mencionar otro de los momentos iluminadores de la travesía de Cristóbal de Aguilar. Durante su primer viaje por el Río de las Amazonas, cuando Cristóbal participa en la expedición de Gonzalo Pizarro y Francisco de Orellana en busca del País de la Canela, hay un bello momento en el que junto al bergantín de los españoles pasa una canoa con diez niños brasiles que reman, nadan y juegan con unas tortugas y serpientes. Cristóbal hace esta observación:

En cualquier otra circunstancia nuestros hombres habrían procedido al asalto... pero en aquel momento la imagen de la barca silenciosa con sus

niños y sus animales fue tan extraña y cautivante que todos nos quedamos silenciosos mirándolos, tratando de no hacer el menor ruido para que el espectáculo no se malograra. (*La canela* 206).

La poderosa imagen podría no trascender lo anecdótico, el gesto poético, de no ser porque veinte años después, durante los preparativos para la segunda expedición (la de Ursúa en busca de El Dorado), Cristóbal de Aguilar se interna con un intérprete en las selvas colindantes con la región de Machifaro para obtener más información sobre las rutas y las condiciones de la selva. Allí se encuentra con dos indios brasiles (aquellos por los que sintió reverencia, mencionados algunos párrafos atrás) que, como descubre posteriormente Cristóbal, habían sido parte del grupo de diez niños que pasaron en una canoa junto al bergantín de Orellana. La reflexión que este reencuentro produce en Cristóbal de Aguilar es crucial:

Para cualquiera que lo haya presenciado desde afuera aquel no fue más que un diálogo casual, pero para mí fue algo definitivo por muchas razones. *La soledad que me había dejado aquel viaje* [el de la primera expedición], haber vivido por meses a la merced del río, su cauce inexorable y creciente, sus huevos de tortuga... sus humaredas misteriosas, *todo me hacía sentir más cerca de estos hombres de arcilla que de mis españoles*. (*La serpiente* 119; énfasis añadido)

Hay que pensar este episodio siguiendo las pautas de la topología, y para ello retorno a las *Historias que regresan* de José Ramón Ruisánchez, donde señala que: «... la voz del yo topológico se encuentra en otras voces para formar el *nosotros*, las diversas encarnaciones del *nosotros...*» (15). No pretendo argüir aquí que el episodio citado comporte realmente la

concreción de un *nosotros*. Al menos esto no sucede a nivel intratextual, pues Cristóbal de Aguilar, no obstante el sentirse «más cerca» a los indígenas por cuenta de su itinerancia, nunca termina por integrarse cultural o políticamente a ellos (como lo hace, por ejemplo, el narrador de *Muy caribe está*). Pero lo que sí hay es un gesto autoral que detona una reflexión lectora, extratextual, una reflexión que apunta a la atención y al encuentro de voces hegemónicas y voces otras (las indígenas en este caso); en fin, a una comunión de imaginaciones, afectos y subjetividades. Ello me lleva a pensar en las palabras del antropólogo mixe Floriberto Díaz: «...la mentalidad occidental no entiende de igual manera la comunidad: para ella es la suma de individuos, para nosotros *es la tierra que nos comuna*; es decir, nuestra comunidad es geométrica, no aritmética» (19; énfasis añadido). En ese sentido, el viaje que vincula fenomenológicamente al sujeto con el espacio geográfico (la tierra, la naturaleza, el medioambiente) es la condición de posibilidad de una *comunión* que resulta casi imposible cuando ese espacio geográfico es imaginado desde la distancia visual y epistémica que supone la cartografía.

En un viaje donde todo es móvil, mutable, desconocido, la relación con los demás es lo único que ofrece un punto de apoyo; y como todo es desconocido, solo aquellos sujetos otros pueden ofrecer las pautas de entendimiento de esa geografía desemejante, que rehúye incluso a los conatos de representación textual o visual, aun cuando ese contacto conlleve un momento de ansiedad. Algo similar expresa Cristóbal de Aguilar: «Hallar gentes distintas siempre trae consuelo y zozobra: si nos alivia de la soledad, nos lleva a descubrir cosas que son posibles y que no concebimos, o cosas que ya estaban en nosotros y que no podíamos ver» (*La canela* 177).

En resumen, la itinerancia es la condición de posibilidad de una rearticulación subjetiva, imaginativa, en la que el *homo «cartographicus»* deviene *homo viator*. Y dicha rearticulación, a su vez, es la que vincula el sujeto epistémica y fenomenológicamente al espacio geográfico (la tierra, la naturaleza) que transita. Pero, justamente porque ese espacio geográfico no es fijo ni material, ni textual, ni cartográficamente, el sujeto colonial no puede apropiarse de él, no puede domesticarlo. Solo le queda tratar de comprenderlo y (sobre)vivirlo. Para ello recurre a esos sujetos otros que, como el indígena, parecen haber encontrado «el secreto» para vivir en armonía. La apelación a esas subjetividades y saberes otros es quizás el primer «ejercicio de convivencia: el diálogo entre las culturas» que sabiamente promueve William Ospina (*América mestiza* 254). El diálogo entre culturas al que aspira Ospina supone el abandono de eso que Santiago Castro-Gómez denominó la *hybris del punto cero*: la perspectiva epistemológica que fagocita las epistemes y subjetividades otras para construir «un discurso de la historia y la naturaleza humana en la que los pueblos colonizados por Europa aparecen en el nivel más bajo de la escala de desarrollo» (*La hybris* 42). Al abandonar el punto cero de las epistemes hegemónicas, el sujeto occidental puede (r)establecer la relación intersubjetiva, intercultural horizontal y recíproca a la que apunta Ospina (y a la que apuntan los académicos adscritos al giro decolonial).

Cuatro aspectos fundamentales se han tratado en los últimos párrafos: la idea de Floriberto Díaz sobre *la tierra como aquello que nos comuna*; los *diálogos interculturales* que promueve William Ospina; el abandono de la *hybris del punto cero* como condición de posibilidad del diálogo intercultural; y finalmente la inclusión de epistemes otras a la que apunta el giro decolonial. Al constelar estos cuatro aspectos se abre el espacio para una

consideración, misma con la que cerraré este capítulo. Consideración que no pretende embarcarse en argumentaciones teóricas, sino que propone repensar las/nuestras geografías imaginarias occidentales y, simultáneamente, considerar seriamente (sin el ojo exotizador o folclorizador de la etnografía) esas formas otras de *comunar* entre individuos y culturas, así como entre individuos y la tierra. Una de esas formas de comunar tiene que ver con el concepto del *Sumak Kawsay*: el «vivir bien/en armonía» comunal y equilibrado que la Pachamama (la Madre Tierra) les enseñó a los quechuas y los aimaras.

6. La Madre Tierra, el *Sumak Kawsay* y el giro (verdaderamente) decolonial

Mucho se podría decir de la *Madre Tierra* o *Madre Naturaleza*, entendida convencionalmente como símbolo o figura en la que confluyen la geografía, la mitología y la literatura. La idea de la Madre Tierra es una concepción antiquísima y comporta una presencia casi ecuménica en las cosmogonías fundacionales del pensamiento tanto occidental como no-occidental. Si bien resultaría osado decir que la idea de la Madre Tierra hace parte de los *universales culturales* de los que hablaron Durkheim, Lévi-Strauss o Donald Brown, es incontrovertible que la presencia de esta figura es cultural-, geográfica- y cronológicamente transversal.

Los ejemplos abundan: desde Gea/Gaia, deidad primigenia de la mitología grecorromana —Terra/Tellus Mater en su versión latina, a la que Virgilio describe en la *Eneida* como «*Mater omniparens et alma*» (Madre creadora y nutricia de todas las cosas)—; pasando por la colosal Jörð de los nórdicos; o Amalur, guardiana de los tesoros del subsuelo en la mitología vasca; o Pritiví Mata o Bhūmi, la que lo sostiene todo en la mitología hindú;

hasta llegar, por supuesto, a la compleja Odudua de los yoruba, diosa primaria cuya descendiente es la muy evocada Yemayá; y finalmente, la gran Pachamama de las culturas aimara y quechua, deidad nuclear de «la energía o fuerza telúrica», como señala el intelectual, político y activista aimara Fernando Huanacuni Mamani (20).

Gea, Amalur, Odudua, Pachamama... Nombres todos que apelan a una cópula con un poder simbólico incontestable: Madre + Tierra/Naturaleza. Figura que, más allá de las personificaciones mitológicas, se ha solidificado de tal manera en las imaginaciones de múltiples culturas y sociedades, que logró convertirse en un elemento arquetípico de la literatura, la filosofía e incluso el psicoanálisis.⁷⁰

En el ámbito de lo social y lo político, la figura de la Madre Tierra o la Madre Naturaleza ha llegado a desempeñar un papel central en los movimientos medioambientalistas y ecologistas como, por ejemplo, la organización internacional The Mother Earth Project (MEP), fundada por el artista y científico estadounidense Barton Rubenstein.

En ese mismo orden de ideas, la Madre Tierra o Madre Naturaleza ha vuelto a cobrar una renovada relevancia y ha sido útil como referente de carácter simbólico o un que funciona como un recurso metafórico del misticismo y el esoterismo occidentales, así como

⁷⁰ En su monumental —aunque muy controvertido— ensayo *La Gran Madre. Una fenomenología de las creaciones femeninas de lo inconsciente* (1955), el psicólogo israelí Erich Neumann, epígono de Carl Jung, se refiere a la Madre Tierra/Madre Naturaleza como una de las seis articulaciones arquetípicas durante el «estadio matriarcal» de la evolución de la consciencia humana (305-306), y de dicha articulación quedan dos formas de concepción del arquetipo: como la Buena Madre, «vientre» de la creación, la protección y el sustento (130-143); y/o la Madre Terrible, «la devoradora» que castiga con las enfermedades, el hambre y la muerte (149-157).

de los movimientos *New Age*, como sucede en la llamada filosofía Gaia y el Gaianismo basado en los postulados de Lovelock.⁷¹

Todas estas referencias permiten constatar un hecho fundamental: la recurrencia —la ubicuidad, inclusive— de la figura de la Madre Tierra/Naturaleza. Su aparición en contextos tan diversos ha hecho que la misma haya perdido gran parte de su carga semántica (su significación, en muchos casos) y se haya convertido en una frase virtualmente formularia. Para ilustrar lo anterior convendría preguntarse ¿qué pensamos cuando escuchamos el término «Madre Tierra/Naturaleza»? ¿Qué situaciones o contextos relacionamos con dicha figura? Sin ánimo de ser categórico, me atrevo a predecir que las respuestas probablemente apuntan hacia tres direcciones: la primera ya fue establecida arriba (personificaciones mitológicas, movimientos *New Age*, ecologistas y medioambientalistas). La segunda dirección apunta a la utilidad que tiene esta figura en los medios de comunicación, sobre todo al momento de informar sobre desastres u otros fenómenos naturales. No es inusual, por ejemplo, encontrar titulares como: «Madre Naturaleza despide el 2017 con desastres naturales»;⁷² o artículos que contengan sentencias como: «There's no controlling Mother Nature, and her wrath can, at times, be staggering».⁷³ Sentencia que, curiosamente, remite a

⁷¹ El Gaianismo es un movimiento preponderantemente ecológico/medioambientalista, fundamentado en la Hipótesis Gaia del científico inglés James Lovelock, según la cual la Tierra es una especie de «superorganismo» sinérgico, capaz de autorregularse, equilibrarse y mantener el balance necesario para la perpetuación de la vida en la Tierra y de su propia vida. En virtud de dicha hipótesis, el Gaianismo recoge numerosas propuestas ecologistas, filosóficas y espirituales, enfocadas en prevenir que la huella de la actividad y el desarrollo humanos alteren la homeóstasis o equilibrio telúrico. Para un desarrollo más profundo de estos temas, consultar *Gaia: A New Look at Life on Earth* (1979) de James Lovelock, y «Holism in Deep Ecology and Gaia-Theory...» (2013) de Marina Katinić.

⁷² Ver Gómez, Santiago. «Madre naturaleza despide el 2017 con desastres naturales», *Latin American Post*. Dic. 28, 2017.

⁷³ Ver Curry, Andrew. «Sustainable Earth: Disasters. Rio+20 shows how shoring up natural ecosystems can help protect us from Mother Nature's fury», *National Geographic News*. 2012.

aquella configuración arquetípica de la Madre Tierra como fuerza devoradora y destructora, de la que hablaba Erich Neumann. La tercera dirección (ya tratada a través de este capítulo), apunta a numerosas teologías, cosmovisiones y sistemas de valores socioculturales indígenas, tanto de América como de otras latitudes del planeta. La relación entre indígenas y Madre Tierra es palmaria y los ejemplos son prácticamente incontables, aun cuando me limitara a enumerar únicamente los pueblos amerindios. Por tanto, me remito a un apartado de *¡Madre Tierra! Por el renacimiento indígena* (2002), polifacético ensayo del periodista y ecologista suizo Daniel Wermus, en el que se ofrece una síntesis bastante clara:

Desde Alaska hasta la Tierra del Fuego, el cordón umbilical está omnipresente. Los innuits de las regiones polares, los tarahumaras del norte de México, los kogis y los arhuacos de Colombia, los guerreros shuaras de la Amazonía ecuatoriana y peruana, los quechuas de Amantani (una isla del lago Titicaca), los huiliches de la Isla de Chiloé en el extremo sur de Chile... Cada pueblo tiene su manera de hablarle a la Madre Tierra... (16)

Lo anterior no debería ser una novedad. Las referencias afluyen en la academia, la literatura y la cultura popular. Es por eso por lo que considero que una de las respuestas insoslayables a la pregunta sobre qué relacionamos con el término «Madre Tierra» tiene que ver con concepciones indígenas. Aun así —y con esto regreso al planteamiento inicial de esta reflexión— desde nuestro *locus enuntiationis*, rubricado por la cultura y el pensamiento occidentales, la relación indígena \leftrightarrow Madre Tierra (y esta figura en sí) ha sido constreñida al dominio de las mitologías, los saberes precientíficos, o incluso los misticismos rayanos en

lo exótico y lo esotérico. En suma, al dominio de los artefactos folclóricos.⁷⁴ Y si bien es cierto que en la mayoría de los casos la apelación a la Madre Tierra ha procurado una concientización ecológica y medioambiental, esta apelación se pone en funcionamiento desde un orden simbólico y/o alegórico. En cambio, para muchas culturas amerindias la Madre Tierra no desempeña un papel meramente figurativo sino que, por el contrario, y como expresa el ya citado antropólogo mixe Floriberto Díaz, es una *entidad* integral y sustantiva de la experiencia vital y rige las relaciones entre los seres humanos, las comunidades y la naturaleza (164). En algún momento del capítulo introductorio cité el discurso de Rigoberta Menchú en el que la líder y activista quiché expresaba que: «[la] particularidad de los pueblos indígenas se manifiesta en las formas de relacionarse... con la tierra, como nuestra madre, porque nos da la vida... [y] con la naturaleza, pues somos partes integrantes de ella y no sus dueños». Una reflexión similar hace Sabine Sinigui, profesora perteneciente a la comunidad indígena Embera Eyábida (Antioquia, Colombia), quien exhibe la dimensión subjetiva y afectiva que conlleva la relación con la Madre Tierra: «el territorio, la cultura y prácticas, nos lo recuerda: nosotros venimos de la tierra, la reconocemos, *la sentimos*» (Ortiz Fonnegra, «Somos guardianes»; énfasis añadido).

Y aquí vuelve a ser pertinente Floriberto Díaz, quien reitera que para los mixe, como para muchas otras comunidades indígenas, la Tierra es Madre y Territorio: «La Tierra es para nosotros una madre, que nos pare, nos alimenta y nos recoge en sus entrañas... La

⁷⁴ Ver, por ejemplo, *Mother Earth: An American Story* (1987), libro en el que el investigador Sam D. Gill analiza la figura en cuestión en el folclor de varias culturas indígenas norteamericanas.

Tierra como *territorio* da parte de nuestro entendimiento de que cada uno de los elementos de la naturaleza cumple una función necesaria dentro del todo...» (32).

La Tierra como territorio. Esa es una de las claves de la decolonización de la imaginación geográfica: reconocer el vínculo identitario, epistémico, subjetivo y afectivo que nos comuna como individuos y comunidades, y como parte inherente y experimentante de todo lo que sucede en el territorio. Esa relación armónica, *re-territorializadora*, tiene que ver con el concepto que las comunidades aimara y quechua han denominado *Sumak/Alli Kawsay* o «Vivir Bien/en Armonía». Una forma de vida comunitaria, de reciprocidad. El *sumak/alli kawsay*, nos dice el investigador paraguayo Dani O. Sotelo:

Constituye un modelo o filosofía de vida que fomenta relaciones menos materialistas y más dirigidas a la satisfacción de las necesidades humanas que al consumo, por lo tanto, más sustentables. Es una opción ante el desarrollismo, ante el individualismo capitalista, y ante el «vivir mejor», el cual conduciría no necesariamente a una vida más buena o de más calidad, sino simplemente a poseer más cosas o más recursos. (235)

Aunque el vivir bien/en armonía remite a una cosmovisión que podría considerarse utópica, algunas comunidades han llevado a la práctica económica este modelo de vida. Como señala la investigadora aimara María Eugenia Choque Quizpe:

El vivir bien o suma jakaña [*sumak kawsay*] se logra a través de la satisfacción de la alimentación y esto es a través del control de la producción. El ayllu [núcleo familiar de las comunidades indígenas andinas] regula con rigor el sistema de producción agropecuario y de otros recursos, las decisiones

tomadas por las autoridades luego de la consulta a su pueblo están revestidas de celeridad... Con el logro de una buena producción se consigue a su vez uno de los objetivos fundamentales como es suma manq'aña, es decir, el comer bien. (ctdo. en Gudynas 462)

Desde la perspectiva decolonial (sobre todo desde la perspectiva más actual), también se ha intentado llevar a la práctica académica e institucional la cosmovisión y forma de vida del *Sumak Kawsay*. En *Sentipensar la tierra* (2014), el antropólogo colombiano Arturo Escobar — uno de los que más ha explorado esta aproximación desde el movimiento decolonial — ha advertido que este replanteamiento sociocultural y geográfico a partir del pensamiento indígena informa no solo la colonialidad que se patentó en la esquizoide identidad latinoamericana (nos ensalzamos en la «recuperación» y «conservación» de la herencia indígena, pero al mismo tiempo la rechazamos en cuanto que parte inherente de la identidad latinoamericana), sino que además permite una renovación del diálogo entre culturas, academias e instituciones sociopolíticas y económicas que supere la visión romántica y utópica y aboguen seriamente por la inclusión de visiones del territorio (dimensión histórica, identitaria y experiencial) de los pueblos indígenas y su defensa de la Madre Tierra (Escobar 14, 23-28).

¿De qué manera podríamos extrapolar este modelo de vida a nuestra realidad occidental(izada)? La respuesta, como «el tesoro», «el secreto» de los indios, el río y la selva que por casi mil páginas buscó el conquistador Cristóbal de Aguilar, solo se revelará si estamos dispuestos a revisar, a visitar y a subvertir la red de discursividades, de representaciones y constructos epistémicos que han formado nuestra imaginación

geográfica (neo)colonial. Así como la experiencia colonial de América Latina es única entre otras ex/pos/neo/colonias, del mismo modo nuestra geografía es única entre las geografías equinocciales (basta con mencionar el Amazonas como ejemplo) y lo mismo sucede con nuestra imaginación geográfica: hemos aprendido a mirar con bucolismo y admiración esa geografía accidentada, exuberante y diversa; pero, por cuenta de las estructuras de la colonialidad, hemos aprendido a enajenarla, a re-monstruificarla para poder reducirla al mapa y las cifras. Y los indígenas, ¿qué no se podría decir de ellos? Siguen siendo una otredad, la parte esotérica y primitiva de nuestra latinoamericanidad moderna y modernizante. Siguen siendo ellos vs nosotros. Pero quizá también ello se pueda contrarrestar: como le ha enseñado el viaje amazónico a Cristóbal de Aguilar, y como han reiterado los investigadores que he citado en esta sección, una clave fundamental está en el concepto de interconectividad, de pluralidad y, en fin, comunalidad. Como bien dice Floriberto Díaz:

Al mirarnos como iguales, deriva una necesidad del otro, del prójimo. La conservación de la vida, de su origen y consecuencia, es la que nos permite enlazarnos. Y es esta necesidad la que nos empuja a buscar la protección en nuestra Madre Tierra. Y precisamente igual que una *Madre-jää'y* no es exclusiva de un solo hijo, así es como nos relacionamos con la Tierra, de una manera comunal, entre todos. (Díaz 48)

Acaso sea una pretensión utópica el instaurar un modelo de vida comunal y equilibrado en las sociedades occidentales. Pero el gesto crítico debe estar ahí y debe ser compartido. Ese es un buen comienzo. Eso hace Cristóbal de Aguilar en las postrimerías de

su narración, cuando nos comparte uno de «los secretos» que ha aprendido del río, de la selva y de los indios: «Pasamos por el mundo profanándolo todo hora tras hora y siempre soñando con un mundo mejor, más lleno de tributos y de esclavos. No entendemos la casa que nos dieron, creemos que vinimos a mandar, ejecutores de una ley tan ciega como nosotros mismos» (311).

Y otros «secretos» se insinúan en las entrelíneas de la trilogía de William Ospina. Quien las lea con atención comprenderá que en ellas está cifrado el gran replanteamiento que se ha perseguido a través de este capítulo —y esta disertación—: el de una imaginación geográfica que se escape de la férula de las cartografías, las cifras y los datos técnico-científicos; que no se construya con el ojo voyerista de Dios que totaliza y reduce el mundo natural a la bidimensionalidad de la página; que se desligue del logo-antropocentrismo y controle la desbocada impronta del humano sobre la tierra, antes de que sea demasiado tarde.

CONCLUSIÓN

*Entre el polo del desierto y el polo de la urbe se
extiende la zona ecuatorial de la civilización.*

Nicolás Gómez Dávila: *Escolios a un texto implícito*

En «las *Elegías de varones ilustres de Indias* (1581), el poeta Juan de Castellanos ofrece uno de los versos más ilustrativos acerca del llamado «Descubrimiento» de América: «Al Occidente van encaminadas las naves inventoras de regiones» (25). La llegada a esta región ignota y llena de portentos, la *Terra Incognita* que alguna vez mencionó Ptolomeo y de la que tanto especularon los cartógrafos durante la Antigüedad y la Edad Media, estremeció el pensamiento occidental, que tuvo que apuntar todo su arsenal epistémico hacia la «cuarta región del mundo». Comenzó entonces la invención cartográfica y lingüística de una región desemejante e irreconocible; una región que alcanzaba y desbordaba los poderes de las lenguas europeas; una región a veces monstruosa y otras sublime que, al fin y al cabo, sólo podía ser domesticada por medio de la palabra, la ley —la divina y la imperial—, y la alquimia/ciencia.

Las manifestaciones de dicha domesticación son virtualmente innúmeras: el desarrollo de discursividades y esquemas historiográficos que legitimaron la otredad, la asimétrica relación entre metrópolis y periferia, y los imperativos civilizatorios que apuntaban al *telos* de una modernidad occidentalizada; la instauración y afianzamiento de instituciones sociopolíticas que silenciaron, suprimieron, controlaron y explotaron los cuerpos colonizados; la barbarización y obliteración de pueblos, etnias y culturas indígenas;

la exacerbación de otredades raciales, sexuales o de género, lingüísticas, religiosas y epistémicas; y, por supuesto, la dislocación de imaginaciones geográficas nativas y la imposición de una imaginación geográfica colonial/imperial y occidental que, por medio de discursividades textuales y cartográficas, redujo la complejidad y/o pluridimensionalidad del espacio geográfico americano a una serie de representaciones (re)mitificadas y técnico-científicas. Estas representaciones respondieron a sendos imperativos colonizadores: por un lado, la (re)mitificación que buscaba la renovación y recuperación de creencias atávicas que remitían el Edén, aquel «*Paradise Lost*» sobre el que un siglo después versaría John Milton. Es por ello por lo que, como pudimos ver, los mapas y textos de la época se poblaron de El Dorados, de Países de Jauja o la Cucaña, de Fuentes de la Eterna Juventud, de Ciudades de los Césares y Países de Canela. Por otra parte, las representaciones mencionadas impulsaron el otro gran imperativo colonizador, inaugurado durante la llamada Era de los «Descubrimientos»: aquello que el investigador Paolo Vignolo denominó «la lógica moderna del *acquisto*», o la lógica de lo adquirido y de la apropiación, que se configuró con el cálculo racional (como el de la cartografía y las ciencias naturales) y que, en consecuencia, legitimó la expansión colonial utilitaria y mercantilista (Vignolo 42).

Si se han tomado como válidas todas las propuestas y argumentaciones llevadas a cabo a lo largo de esta disertación, entonces podemos decir que esos imperativos se fundamentaron sustancialmente en una *imaginación geográfica*, entendida como la imbricación de los *imaginarios geográficos* medievales y modernos europeos y las *geografías imaginarias* que las metrópolis produjeron en lo concerniente a sus colonias. El hecho de que la irrupción de América en el orden mundial hubiese sido comunicada y entendida a través

de mapas y textos cimentó una forma de aprehender y relacionarse con el espacio geográfico americano, su tierra y su naturaleza a partir de abstracciones que neutralizaron o elidieron la experiencia fenomenológica y existencial, la memoria y la identidad de los sujetos colonizados, cuya relación con el espacio era territorial. Aquellos fueron los mapas y los textos de la otredad, la inferioridad, la barbarie. Los Atlas de Prodigios que, sofisticados por la técnica y las ciencias, y perpetuados por una concatenación de instituciones y grupos hegemónicos, permitieron mantener al territorio americano y sus habitantes bajo la férula de la colonialidad.

Y si la Historia fuese esa dialéctica hegeliana cuya sucesión helicoidal de acontecimientos apuntan hacia el progreso de la civilización —entendido como la consecución de condiciones más «perfectas»—, entonces todos los mapas, cartografías y representaciones geográficas que aparecieron en los textos coloniales —esos Atlas de Prodigios— no serían más que curiosidades museográficas, vestigios de imaginaciones prolíficas y protociencias rudimentarias. Asimismo, los modelos discursivos y sus implicaciones se estudiarían como pruebas de imaginarios y epistemologías pretéritas y ya superadas. Sin embargo, si desde el presente —esa «tormenta que llamamos progreso»— giramos nuestra mirada hacia el pasado como el ángel de la historia de Walter Benjamin, nos encontramos con que el espacio geográfico de América Latina es todavía un atlas de prodigios; una exterioridad inasible y ajena a la realidad experiencial de los sujetos colonizados. América Latina sigue siendo, como alguna vez diría el conquistador/narrador Cristóbal de Aguilar, «de papel y de fábula».

Uno de los corolarios de la tenaz Colonialidad que rige nuestra imaginación geográfica es la desatención de las serias y diversas problemáticas que aquejan a la región latinoamericana. Las migraciones y desplazamientos internos, el abandono de los campos, la expropiación y (re)apropiación de tierras por parte de las empresas privadas, la sobreexplotación, el extractivismo y la deforestación son situaciones que, aunque graves y endémicas, se ven desde las metrópolis y las capitales nacionales como un asunto incidental, azaroso y lejano cultural y geográficamente. Y gracias a la fetichización de la naturaleza, todos estos procesos destructivos se toman como un daño menor que se le hace a una tierra exuberante, inagotable, siempre renovable. He ahí, de nuevo, el tenaz poder de la Colonialidad. Recuerdo entonces las palabras de William Ospina, cuya decenaria preocupación por esta problemática lo llevó a señalar que:

... el avance de la suicida sociedad industrial sobre la selva amazónica, la continuación de los infiernos de la Conquista en los infiernos humanos del siglo XX que describen novelas como *La vorágine* de José Eustasio Rivera, y su prolongación en los infiernos de hoy en Colombia, en el Perú y en el Brasil, son buena prueba de la insensatez de una civilización que se prometió superior pero que aún está en deuda de civilización, no con América sino con nuestro bello y frágil planeta. (*Las auroras* 381)

Podría pensarse que, debido al hecho de que por nuestras venas corren en diferentes grados tres sangres (la indígena, la africana y la europea) conjugadas por las contingencias históricas, tendríamos entonces una sensibilidad única entre las otras sociedades del planeta con respecto del Amazonas y la naturaleza en general. Se supone que somos nosotros los

llamados a repensar la imaginación geográfica, porque dos de esas sangres que nos nutren hicieron de la naturaleza su territorio sin depredarla ni destruirla, formando una alianza de respeto y mutualidad. Pero al parecer tenía razón el Adriano de Marguerite Yourcenar cuando, sabiéndose a punto de morir, reconoce con calma, impertérrito, que la herencia de su imperio no perecerá, porque: «Si los bárbaros terminan por apoderarse del imperio del mundo, se verán obligados a adoptar algunos de nuestros métodos y terminarán por parecerse a nosotros». En efecto, nuestra relación con la geografía, con la naturaleza y el medioambiente es una imagen especular de la relación asimétrica y depredadora que por cuatrocientos años tuvieron los agentes imperiales y coloniales con la geografía de las colonias americanas.

Pero, más que seguir abultando el memorial de agravios, me interesa pensar qué se puede hacer para contrarrestar el galopante avance de una modernidad «civilizatoria» que todo lo fagocita por medio de abstracciones y discursividades. Como intenté demostrar en esta disertación, la literatura (la ficción histórica, específicamente) es una de esas posibilidades hermenéuticas, interpretativas, que permiten un replanteamiento de nuestra imaginación geográfica. Sus representaciones superan los constreñimientos historiográficos y cartográficos y nos ofrecen otras formas de representar e imaginar la geografía. Formas en la que prima la memoria, el afecto, la sensibilidad y la comunión con el mundo natural. Aun así, desde los estamentos de la crítica literaria quedan, por supuesto, muchas preguntas por contestar, muchos hilos investigativos por desmadejar, y muchas consideraciones sociopolíticas, culturales e identitarias por formular. Debe entenderse esta disertación como un punto de partida para futuras investigaciones sobre la correlación entre la experiencia

ex/pos/neo/colonial y la geografía en todas sus manifestaciones. Por mi parte, seguirá aquella «indagación geográfica acerca de la experiencia histórica» (invocando por última vez a Edward Said), esta vez considerando sujetos que, lamentablemente (y por cuestiones de espacio, estructura y tema), estuvieron ausentes en este estudio. A saber, la mujer y las formas en que ella se insertó y forjó un espacio de agencia dentro de las urbes coloniales, construidas sobre bases sociales heteropatriarcales, como sucede en *Maldita yo entre las mujeres* (1992) de la chilena Mercedes Valdivieso, o *Inés del alma mía* (2006) de la chilena-estadounidense Isabel Allende. Asimismo, la experiencia de las comunidades afrodescendientes y su condición de sujetos transterrados, como sucede en *Malambo* (2000) de la peruana Lucía Charún Illescas, o *La ceiba de la memoria* (2007) del colombiano Roberto Burgos Cantor.

Ahora bien, es incontestable que el aspecto propositivo de esta investigación está constreñido por los límites mismos de la ficción y sobre todo, por los límites hermenéuticos que lleva consigo un género literario como la novela. En términos de factura narrativa, la novela acarrea sus propias convenciones, mismas que pueden ser tan rígidas como las coordenadas de la cartografía. Por ello resulta productivo —urgente, inclusive— dar un paso más allá de la ficción y explorar los acercamientos a otras formas de pensar e imaginar la geografía que se han hecho desde otros géneros narrativos y/o literarios. En tal virtud, me interesa adentrarme en una forma escritural que desdibuja los límites de la ficción y dinamita las fronteras de los géneros periodísticos y literarios. Me refiero específicamente a la crónica y/o al periodismo narrativo. Pienso, por dar un ejemplo, en «Secret Reserves», texto indispensable del autor Pablo Calvi, en el que imbrica las reflexiones de los miembros

de la etnia sápara y su reacción ante la exponencial deforestación que se ha estado llevando a cabo en el Amazonas ecuatoriano. La crónica itinerante de Calvi provee pistas sobre las formas en que la abstracción técnico-científica del discurso económico, político e industrializado atenta contra la experiencia existencial, histórica y subjetiva de los sáparas, así como su relación —horizontal, equilibrada, mutualista— con el mundo natural amazónico.

Además del análisis crítico literario, es indispensable continuar con la investigación acerca de las formas en que la cosmovisión indígena (Floriberto Díaz, Fernando Huanacuni, Rigoberta Menchú, Gladys Tzul Tzul) entiende y participa en los debates actuales acerca de la geografía, la tierra, el territorio, la naturaleza y el medioambiente. Del mismo modo, me interesa explorar cómo desde los centros académicos se leen estas iniciativas indígenas, como sucede en el caso del antropólogo colombiano Arturo Escobar.

Finalmente, considero que es imperativo activar y continuar un diálogo interdisciplinario, de manera que surjan otras posibilidades de interpretar, rastrear y deconstruir la imaginación geográfica colonial. Es por ello por lo que me interesa explorar una serie de proyectos en los que convergen principalmente la literatura, la cartografía y las artes visuales, como sucede con la iniciativa de los *Atlas subjetivos* que han llevado a cabo Hugo Herrera Tobón, Moniek Driesse y Annelys de Vet. Esta iniciativa, que hasta ahora se ha llevado a cabo en Colombia y México,⁷⁵ «configura una lectura menos homogénea (en cuanto a la transmisión de pocas verdades oficiales) y, por lo mismo, saludablemente

⁷⁵ Por cuestiones de derechos de autor y propiedad intelectual no fue posible incluir imágenes del *Atlas subjetivo de México* (2011), o del *Atlas subjetivo de Colombia* (2015).

controversial respecto a la forma en que se reconoce hoy este territorio» (Vanegas 10). La poderosa iniciativa rompe los esquemas cartográficos y neutraliza el imperio de las coordenadas, las latitudes y longitudes, las cifras y los porcentajes. En cambio (y en el caso del *Atlas subjetivo de Colombia*):

Plantea pensar que quizá un mapa más apropiado... está inscrito en las fotografías de paseos de una familia... en la reunión de una serie de personajes que ejecutan actos culturales en la calle... en los juegos utópicos que diseñan niños de zonas aún poco afectadas por la tabula rasa de la comunicación/el comercio global, en las cobijas con que se cubren sus ciudadanos... en las palabras que designa su mundo... Lo que resulta preferible es lograr que cuando lo hagamos, hagamos uso de nuestros propios medios de expresión para hablar de *lo que realmente nos toca, y no de abstracciones que... nos conduzcan a la desaparición voluntaria sin haberlas entendido siquiera*. (Vanegas 16; énfasis añadido)

Y hoy, lo que nos toca y desaparece mientras estamos embebidos en el mundo de las informaciones, las abstracciones y las ideologías, es esto:



Fig. 15: Fuego forestal en la Sierra de Agua, Amazonas. Fuente de la imagen: Wikimedia Commons

Mientras escribo estas últimas líneas, la Amazonía está siendo devorada y arrasada por un fuego apocalíptico que ha puesto en riesgo el equilibrio de diversos ecosistemas y la vida y sustento de varias comunidades indígenas como la de los brasileños. La triste casualidad de escribir sobre la imaginación geográfica latinoamericana mientras el Amazonas arde, me hace pensar que el objetivo ulterior de esta disertación no ha sido la arqueología de una geografía colonizada y reducida a la página; no fue mi objetivo redundar en cómo «el tan decantado “dominio del hombre sobre la naturaleza” resultó ser meramente una inmensa capacidad homicida» (Gómez Dávila 474). Por el contrario, el objetivo ulterior de esta disertación, quiero pensarlo así, ha sido la propuesta, quizá temeraria y utópica, de la conformación de un atlas más cercano a nosotros. Un atlas cuya factura sea colectiva y comunal, interdisciplinar e intercultural, y a partir de nuestro mestizaje de identidades, de nuestras experiencias históricas y existenciales, de pensamientos y saberes otros. Un atlas que desborde la exterioridad de lo meramente visual, para que nos comprometa de manera sustancial y genuina con la tierra y el territorio, con la naturaleza y con el medioambiente. En fin, un atlas cuyas coordenadas sean trazadas por afectos, memorias y compromisos políticos, aun cuando un proyecto así, visto desde los centros hegemónicos de conocimiento, no sea más que un esotérico Atlas de Prodigios.

BIBLIOGRAFÍA

- Abad, Gustavo. "La ficcionalización de la historia. Un diálogo entre *Lope de Aguirre...* y *El País de la Canela*." *Chasqui*, vol. 121, 2013, pp. 101-107.
- Acosta, José de. *Historia natural y moral de las Indias*. R. Anglés Impr., 1894.
- Adorno, Rolena. *The Polemics of Possession in Spanish American Narrative*. Yale UP, 2007.
- Agredo Cardona, Gustavo A. "El territorio y su significado para los pueblos indígenas." *Revista Luna Azul*, no. 23, 2006, pp. 28-32.
- AIDA. *Informe Anual 2018*. En línea. <https://aida-americas.org/es/2018-informe-anual>
- Aínsa, Fernando. *De la Edad de Oro a El Dorado: Génesis del discurso utópico americano*. Fondo de Cultura Económica, 1992.
- , *Los buscadores de la utopía. La significación novelesca del espacio latinoamericano*. Mote Ávila Editores, 1977.
- , *Narrativa hispanoamericana del siglo XX: del espacio vivido al espacio del texto*. Prensas Universitarias de Zaragoza, 2003.
- Allende, Isabel. *Inés del alma mía*. Rayo, 2006.
- Almesto, Pedrarias de. *Relación verdadera de todo lo que sucedió en la Jornada de Omagua y Dorado. La aventura del Amazonas*. Editado por Rafael Díaz Maderuelo, *Historia* 16, 1986, pp. 99-223.
- Andahazi, Federico. *El conquistador*. Editorial Planeta, 2006.
- Anderson, Benedict. *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Edición revisada, Verso, 1991.

Angelis, Pedro de, editor. *Derroteros y viages a la Ciudad Encantada o de los Césares que se creía existiese en la cordillera al sud de Valdivia*. Imprenta del Estado, 1836.

Ánjel, Memo. "Mario Escobar Velásquez, un escritor ciruela." *El Mundo* (ElMundo.com), 16 Jul. 2017, <https://www.elmundo.com/noticia/Mario-Escobar-Velasquez-un-escriptor-ciruela/355677>.

Araújo, Heriberto. "El futuro de la Amazonía no está en el pasado." *The New York Times*, 22 Abr. 2019. <https://www.nytimes.com/es/2019/04/22/el-futuro-de-la-amazonia-no-esta-en-el-pasado/>

Ashcroft, Bill. "Forcing Newness in the World: Language, Place and Nature," *ARIEL: A Review of International English Literature*, vol. 36, no. 1-2, pp. 93-110.

Barrows, Adam. *Time, Literature and Cartography After the Spatial Turn: The Chronometric Imaginary*. Palgrave-Macmillan, 2016.

Baudrillard, Jean. *El otro por sí mismo*. Traducido por Joaquín Jordá, Anagrama, 2001.

Bencomo, Anadeli. *Entre héroes, fantasmas y apocalípticos: testigos y paisajes en la crónica mexicana*. Ediciones Pluma de Mompox, 2011.

Benítez Grobet, Laura. *La modernidad cartesiana: fundación, transformación y respuestas ilustradas*. U del Valle, 2013.

Benjamin, Walter. *The Work of Art in the Age of Mechanical Reproduction*. 1935. Random House, 1998.

"Bolsonaro planea explotar recursos en gigante reserva indígena." *El Espectador* [Bogotá], 17 Dic. 2018. <https://www.elespectador.com/noticias/medio-ambiente/bolsonaro-planea-explotar-recursos-en-gigante-reserva-indigena-articulo-829751>

- Bonnett, Diana y Felipe Castañeda, editores. *El Nuevo Mundo. Problemas y debates*. Universidad de los Andes, 2004.
- Bonneuil, Christophe y Jean-Baptiste Fressoz. *The Shock of the Anthropocene: The Earth, History and Us*. Verso, 2016.
- Borsani, María E. "Acerca del giro decolonial y sus contornos." *Observaciones latinoamericanas*. Editado por Sergio Montenegro. Fondo del Libro del Consejo de la Cultura y las Artes de Chile, 2012, pp. 1-18.
- Bourdieu, Pierre. *Practical Reason: On the Theory of Action*. Stanford UP, 1998.
- Buci-Glucksmann, Christine. *La folie du voir: une esthétique du virtuel*. Galilée, 2002.
- Cabeza de Vaca, Alvar Núñez. *Naufragios*. Editorial Oveja Negra, 1983.
- Calvi, Pablo. "Secret Reserves." *The Believer Magazine*, 1 Oct. 2015, pp. 73-87.
- Cano Gallego, Wilson A. "La imagen del indio Caribe y el español conquistador en *Muy caribe está*: un cuadro de semejanzas," *Katharsis*, no. 16, 2013, pp. 219-242.
- Caquard, Sébastien y William Cartwright. "Narrative Cartography: From Mapping Stories to the Narrative of Maps and Mapping." *The Cartographic Journal*, vol. 51, no. 2, 2014, pp. 101-106.
- Carvajal, Fray Gaspar de. *Relación del nuevo descubrimiento del famoso río Grande de las Amazonas. La aventura del Amazonas*. Editado por Rafael Díaz Maderuelo, *Historia* 16, 1986, pp. 37-98.
- Castañares, Wenceslao. "Cultura visual y crisis de la experiencia." *Cuadernos de Información y Comunicación*, vol. 12, 2007, pp. 29-48.
- Castellanos, Juan de. *Elegías de varones ilustres de Indias*. Imprenta de La Publicidad, 1847.

- Castree, Noel, Rob Kitchin y Alisdair Rogers, editores. *A Dictionary of Human Geography*, Oxford University Press, 2013.
- Castro-Gómez, Santiago. *La Hybris del Punto Cero. Ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)*. Pontificia Universidad Javeriana, 2005.
- , "(Post)Coloniality for Dummies: Latin American Perspectives on Modernity, Coloniality, and the Geopolitics of Knowledge." *Coloniality at Large: Latin America and the Postcolonial Debate*. Editado por Mabel Moraña, E. Dussel y C. A. Jáuregui. Duke UP, 2013.
- Castro-Gómez, Santiago, y Ramón Grosfoguel, editores. *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Siglo del Hombre Editores, 2007.
- CEPAL. *Los pueblos indígenas en América Latina. Avances en el último decenio y retos pendientes para la garantía de sus derechos*. Naciones Unidas, 2014.
- Certeau, Michel de. *Heterologies: Discourse on the Other*. Trad. Brian Massumi. U of Minnesota Press, 1986.
- , *La escritura de la historia*. Traducido por Jorge López Moctezuma, Universidad Iberoamericana, 1993.
- , *The Practice of Everyday Life*. Traducido por Steven Rendall, U of California Press, 1984.
- Childs, Peter. *Modernism*. Routledge, 2007.
- Cieza de León, Pedro. *Crónica del Perú, el señorío de los Incas*. Biblioteca Ayacucho, 2005.
- Coletta, Michela y Malayna Raftopoulos, editores. *Provincialising Nature: Multidisciplinary Approaches to the Politics of the Environment in Latin America*. Institute of Latin American Studies, School of Advanced Study, University of London, 2016.

Connell, Evan S. *El Dorado & Other Pursuits*. Pimlico, 2002.

Crutzen, Paul J., y Eugene F. Stoermer. "The Anthropocene," *Global Change Newsletter*, vol. 41, 2000, pp. 17-18.

De Las Casas, Bartolomé. *Historia de las Indias*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

Delgado López, Enrique y Miguel Nicolás Caretta. "Imaginación y cartografía: un estudio sobre el proceso del descubrimiento americano." *Cuicuilco. Revista de Ciencias Antropológicas*, vol. 15, no. 43, 2008, pp. 111-136.

Deleuze, Gilles y Félix Guattari. *A Thousand Plateaus: Capitalism and Schizophrenia*. Traducido por Brian Massumi. University of Minnesota Press, 1987.

----- . *Anti-Oedipus. Capitalism and Schizophrenia*. Traducido por Robert Hurley, Mark Seem y Helen R. Lane. Penguin Books, 2009.

Díaz, Floriberto. *Escrito. Comunalidad, energía viva del pensamiento mixe*. Compilado por Sofía Robles Hernández y Rafael Cardoso Jiménez, edición electrónica UNAM, 2014.

Díaz Maderuelo, Rafael, editor. *G. de Carvajal, P. de Alместo y Alonso de Rojas. La aventura del Amazonas*. Historia 16, 1986.

Domenella, Ana R. *(Re)escribir la historia desde la novela de fin de siglo. Argentina, Caribe, México*. Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa, 2002.

Domínguez Ruvalcaba, Héctor. *Translating the Queer: Body Politics and Transnational Conversations*. Zed Books, 2016.

Dueck, Daniela. *Geography in Classical Antiquity*. Cambridge UP, 2012.

Echeverría, Bolívar. *La modernidad de lo barroco*. Biblioteca Era, 2005.

Escobar, Arturo. *Sentipensar con la tierra. Nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia*.

- Ediciones UNAULA, 2014.
- Escobar Velázquez, Mario. *Muy caribe está*. Editorial Universidad EAFIT, 1999.
- Escobar Villegas, Julia. *Memoria ficcional: contextos y voz narrativa en Muy caribe está de Mario Escobar Velásquez*. 2018. University of Cincinnati, Tesis de Maestría.
- Estrada, Oswaldo, Anna M. Nogar, editores. *Colonial Itineraries of Contemporary Mexico: Literary and Cultural Inquiries*. U of Arizona Press, 2014.
- Foucault, Michel. *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. Traducido por Elsa Cecilia Frost, Siglo Veintiuno, 2007.
- . "Of Other Spaces." Traducido por Jay Miskowiec, *Diacritics* 16, pp. 22-27.
- . *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. 1976. Traducido por Aurelio Garzón del Camino, 2ª ed rev. y corr., Siglo Veintiuno, 2009.
- French, Jennifer. "Naturaleza y subjetividades en la América Latina colonial: identidades, epistemologías, corporalidades," *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, no. 79, 2014, pp. 35-56.
- García-Aráez, Hermenegildo. "Los mapamundis de los beatos. Origen y características principales." *Miscelánea Medieval Murciana*, vol. XVIII, 1993-1994, pp. 49-76.
- Garrido Ramos, Beatriz. "Beato de Liébana y los Comentarios al Apocalipsis de San Juan." *Revista Historias del Orbis Terrarum*, vol. 7, 2014, pp. 50-76.
- Ginzburg, Carlo. *Threads and Traces. True False Fictive*. Traducido por Anne C. Tedeschi y John Tedeschi, U of California Press, 2012.
- Glotfelty, Cheryll. "Literary Studies in an Age of Environmental Crisis." *Ecocriticism: The Essential Reader*. Editado por Ken Hiltner, Routledge, 2015, pp. 120-130.

- Goldstein, Leonard. *The Social and Cultural Roots of Linear Perspective*. MEP Publications, 1988.
- González Sánchez, Alberto. *Homo viator, homo scribens: cultura gráfica, información y gobierno en la expansión atlántica (siglos XV-XVII)*. Marcial Pons Ediciones de Historia, 2013.
- Greenblatt, Stephen. *Marvelous Possessions. The Wonder of the New World*. Oxford University Press, 1991.
- Grillo, Rosa María. *Escribir la historia: Descubrimiento y Conquista en la novela histórica de los siglos XIX y XX*. Cuadernos de América sin Nombre, Universidad de Alicante, 2010.
- Grosfoguel, Ramón. "Decolonizing Post-Colonial Studies and Paradigms of Political-Economy: Transmodernity, Decolonial Thinking, and Global Coloniality." *Transmodernity: Journal of Peripheral Cultural Production of the Luso-Hispanic World*, vol. 1, no. 1, 2011, pp. 1-38.
- , "The Epistemic Decolonial Turn." *Cultural Studies*, vol. 21, no. 2, 2007, pp. 211-223.
- Grosz, Elizabeth. "Deleuze, Theory, and Space." *Log*, no. 1, 2003, pp. 77-86.
- Gruzinski, Serge. *The Mestizo Mind: The Intellectual Dynamics of Colonization and Globalization*. Trad. Deke Dusinberre. Routledge, 2002.
- Heffes, Gisela. "Introducción. Para una ecocrítica latinoamericana: entre la postulación de un ecocentrismo crítico y la crítica a un antropocentrismo hegemónico." *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, vol. 40, no. 79, 2014, pp. 11-34.
- Hernández, Mark A. *Figural Conquistadors: Rewriting the New World's Discovery and Conquest in Mexican and River Plate Novels of the 1980s and 1990s*. Bucknell UP, 2006.

- Hiltner, Ken, editor. *Ecocriticism: The Essential Reader*. Routledge, 2015.
- Huanacuni M., Fernando. "Paradigma occidental y paradigma indígena originario." *América Latina en Movimiento*, vol. 452, 2012, pp. 17-22.
- Huggan, Graham y Helen Tiffin. "'Introduction' to Postcolonial Ecocriticism: Literature, Animals, Environment." *Ecocriticism: The Essential Reader*. Editado por Ken Hiltner, Routledge, 2015.
- Hutcheon, Linda. *A Poetics of Postmodernism: History, Theory, Fiction*. Routledge, 1988.
- Jacob, Christian. *The Sovereign Map. Theoretical Approaches in Cartography throughout History*. University of Chicago Press, 2005.
- Jameson, Fredric. *Postmodernism, or, The Cultural Logic of Late Capitalism*. Duke UP, 1991.
- Kant, Immanuel. *Dissertatio del 1770 sobre la forma y principios del mundo sensible y del inteligible*. Encuentro Editorial, 2015.
- Kaplan, Ann. *Looking for the Other: Feminism, Film and the Imperial Gaze*. Routledge, 1997.
- Kaup, Monika. *Neobaroque in the Americas: Alternative Modernities in Literature, Visual Art, and Film*. U of Virginia P, 2012.
- Kressner, Ilka. "Counter (Current) Discourses: Rivers in William Ospina's *Ursúa* and *El País de la Canela*." *Hispanic Issues On Line*, Spring 2013, pp. 180-194.
- Lewis, Bart L. *The Miraculous Life: Lope de Aguirre and the Search for El Dorado in the Latin American Historical Novel*. Lexington Books, 2003.
- Lewis, Simon L. y Mark A. Maslin. "Defining the Anthropocene." *Nature*, vol. 519, mar. 2015, pp. 171-180.
- Lobo, Tatiana. *Asalto al Paraíso*. Editorial Universidad de Costa Rica, 2000.

- Lois, Carla. "Mare Occidentale. La Aventura de imaginar el Atlántico en los mapas del siglo XVI." *Terra Brasilis. Revista da Rede Brasileira de História da Geografia e Geografia Histórica*, serie 7-8-9, 2007, pp. 1-21.
- López, Kimberle S. *Latin American Novels of the Conquest: Reinventing the New World*. U of Missouri Press, 2002.
- López de Gómara, Francisco. *Historia general de las Indias*. Biblioteca Virtual Universal, 2003.
- Marcel, Gabriel. *Homo viator: Introduction to the Metaphysics of Hope*. Traducido por Emma Craufurd y Paul Seaton. St. Augustine Press, 2010.
- Marković, Slobodan. "Components of Aesthetic Experience: Aesthetic Fascination, Aesthetic Appraisal, and Aesthetic Emotion." *I-Perception*, vol. 3, no. 1, 2012, pp. 1-17.
- Marrero Henríquez, José M. "Pertinencia de la ecocrítica." *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, vol. 40, no. 79, 2014, pp. 57-77
- Martín-Meirás, María Luisa. "la carta de Juan de la Cosa en la historiografía cartográfica." *XX Jornadas de Historia Marítima: Juan de la Cosa*, Instituto de Historia y Cultura Naval, 1999, pp. 59-74.
- Martínez Sánchez, Yuly P. "Museo de lo inútil, *Ursúa* y *La ceiba de la memoria*: entre la crisis y el orden de la representación," *Estudios de Literatura Colombiana*, no. 36, 2015, pp. 37-57.
- Mattalia, Sonia, Pilar Cerma y Pilar Alonso, eds. *El viaje en la Literatura Hispanoamericana: el espíritu colombino*. Iberoamericana, 2008.
- Maya Ochoa, Natalia. *La verosimilitud en la novela histórica Muy caribe está: una posibilidad de interpretación*. 2012. Universidad EAFIT (Colombia), Tesis de Maestría.

Medina, Celso. "Intrahistoria, cotidianidad y localidad." *Atenea (Concepción)*, no. 500, 2009, pp. 123-139.

Medina, José Ramón. "La invención de América o la Tierra Nueva." *Historia real y fantástica del Nuevo Mundo*. Editado por Horacio Jorge Becco y presentado por José Ramón Medina. Biblioteca Ayacucho, 1992.

Menton, Seymour. *La Nueva Novela Histórica de la América Latina, 1979-1992*. Fondo de Cultura Económica, 1993.

Mignolo, Walter D. "Geopolitics of Sensing and Knowing: On (De)Coloniality, Border Thinking and Epistemic Disobedience." *Postcolonial Studies*, vol. 14, 2011, pp. 273-283.

----- . *Local Histories/Global Designs: Coloniality, Subaltern Knowledges, and Border Thinking*, Princeton UP, 2012.

----- . *The Darker Side of Western Modernity: Global Futures, Decolonial Options*. Duke UP, 2011.

----- . "The Geopolitics of Knowledge and the Colonial Difference." *Coloniality at Large. Latin America and the Postcolonial Debate*. Editado por Mabel Moraña et al., Duke University Press, 2008, pp. 225-258.

Montoya, Pablo J. "Dos novelas históricas colombianas," *Revista Universidad de Antioquia*, vol. 297, 2009, pp. 22-31.

Morales Muñoz, Sandra. "Lo que cuenta la prosa y lo que nombra la poesía en *La serpiente sin ojos*." *The semiannual periodical of the Faculty of Arts and Sciences Department of English and Department of Foreign Languages*, vol. 19, 2015, pp. 103-118.

Moraña, Mabel, Enrique Dussel y Carlos A. Jáuregui, eds. *Coloniality at Large: Latin America and the Postcolonial Debate*. Duke University Press, 2008.

Moslund, Sten P. *Literature's Sensuous Geographies: Postcolonial Matters of Place*, Palgrave McMillan, 2015.

Múkaro, Roberto. "Hacer las paces con Atabeira en un momento de crisis climática — Los pueblos indígenas del Caribe están haciendo sonar la alarma." *Cultural Survival Quarterly Magazine*. En línea.
<https://www.culturalsurvival.org/es/publications/cultural-survival-quarterly/hacer-las-paces-con-atabeira-en-un-momento-de-crisis>

Naciones Unidas. *Declaración de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas*. Naciones Unidas, 2008.

Neumann, Erich. *La Gran Madre. Una fenomenología de las creaciones femeninas de lo inconsciente*. Traducido por Rafael Fernández de Maruri, Editorial Trotta, 2009.

Nieto Olarte, Mauricio. "La comprensión del Nuevo Mundo: geografía e historia natural en el siglo XVI." *El Nuevo Mundo. Problemas y debates*, editado por Diana Bonnett y Felipe Castañeda, Universidad de los Andes, 2004, pp. 1-21.

O'Gorman, Edmundo. *La invención de América*. FCE, 1995.

Orrego Arismendi, Juan C. "Servida por la historia y a su servicio *Muy caribe* está a más de una década de su publicación." *Revista Universidad de Antioquia*, no. 302, 2010, pp. 54-58.

Ortega, Francisco A. "La opacidad o lo que ocurre con la historia en el ámbito colonial: *La*

- Ynstrucción y Relación de Tito Cusi Yupanqui (1570)."* *El Nuevo Mundo. Problemas y debates*. Editado por Diana Bonnett y Felipe Castañeda. Universidad de los Andes, 2004.
- Ospina, William. *América mestiza*. Mondadori, 2013.
- . *El País de la Canela*. Alfaguara, 2008.
- . *La serpiente sin ojos*. Alfaguara, 2012.
- . *Las auroras de sangre: Juan de Castellanos y el descubrimiento poético de América*. Grupo Editorial Norma, 1998.
- . *Ursúa*. Alfaguara, 2005.
- Padrón, Ricardo. "Las Indias olvidadas: Filipinas y América en la cartografía imperial española." *Terra Brasilis. Revista da Rede Brasileira de História da Geografia e Geografia Histórica*, serie 4, 2015, pp. 1-14.
- . *The spacious word: cartography, literature, and empire in Early Modern Spain*. U of Chicago Press, 2004.
- Pastor, Beatriz. *El discurso narrativo de la Conquista: mitificación y emergencia*. Ediciones del Norte, 1988.
- Patarroyo, José Juan. *El realismo especulativo como dispositivo decolonial*. Fulcanelli Editores, 1999.
- Pérez Rodríguez, Berta. "Hegel y el fin de la historia." *Revista de filosofía*, vol. 28, no. 2, 2003, pp. 325-352.
- Pons, María C. "La novela histórica de fin del siglo XX: de inflexión literaria y gesto histórico, a retórica de consumo." *Perfiles latinoamericanos*, no. 15, 1999, pp. 139-169.

- Price, Brian L. *Cult of Defeat in Mexico's Historical Fiction: Failure, Trauma, and Loss*. Palgrave Mcmillan, 2012.
- Prieto, Eric. *Literature, Geography, and the Postmodern Poetics of Space*, Palgrave-Macmillan, 2012.
- Quijano, Aníbal. "Colonialidad y modernidad/racionalidad." *Los conquistados. 1492 y la población indígena de las Américas*, compilado por Heraclio Bonilla, Libri Mundi, 1992.
- ". "Coloniality of Power, Eurocentrism, and Social Classification." *Coloniality at Large. Latin America and the Postcolonial Debate*. Editado por Mabel Moraña et al., Duke University Press, 2008, pp. 181-224.
- Ramos, Ana. "Perspectivas antropológicas sobre la memoria en contextos de diversidad y desigualdad." *Alteridades*, vol. 21, no. 42, 2011, pp. 131-148.
- Ricoeur, Paul. *La memoria, la historia, el olvido*. Trad. Agustín Neira. Editorial Trotta, 2010.
- Riera Rodríguez, Gloria E. "El mito como expresión del desentendimiento cultural en *El País de la Canela* de William Ospina." *Estudios de Literatura Colombiana*, vol. 31, jul-dic 2012, pp. 229-247.
- Rivera Garza, Cristina. "The Afterlife of Cotton: Los Algodones." *Literal Magazine*, oct. 7, 2015. En línea. <http://literalmagazine.com/the-afterlife-of-cotton-los-aldodones/>
- ". "The Afterlife of Cotton: Yuma." *Literal Magazine*, nov. 10, 2015. En línea. <http://literalmagazine.com/the-afterlife-of-cotton-yuma/>
- Rodríguez Freyle, Juan. *El carnero*. Editorial Oveja Negra, 1985.
- Rojas, Alonso de. *Descubrimiento del Río de las Amazonas y sus dilatadas provincias. La aventura del Amazonas*. Editado por Rafael Díaz Maderuelo, Historia 16, 1986, pp. 225-252.

Ruisánchez Serra, José R. *Historias que regresan: topología y renarración en la segunda mitad del siglo XX mexicano*. Fondo de Cultura Económica, 2012.

Said, Edward. *Culture and Imperialism*. Knopf, 1994.

----- . *Orientalism*. Vintage Books Edition, 1979.

Sánchez Zoque, Luis Miguel. *La tierra, los territorios y el cruce de conflictos en Urabá: la persistencia del lugar campesino en el Corregimiento de Macondo (1960-2014)*. Universidad Nacional de Colombia, Trabajo de Investigación.

Santos, Boaventura de Sousa. *Una epistemología del sur: la reinención del conocimiento y la emancipación social*. Traducido por José Guadalupe Gandarilla Salgado, Siglo Veintiuno, 2009.

Santos-Granero, Fernando. "Vitalidades sensuais. Modos não corpóreos de sentir e conhecer na Amazônia indígena." *Revista de Antropologia, Sao Paulo USP*, vol. 49, no. 1, 2006, pp. 93-131.

Segura Acevedo, Yadira. "La alianza eterna de dos mundos en William Ospina." *Revista Olomanica Olomucensia*, no. 2, 2017, pp. 271-285.

Serje, Margarita. "El mito de la ausencia del Estado: la incorporación económica de las 'zonas de frontera' en Colombia." *Cahiers des Amériques Latines*, vol. 71, 2012, pp. 95-117.

Serna, Mercedes, ed. *Crónicas de Indias (Antología)*. Cátedra, 2000.

Shepard, Paul. "Ecology and Man: A Viewpoint." *Ecocriticism: The Essential Reader*. Editado por Ken Hiltner, Routledge, 2015, pp. 62-70.

Simón, Fray Pedro. *Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias*

- Occidentales*, Academia Nacional de la Historia (Venezuela), 1987.
- Silva Liévano, Edilson. "Relaciones imaginarias entre el choque de dos culturas presentes en la novela *El País de la Canela* del escritor colombiano William Ospina." *Polemikós: Revista de la Facultad de Ciencias de la Comunicación, Fundación Universitaria Los Libertadores*, vol. 1, no. 8, 2014, pp.
- Smith, Mick. *An Ethics of Place: Radical Ecology, Postmodernity, and Social Theory*. SUNY Press, 2001.
- Soja, Edward. *Postmodern Geographies: The Reassertion of Space in Critical Social Theory*. Verso, 1989.
- . *Thirdspace. Journeys to Los Angeles and Other Real-and-Imagined Places*. Blackwell Publishers, 1996.
- Specht, Doug, y Anna Feigenbaum. "From the Cartographic Gaze to Contestatory Cartographies." *Mapping and Politics in the Digital Age*, editado por Pol Bargaúes-Pedreny, David Chandler y Elena Simon, Routledge, 2018, pp. 39-55.
- Steiner, Claudia. "Urabá: de región de frontera a región de conflicto." *Conflicto social y violencia: notas para una discusión*. Editado por Miriam Jimeno Santoyo, Institut français d'études andines, 1993, pp. 63-71.
- Takur, Ygur, e Ioann Compyuri. "Bodily Topographies in a Sensographic Plane." *The Sensorial Turn: XI Conference Proceedings*, vol. 1, 2017, pp. 6-25.
- Tally, Robert T., editor. *Literary Cartographies: Spatiality, Representation, and Narrative*. Palgrave-Mcmillan, 2014.
- . *Spatiality*. Routledge, 2013.

-----, editor. *The Geocritical Legacies of Edward W. Said: Spatiality, Critical Humanism, and Comparative Literature*. Palgrave Macmillan, 2015.

Tally, Robert T., y Christine M Battista, editores. *Ecocriticism and Geocriticism: Overlapping Territories in Environmental and Spatial Literary Studies*. Palgrave Mcmillian, 2016.

"The Amazon is Approaching an Irreversible Tipping Point." *The Economist*, Ago. 1, 2019.

En línea. <https://www.economist.com/briefing/2019/08/01/the-amazon-is-approaching-an-irreversible-tipping-point>

Thieme, John. *Postcolonial Literary Cartographies: Out of Place*. Palgrave-Macmillan, 2016.

Vignolo, Paolo. "Nuevo Mundo: ¿un mundo al revés? Las Antípodas en el imaginario del Renacimiento." *Nuevo Mundo. Problemas y debates*, editado por Diana Bonnett y Felipe Castañeda, Universidad de los Andes, 2004, pp. 23-60.

Viu, Antonia. "Una poética para el encuentro entre historia y ficción." *Revista Chilena de Literatura*, no. 70, 2007, pp. 167-178.

Wajcman, Gérard. *El ojo absoluto (L'oeil absolu)*. Traducido por Irene Miriam Agoff. Ediciones Manantial, 2011.

Wermus, Daniel. *¡Madre Tierra! Por el renacimiento indígena*. Traducido por Claudia Herrera Talero y Sylviane Fournier, Ediciones Abya-Yala, 2002.

West-Pavlov, Russell. "Said, Space, and Biopolitics: Giorgio Agamben's and D.H. Lawrence's State of Exception." *The Geocritical Legacies of Edward W. Said: Spatiality, Critical Humanism, and Comparative Literature*. Editado por Robert T. Tally Jr., Palgrave Macmillan, 2015, pp. 17-42.

Westphal, Bertrand. *Geocriticism: Real and Fictional Spaces*. Traducido por Robert T. Tally,

Palgrave-McMillan, 2007.

Wylie, Lesley. *Colonial Tropes and Postcolonial Tricks: Rewriting the Tropics in the Novela de la Selva*. Liverpool University Press, 2009.

Zaragocin Carvajal, Sofía, et al. "Hacia una reapropiación de la geografía crítica en América Latina. Presentación del Dossier" *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, no. 61, 2018, pp. 11-32.